

En esto del amor...

¿La primera

Escoba

la segunda

Señora?



Cristina Serrano

Todos los derechos reservados.

© Cristina Serrano Jaime

Autora: Cristina Serrano

Título: ¿La primera escoba, la segunda señora?

Portada: Oumayma Zaki

Primera edición en libro electrónico: abril de 2018

No se permite la reproducción total o parcial de este libro sin el consentimiento de la autora. Infringir los derechos mencionados constituiría un delito contra la propiedad intelectual.

Los personajes de este libro son ficticios. Cualquier parecido con alguna persona, viva o muerta, es pura coincidencia.

Índice

Prólogo

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Capítulo 25

Capítulo 26

Capítulo 27

Capítulo 28

Capítulo 29

Capítulo 30

Capítulo 31

Capítulo 32

Capítulo 33

Capítulo 34

Capítulo 35

Capítulo 36

Capítulo 37

Capítulo 38

Capítulo 39

Capítulo 40
Capítulo 41
Capítulo 42
Capítulo 43
Capítulo 44
Capítulo 45
Capítulo 46
Capítulo 47
Capítulo 48
Capítulo 49
Epílogo
Agradecimientos
Biografía
Otros enlaces

Por norma general, la vida en pareja acaba discurriendo en el tira y afloja cotidiano de dos personas que se quieren, se respetan y aceptan que tienen pensamientos distintos. En mi opinión, es importante lograr que en la balanza siempre pese el lado positivo de la relación. De lo contrario el deterioro será inevitable.

Quizás el reto para conseguir la armonía perfecta comience proponiéndonos estimular el amor hacia nosotros y hacia nuestra pareja.

Capítulo 1

Impaciente peino el cabello con los dedos, lo recojo en el hombro derecho. Claudia lleva un buen rato, desde que nos sentamos en la terraza de la cafetería, estudiando con meticulosidad cada dibujo del bloc. Alcanza la última página y alza la ceja derecha.

Creo que me va a dar un infarto, voy a ser testigo de ese segundo de tensión que se merece el momento. Pero no sucede tal cosa, porque un brazo masculino con un tatuaje maorí grabado a la altura de una pulsera se interpone en el trayecto visual y rompe la magia.

Maldigo en silencio la inoportuna interrupción. Sé a quién pertenece la extremidad y no pienso darle el gusto de que se sienta protagonista de nada. Inclino la cabeza hacia un lado, evito el acto involuntario de mirar al camarero antes de que se retire. Claudia continúa recreándose en el dibujo a lápiz. ¡Genial! Es el boceto más arriesgado y comprometedor, el que juzgará con mayor o menor objetividad sus expertos ojos.

—Este retrato es... —Eleva las manos sin apartar la vista del papel—. Es impresionante. Nunca me habría imaginado desde esta perspectiva, y reconozco, que a cierta edad agrada que te hagan rejuvenecer.

—Siempre te veo joven y risueña.

—¡Aduladora! —dice mirándome de soslayo.

—¿De verdad crees que es un buen trabajo?

Encoge los labios y asiente antes de sonreír.

El corazón me da un vuelco de alegría. Otorga su sincera aprobación y su valoración favorable importa muchísimo. Porque Claudia no tiene pelos en la lengua, si algo le desagrade lo dice sin vacilar. De la emoción salto de la silla metálica, le doy un susto, pero también un abrazo y un sinfín de besos en la mejilla. Nadie sabe la admiración que siento por mi madrina, literalmente, la idolatro.

—Eres una joven promesa, una excelente dibujante y serás una gran pintora. O lo que te propongas. ¡Me alegro tanto de haberte animado a escoger la carrera de Bellas Artes! Pequeña, posees un don y sabrás sacarle partido.

Rio, pongo en duda sus palabras.

—Ya veremos, tía Claudia. Aunque me apasione no creo que llegue

lejos en el mundillo del arte. Las tendencias y las técnicas cambian a pasos agigantados.

Hace un gesto desdeñoso con la mano.

—Claro que sí triunfarás. La creatividad persistirá de por vida, con tu talento lograrás ser una artista reconocida mundialmente. Cariño, a mí solo se me daba bien... Bueno, no era la mejor en nada, todo hay que decirlo. Por eso acabé trabajando para otros virtuosos. Buscándoles lo más innovador en lugares insospechados del planeta. Sin embargo, tú moldeas y tratas las materias a la perfección, demuestras tener ideas avanzadas. Pronto te darás cuenta del potencial que llevas dentro, y el mundo sabrá apreciarlo.

«De lo contrario, tomaré el testigo de tu oficio». Pienso distraída girando la taza del café en su platito. Posee un olfato especial para hallar tesoros en bruto, cualquier tipo de materia prima; piedra, madera, metales, hilos, etcétera, que vende a otros artistas. Lleva décadas ejerciendo esa profesión, rentable, aunque sacrificada.

—Acabo de empezar el segundo trimestre, aún queda otro curso para terminar la carrera de Bellas Artes. Es complicado seguir adelante; difícil culminar con un máster. —Resoplo echándome hacia atrás mientras aireo la melena con los dedos.

Sin pretenderlo, estorbo al camarero que no deja de revolotear por la mesa en un intento de llamar la atención. Apenas le hago caso cuando se excusa, ambos sabemos que es el culpable de invadir mi espacio vital. El tipo comienza a ser molesto.

—¿Qué problema hay que te impida conseguirlo?

Levanta la vista de los dibujos ajena al insignificante percance que he tenido con el antipático.

—Sabes que papá nunca aprobó mis estudios, insiste en que no sirven para nada de provecho. Que es una pérdida de tiempo y dinero. Insiste en que busque un empleo a jornada completa y me temo que voy a tener que considerarlo.

—Hija mía. Ese hombre es un ignorante que aún piensa que las mujeres solo servimos para estar en casa y criar hijos. Aunque hubieses elegido la carrera de perito agrónomo como quiso imponer, no te habría apoyado al cien por cien. —Coloca su mano sobre la mía y me proporciona unos golpecitos condescendientes—. Cariño, hicimos lo correcto plantándole cara a ese astado.

—Ya lo sé, siempre os agradeceré a ti y a Diego vuestro respaldo.

Pero mi hermano lleva años enlazando misiones humanitarias en el ejército, con tal de coincidir lo menos posible con Pepe. Y tú, un tanto de lo mismo. La semana que viene regresas a Sudamérica y Dios sabrá cuando volveré a verte.

Eleva las manos sin comprender.

—Cielito, esa canción no es nueva. Estáis solas Ana y tú.

—Mamá se encuentra en un estado de ánimo delicado. Papá, bueno, ya conoces a Pepe. Ahora está convencido de que puede cultivar su propio huerto ecológico. Como dentro de poco se jubila, se le ha metido en la cabeza vender el piso y volver al pueblo del que dice no debió marcharse.

—Eso significa que te verás obligada a costearte los gastos de un alquiler y la manutención —deduce sulfurada.

—Sí. No obstante, es lo que menos me preocupa. Finalizaré los estudios sin demorarme.

—¡Hay qué fastidiarse! ¡Será tacaño y egoísta! Pequeña, te respaldaré económicamente.

—No, no. Diego y tú habéis hecho bastante abonando las matrículas universitarias estos años. Soy adulta y puedo asumir los gastos porque tengo algunos ahorritos guardados. El asunto es que, aunque no lo parezca, resulta triste quedarme sin ninguna compañía.

—Debes continuar apostando por lo que deseas, has llegado lejos por tu esfuerzo. Esa es una actitud que Pepe nunca tuvo.

Dejo de mover el lápiz entre los dedos, lo apoyo en el labio inferior.

—En ese punto discrepo contigo. Por edad viviste otros tiempos distintos. Tuviste facilidades para alcanzar tus metas, a Pepe se las impusieron desde pequeño. Recuerda que te supera en casi dos décadas.

—No digas tonterías sobrina —regaña con cariño—. Cristóbal Colón nació hace..., siglos. Y ya por aquel entonces albergaban más inquietudes que tu padre.

Ríe la comparación, es indiscutible que nunca ha soportado a su cuñado.

—Reconozco que no me convencen mis palabras —confieso con la mirada puesta en el cielo.

Claudia es una mujer positiva, a todo le encuentra fácil solución. Ese espíritu no se lo ha otorgado la edad o la experiencia. Es de mentalidad abierta desde que nació. Podía definirla como independiente, moderna y valiente. La antítesis de Pepe o de su hermana Ana, mi madre, que se ha

quedado atrapada en el tiempo por culpa del carácter huraño de su marido.

—Cariño, en la vida hay que estar preparada para el fracaso, pero antes se debe luchar e intentar cumplir las ambiciones, no sucumbir a lo que los demás te impongan. Porque de lo contrario serás doblemente infeliz. Primero, por no haber realizado tus sueños. Segundo, porque no puedes contentar al mundo entero. Si te quedas en la ciudad tú sola, ¡mejor!, menos lata te dará el pesado de tu padre. —Gruñe irritada—. Aún no me explico que vio Ana en él, tan pronto tuvo oportunidad, hizo de ella una Escoba.

Aprieta la mandíbula con la vista puesta en la puerta de la cafetería. Noto resentimiento, nostalgia y pena en su rostro. No me atrevo a interrumpir sus pensamientos, así que espero a que continúe o cambie de tema.

—Sabes, si nos hubiese separado menos edad, jamás habría permitido que Ana se casase con semejante inepto. Lamentablemente, cuando comprendí lo que sucedía fue demasiado tarde.

—¿Algún día contarás la verdadera razón? ¿Lo que ocurrió entre vosotros para no soportaros ni perdonaros?

—Prefiero recordar que me ha regalado unos sobrinos maravillosos, que no han heredado su mala disposición. Y cómo se la jugué el día de tu bautizo.

En cuestión de segundos alegra el rostro, nunca amarga el presente con sucesos pasados que no puede cambiar. Decido que esta vez seré quien empiece a contar la anécdota.

—Para el despistado de Pepe Rivas era una odisea, un trabajo enorme ir a inscribir a su hija al registro después del nacimiento de esta. Siempre hallaba cien destinos distintos...

—Hija, no alteres la historia —interrumpe—. Encontraba cien bares a su paso que le impidieron e hicieron olvidar durante una semana que su hija no estaba reconocida legalmente. Pero qué se le va a pedir al borrico de tu padre. El caso es que, si no llego a estar en España para realizar el trámite, aún serías una ilegal en el país. O peor todavía, te llamarías Filemona o Filomena. O como se llamase tu abuela paterna. Cielos, no tengo nada en contra de ese nombre, ¡bien lo sabe Dios!, pero mi única sobrina no podía llamarse así siendo la bebé más bonita que he visto jamás.

Dejo de contener la risa, su mirada llena de afecto demuestra cuanto me quiere. Un millón de veces habrá repetido que soy el impulso de su vida.

—Aquella mañana —prosigue Claudia—, cuando el administrativo me preguntó cuál era el nombre de la niña que iba a reconocer. No lo dude,

escribí en los papeles: Sur Rivas Aguirre.

Comienza a reír a carcajadas llevándose la mano al pecho, tose y respira hondo en un intento de calmar el ataque. Por un instante me preocupo por su salud. Desde joven tiene los pulmones delicados por culpa de una neumonía mal curada.

—El inepto de Pepe no se percató hasta que dos días después te bautizamos y el cura dijo en voz alta tu nombre. Me costó una considerable suma de “buena voluntad” que el párroco accediera a retrasar ese momento culminante.

Esta vez la única que ríe soy yo, por el gesto desaprobatorio que dedica al cura. Tras unos segundos sigue narrando.

—Hija. Desde entonces tu padre solo entra en una parroquia para encenderme dos velas negras. Pobre cuñado, luchar contra mí le es imposible.

—Todavía, cuando refunfuña mi nombre, se acuerda de ti.

—Eso es que me quiere, a su manera, pero me quiere.

Seca las lágrimas que le provoca la risa.

—Jamás me molestó que eligieses el nombre de Sur. Ni que me lo pusieses por el simple hecho de que te encanta Andalucía. Pero si tuviese un hijo, no me aventuraría con un nombre tan poco común.

Claudia aspira el aire que sus sufridos alveolos le permiten antes de contestar.

—En realidad, fue un arrebato en homenaje a tu madre. Recuerdo que Ana antes de conocer “desafortunadamente” a Pepe, soñaba con viajar a la costa andaluza. Leía todo sobre su gente y cultura. Tenía ambiciones y sueños. ¿Sabes? Nunca disfrutó de un viaje de novia por culpa del soso de su marido.

—Sí. Lo sé —respondo con pesar.

—Cuando llegaste como caída del cielo después de muchos años del nacimiento de Diego, se me ocurrió que debía darle un empujón, reavivarle viejos recuerdos. Se alegró al descubrir que te llamarías Sur, sin embargo, sus inquietudes quedaron enterradas hacia bastante tiempo. Dicen que: quienes duermen en el mismo colchón se vuelven de la misma condición.

—¡No me lo puedo creer! —Llevo las manos a la cara alucinada con la información—. Siempre he pensado que era tu deseo.

—Escúchame pequeña. Lo que Ana no ha visto o hecho, lo he realizado yo por ella. He recorrido los rincones de Andalucía que hubiese querido visitar. Me enamoré de tal modo de ese trocito de España, que

cuando puedo me escapo y paso tiempo allí.

—Me dejas perpleja. Sin contar a Diego, soy tu única sobrina; por lo tanto, la preferida. ¿Y jamás has mencionado ese destalle? ¡Hay qué fastidiarse! — digo indignada.

—No exageres ahijada, que conozco Andalucía es voz populi. Lo que me parece incorrecto es restregárselo a tu madre cada vez que hablo con ella.

—Explicado así, es comprensible que lo hayas mantenido en silencio.

Acepto las disculpas, renuncio a darle vueltas al asunto.

—Sin embargo, hay algo que debes saber y quiero que quede entre tú y yo. —No permite que dude, así que prometo con un parpadeo de ojos—. Te confieso que a menudo siento más próxima la hora de asentar la cabeza de forma definitiva. El cuerpo no perdona, vivir fuera de España cansa el doble.

—Me alegro de oír eso. —No miento, es la mejor noticia que puede darme—. ¿Quién te ha llevado a plantearte la retirada?

—Todavía es pronto para lanzar las campanas al vuelo, pequeña arpía. —La pícara curiosidad nos hace reír unos segundos—. De todos modos, salga bien o mal estos sentimientos que estoy descubriendo, ha sido la ciudad y una ilusión lo que me ha llevado a tomar la determinación.

—Cuéntame. Me tienes intrigadísima.

—He elegido Málaga como lugar donde pasar la vejez. He invertido parte de los ahorros en una casa colonial de dos plantas y jardín, que sobrevive casi en el centro de la ciudad. Está bien comunicada y tiene vistas al paseo marítimo. Bueno, necesita una pequeña reforma porque está un poco antigua, pero es un arrebato de locura del que no me arrepiento.

Al ver las cuatro fotos que lleva guardadas en el bolso, evito fruncir la cara. ¡Qué horror! Aquello es una ruina muy grande, no una casa. La desilusionaría si menciono que a mi parecer le han engañado vendiéndole esa decadencia del siglo pasado que ha quedado atrapada en la modernidad.

—Sur, en pocos años viviré allí, cumpliré mi sueño y en cierto modo el de tu madre. No solo será mi hogar, convertiré el garaje en un estudio bien preparado, daré clases de alfarería, escultura..., lo que se me ocurra. Llenaré el taller de abuelitos desocupados deseosos de aprender manualidades.

Vaya, ¡impactante! Pienso recogíendome con descuido el cabello en un moño. Tras unos segundos de silencio en los que la miro desconcertada, rompemos a reír sin importarnos el ruido de las carcajadas.

—Me encanta la idea. Es bohemia, maravillosa..., romántica. Espero que esos días de tu madurez sean tan felices como los pintas. Te lo mereces.

Además, añado que te imagino conduciendo un pequeño descapotable, con tu melena canosa al viento, disfrutando del olor a mar y de los cálidos rayos de sol. También visualizo a cantidad de jubilados guardando cola a la espera de que los ayudes a dar forma a la arcilla.

—¡Quita, quita, quita! —Se apresura a cortar las divagaciones cuando recuerda la película a la que hago referencia—. Eso último lo concebiría con hombres menores de cincuenta años. En clases privadas, por supuesto.

Su risa induce a que los jóvenes de la mesa contigua giren la cabeza hacia nosotras. Me avergüenza su actitud escandalosa, pero a ella no le importa y sigue describiendo como enseñaría a modelar vasijas a esos atractivos alumnos cincuentones.

Al cabo de un rato, cuando me duele la mandíbula de tanto reír, me atrevo a preguntarle algo que llevo bastante tiempo interesada en saber. En concreto, desde que presto una atención especial a un chico y a la relación que mantengo con él.

—Madrina, no entiendo. Eres una mujer inteligente, con sentido del humor y bonita. Sé que te cortejaron varios pretendientes, uno de ellos culto y apuesto. ¿Por qué nunca te casaste?

Fija la vista en un punto de la mesa, su mente viaja a otra época. Supongo que no contestará, no le gusta hablar del pasado, de viejos amores. Pero me equivoco.

—Sur. No quise sentirme atada como escoba a una mano que dirige su camino.

—¿Les sirvo otro café, bellas señoritas?

Ambas dirigimos los ojos al camarero. Madrina aliviada con la interrupción, así no seguirá abriendo su corazón. Odio al tipo, se lo demuestro con la peor de las caras. Es el típico *cortarollos*, un inoportuno que se considera apuesto y agradable.

—Otro té con leche me sentaría bien —responde una cantarina Claudia.

Niego con la cabeza sin mirar al aguafiestas. El “estorbo” se frota las manos y después de lo que parece un siglo, en vez de unos segundos, entra en la cafetería.

—¡Vaya, vaya, vaya! Sobrina, ese joven te tira los tejos. No ha parado de merodear por la mesa desde que nos sentamos.

—Está pendiente de los clientes, es su trabajo. ¿Podríamos retomar por dónde lo hemos dejado? —sugiero sin esperanzas.

—Cariño, comerte con los ojos no entra en su cometido.

—Lo que dices carece de sentido. Me mira, mejor dicho, nos mira porque no paramos de cacarear como gallinas cluecas. Además, nos conocemos de vista. Hace unas semanas que murió su padre, supongo que ha tomado posesión del negocio porque cuando vengo con los amigos él suele merodear por aquí.

—Pues sabes bastante de su vida para no interesarte —insinúa con alevosía recostándose en el asiento.

—¡¡Por favor!! Aunque estemos en el centro de Madrid, esto sigue siendo un barrio de cotillas —aclaro con los ojos cerrados y la mandíbula prieta—. Los rumores van y vienen para el que quiere o no escuchar. Incluso te puedo concretar que las malas lenguas opinan que no traspasa el negocio porque su madre le obliga a asentar la cabeza en la ciudad, no porque esté ilusionado con explotarlo. La señora le habrá forzado a que sea simpático con los clientes.

—Cualquiera lo diría con lo servicial que se ha portado con nosotras. Tiene talante de malote y aura de buen chico. Y no es feo. Nada feo.

Quiero recordar su cara, imposible, y eso que ha pasado un par de minutos desde que le tuve a la vera. La verdad es que la imagen del joven que en realidad me gusta le gana el espacio en la mente.

—Es extraño que no me haya percatado de su belleza. Debe ser que las chicas no se desmayan al verle caminar por la calle —contesto.

Claudia niega con la cabeza y sonríe sin adivinar con certeza si rechazo al hombre porque no me gusta o por todo lo contrario.

—Sur. Si está enamorado de ti hará lo posible para que lo corriente se convierta en extraordinario. Entonces despertará tu curiosidad, advertirás su aspecto físico.

Resoplo mientras enderezo el moño que por el peso del cabello se ha torcido, y recalco.

—No me atrae nada en absoluto, así que no insistas.

—Si me permites, te diré que no es mala idea que te relaciones con otros hombres fuera del ámbito universitario. Por lo que has contado, el grupo con el que sales no es propenso a divertirse y eso tampoco es bueno a tu edad, créeme.

—No podemos ir derrochando día sí y día también. Yo tengo la suerte de contar con Diego y contigo para los gastos de estudio, del dinero de las becas y del que saco impartiendo clases particulares. Otros no disponen de la

misma suerte, deben trabajar duro si quieren costearse la carrera y sobrevivir sin el apoyo de sus padres. Quién sabe, pronto puedo vérmelas tan negras como ellos.

De nuevo el molesto aparece colocándose a mi lado cuando el té es para Claudia, a la que tengo delante. El tipo es como si quisiese impregnarme con su olor y presencia.

—Hoy la merienda corre a cuenta de la cafetería. Tener a dos mujeres bonitas sentadas en la terraza de mi bar es un lujo y es justo recompensarlas.

«Pelota con labia», gesticulo con la boca mientras él no deja de adular a la ingenua de mi madrina.

Desesperada miro el reloj. Que se ha ganado a Claudia en menos de cinco minutos es una confirmación, ella parlotea risueña como una quinceañera. Recuerdo que el tipo hace días se ganó el afecto incondicional de uno de sus clientes habituales, Pepe. Este llegó a casa impresionado con el joven porque se había dejado caer una consumición gratis como jamás lo hizo el antiguo regente del negocio y padre del pesado.

De reojo veo como le fastidia que la mesa contigua lo reclame solicitando otra ronda de cervezas. Prometo largarme antes de que regrese con toda la confianza del mundo.

—Hija, ese joven merece la pena. Es evidente que esto de complacerme lo hace con intención de agradarte. Si lo mirases sin echarle veinte maldiciones se lanzaría de cabeza a declararte su amor.

No le encuentro la gracia a sus palabras, por lo que no rio con ella.

—¿Desde cuándo eres consumidora de historias románticas? No me gusta en absoluto. Madrina, tú tienes un deseo, ese tipo tendrá el suyo y yo el mío. En este momento hay otro chico que acapara mis sueños.

Sigue erre que erre.

—Lo normal es que no exista el flechazo a primera vista, menos que lo sientan los dos al mismo tiempo. Es un cúmulo de cosas las que al final te unen a la otra persona; como la afinidad, el cariño, el respeto.

Estoy convencida de que aconseja guiada por su experiencia, que es nula, pues no es la indicada para hablar de romances y parejas.

—¿Qué parte del “me gusta otro hombre” no has pillado?

—¡Y qué malo tiene que te haga tilín otro joven! Las chicas de vuestra edad sois enamoradizas. ¿Es que esos ojos tan bonitos que Dios te ha concedido no ven cuando un tipo está cañón?

—Dejemos las cosas claras, no es que la fisonomía de ese hombre me

repugne. He notado que cuida su aspecto, que posee un rostro homogéneo agraciado en parte porque sus ojos son celestes como el cielo. También acabo de comprobar que es extrovertido y locuaz. No discuto que Ismael guarda en el fondo de un armario esas cualidades cuando de chicas se trata, porque es muy tímido. Pero que conste. Aun reconociendo sus virtudes, me interesan los chicos de mi edad que se mueven en el ambiente artístico. Este tipo es un pesado metomentodo. Basta que asome por aquí con mis amigos para él hacerse el gracioso interrumpiendo las conversaciones ajenas cuando nadie lo llama. Y me mira de un modo que no sabría describir. El caso, es que son puntos en su contra, consigue crisparme los nervios.

—Sur, solo es unos años más avisado. El chaval se pone nervioso, quiere marcar territorio, hacerse notar.

Persiste en su defensa, eso me enoja. ¿Qué perra le ha dado con ese hombre? Sin previo aviso la apremio tomándola del codo, la obligo a levantarse, no le permito que beba el último sorbo de té con leche.

—Te prometo que si continúo acudiendo a este sitio es porque al grupo le gusta la terraza y la cafetería está cerca de casa, de las tiendas, del hospital y un sinfín de negocios que no voy a nombrar. De lo contrario, jamás volvería a pisar este lugar. Ni siquiera el dueño me vería las puntas del pelo. No entra en mis expectativas de futuro darle la oportunidad de conocerme.

Capítulo 2

El segundo trimestre ha llegado a su fin, hemos superado los exámenes y presentado los trabajos a tiempo. Es hora de celebrar el esfuerzo, así que el grupo queda en reunirse con el propósito de celebrarlo. El problema es que han acordado que el punto de partida sea donde de costumbre; la cafetería San Lorenzo. El mismo lugar que rehúyo como a la peste porque ya no es de mi agrado. Bien sabe el demonio que la culpa es de su actual propietario. El caso es que la mayoría manda, e Ismael, el chico que me atrae, se halla entre esa mayoría. Él es la razón por la que claudiqué en mi empeño de proponer otros sitios de encuentro.

«Otra opción sería alcanzarlos más tarde en cualquier pub de la ciudad». Rechazo esa idea con el objetivo de pasar el mayor tiempo posible con Ismael. Convencida de que, si me arrimo a él lo suficiente durante la noche, quizás se decida a besarme de una dichosa vez. Incluso clamo al cielo para que el arrebato sea en la maldita cafetería, así el pesado del dueño se dé por enterado y deje de molestar con sus inoportunas entradas sin sentido que me desagradan de una manera inexplicable.

Fiel a mi estilo desenfadado el único cambio que hago en el vestuario son las deportivas por unos botines de tacón alto. Me siento cómoda con los vaqueros de diario, sin exceso de maquillaje, moviendo el cabello a mi antojo. Peinarlo y despeinarlo con los dedos, es una manía que arrastro desde pequeña.

Consciente de que odio tanto la impuntualidad como pasar frío en una esquina de la calle, me obligo a esperar en la intemperie unos diez minutos hasta que veo entrar a Lucía y Edy en el establecimiento. Perfecto, ni me presento la primera como desesperada ni la última dando las campanadas.

Al acceder al local de inmediato noto dos ojos claros observar cada movimiento que hago. Me pongo tan nerviosa que un par de sillas deciden situarse en el camino que lleva al rincón predilecto del grupo. El dueño del bar me inquieta, pero achaco la torpeza a los tacones, no estoy acostumbrada a caminar con desenvoltura cuando los llevo puestos.

Antes de posar el trasero en la silla cuya vista es una preciosa pared llena de fotos del Madrid de los años cincuenta, me sobresalta su voz. Del

respingo que doy golpeo la mesa con la rodilla y casi vuelco las bebidas que él posa en ella.

¡Qué tirria le he cogido a este servicial metomentodo!

—Dime. ¿Qué te sirvo? Sur... de España.

El imbécil es el único que ríe su gracia. Mis amigos le advierten con la mirada que está demás su absurda coletilla.

—Una cerveza, cualquiera que tengas de botella. Gracias.

De repente necesito beber algo con alcohol si quiero poder permanecer allí sentada sin morir de la vergüenza. No recuerdo en la etapa adulta que nadie se burlase de mi nombre como lo ha hecho el patán.

—¿De qué conoces a ese atontado? ¡Por Dios! No soporto a los típicos que se creen graciosos y lo único que consiguen es que vomites.

Lucía es poco dada a hablar en voz baja o callarse lo que piensa, o sea, como diplomática no se ganaría la vida. Así que recibe una mirada atravesada del camarero, quien deja entrever que la ha oído y que no le gusta sentirse inferior a nadie. Aguardo a que el tipo alcance la barra para contestar.

—De nada, no lo conozco más que tú. Tengo la impresión de que ha debido preguntárselo a mi padre.

¿Cuánta información le habrá sacado a Pepe estas últimas semanas? Quiero pensar que mi progenitor tampoco me conoce demasiado como para ir comentando datos de mi vida privada. A lo sumo le habrá insinuado que aún vivo en casa y que estudio una inutilidad que apuesto no recuerda que se llama Bellas Artes.

La llegada de Ismael desvía la conversación y las cavilaciones. Recupero la sonrisa cuando decide sentarse a mi vera. Decir que estoy enamorada de Ismael puede ser precipitado, aunque lo cierto es que me gusta al punto de notar una sensación de felicidad extraña de definir. Lo que me conquistó no fue su físico, me atrajo su inteligencia y su tímida sonrisa.

Al cabo de una hora estoy segura de que esta noche nos besaremos por primera vez. Para mayor regocijo, me toma de la cintura y hace que camine por delante de él cuando abandonamos la cafetería. Me amonesto por dedicar un segundo de los pensamientos al dueño del negocio. Maldita sea, es que el tipo no ha parado de interponerse entre nosotros. Servía la mesa por entremedio de los dos, dejaba caer la bandeja por descuido cuando Ismael se arribaba y susurraba algún comentario al oído. Digamos que el pesado, se convirtió en una carabina.

Aligero el paso, deseosa de perderle de vista lo antes posible.

Los pronósticos son acertados, al despedirnos de madrugada, el ambiente discernido y la influencia del alcohol desinhiben a Ismael. Se atreve a besarme, a tocar mi cintura y espalda por encima de la ropa.

Una vez en casa, metida en la cama, valoro sus besos y caricias. Ha estado bien, bastante bien. Necesito repetir ese acercamiento sin estar aturdida por el efecto de las cervezas y el combinado de ron que aún corre por la sangre. Soy consciente de que las drogas alteran la mente, quizás desenfoco y sobrevaloró el contacto que hemos experimentado. O quizás me quedo corta, pues no recuerdo con exactitud quién de los dos se lanzó al ataque.

Giro en el colchón de un lado a otro en busca de la postura idónea que me permita conciliar el sueño, la sobredosis de adrenalina me lo impide. Decido meditar hasta que caiga rendida, tremendo error, acabo confundida por completo. Debo aceptar que hasta después de las vacaciones no saldré de dudas, porque a la mañana siguiente Ismael se desplaza a su ciudad natal con la finalidad de pasar unos días con su familia.

Levanto la vista del libro de historia, masajeo la dolorida nuca. El escritorio bajo la ventana del dormitorio, la luz del techo encendida, la lamparita iluminando los apuntes y las persianas subidas. Aun así la habitación carece de luz, de vida.

Miro a través del cristal y suspiro. ¡Qué desangelado se ve el ojo patio! Desde que Susana, la vecina de enfrente, se marchó, su balcón no alegra las vistas con sus tiestos colmados de flores. Jamás me he percatado de lo deprimente y triste que resulta el hueco, lleno de tendederos ahora sin ropas colgadas.

Inclino medio cuerpo y llevo la mirada arriba, a lo máximo que puedo en un intento de ver la cornisa del último piso. El sol nunca pasa del quinto, los pisos inferiores sabemos el día que amanece cuando llueve o nieva, como es el caso.

Resignada, muerdo el labio inferior, necesito concentrarme de nuevo en la lectura. Si Ismael estuviese de regreso en la ciudad le hubiese pedido que me explicase el tema. Sonrío, la verdad es que no preciso refuerzo, pero por disfrutar esa tarde de su compañía y volver a saborear sus labios, de nuevo fingiría la falta de retención y comprensión.

El timbre de la puerta suena sobresaltándome, es infrecuente que recibamos visitas inoportunas. Las tres personas que vivimos allí tenemos

llave y los vecinos no se molestan los unos a los otros pidiendo azúcar o algo parecido.

Vuelve a sonar. No es normal la insistencia, así que voy a abrir. Tal vez Ana se ha olvidado las llaves cuando ha subido a dar el pésame a la vecina del octavo, para esas cosas es muy cumplida, incluso habrá comprado los pasteles para el café. Descarto que sea una visita inesperada de Diego, se encuentra en una misión importante de las que no se puede pedir unos días libres.

Abro la puerta pensando en un millón de cosas menos en toparme con un panorama preocupante.

Sin pensarlo camufló el impacto visual que recibo y echo el brazo de Pepe al hombro. Ayudo al dueño de la cafetería San Lorenzo a pasarlo dentro de casa. Mi padre va demasiado ebrio como para caminar solo.

En el salón estabilizamos a Pepe un instante sobre sus temblorosas piernas. Le quito el abrigo. El que debería dar ejemplo sonrío tontamente cuando se desentiende de mi apoyo, palmea la espalda del tipo que lo ha traído a casa.

—Joven, yo puedo sostenerme, estoy bien.

Se cree autosuficiente e intenta enderezarse. Como cabe esperar, se tambalea. Durante unos segundos, avergonzada, cruzo la mirada con el buen samaritano.

—Sur. Dime donde se encuentra el dormitorio de tu padre, no creo que se mantenga mucho tiempo en pie y consciente.

«Gracias a ti, que en vez de cortarle el grifo lo invitas a otra ronda». Le brindo un gesto de reproche que no ve porque sus ojos siguen la dirección que señala mi brazo. Desde luego, la culpa de los problemas que pueda padecer Pepe con la bebida no es del dueño de la cafetería, pero su amabilidad hace daño.

Tardamos tanto en reaccionar que el perjudicado me aparta de forma brusca y protesta:

—¡He dicho que me encuentro bien, joder! —Hipa y una arcada se le forma en la garganta.

—Papá. Será mejor que te echas un rato en la cama.

Las rodillas le fallan, el camarero lo sujeta del brazo con rapidez, apenas necesita hacer fuerza para que no caiga al suelo estrepitosamente. Lo estabilizamos unos segundos y nos encaminamos a paso lento hacia el dormitorio.

—Hija, este es el chico que te conviene. Mantiene los pies en la tierra, no como esos otros con los que te juntas. —Tropieza con sus pies, casi caemos los tres al suelo sin remedio. —Eres un gran chaval, no pensé que Lorenzo tuviese un hijo hecho y derecho como tú. El mío es militar, piloto de combate de las fuerzas aéreas. ¿Debería estar orgulloso de un hombre que no quiere saber nada de su padre? No sé, siempre terminamos discutiendo. Y esta ilusa..., vive en su mundo de fantasía. ¡Vaya prole me dio Dios!

Contestarle que él tampoco debe ponerse muchas flores, porque no es el padre ideal, no tiene sentido. Continuaría menospreciando a su única familia y luego no se acordaría de nada. Pepe cae como un plomo en el colchón, le quito los zapatos ante la atenta mirada del desconocido y le tapo con una manta.

—Sur, este hombre es perfecto —continúa consumiendo el resto de energía que aún guarda. Si no da el coletazo final no descansará tranquilo—. No encontrarás a nadie mejor que él.

—¿Tan fea soy que no voy a poder elegir marido? —suelto con sarcasmo. El hombre sigue divagando a lo suyo.

—Tiene un negocio, un coche, un piso...

¡Y al fin se queda dormido! Contando los bienes del tipo que lo ha acompañado a casa. Pepe Rivas aprecia cantidad las cosas materiales y muy poco las emocionales.

Exhalo, dejó caer los hombros antes de girarme. El tipo sigue parado en el umbral de la puerta con una extraña sonrisa en el rostro.

—Mi padre valora bastante a las personas trabajadoras que saben administrar el dinero. —No sé excusarlo de mejor modo.

Le indico que camine por delante hasta el salón. Trayecto en el que me percató de su aspecto y el mío. Llevo el cabello recogido con una pinza, chándal viejo y dobles calcetines porque no soporto las zapatillas de andar por casa. Cualquier fantasía erótica que tenga conmigo se le habrá evaporado al verme con estas pintas. Detalle que no me importa en absoluto pues él no forma parte de las mías.

Quedamos de pie, él con las manos en los bolsillos de sus pantalones de trabajo y yo con los brazos cruzados. La incomodidad se puede palpar.

—Gracias por acompañarlo a casa. Pepe no suele llegar nunca tan ebrio, sabe cuáles son sus limitaciones.

—De nada. Me pareció que no estaba en disposición de lograrlo sin ayuda. Está nevando y temí que se pudiese resbalar en la acera.

—Muy amable de tu parte —digo con un deje de enfado—. Escucha, te rogaría que no le sirvas alcohol, menos si le ves afectado.

El tipo arquea una ceja como si tuviese algo que objetar, no obstante, asiente.

—Se le acabó las invitaciones gratis —sentencia con una sonrisa doblada y una mirada traviesa.

Es un gesto estudiado, apuesto a que siempre intenta seducir a las chicas con esa pose. Y no dudo que con otras consiga su propósito cuando se lo proponga.

—Bien, pues... hasta otro día —digo con los labios curvados de un modo forzado.

Deseo que se marche de una vez. Él entiende la indirecta, pero al llegar a la puerta se gira de sopetón. A pesar de la distancia que nos separa doy un paso atrás.

—Mi nombre es Fran. —Aparto la vista, me importa un comino su necesidad de entablar conversación—. Quisiera disculparme por lo del otro día, por añadir a tu nombre una coletilla que no venía a cuento. En ningún momento quise ofenderte ni hacerme el gracioso.

—No me insultaste. Estoy acostumbrada desde pequeña a ese tipo de bromas.

—Pero yo no las suelo gastar, es que me pongo nervioso cuando te veo. Como has podido comprobar, hago el mayor de los ridículos. Si me permitieras enmendar...

—Francisco, olvidémoslo. —Marco las distancias llamándole por su nombre completo—. He aceptado las disculpas, con eso creo que es suficiente.

Paso por su vera y abro la puerta de la calle.

—No me llames Francisco, por favor.

Levanto las manos, admito la petición, respeto que no le guste como suena su nombre. Y total, no voy a tratar con él a menudo como para tutearlo. Con suerte no tendré que hablarle nunca más.

Maldigo por lo bajo cuando antes de marcharse, se me queda mirando unos segundos a escasos centímetros. Intuyo que, por mucho que me esfuerce, el dueño de la cafetería San Lorenzo no se dará por vencido. Parece dispuesto a que seamos amigos, y es probable que insista con un nuevo acercamiento.

Capítulo 3

El tercer día de clases y todavía sigo sin cruzarme con Ismael. Según Lucía, le ha visto un par de veces esta mañana. En ciertas ocasiones como la de ahora, se me pasa por la cabeza que rehúye encontrarse conmigo. Desecho esa estúpida teoría, debe ser incompatibilidad de horarios. ¿Por qué iba a darme esquinazo? No lo he acosado con llamadas o mensajes, es imposible que se sienta presionado. Somos amigos que una noche loca han intercambiado unos cuantos besos y caricias sin pedir un compromiso a cambio. ¿No?

Llovizna cuando salgo a última hora del taller de restauración, así que acelero el paso dirección a la parada de autobuses. Veo a Ismael no muy lejos, llevamos el mismo destino. Es la oportunidad perfecta para aclarar incertidumbres.

Doy una carrera y me coloco a su altura.

—Hola, Ismael. ¿Qué tal la semana de vacaciones?

Me mira risueño bajo la capucha de su abrigo. Carraspea nervioso, le sucede a menudo antes de dirigirme las primeras palabras.

—Bien. ¿Y las tuyas?

—Nada que destacar. Vamos, aburridas.

Siento el pulso acelerarse por segundos mientras reímos sin dejar de caminar, y eso que no mostramos algo distinto a la amistad. Nos ponemos al amparo del techo de la parada de autobuses. Ismael se recoloca la mochila en el hombro. ¡Cielos! Llevábamos unos minutos en silencio y no sé cómo romper el hielo.

—¿Tienes un hueco esta semana? No entiendo el tema once de...

—Sur. A ti no te hace falta dar clases particulares. —Se acerca, toma mi barbilla y se inclina—. Pero quedaremos y tomaremos café. Me gustaría comentarte algo y saber tu opinión al respecto.

Lo que deseo sucede, me besa en los labios. Un tierno contacto que agita la respiración de ambos. Por desgracia llega el autobús de línea que espera. ¡Ni apostaría que podría haber sido más inoportuno!

Observo como pica su billete de estudiante y anda por el pasillo hasta sentarse en los sillones finales del articulado. Entonces, unas palmadas tocadas sin ganas logran que deje de prestar atención a Ismael y gire la

cabeza en dirección a un bonito coche mal estacionado.

—Ese tipo no te conviene.

Arqueo las cejas sin poderlo creer. ¡Hay que fastidiarse!

—¿Tú qué sabes quién me conviene o no?

—Soy hombre y tengo unos cuantos años de experiencia en asuntos del corazón.

—Dime algo que no sea tan evidente —digo claro y alto con intención de molestarle.

—Esa línea de autobuses. ¿Cada cuánto pasa? ¿cada cinco o diez minutos? Ese niño podría haberse quedado besándote por lo menos hasta que el tuyo llegase. A mí esa oportunidad no se me habría escapado si la chica de verdad me atrae.

—Tiene un compromiso ineludible —lo justifico por el mero hecho de llevarle la contraria. El tipo bufa incrédulo, cosa que me indigna cantidad.

—Desde luego debe ser más importante que quedarse bajo la lluvia pasando frío con una mujer que no le hace vibrar demasiado.

—Vete al infierno. Nadie te ha pedido opinión.

Enfadada, camino al otro extremo de la parada, ignoro al imbécil metomentodo. ¡Por Dios! ¿Qué hace allí? Rezo para que se largue. Algo me dice que es improbable que espere a alguien y mucho menos a un estudiante.

De soslayo veo como entra en su coche, canto victoria demasiado deprisa. Con los intermitentes de precaución parpadeando avanza los metros que nos separan y abre la ventanilla sin importarle la llovizna.

—Sube, te acerco a tu casa.

—No hace falta. Gracias —rechazo con mal disimulada amabilidad, sin mirarlo siquiera. Ya me parecía raro que estuviese de casualidad por la zona.

—Te he visto cuando pasaba dirección al barrio, he pensado que era buena idea ahorrarte esperar el bus con este frío y esta lluvia. Sur, solo quiero ser amable, de verdad.

La coletilla sobra, ambos lo sabemos. No soy ingenua, está interesado en conseguir una amistad con derecho a sexo.

—Tenemos diferentes destinos —miento y el zorro lo intuye. Para mi desgracia ningún autocar asoma oportunamente por la avenida.

—Seguro que no irás lejos, no me harás desviar del trayecto —insiste.

Nadie puede tener tanta mala suerte, necesito un milagro o las palabras idóneas con las que rechazar su ofrecimiento. Mis plegarias son

oídas, un autobús de línea aparece como por arte de magia y abre sus puertas a un par de metros.

—No tendrás que perder el tiempo callejeando por la ciudad, este es el transporte que aguardaba.

Cruzo por delante del paragolpes delantero de su coche, salto el charco con agilidad y subo los dos escalones del servicio público con el paraguas abierto para desagrado del conductor. Joder, yo misma aceleraría el armatoste articulado en mi empeño de poner distancias con el fastidioso.

Mientras me alejo, una extraña sensación se apodera del cuerpo y en forma de escalofrío me recorre la espalda. Desear algo con esmero suele tener un resultado positivo, ruego que ese sea mi caso. Abrigo la esperanza de que el propietario de la cafetería San Lorenzo no cuente con la ayuda de una bruja poderosa que trabaje arduamente a su favor y le conceda sus pretensiones por encima de las mías.

A las ocho de la tarde, cansada de escuchar de fondo la televisión con la retransmisión de los informativos deportivos a todo volumen, decido despejar la mente con la insignificante actividad que consiste en bajar a la papelería antes de que cierre. Cambio el desgastado pantalón de chándal por unos vaqueros, me calzo unas botas y agarro el cuaderno que debo fotocopiar.

Veinte minutos después sujeto las copias que me entregan, con paso lento me dirijo a la salida verificando que estén correctos los apuntes, que el número de hojas reproducidas coincida.

En un acto reflejo freno de un modo brusco, evito chocar con el propietario de unas deportivas negras y blancas que accede al comercio. Tengo la mala fortuna de que el montón de hojas que llevo apiladas se inclina peligrosamente hacia un lado. Inevitable, me quedo con el primer y el último folio en las manos, el resto resbala, se desparrama por el suelo. Por inercia me agacho rápido, quiero recoger los papeles antes de que sean pisoteados por otras personas. Los despropósitos no vienen solos, me llevo un cabezazo descomunal y caigo de nalga delante de los clientes que han parado a socorrer en el desastre.

—Lo siento mucho —se disculpa el contrario quejándose también del choque.

Aturdida, lamento no haber encuadernado las doscientas hojas como me había sugerido el dependiente.

—Ha sido un accidente. Hemos reaccionado de un modo inconsciente

— digo mirando hacia arriba. De repente desaparece la buena onda, guardo las demás disculpas en un cajón, lo cierro y tiro la llave.

—Desde luego, si estás cerca me vuelvo bastante torpe, te obstaculizo el camino y cuando quiero ayudarte a recoger el estropicio, casi te dejo caos.

Esquivo su mirada y la mano que ofrece como soporte para alzarme. Coloco el codo en el mostrador vacío que tengo a la espalda y me incorporo. De inmediato supero el mareo, comienzo a ordenar un poco los documentos. Es increíble mi mal fario, en cualquier parte tropiezo con el dueño de la cafetería.

—Sur. ¿Piensas que lo he hecho con segundas intenciones?

—No. ¿Por qué deduces tal cosa? —Sigo concentrada en la tarea de desarrugar y clasificar los papeles.

—Pareces enfadada conmigo.

—Pues no lo estoy. Comprendo que ha sido un incidente, que tu propósito no era matarme de un cabezazo.

Frunzo los labios. Aún me duele la frente y él luce recuperado, incluso sonrío, le divierte lo ocurrido. Desde luego, somos la noche y el día: opuestos.

—Entonces, ¿por qué se te cambia la expresión al verme? Solo quiero ser amable, entablar una amistad contigo. En cambio, tú dejas de sonreír, te vuelves la mujer más huraña del mundo.

—Es simple —comento golpeando el taco de hojas varias veces contra el cristal del mostrador con la finalidad de cuadrarlas. Lo sensato si quiero quitarme al pesado de encima es ser sincera—. Considero que no tenemos nada en común. No lo digo por la diferencia de edad, sino porque, aunque vivimos en el mismo barrio, nuestras vidas y amigos son mundos opuestos. Ni mejores ni peores; distintos e incompatibles.

—¿Qué inconveniente le ves? Cuando uno sale a divertirse se puede hablar de otras cosas que no sean los estudios o el trabajo. De hecho, en este instante mantenemos una animada conversación sin que nuestras diferencias se interpongan.

Entrecierro los ojos. ¿No piensa darse por vencido?

—Estamos debatiendo; tú alegas y yo ejerzo oposición. O sea, no nos ponemos de acuerdo. Argumento suficiente para repetir que no tenemos nada en común.

—El viejo dicho dice que los polos opuestos se atraen.

—Las personas no somos imanes. Si lo fuésemos, se nos pegaría todo

clavo oxidado que pasase por la calle.

Le concedo unos segundos porque puede replicar un montón de absurdecos como: dejar en evidencia la mía, hacerme reír con otra teoría sin sentido, etcétera. Pero no se le ocurre nada divertido. Me siento satisfecha, en paz al demostrarle que en efecto no encajamos en absoluto.

—¡De acuerdo! Si no te soy simpático, si te parezco un viejo verde acosador, no puedo obligarte a cambiar de idea. Creía que te hacías la difícil.

—Pues te equivocabas.

—Vale, he captado que no te intereso como tú a mí. Lo siento, me gustas mucho y necesitaba intentarlo.

Pienso que es posible que sea una táctica. A veces, si nos consideramos lo peor de lo peor dando pena a los demás, resulta ser un buen plan para conseguir nuestro objetivo. No obstante, tampoco he querido ser cruel.

¿O eso me hace sentir él con su lastimosa expresión?

—Escucha, no pienso que seas una mala persona. Ni yo suelo ser desagradable. En mi opinión a nadie le gusta que lo engañen, y albergas un interés por mí que no es recíproco, no voy a corresponderte. Es injusto que te crees falsas ilusiones.

A priori de demostrar que en efecto soy mortalmente desagradable, aprovecho su desconcierto y me marchó. De inmediato olvido lo ocurrido, ni siquiera una pizca de culpabilidad ronda por la cabeza al romperle las esperanzas.

Capítulo 4

Con Ismael quedo un viernes. Han pasado dos largas semanas desde que hemos logrado coincidir nuestras agendas, mejor dicho, la de él. Cinco minutos antes de encontrarnos, me juego con Lucía que, si se muestra cariñoso al verme, salgo con ella la noche del sábado. Confío en proclamarme vencedora porque Ismael sigue tímido, mantiene las distancias.

Lucía gana la apuesta, él tiene el arrebatado de besarme al llegar donde estamos sentadas. Se le ve emocionado y feliz, sentimiento que adopto enseguida al desechar la idea de que lo nuestro es una quimera.

Caminamos por la alameda agarrados de la cintura o con las manos unidas. Nos damos algunos besos robados al cruzar el parque. La euforia espontánea que transmite me encandila, disfruto de una relación que todavía no se ha declarado oficial.

Entramos en un bar próximo a la universidad, nos sentamos en uno de los reservados. A medida que pasan los minutos, tomo conciencia de que estoy siendo espectadora de un monólogo. La felicidad de Ismael se debe a sus aspiraciones, a lo prometedora que puede ser su carrera, no a lo maravilloso que es estar conmigo.

—Sur. Debo contarte algo. —Me sujeta las manos, su energía no traspasa mis dedos—. Para este verano me han ofrecido un contrato de prácticas en un estudio cinematográfico dedicado a los largometrajes de dibujos animados.

—¡Eso es extraordinario!

—Sí, es un sueño —dice masajeándose la nuca—. El problema es que es en los Estados Unidos, en California.

Se me desencaja la mandíbula al aspirar la bocanada de aire. Bien por él, un chasco para mí. Ismael es un *crack* como creador y dibujante de comic, no me extraña que se lo sorteen las grandes productoras relacionadas con ese medio. Pero egoístamente, ¿dónde encajo yo?

—Enhorabuena, Ismael. Es la oportunidad que esperabas.

Simulo emoción con la noticia a la vez que me reprocho el pesimismo que desprendo.

—Gracias.

—¿El contrato será por los meses de verano?

Qué pregunta más tonta. Termina los estudios este año, no regresará, se lo rifaran en cuanto le vean trabajar.

—Quizás me quede algún tiempo. Depende de si les intereso o no.

Si piensa irse a la otra esquina del planeta, ¿por qué ahora se decide a traspasar la línea de la amistad conmigo?

—No puedes desaprovechar lo que la vida te brinda. Tus dedos saben crear universos de fantasía, posees una imaginación privilegiada. Ese don debes usarlo, el mundo saldrá beneficiado, te lo aseguro. —Respiro convencida y, decepcionada—. Lo que no entiendo es qué pinto en este importante paso que vas a dar. Sabes que me gustas desde hace tiempo.

—Sur, tú también me gustas —confiesa con pesar—. Cuando nos besamos las otras noches desconocía la propuesta. Me ha costado asimilarla y concluir que, si he aguantado meses sin declararme, puedo esperarte unas semanas. De no regresar porque me ofrecen un contrato irrechazable, podrías trasladarte conmigo a California, acabar tus estudios allí.

—Tentador —susurro sin efusividad.

Ha tardado un año en expresar sus sentimientos. ¿Cuánto puede alargar lo nuestro? Un caos mental comienza a apagarle la sonrisa. La desilusión me embarga a pesar de que procuro disimularla. No hemos comenzado una relación seria y ya hacemos planes para continuarla en la distancia.

—Sería una experiencia vivir juntos.

—Ismael. No nos conocemos, me refiero como pareja —digo arropada por un millón de inseguridades—. En este instante proyectar un futuro es precipitado.

—Tienes razón. Lo iremos viendo según pasen los acontecimientos.

Asiento, finjo una felicidad que noto dividida entre el malestar de perderlo y el deseo de que se cumpla su sueño. Él se muestra convencido de que la distancia no es un inconveniente que nos separe. Y yo necesito creerlo.

Esa misma tarde coloreo de negro nuestro porvenir. ¿Cómo averiguar que Ismael es el hombre de mi vida? Estrechar lazos será una odisea, apenas nos vemos durante la semana y faltan pocas para final de curso. Él se marchará, tendremos un intermedio de meses. ¿Y después qué? Es como jugar a la ruleta de la fortuna con las metas que deseo alcanzar. Porque también tengo ambiciones. Dudo que llegue a ser una artista reconocida, pero aspiro a un cargo importante como restauradora de antigüedades o directora de algún museo. No sé, son muchos los proyectos que persigo. Tapar los ojos

con un velo de ilusión sentimental y labrar mi camino tras los pasos de Ismael, sería como andar sobre brasas en llamas: podría o no quemarme; podría o no salir bien.

Es sábado noche. Las apuestas perdidas hay que saldarlas.

Entro con Lucía en un pub que conserva zona de billares a un lado y pista de baile a otro. La música es buena, las copas asequibles. Se halla abarrotado y eso que apenas pasa de la medianoche. Pero nosotras somos unas privilegiadas, disponemos de sitio gracias a Edy y los amigos de este.

La primera consumición nos la pide Edy, la segunda se hace el remolón, hay exceso de gente en la barra. Se queja de que envejecerá antes de que le sirvan. Lucía y yo conseguimos un espacio tan reducido en el mostrador que si nos miramos a la cara nos saludamos como los esquimales. Así que nos turnamos, cuando yo miro la pista de baile, ella intenta llamar la atención de alguna de las camareras, y viceversa.

A los diez minutos estamos desesperadas, le toca a ella el turno de lograr la gran proeza de que nos atiendan. La oigo gritar:

—¡Venga ya! Y a las mujeres que nos den por... por favor, dos roncola, gracias.

Reímos cada una inclinada hacia el lado que le corresponde, Lucía con la frente pegada en la encimera de acero contiene las carcajadas, procura que la espectacular camarera no piense mal y crea que nos divertimos a costa de localizarle algún defecto. Tarda unos minutos en levantar la cabeza y enjugarse las lágrimas.

—Amiga. ¿Quieres que te sea sincera? —chilla sin venir a cuento. Como no entiendo a qué se refiere me inclino, pego el oído para que se explique—. Sur. Tengo que confesarte una cosa, el camarero, no está nada mal.

—¿De qué hablas? Aquí solo sirven chicas.

—Te digo que el dueño de la cafetería San Lorenzo está para hacerle un favor que otro. Reconozco que no le había visto con ropa informal en otro ambiente bien distinto al suyo. Ahora que llevo un rato observándole, el tipo se mantiene increíble.

—Sobre gustos no hay nada escrito, a mí me atrae Ismael tal y como es.

Me da la razón por no contradecir.

—Posee su encanto, nadie lo discute. Pero se marcha. Y tú te quedas.

Y perdóname si te molestan mis palabras, pero con las dudas que guardas, no crees a fe ciega que sea el hombre de tu vida. Decirte que el “sin gracia”, aunque atractivo tipo de la cafetería lo sea, es aventurarse. Sin embargo, dispones de la oportunidad de indagar. Porque se encuentra en el extremo derecho de la barra y no te quita ojo. Te observa desde que entramos.

La curiosidad que en verdad no siento asoma por culpa de Lucía. Sin querer llevo la vista hasta donde ella indica. En ese momento él está ocupado tonteando con una chica llamativa y empalagosa a la que debe pesarle el pecho porque su inclinación es preocupante. ¿Qué pretenderá la joven con esa postura, que se las admire o se las sostenga?

—Se intuye que es un hombre que atonta a ciertas mujeres —suelto con sarcasmo apartando los ojos de semejante espectáculo bochornoso—. Las otras tardes le confesé que no me interesa y te aseguro que ha captado la directa. Si me ha mirado es, no sé, pura casualidad.

—Ahora entiendo su comportamiento —dice pensativa—. Te has hecho la dura y eso le mola, le motiva. Si de verdad vas a querer quitártelo de encima tendrás que acostarte con él, de lo contrario seguirá encaprichado.

—No voy a hacer tal cosa —niego horrorizada.

—Deberías. Sur, no eres de vestir santos y llevas un año a la espera de que Ismael te corresponda. ¡Fíjate! ¿De qué te ha valido? Mi consejo es que, si te surge la posibilidad, date un homenaje.

—Hablas igual que mi madrina. No. Reniego de esa descabellada idea. Vamos, la elimino de la cabeza.

—¿Crees que le serías infiel? Cariño, Ismael no es tu novio. Te ha sugerido un contrato a largo plazo, sin declararse, sin decirte que te quiere, sin implicarse en tu vida ni nada por el estilo. ¿Por qué no ha venido con Edy? ¿Por qué no disfruta de tu compañía mientras puede?

—Porque necesita solucionar asuntos. Pronto se marchará.

—Excusas, Ismael es un maestro de las excusas. Y tú una buenaza que justificas a los demás sin enfadarte nunca —dice sonriéndole a un chico que le empuja sin querer—. Considéralo, ¿vale? No pierdas el tiempo.

Cabizbaja, agarro la copa que al fin nos han servido y encamino dirección al grupo de amigos. No es que vaya a cambiar de opinión con respecto a acostarme con el dueño de la cafetería San Lorenzo, es que duele escuchar la realidad de la casi inexistente relación que mantengo con Ismael.

En menos de una hora presencio como poco a poco mis acompañantes se vuelven mimosos y se emparejan. Incluso Lucía, la promotora de la salida

nocturna, tontea acaramelada con un tipo guapísimo. No tiene remedio, adora que los hombres revoloteen a su alrededor para luego cazar a la mejor pieza.

Con discreción agarro el abrigo y salgo del pub.

El frío es soportable esta noche, debato entre parar un taxi o caminar. La calle permanece transitada a pesar de que son las dos de la madrugada, no corro peligro si paseo. A los pocos metros me alegro de la decisión, viene bien quemar el combustible consumido antes de acostarse. Odio que la habitación se ponga a girar al tumbarme y cerrar los ojos.

—Una joven tan hermosa no debería andar sola a estas horas de la madrugada.

Enseguida tenso los hombros, la voz es más familiar de lo que quisiese. En un segundo le tengo caminando a la vera, dedicándome una sonrisa mientras se enciende un cigarrillo. Niego con la cabeza sin frenar la marcha. ¡Para remate, fumador!

—Puedes ahorrarte la caballerosidad. Sé llegar a casa sin necesidad de compañía.

—Voy en la misma dirección. Solo. Si es lo que deseas averiguar — dice al ver que miro de reojo si nos sigue alguien.

—No me importa con quien puedas ir. Aunque reconozco que sería desagradable actuar de carabina.

—Jamás permitiría que te vieses en tal situación.

El olor a hierba ilegal se cuela de sopetón en mis fosas nasales. Toso y estornudo varias veces seguidas.

—¿Podrías apartar eso? Soy sensible al humo del cannabis.

—¿En serio? ¿Siempre te molesta? —pregunta con el ceño fruncido.

—Bueno..., no consumo esas cosas, habré entrado un par de veces en una habitación donde se fumaba eso. Los síntomas son los mismos; al principio me pica la nariz, luego la garganta y estornudo como unas quince veces. Debo respirar aire puro si quiero ser dueña de los pensamientos.

Me muerdo la lengua. ¿Por qué le cuento mi corta experiencia con las drogas? Él sonríe mientras da una calada y suelta el humo a un lado evitando que la nube me envuelva por completo.

—No tienes nada que ver con las mujeres con las que me relaciono.

—El comentario ofende. ¿Crees que soy una simplona cuadrada porque no necesito estupefacientes para distraerme?

—Al contrario. Sin los efectos de los narcóticos de por medio, eres divertida. La primera joven con la que mantengo una conversación

interesante en mucho tiempo.

—¡Vaya! Si me tomas por una mujer entretenida, con lo sosa que soy, no quiero ni pensar como serán tus amigas.

—Son..., ese tipo de chicas alocadas que se desnudan con facilidad.

—Mejor guárdate la información sobre tu vida sentimental.

Ríe la mala disposición que le muestro.

—Prueba a darle una calada ahora que estás al aire libre.

Extiende el brazo acercando el cigarro. Declino el ofrecimiento.

—No me apetece perder “los papeles”, menos si te encuentras en un radio en el que puedas influenciarme a cometer un error. ¿Sabes? Cuando estás cerca suelo sufrir alguna contrariedad, y no me agradaría acabar con el cráneo partido esta noche.

—Ostras. Sí que me odias. El cabezazo fue sin querer, te lo juro.

—No te odio. Como te he dicho, con oler la hierba me aturdo. ¿Quién sabe la reacción que tendría al consumirla?

—¡Pues probémoslo! Prometo comportarme como un señor, llevarte a casa sana y salva. No tomaré en consideración los disparates ni comentarios despectivos que dirijas contra mi persona. Porque ambos sabemos que no saltarás sobre mí exigiendo mantener relaciones sexuales. —La teatralidad de sus gestos hace que sonría—. Por primera vez digo algo que te causa gracia. Eso es buena señal.

—Yo diría que es cierta la teoría del fumador pasivo, el humo me provoca efectos secundarios.

No miento, noto como el alcohol consumido y el narcótico inhalado me relajan los músculos faciales. Vuelve a tenderme el cigarro.

—Acepta el reto, libera tensiones. Una calada no te perjudicará.

Antes de llevarlo a los labios pregunto sin pensar:

—¿Puedo fiarme? ¿No serás un peligroso secuestrador de jovencitas veinteañeras?

Sus ojos celestes me miran con horror.

—Tesoro, te has pasado.

—Lo siento, no quería insultarte —me disculpo enseguida con la cabeza gacha, sin alzarla le entrego el pitillo. Él apenas roza mis dedos al aceptarlo.

—No me haré el indignado porque sé que terminaré perdonándote esa tontería que acabas de decir a lo loco —responde riendo, quitándole gravedad al estúpido y desafortunado comentario.

Sonrío con timidez y seguimos paseando en silencio. Atacarle de esa vil manera ha sido desconsiderado, no encuentro la oportunidad de arreglarlo.

—Sur. ¿Te apetece una última copa?

Desconcertada, freno y giro sobre los pies pues él se ha quedado atrás.

—Francisco, creo que...

—Por favor, no te excuses en que estás mareada o en que: «Ya que hemos llegado hasta aquí ilesos, es mejor no tentar la suerte». Nos hallamos delante de mi cafetería por si no te has percatado, y me gustaría invitarte a una copa. No es una cita, ni voy a pagar un dineral por un par de gin-tonic en el lugar más glamuroso de Madrid.

Observo como saca las llaves del bolsillo del abrigo y abre la reja pequeña que accede al bar. Quita la alarma, pero no enciende las luces.

—Si te animas. Baja la persiana para que parezca que está anclada al suelo.

Desaparece dentro dejando entreabierta la puerta.

Suspiro hondo. ¿Sigo mi camino o me contradigo y acepto la invitación? Si soy sincera, la coherencia se desconectó hace rato, anda saltando de pensamiento absurdo en pensamiento absurdo. Ni siquiera he prestado atención a la ruta que hemos tomado para acabar frente a su negocio. No creo que lo haya tramado aposta, porque todos los caminos del barrio conducen a la cafetería San Lorenzo. Estoy relajada, su compañía es amena, y nadie me obliga a practicar sexo con él.

Hago lo que solicita, bajo la reja y dejo la llave puesta en la cerradura cuando cierro la puerta. El interior se ve en blanco y negro, iluminado gracias a la luz de las farolas. Me dirijo a la barra, tomo asiento en uno de los taburetes, él ya vierte hielo en dos copas anchas.

—¿Ron, ginebra o whisky? —sugiere señalando las botellas—. Cualquiera es de la mejor selección. Aquí no servimos marca blanca.

—El ron me parece perfecto.

Recojo el cabello con una gomilla que llevo en la muñeca, me distraigo admirando la destreza con la que se maneja detrás el mostrador.

—Trabajé unos años como barman en exclusivas discotecas de Ibiza y Las Islas de Gran Canaria hasta que comencé a dirigir alguno de esos negocios.

—Ahora cobra sentido esa cuchara larga en espiral que has utilizado para mezclar la tónica con la ginebra. —Al sonreír revela una dentadura que, aunque no es impactante, resulta acorde con su agraciado rostro—. Puedo

aventurar el motivo, pero ¿Renunciaste a esa vida de nocturnidad por propio deseo o por obligación?

Bebe un trago largo mientras medita la respuesta.

—Ambas cosas. Cierto que tenía un merecido reconocimiento y me pagaban exageradamente bien. Sur, la noche es un mundo distinto, te atrapa. Una parte quiere cambiar de vida, otra no. El fallecimiento de mi padre y el empeño de mi madre han logrado que regrese a casa.

Su expresión parece ocultar que hay una tercera razón. Que por supuesto, no pienso averiguar.

—Francisco. No es que tuviese mucho trato con Lorenzo, aun así, lamento su fallecimiento.

—Gracias.

Rodea el mostrador, se sienta a dos taburetes de separación. Que conserve las distancias ayuda a que me relaje.

—¿Puedo pedirte una cosa?

—Sí —contesto.

—Por favor, llámame Fran.

—Aún no hemos adquirido confianza, prefiero...

—Sur. Me llamo Franco, no Francisco —dice serio, tajante.

La exclamación se me atasca en la garganta. He sido una estúpida al conjeturar su nombre cuando advirtió en contadas ocasiones que me equivocaba. Vuelvo a sentirme ridícula, avergonzada al provocar otra embarazosa situación.

—No te sientas incómoda, tampoco me gusta como suena. Mi madre es de origen italiano, no tuvo en consideración que en España no es común llamar a un niño así.

—En absoluto pienso que sea un nombre feo, el mío también es infrecuente.

—¿Te importa si cambiamos de tema? —De nuevo es cortante—. ¿Qué tal con el tipo ese? ¿Si sois novios por qué te ha dejado sola esta noche?

Dejo el vaso en la encimera de acero. Me remuevo en el asiento, temo haber caído en una trampa. El lobo disfrazado de amabilidad. Soy consciente de su astucia, considera que soy influenciable, que estoy perjudicada porque he ingerido alcohol.

—No somos siameses, cada cual puede salir con sus amigos si encarta la ocasión y le place.

Curva los labios hacia abajo mientras asiente con escepticismo.

—Te seré sincero. Prefiero creer que de verdad ese tipo no es tu novio, que solo intentas darme motivos para que no te insista. Porque de lo contrario me fastidiaría cantidad que ese capullo venga a la cafetería y se besuquee con otra chica que no eres tú, sino una rubia de caderas generosas y gafas de pasta negra.

Si me hubiese tirado del taburete a un suelo lleno de cristales puntiagudos, no habría sangrado ni dolido tanto. ¿Ismael me engaña con Eva? ¿Podía considerarme traicionada? Ni siquiera salimos de forma oficial.

La mente se vuelve un caos. Al analizarlo con frialdad, cabe la posibilidad que mantenga una relación con su compañera de curso y yo sea la alternativa.

Miro a Fran, puede caerme bien o mal, pero no parece un mentiroso sin escrúpulos. Es evidente que ha querido abrirme los ojos arriesgándose a que el dolor y la ira que sufra con la noticia se invierta en su contra y le llame embustero.

—Tengo que marcharme.

Bajo de un salto y casi pierdo el equilibrio. ¡Qué fastidio! Sí que estoy afectada, las luces de las farolas giran en la oscura cafetería igual que las de una lámpara de discoteca.

—Espera un rato a que se te pase el efecto del alcohol, después te acompaño a casa.

—El aire fresco me despejará. —Noto como el corazón se acelera y las lágrimas se agolpan en los ojos.

—No seas testaruda mujer, siéntate.

Coge una silla que rodea una de las mesas y la acerca, desilusionada me dejo caer en el respaldo. Después de un breve silencio en el que las mejillas soportan un aguacero por el llanto, confieso.

—No es mi novio. Ismael dice que le gusto, incluso ha propuesto que me vaya con él a California. Pero existe una barrera entre nosotros que no se rompe y ahora sé quién impide que eso ocurra —sollozo sin remedio.

Fran permite con su silencio que me tranquilice. No se compadece, ni incita a que odie a nadie, tampoco se queja de la conducta lacrimosa.

—Sur. Aquí hace frío y llevaría un rato calentar la máquina industrial del café. Si te apetece puedo ofrecerte uno casero en mi apartamento, seré todo oídos si deseas desahogarte.

—No. No voy a ir a ninguna parte que no sea mi casa. Debo irme, es tarde.

—Tesoro. Yo vivo aquí mismo. El apartamento está cruzando el almacén, subiendo la escalera. —Sonríe al intuir el recelo que le guardo—. Necesitas una bebida que te reconforte, un café o un té caliente.

Extiende la mano, permanezco reticente unos segundos, una vocecita grita: no cedas, no vayas a la guarida del lobo. Una fuerza desconocida hace que camine por donde él indica. Pongo mucho empeño en frenar el lloriqueo que me provoca la decepción que siento. Imposible, soy incapaz de contener las emociones.

Llegamos al final de la cafetería, los servicios quedan a un lado. Pasamos al almacén, la iluminación resulta insuficiente. Miro la escalera, se me antoja peligrosa a pesar de que solo cuenta con unos seis o siete peldaños. Esta desprovista de barandilla y para remate, el último escalón que accede al apartamento actúa de rellano, la puerta se come parte de él. Pese a que Fran ejerce de barrera protectora voy con cuidado de no perder el equilibrio.

—Es inviable instalarla de manera que abra hacia el interior de casa — comenta al ver mi cara de espanto.

—Es peligrosísima.

—Cierto. Aunque te acostumbras si vas con prudencia —dice una vez hemos cruzado el umbral de su humilde morada.

Ocupo el filo de un sillón individual, espero a que él prepare el café en la cocina abierta al salón. Procuro controlar las lágrimas, las seco, otras surgen en su lugar.

—Es un apartamento bonito —aprecio desde mi posición.

—Está bien distribuido a pesar de ser pequeño. Puedes curiosidad, te doy permiso.

—Nunca he sido fisgona —respondo quedándome donde estoy.

Al cabo de unos minutos me sueno la nariz, él no me quita ojo, pendiente a que calme la incontrolable llantina. Noto que la situación empieza a ser embarazosa, así que sorbo el último trago de cafeína y me incorporo con la finalidad de posar el vaso en la mesita auxiliar.

—Gracias, ya me encuentro mejor —miento, sufro los efectos secundarios del alcohol y el cannabis, los muebles de la estancia pierden la forma, sus líneas se distorsionan.

—No te vayas aún.

Le basta un paso para colocarse delante, lleva sus manos a mi rostro y posa sus finos labios en los míos. Durante un instante me niego a responder al beso, hasta que percibo su calidez cubrir mi cuerpo. Turbada y falta de

oxígeno abro los labios, necesito respirar. Oportunidad que aprovecha en el acto, introduce su lengua en mi boca e insiste. Doblega mis fuerzas.

No sé qué me nubla la mente al extremo de prolongar el beso. El subconsciente grita que pare de inmediato, que le rechace. El cuerpo no responde, el anhelo de recibir unas cuantas caricias y abrazos termina por hacerme olvidar que es un tremendo error, que no amo a este hombre.

Comenzamos a desnudarnos con torpeza, quedo tumbada en el sofá con él entre las piernas, impacientes por saciar la lujuria. El inesperado deseo carnal lucha contra la lógica.

—Fran, —jadeo cuando su lengua recorre mi cuello y sus dientes muerden la clavícula. Su erección palpita impaciente en mi vientre—, paremos esto. Es importante ir despacio, fortalecer la confianza entre nosotros.

—Tesoro, no tienes de que preocuparte. Si no tomas la píldora...

—¡Sí que la tomo! Tomo todas las precauciones—Por un segundo recupero las fuerzas y lo aparto—. Nunca tendré una enfermedad venérea ni un hijo no deseado.

—Está bien saber que los dos somos precavidos. Nunca descuido ni olvido la protección.

Vuelve a besarme de un modo que olvido seguir con la protesta. A tientas abre un cajón de la mesita auxiliar y coge un preservativo.

Capítulo 5

Despierto con un dolor de cabeza impresionante. Parpadeo varias veces, llevo la mano a la frente con el deseo de que ese acto calme las punzadas que siento en la sien. De repente recobro la memoria, miro hacia el otro lado del colchón. Horrorizada incorporo medio cuerpo, la peor de mis pesadillas se ha hecho realidad. Me he acostado con el metomentodo, y como si no fuese bastante, me quedé dormida en su cama.

Maldigo al diablo por tentar a las hormonas para que cayesen tan bajo que me incitaron a practicar sexo sin amor. ¡Qué ingenua! Creí que podía desmadrarme un poco sin cometer una locura, no calculé con exactitud el peligro que podía presentarse. Fran me da mil vueltas en experiencia. Tejió una trampa y yo, crédula, caí en sus redes.

Con cautela salgo de la cama sin desvelarle, abandono el dormitorio y me visto a toda prisa en el salón. Al pasar la camiseta por los hombros arrugo la nariz, de pronto el olfato resucita al hallarse encerrado dentro de la tela. Olfisqueo la ropa y la piel, no desprendo el mejor aroma del mundo. Culpo de ello a Fran, a su vicio por el tabaco, y en definitiva, a los excesos de la noche anterior.

«¡Ni se te ocurra, Sur! Te duchas en casa», me advierto abrochando el botón de los pantalones.

Localizo las botas, el abrigo y el bolso. Mientras apilo las cosas entre los brazos, pongo una fe ciega en la teoría de Lucía. Tengo la esperanza de que Fran, una vez conseguido su propósito, olvide que existo. Por mi parte, me he regalado un homenaje que mantendré en secreto, por supuesto. Nadie nos ha visto juntos y nadie debe enterarse. Fin de la historia.

La contrariedad ahora reside en: ¿Cómo salgo de la cafetería sin su ayuda?

Recuerdo que horas atrás yo misma bajé la reja de modo que parecía anclada al suelo. Que cerré la puerta con llave y las dejé puestas en la cerradura. Fran no se molestó en poner la alarma, eso significa que alcanzando o no su objetivo, ni por casualidad esperaba que pasase el resto de la noche en su cama.

¡Bien por él! Es la primera vez que la frase, si te he visto no me acuerdo, me resulta de lo más cordial y oportuna. Pero encuentro otro

inconveniente: ¿De qué manera le devuelvo las llaves?

Quiero gritar de impotencia.

Camino descalza y de puntillas hacia la puerta, determino que ¡jamás! se las regresaré. Que llame a su compañía de seguros y le cambien la cerradura del negocio. Esa idea maquiavélica y las prisas casi logran que caiga rodando escaleras abajo. Gracias al cielo que me agarro al picaporte y esquivo resbalar en el minúsculo rellano.

Una vez en el almacén, lejos de que un posible ruido le despierte, me coloco las botas, el abrigo y peino con los dedos la melena.

Accedo a la cafetería. ¿Y cuál es la sorpresa? Que está recién abierta al público y tiene un cliente sentado en el mismo taburete que utilicé horas antes.

El camarero al verme se queda igual de asombrado que yo, que permanezco paralizada en medio del salón-comedor. El hombre reacciona, se gira hacia la cafetera industrial, llena un filtro con café molido y espera a que salga el líquido negro de la máquina. A continuación, traslada la taza al mostrador y le añade leche.

En ese momento asoma de la cocina una mujer de unos sesenta años. No me ve de inmediato por lo que puedo analizarla con unos segundos de ventaja. Es de estatura baja y complexión delgada. Porta un gesto serio, indescifrable. Es probable que sea crónico. Intuyo que es de esas personas que pasan inadvertidas, quizás por su apatía a la vida. Enseguida relaciono, uno parentescos y descubro que es la madre de Fran. Sus pequeños ojos azules me escrutan, el reconocimiento es completo, de pies a cabeza. Entonces, sin esperararlo, el camarero me habla.

—Joven, aquí tiene su café con leche. Y perdone si los baños no están en condiciones de ser usados, todavía no hemos podido acondicionarlos como es debido.

La noble sonrisa y su amable tono de voz me devuelven a la realidad. Genero un sentimiento eterno de gratitud hacia ese hombre que quiere preservar mi reputación.

—No se preocupe. El lavabo de señoras está aceptable. —Froto las manos en los vaqueros, como si me las hubiese lavado y los utilizase de toalla.

Con el propósito de llamar la atención lo menos posible tomo asiento en la esquina cercana a la calle. El café caliente sabe a gloria, y deliciosas, las dos galletitas que me proporciona Joaquín, el afable camarero.

Cuando considero oportuno marcharme, el empleado no quiere cobrar lo que cuesta el café con leche. Sin levantar la voz se niega en rotundo a aceptar las monedas. Concluyo que el hombre de pelo canoso y rostro cansado, debe ser un buen marido, un buen padre y un mejor abuelo. Joaquín se merece un beso en la frente por querer resguardar mi honra ante la madre de su jefe y los clientes vecinos del barrio. Pero no recibe esa desproporcionada muestra de agradecimiento, a cambio, dejo una generosa propina que aumentará la hucha de los empleados.

La semana pasa sin sobresaltos. Ismael escribió varios mensajes que no contesté. Del amante no deseado ni rastro. Bien es cierto que pongo medios para esquivar a Ismael en la universidad y no traspasar el radio próximo a la cafetería San Lorenzo. Algo poseen en común los dos hombres que han descolocado mi universo; sigo enfadada con ellos, me han utilizado.

Miro el reloj y calculo la hora que será en Perú, me apetece hablar con Claudia. Descarto llamar desde el móvil que Diego me regaló en navidades, es de prepago y cuesta un dineral las comunicaciones. Como tengo prohibido utilizar el fijo de casa para realizar llamadas internacionales, voy a un locutorio del barrio.

De regreso, a unos metros de alcanzar el portal, veo de reojo a Ismael cruzar la calle. No quiero que me intercepte, no me siento en condiciones de abordar el asunto de Eva. Y no soportaría que fingiera normalidad. Al proponerme acelerar el paso, unos brazos me abrazan y estrechan desde atrás frenando la huida. Un perfil masculino se hace hueco en mi cuello y sus labios comienzan a besar el contorno del rostro.

—Cómo te he echado de menos, tesoro. Te ha bastado una noche para dejar impresa tu esencia en mi cuerpo y tu fragancia en el apartamento.

Experimento infinidad sensaciones: frío, calor, deseo, odio. Un popurrí de emociones opuestas que me erizan la piel. Soy consciente de que Ismael presencia la surrealista escena que protagonizo con Fran. No hace falta estudiar su gesto, comprendo que ha llegado a una conclusión errónea. Y es que cualquiera que pase a nuestra vera puede pensar que somos una pareja de enamorados prodigándose en cariños.

—¡Quítate de encima! —grito retorciéndome, aparto sus manazas de la cintura.

Fran retrocede, se peina con una mano el fino cabello, ha captado que su comportamiento está fuera de lugar. Hace el amago de marcharse al ver que

el chico que me gusta se halla delante nuestra.

—Os dejo que habléis.

Ismael nos mira, me mira. Lo que asoma a sus ojos, ¿es desilusión o asume una derrota?

—Sur. Ya conversaremos en otro momento.

Sin añadir nada más sigue su camino calle arriba.

Nace en mí una oleada de coraje que jamás creí poder generar. ¿Cómo es posible que un hombre inteligente y simpático, actúe sintiéndose inferior a los demás? Ni que Fran fuese un ser supremo y él un don nadie.

De pronto sí quiero ir tras él, protestar, discutir, aclarar las cosas. Escupirle a la cara que se merece que le engañe, que no es el único capaz de jugar a dos bandas con el corazón de los demás. Pero Fran lo impide agarrándome del codo.

—No consentiré que te rebajes, que corras a suplicarle. Si no ha reclamado lo que considera suyo, no te ama.

De un movimiento brusco me deshago de su agarre. Impotente, fuerzo la mandíbula.

—No vengas a interpretar el papel del perfecto caballero andante. Es un estereotipo de hombre que no se sostiene las veinticuatro horas del día, los trescientos sesenta y cinco días del año. Mucho menos toda la vida. Esto que ha ocurrido es por tu culpa, y ya veo que no te arrepientes.

—Jamás he tenido en las manos una novela romántica, ni suelo ver películas de ese género. Tan solo sé que me importas. No me acosté contigo con la intención de pasar una noche disloca.

—Te confesé que me atrae ese chico. Así que debiste concretar qué anhelas recibir tras un revolcón. ¡Oh! ¡Un momento que voy a hacer memoria! —digo indignada—. Preguntar eso te fue imposible porque me tendiste una emboscada. Te aprovechaste de mi vulnerabilidad emocional y física para ganarte mi confianza y acostarte conmigo. De otro modo jamás lo hubieses logrado.

—No recuerdo que pusieses resistencia a mis caricias, al contrario, fuiste bastante pasional.

El instinto me dicta pegarle una bofetada, pero nunca he sido agresiva y no empezaría con alguien que no vale la pena. Elevo las manos al cielo, resignada a tragar la frustración.

—En cambio, tú no debes poseer ningún encanto especial digno de rememorar, porque no recuerdo lo que sucedió esa noche. Y fíjate cuánto me

importas, que te permito pensar que soy una cualquiera. ¡Lo único que quiero es que me dejes en paz de una santa vez!

No consigo localizar a Ismael, seguimos sin aclarar las cosas. Es Edy quien días después me informa de que una universidad de los Angeles ha aceptado su solicitud, terminará la carrera allí. No me sorprende que el trámite se haya agilizado como por arte de magia, su nota media es excelente y la productora desea que se incorpore al equipo de inmediato.

Nuestros caminos se separan, estoy convencida de que no nos volveremos a ver. La esperanza de arreglar las cosas se desvanece, la relación con Ismael va camino de ser historia.

Paralelo al desengaño que sufro se propaga el rumor de que mantengo un romance con el propietario de la cafetería San Lorenzo. Debí adivinar las posibles consecuencias del abrazo y el afectuoso beso de Fran en mitad de la calle. A los únicos que revelo la verdad, es a Lucía y a Edy. Desmentir semejante disparate es como querer apagar un monte en llamas con la ayuda de una pala de plástico.

En esa semana asumo dos cosas: que Ismael no contestará las llamadas y que las habladurías cesarán con el tiempo, basta con no darle mayor importancia. Como bien aconsejan mis amigos, el reto es finalizar el curso con extraordinarias calificaciones, optar a la siguiente beca y poder costearme el último año por si al final quedo sola en la ciudad.

En la madrugada del sábado suena un mensaje en el móvil. Ni duermo ni estudio, contemplo y dibujo el triste balcón que otras primaveras alegraba las vistas del ojo-patio con tiestos de colores y flores llamativas que en las noches de verano desprendían un agradable aroma a campo.

Leo con desgana la pantalla, aunque pueda ser Diego el emisor del mensaje.

«Lo lamento. Ha sido inevitable que estemos en boca de los vecinos».

Exhalo con pesar, muerdo los labios con fuerza. Esto es una pesadilla, ha conseguido mi número de teléfono. Entra otro texto extenso.

«Magdalena suele ser discreta, pero las otras tardes le comentó a tu padre que estuviste desayunando en la cafetería, recién amanecido y sin compañía. Pepe de inmediato soltó que habrías estado de fiesta con alguno de tus amigos “artistas”. Joaquín quiso cubrirte, puso en duda su comentario alegando que dabas la impresión de haber pasado la noche estudiando en casa de alguna compañera. Lo siento. Es una pena que tu padre apueste por las

versiones donde quedas bastante mal parada».

¿Por qué no me extraña que Pepe valore a los demás basándose en un punto en el aire, en vez de por una línea recta y continua sobre el papel? No suelo salir de fiesta hasta altas horas de la madrugada, ni acostumbro a acostarme con cualquier hombre que se insinúe. Es inentendible que me tache de irresponsable.

Sonrío, Joaquín es un señor adorable. Ojalá alguno tomase ejemplo de él y defendiese a los suyos de igual modo. Regreso la vista a la pantalla luminosa. ¿Es que no va a parar nunca de escribir?

«Sur. Me tomé la libertad, sin pensarlo con detenimiento, de mencionar que fui el culpable de no dejarte ir a descansar. Que me encontraste en la calle en un estado lamentable y tuviste la amabilidad y paciencia de soportarme hasta lograr que llegase al apartamento sin meterme en problemas. He pedido disculpas por entretenerte, por el compromiso en el que te he puesto».

Muy altruista de su parte, ¿entonces? ¿por qué la gente cree que mantenemos una relación más allá de la amistad? Él parece oír mis pensamientos y contesta:

«No advertí que hay ojos y oídos en los rincones. La mujer del pastelero no se lo pensó dos veces, entró en la conversación. Contó sin ningún reparo que nos había visto en actitud cariñosa las otras tardes cerca de tu portal».

¡Ahí está la clave! Dos adultos que se abrazan no despiertan una curiosidad especial en las cotillas del barrio. En cambio, si huelen misterio, perversión y la posibilidad de despellejar a alguien con infamias e injurias, sacan a la bruja que llevan dentro. Fuimos un blanco fácil. Que Fran, un hombre atractivo e independiente se fije en una joven estudiante, les interesa; que la chica salga a hurtadillas de su apartamento e intente ocultarlo, es la noticia bomba.

Desconecto el teléfono sin molestarme en responder a sus disculpas y continuo con el dibujo. Sé que vendrán tiempos difíciles y esa actividad logra evadirme de la realidad, me trasporta a un mundo en el que poseo el control absoluto.

No recuerdo a qué hora apagué la luz, ni sé el tiempo que llevo durmiendo, pero los sentidos detectan a Ana en el dormitorio dispuesta a abrir la persiana.

—¿Para qué me molesto en cerrarlas si nunca entra claridad? —

murmuro bajo las sábanas—. Total, el único vecino que podría verme desnuda no enfoca a un palmo de su nariz.

—Sur, tienes visita.

Escucho decir a mi madre con su habitual suave tono de voz, salvo que advierto un ligero matiz de enfado.

—Mamá. Dile a Edy que después le llamo y quedamos. —Deduzco que es él quien ha venido, Lucía habría entrado directa, sin pedir permiso.

—No es ninguno de tus amigos —suelta molesta.

—¿Quién está en el salón? —Leo la respuesta en sus ojos antes de que salga por sus labios.

—El joven de la cafetería San Lorenzo, ese tal Franco. Quiere hablar contigo, tu padre le ha hecho pasar. Podrías haberme contado que ya no te gusta Ismael, que sales con un hombre mayor que tú.

—Te va a llevar media eternidad aprender a no creer los chismorreos —le recrimino desperezándome.

—Hija. Algún motivo habrá para que venga a buscarte a casa.

Su mirada apagada se cubre de arrugas cuando se acomoda a mi vera.

—Mamá, es porque a él sí le gusto y se ha propuesto amargarme la existencia. Maldita sea, estoy cansada de que se especule sobre mi vida sentimental. No mantengo nada serio con ese tipo. Esta historia empieza adquirir más tinte de película de acoso que de romance. Ahora mismo aclararé un par de cosas con ese pesado.

Ana toma una bocanada de aire, lo expulsa con melancolía mientras acaricia mi mejilla. Deja de estar enojada.

—Te pareces a tu tía Claudia. Ella siempre ha sido la beligerante y yo la dócil. Sur, sabes que no soy la indicada para aconsejarte en lo concerniente al corazón. Mantener un matrimonio, criar a los hijos. Nada de eso es sencillo. Cada uno lo hace lo mejor que puede. Entenderás lo complicado que resulta cuando tengas una relación seria.

—¿Temes que Fran se parezca a Pepe?

—Tu padre nos quiere a pesar de su carácter difícil. Lo que sucede es que le cuesta demostrarlo abiertamente, una cualidad que comparte con Claudia, ella es incapaz de entregarse libre de condiciones.

La miro con detenimiento. Ana deja caer los hombros, queda patente que no quiere pronunciarse sobre lo que opina de Fran.

—Jamás juzgas a alguien que no conoces. Pecas de inocente.

—Hija, prefiero ser prudente y no equivocarme.

—¿Te parece un joven agradable? —pregunto dejándome caer en el colchón.

—Siempre que te haga feliz, sí —sentencia.

—¡Vaya ayuda! —Resoplo—. Con esa ambigüedad tal vez lograrías ganarte la vida en un consultorio matrimonial.

—Lo dudo mucho, hija, lo dudo mucho.

A los diez minutos le indico a Fran que me siga fuera de casa. Pepe, que permanece delante del televisor a todo volumen, protesta porque le arrebató la compañía. Una vez en el rellano de la segunda planta rompe el incómodo silencio.

—¿Puedo invitarte a un refresco?

Repaso el descansillo, las cuatro puertas que nos rodean, seguro que un ojo nos observa desde alguna mirilla.

—Está bien —digo bajando las escaleras con la resolución de no subir al diminuto ascensor con él.

Conduce hasta la otra punta de la ciudad donde nadie nos reconocerá. Detalle que agradezco, demuestra que ninguno desea alimentar las habladurías en el barrio.

—¿Qué es lo que pretendes, Fran?

Bebe un sorbo de la cerveza que nos acababan de servir y contesta con sinceridad.

—Una oportunidad.

—Que nos hayamos acostado una vez no implica que quiera traspasar la línea de la amistad.

—Ese afecto también me vale —admite recostándose en el respaldo de la silla.

Muerdo el interior del labio, no quiero reír.

—Así de sencillo. Te presentas en mi casa, me invitas a un refresco, me pides una relación sentimental y, al final te conformas con alguna que otra salida al cine, sin cogida de manos ni besos apasionados.

—Por algo se empieza. Nunca se debe perder la ilusión. —Lleva la comisura del labio a un lado, su mirada celeste se mantiene clavada en la mía.

Sé que hemos comenzado un juego. Él tratará de conquistarme, yo lograré que se canse y deje de insistir.

En el transcurso de la mañana le analizo con tranquilidad. No poseemos nada en común, nos gusta música de diferentes estilos y no compartimos las mismas inquietudes. Pero quiero ser justa con él. Me siento

algo deslumbrada porque goza de esa pizca insolente que toca la fibra curiosa de una mujer. Sabe desenvolverse con confianza, eso le otorga un toque cautivador. Y tiene su mérito, ha conseguido que su compañía no me sea desagradable después de lo sucedido.

Capítulo 6

Esta primavera es bastante calurosa, permanecer un rato al sol supone un suplicio. Al llegar a casa después de pasar la tarde dibujando en el parque, voy directa a la ducha deseosa de refrescarme con agua tibia.

Suelto la melena que llevo recogida en una trenza y como de costumbre la cepillo antes de lavarla. Por curiosidad inspecciono las puntas, las encuentro estropeadas. Si la memoria no me falla hace meses que no las saneo. Decido de improviso ir a la peluquería, con suerte Rebeca tendrá un hueco en la agenda.

El salón de belleza tiene clientela, pero Rebeca al verme sabe que demando un simple corte de puntas, nada de trabajar la extensa y espesa cabellera.

—Sur, pasa a la zona de lavado. Mi hija te atenderá ahora mismo mientras termino de peinar a la señora Ramírez.

Con determinación y sin ganas de entretenerme en demasía, cojo una toalla blanca del montón que guarda dobladas a la vera del lavabo, la coloco en los hombros, me siento en el sillón y acomodo la nuca en el reposacabezas de la pila. Extiendo los rizos dentro de ésta a la espera de ser enjabonados.

—Sabrina —grita Rebeca—. Deja de remolonear y ven a ayudar.

—Ya voy, pesada. —Se oye con desgana tras la puerta del almacén.

La contestación desagradable hace que mire de reojo sin conseguir enfocar a la joven insolente. Sé de la existencia de la hija de Rebeca, es dos años mayor que yo. En el instituto coincidimos un curso porque era repetidora. Sabrina no solo fue mala estudiante, también bastante problemática. Rebeca se vio obligada a enviarla con su padre a Barcelona, y al parecer ha regresado.

La joven pasa por detrás del mueble lava-cabeza, alcanzo a ver que sostiene un cenicero en una mano y un cigarro en la otra. Estornudo con la nube de humo que se forma encima de la nariz. Ojalá entre en vigor la ley que prohíbe encender tabaco en los establecimientos cerrados. Pienso al estornudar de nuevo.

—Sabrina. Sabes que no me gusta que fumes aquí dentro. Por favor, apaga la colilla y ponte a trabajar.

Intuyo que la chica, molesta con su madre, la reta en silencio.

Incomoda con la postura, me dispongo a incorporar el cuerpo hasta que a la señorita se le antoje realizar su cometido. No llego a levantar unos centímetros la nuca del reposacabezas cuando oigo el sonido del cenicero caer en el seno del lavabo. Todo sucede muy rápido: un pequeño grito, el pestoso olor a pelo quemado y el agua del grifo correr.

—Lo siento —lamenta Sabrina.

Percibo en su tono de voz un falso pesar, pero no lo analizo, me tapo la cara con ambas manos y cubro las lágrimas. No quiero ver el estropicio que ha sufrido mi melena. Incapaz de mover un solo músculo, escucho el revuelo que se ha organizado en el salón de belleza. Las señoras mayores corren a consolarme, las jóvenes se levantan, cancelan sus citas y literalmente huyen despavoridas de la peluquería para no volver jamás. Rebeca grita a su hija como una loca, enfadada e incrédula con lo que acababa de suceder. Sin esperarlo nadie, le suelta un tortazo a la joven que resuena en el pequeño negocio familiar. El golpe es sobrecogedor, entreveo que Sabrina se lleva la mano al rostro, su otro puño contiene la rabia. No tarda en desaparecer dentro del cuarto privado.

—¡Dios mío! —Rebeca comienza a llorar al igual que yo—. Sur, ha sido un accidente, perdónala. Perdóname. Arreglaré este desastre, te compensaré con lo que quieras, pero por favor no me denuncies. Sería mi ruina.

Su expresión angustiada de preocupación aviva mis lágrimas. La peluquera se arrodilla, no sabe cómo disculparse conmigo. ¿De verdad mi cabello vale la quiebra tanto moral como financiera de esta mujer que ha trabajado décadas para mantener su clientela y reputación? En ese instante sí, quiero hundirla en la miseria, que deje el cabello tal y como estaba hacia unos minutos. El deseo es imposible, solo con los años lograre que recupere su espléndida longitud.

—Corta lo que esté dañado —ordeno con la mirada esquiva.

Secándose las lágrimas del rostro pone manos a la obra. Le dedica tiempo, tratamientos capilares antes y después de cortar por encima de los hombros lo que queda de las naturales mechas rizadas.

Ni todos los piropos habidos y por haber que me dedican las señoras que aún compungidas se arremolinan junto al sillón, me levantan el ánimo. Ni siquiera alzo los ojos una vez para contemplar mi reflejo en el espejo. Siento que han amputado una parte importante de mi cuerpo, falta el peso de algo vital que siempre fluctuaba en movimiento. Tardaré en hacerme a la idea

de que no existe el volumen por debajo de los hombros.

No le permito a Rebeca que utilice el secador, necesito marcharme cuanto antes. Giro el asiento, me incorporo a la vez que recojo en una coleta los mechones delanteros que milagrosamente se han salvado del desastre. Entonces la enfoco con claridad. Sabrina se asoma por una rendija del almacén, una sonrisa aparece en sus labios antes de dejar escapar el humo del cigarro. La reconozco, no por ser la estudiante que compartía aula conmigo, sino porque es la mujer que coqueteaba con Franco la otra noche en el bar.

Rebaso la esquina de la calle, apoyo la espalda en la pared y lloro con amargura. Oculto con los dedos la boca, silencio la gran ansiedad que me invade.

—Sur, ¿eres tú?

Asiento sin atreverme a mirarle, en realidad no quiero que nadie se fije en mí. Fran se cuelga la mochila del gimnasio al hombro y me ciñe entre sus brazos. Acepto la cercanía durante unos minutos, cuando los sollozos van moderándose, sus dedos me elevan la barbilla.

—¿Por qué lloras, tesoro? ¡Maldita sea! ¿Qué has hecho con tu preciosa melena?

No contesto, cierro los ojos. Demasiado doloroso contar en voz alta lo que ha ocurrido.

—Esto te ha sucedido en la peluquería de Rebeca, ¿verdad?

Que lo adivine con facilidad me enoja, le empujo apartándolo.

—Sí. Has acertado. Ha sido la exuberante chica que te acompañaba en el pub, la que restregaba sus voluptuosos senos en tu pecho.

—¿Y te has marchado sin reclamarle?

—Ganas no me han faltado —susurro secando las lágrimas que regresan—, pero... ¿De qué habría valido enfrentarme a ella? ¿De qué sirve denunciar a Rebeca? No soy tan malvada y ruin como esa lagarta.

Fran sonrío, posa su palma derecha en el contorno de mi mandíbula.

—Eres preciosa, por fuera y por dentro.

—Escucha. —Niego con la cabeza—. No necesito halagos ni consuelo. Se me pasará el disgusto en unos días.

—No. Esto no se va a quedar así. Ven conmigo, tesoro. —Agarra la mochila y me aferra la mano con determinación—. Vas a devolverle el golpe donde le dolerá de verdad. Le vamos a borrar la sonrisa de la cara a esa bruja.

Le sigo el paso sin entender, hasta que compruebo que regresamos al salón de belleza. Tironeo, quiero recuperar la mano y salir corriendo.

—Olvídalo. Jamás volveré a pisar ahí dentro.

—Y no lo harás. Confía en tu amigo.

Frena como por casualidad delante del escaparate, me aprieta contra su cuerpo con un solo brazo y me besa. No espero ese arrebató, tampoco el calor que circula por las venas acelerándome el pulso. Fran, al notar que no muestro hostilidad, tira la bolsa de deporte al suelo y profundiza el beso. Con la respiración agitada se aparta unos centímetros, los justos como para que nuestras frentes se rocen. Suelta mi cabello y recoge un mechón delantero tras la oreja antes de emprender otra vez un ataque con su lengua.

La voz chillona de la hija de Rebeca resuena en la entrada del negocio familiar. Está furiosa con Fran porque me come la boca delante de sus narices. Me gusta sentir el poder de la venganza. Ignoro sus increpaciones, tomo la iniciativa, rodeo el cuello de mi amigo con los brazos, le atraigo y le beso con pasión. Nos mordemos los labios, la lengua y exploramos cada hueco de la boca para monumental enojo de la maldita peluquera pirómana.

Sabrina, fuera de sí, se interpone entre nosotros separándonos. Alza la mano con la intención de golpear a Fran. Él le agarra la muñeca, la paraliza y la hace encoger de dolor. Los ojos de la chica aguantan el sufrimiento que le provoca, no se achanta, continúa insultándole. Retrocedo asustada, odio los enfrentamientos, me ponen nerviosa.

—Eres un maldito mal nacido. ¿Crees que puedes repudiarme de este modo?

—No vuelvas a intentar tocarme, mucho menos te aproximes a Sur.

—Esta niñata es incapaz de darte lo que necesitas y lo sabes. Regresarás de rodillas a mí, porque soy la única mujer que puede hacerte feliz.

—Que se te borre de la cabeza que te pertenezco, tú no me interesas. Jamás me has interesado.

La empuja con desprecio, recoge sus pertenencias del suelo, me agarra del brazo y nos aleja de allí.

En la cafetería Joaquín me sirve una tila, los acontecimientos me han sobrepasado. No todos los días una se topa con la loca ex amante de un amigo capaz de prenderte fuego por culpa de los celos.

Si medito con serenidad lo ocurrido, los tres nos hemos comportado de un modo irracional poco correcto. La actuación provocadora de Fran no estuvo bien, tampoco la violencia y agresividad que Sabrina mostró. Estuvo mal fustigarla, besar a Fran por el mero hecho de fastidiarla. Sé que traerá

consecuencias, él puede mal interpretar el entusiasmo que he manifestado al devolverle el beso.

Capítulo 7

Finales, en casi todo; los exámenes finales, final de la liga de fútbol, final de mes, y sábado noche. He quedado con Edy y Lucía, hace tiempo que no encuentro la ocasión de disfrutar de su compañía. Entre otras cosas porque he permitido entrar en mi vida a Franco Ponce, un amigo con el que salgo alguna que otra vez.

La relación con Fran es..., diferente a la que mantengo con el resto del grupo, por lo que juntarles es complicado. La madurez de él, su nivel adquisitivo, no encajan con los amigos de facultad. Le defino como un tipo solitario que puede permitirse caprichos caros. Con frecuencia declino sus planes, no quiero que costee los gastos, me siento en deuda con él. Acepto acompañarle cuando su insistencia me deja sin evasivas y la culpabilidad remuerde la consciencia.

Cuelgo el bolso a modo de bandolera mientras camino al salón. Fran saluda desde el sofá, es el “final” de mi sonrisa.

—¿Qué haces aquí? ¿Dónde están mis padres?

—¿Vas a salir? —Es su contestación.

—¿Crees que visto así de arreglada para andar por casa? —Señalo la indumentaria de pies a cabeza—. Vuelvo a preguntar. ¿Qué haces aquí?

—Tu padre me propuso ver el Derbi. Ahora se encuentra en el baño, tu madre en la cocina.

—¿Por qué has aceptado? ¿Acaso en el bar no hay ambiente deportivo?

Se encoge de hombros a escasos centímetros de donde paro.

—Me dio lástima rechazar la invitación. El hombre no quería ver solo el partido cuando le dije que allí no le serviría más de dos cervezas —se inclina hacia delante con una sonrisa torcida—. Como te prometí, intento restringirle el consumo de alcohol.

—Y decidiste sacrificarte como buen samaritano.

—Esperaba contar con tu compañía para no sentirme fuera de lugar. Sin embargo, veo que tienes otros proyectos.

¿Por qué a veces su tono de voz y expresiones logran que sienta la sensación de que le defrauda?

—He quedado con Lucía. Hace tiempo que el grupo no se reúne.

—¿Podrías pasar de ellos? Si tú no te quedas, ya no le encuentro la gracia a padecer semejante martirio.

—Si hubieses avisado quizás...

—Te habrías marchado antes de que hubiese llegado —concluye—. Noto que buscas distanciarte a toda costa a pesar de que eres bastante diplomática.

—Los exámenes me han ocupado mucho tiempo, aún debo estudiar bastante no te creas.

—Dedícame la segunda parte, por favor. Después te acerco en coche y te incorporas a la fiesta con tus amigos.

Se aproxima persuasivo. De nuevo sus ojos celestes y su gesto lastimero me desorientan.

—Concédeme el deseo, tesoro. Envíale un mensaje a tu amiga, dile que te demorarás un rato.

Con el sonido del silbato del árbitro, fin del partido principio del retorno al programa original. O eso creo por unos minutos. Como he temido durante largo rato, Fran inventa excusas con el propósito de acompañarme a la puerta del garito.

Se empeña en callejear con el coche, mala decisión, los sábados por la noche el tráfico se complica, más si juegan los equipos locales. Nos vemos atrapados en un atasco monumental, momento en el que decido seguir el camino a pie. Pero antes de que pueda proponerlo, localiza un aparcamiento.

¡Hay que fastidiarse con la suerte que posee este hombre!

Llamo a Lucía al comprobar que no se encuentran en el local. Me he demorado mucho desde la última vez que hablé con ella, pensó que ya no acudiría, así que se fueron. Miro de reojo a Fran, de repente se le nota feliz. De no tener previsto salir esa noche, a verse rodeado de chicas bailando con ganas de pasarlo bien, a ser posible con él. Resignada, suspiro y guardo el móvil en el bolso.

—Ya que estamos aquí te invito a una copa.

—Qué mosca te ha picado. ¿Ahora la altruista vas a ser tú? —Sonríe incrédulo.

Me siento en una silla alta, apoyo el codo derecho en la mesa y extiendo la mano izquierda por el lugar.

—Calla y diviértete.

Sin previo aviso se abre paso entre mis piernas, me agarra el rostro con sus manos y posa sus labios en los míos. Aprecio el ligero sabor a

nicotina de su boca, cosa que no me agrada de primeras.

—Me has dado permiso para pasarlo bien y así lo pretendo. Pero contigo.

Vuelve a besarme sin conseguir ser correspondido.

—Este acercamiento no te servirá de nada. No vamos a abrazarnos, ni pasaremos cogidos de la mano, ni acabaremos en tu cama de nuevo. Nada de eso está en mis planes, descártalo por completo. Este tonto debe terminar.

—De acuerdo, bebamos esa copa y veamos que nos depara la noche.

Se marcha una hora después. No siente ningún reparo en poner sobre la mesa el dinero que me costará pagar un taxi y corre tras una pelirroja que se le ha insinuado con total descaro.

No sé de qué me quejo. Como buena amiga le he animado e impulsado a que no perdiese la oportunidad con esa belleza. Le aseguré que no me importaba que mi noche se hubiese fastidiado por su intromisión, aunque el subconsciente piense lo contrario.

En serio, ¡tantas molestias para conquistarme y a la más mínima me deja tirada!

En el instante que lo vi irse, la soledad no me agradó. Admito que Fran, con su aspecto de chico indomable y su repentino desinterés, me atrae más de lo que deseo reconocer. No existe esa sensación de compenetración, esa química explosiva que te hace querer estar cada segundo a la vera de la persona amada, pero sí el reconome del ni contigo ni sin ti.

Cuando entro en el portal reconozco el olor del tabaco fumado, entonces le veo apoyado en la pared adjunta al hueco de la escalera.

—¿La pelirroja te ha dado calabazas?

Niega con la cabeza a la vez que aplasta con la punta del zapato la colilla en el suelo.

—Al llegar a su apartamento le he sido sincero.

—Vaya —digo descansando la espalda en la pared situada frente a él—. Y has visto oportuno esperar a que apareciera por esa puerta para contarme la razón por la que no te has acostado con ella.

Ríe unos segundos, su mirada se intensifica.

—Sí. Le he dicho que en realidad había abandonado en el pub a la mujer que deseo. Porque ella constantemente me regala una negativa y me es imposible llamar su atención.

Oculto lo complacida que me siento al saber que no se ha tirado a la espectacular chica.

—Me da en la nariz que la pelirroja no besa tan bien como sus carnosos labios sugerían —suelto con deje burlón.

Las luces del portal se apagan, pestañeo con la finalidad de adaptar las pupilas a la oscuridad.

—Desde luego, no como tú —insinúa moviéndose rápido, pegando su cuerpo al mío.

—Le estas poniendo voluntad a eso de ser amigos con derecho a roce — murmuro en sus labios.

Permito que me bese, que acaricie por debajo de la camiseta, que levante la falda hasta la cintura. Que me posea en aquel rincón a oscuras donde el instinto primitivo necesita ser calmado.

Los acontecimientos se precipitan. Quién iba a imaginar que sucumbir a unos minutos fugases de gozo con un amante esporádico, supone firmar un noviazgo oficial con el propietario de la cafetería San Lorenzo.

Fran comienza a demandar tiempo, no se conforma con vernos de manera ocasional algún que otro fin de semana. Llegamos a un punto que casi vive en casa, con Pepe, y eso es agobiante.

El curso llega a término y los compañeros nos despedimos. Lucía que pertenece a una familia adinerada, viaja fuera de Madrid con destino a la costa alicantina. Edy necesita ganarse un dinero extra, ejerce de monitor en un campamento en la sierra durante el mes de julio y agosto. Este año que tenía decidido probar mi paciencia con montones de niños revoltosos, no he conseguido plaza. Así que aumento las lecciones particulares, las que concedo a los niños de secundaria que deben reforzar alguna asignatura.

A menudo cuando regreso de las clases, ya sean las que imparto de mañana o de tarde, y veo a Fran en el salón, me pregunto por qué no pasa tiempo con su madre, una mujer viuda, que solo le tiene a él. Cierto que la señora parece estar echa de una pasta especial, le dedica más horas que un reloj a la cocina de la cafetería y lo que es hablar, apenas habla. Aunque Pepe Rivas, como figura paterna, deja un poco que desear.

Pierdo libertad en el transcurso de las vacaciones estivales. Me veo obligada a mentir en la segunda quincena de agosto y la primera semana de septiembre. Muchas familias se marchan de vacaciones por estas fechas y prescinden de los servicios de la profesora particular. Pero milagrosamente yo he duplicado el trabajo. Manipulo los horarios, de ese modo desaparezco algunas tardes en el parque. Bloc en mano paso las horas dibujando animales

de compañía que saltan, corren y juegan con sus dueños.

Hoy he disfrutado uno de esos placenteros atardeceres bajo mi magnolio preferido en el parque El Retiro. Recojo los colores, la carpeta y regreso a casa con la esperanza de no toparme con nadie. Valoro la soledad, he pasado la mayor parte de la vida sin la compañía de alguien con edad similar, ni siquiera una vecina con la que pasar la tarde viendo dibujos animados. Diego ejerció más de adulto responsable que de hermano de juegos. Y mis padres, como hubiese apuntillado Claudia, eran demasiado mayores cuando nací para distraer a una niña llena de vitalidad.

En el dormitorio encuentro tumbado en la cama al novio impuesto por decreto. Tengo asumido que es parte del mobiliario, porque las libertades que se toma o le conceden son imposibles de discutir en casa. Fran influye en Pepe como su hijo Diego jamás lo ha hecho.

Coloco el bolso en el escritorio al mismo tiempo que él se levanta y me abraza por la espalda. Sospecho con esa muestra de afecto que algo le ronda la mente. Es un hombre reservado y lleva unos días inquieto.

—Sur. Vente a vivir conmigo.

—No —digo radical y algo horrorizada—. Es increíble que propongas tal cosa, así como así.

—¿Dime por qué no? Mantenemos relaciones sexuales y tus padres, si no lo saben, lo suponen. Nadie vería extraño que viviésemos juntos en mi apartamento. Soy demasiado mayorcito para andar tonteando como un adolescente en casa de sus suegros.

—La obligación de cortejarme, de soportar a Pepe, te la has creado tú. Podemos ser amigos y tener sexo, eres libre de...

Me gira buscando que le mire. Se inclina, acapara el espacio con su cuerpo y con las manos a ambos lados de la mesa.

—Te quiero. ¿Es que no lo entiendes? Por eso he resistido estas semanas, estoy aquí porque sé que por voluntad propia nunca vendrías a verme. Acepta las llaves de mi casa, la intimidad que nos merecemos, la libertad que nos permita realizar lo que nos plazca a la hora que nos dé la gana.

Su voz me envuelve de tal modo que la idea resulta tentadora por unos instantes.

—Queda un año de universidad, los estudios son mi prioridad. Quiero terminar la carrera, encontrar un empleo y abrirme camino en este difícil mundo del arte. A una relación estable hay que dedicarle tiempo, limitaría

esos propósitos.

—Perdona si pienso lo contrario, en mi casa ya estaríamos ahorrándonos esta charla. ¿Te ha contado tu padre que tiene medio vendida la casa? Anda obcecado en volver a su pueblo en diciembre.

Hiere en el alma que sepa esa información antes que yo. Hace que vea las cosas desde otra perspectiva, la de mis padres. Me doy cuenta del aislamiento en el que vivo, no converso con ellos lo suficiente, por una cosa u otra los evito. En concreto y desde hace años, a Pepe.

—Me las apañaré. Alquilaré un dormitorio en algún piso de estudiantes cerca de la facultad de Bellas Artes.

—¿Cómo piensas mantenerte? ¿Cómo vas a cubrir los gastos si tu padre no te ayuda? ¿Con lo que tengas ahorrado y las pocas clases particulares que puedas dar en tu tiempo libre?

—Es cuestión de organizarse. No voy a depender de ti ni de nadie.

—¡Venga ya! Te ofrezco mi amor, mi hogar, todo. ¿Qué inconveniente hay?

Aspiro hondo sin saber que contestar. Fran entrega más de lo que recibe, me siento egoísta si acepto su propuesta.

—No sé. Deja que lo piense, vale.

Es lo único que logro decir con la finalidad de concluir la conversación. Sé que no renunciará a la idea con facilidad, tendré que estudiar como romper sus ilusiones sin que se lo tome a mal. Debo encontrar una escapatoria y pronto.

Capítulo 8

El episodio “vente a vivir conmigo”, permanece suspendido en el aire. Lo que no significa que Fran lo haya olvidado, pues sigue sin aburrirse de la relación. Es tenaz, raya la pesadez. A menudo sugiere o impone llevarme en coche a cualquiera de los sitios donde tenga que ir. Llama o envía mensajes mañana, tarde y noche, inclusive cuando se reanudan las clases y sabe de sobra que no puedo atender el móvil.

Su insistencia a veces le vuelve insoportable. Le doy esquinazo aun sabiendo que después me abordará con un interrogatorio sutil con el que averigua: dónde, con quién, cuándo y el motivo por el que estaba apagado o fuera de cobertura el teléfono. «¡Maldito aparato! ¡Valiente porquería de compañía telefónica!”». Dos frases imprescindibles en las que baso los argumentos del por qué no contesto o retorno la llamada a pesar de que él recarga con dinero mi número.

¿Cómo descifrar los sentimientos hacia Fran si no concede un margen para que le eche de menos?

Claudia se presenta a primeros de octubre. Varios diseñadores de moda le han encargado hilos del mercado de Otavalo, les trae el pedido y muestras que se elaboran de forma artesanal en una aldea de Ecuador. Nunca se aloja en casa, se hospeda en un hotel o recurre a sus influyentes amigos. Quienes le entregan las llaves de sus terceras o cuartas residencias por el tiempo que ella precise. Desde luego, si la relación con su cuñado hubiese sido cordial, en esta ocasión no podría haber ocupado el dormitorio de Diego; el piso está lleno de cajas con los enseres de la mudanza.

—Tus padres no necesitan desprenderse del piso. Con lo tacaño que es Pepe, seguro que guarda una fortuna en el banco —protesta Claudia con su característica ironía mientras muerde un pastelito de chocolate.

Madrina aprovecha las visitas a España para engullir sin miramientos todo aquello que le gusta. Fran, que sirve a una mesa bien apartada de nosotras, nos mira de soslayo y sonrío. Me pregunto hasta dónde llegará el radar de escucha de ese hombre.

—Están en su derecho de vender lo que les pertenesces.

Es absurdo echar leña al fuego, aunque no apruebe las ideas de Pepe, un cambio de aires será beneficioso para él y por descarte, para Ana.

—¿¡Qué dices hija!? Sé que Ana no tiene ni voz ni voto en este asunto. ¿Quién sabe si dentro de un par de años el cabezota de tu padre se arrepiente de la vida campestre y quiere regresar? Qué le cuesta mantener la propiedad, exenta de deuda, hasta que finalices los estudios y te independices. En mi opinión ese mentecato debería dar en vida la herencia a sus hijos.

El tema de conversación se dispersa, cuando a Claudia se le calienta la lengua larga barbaridades de su cuñado. Levanto la mano, quiero frenar un ataque innecesario que no cambiará el futuro, ya han invertido el dinero en lo necesario para poner en marcha el huerto ecológico. Pero es demasiado tarde, Fran pasa por nuestra vera y lanza la bomba.

—Claudia. Si me permite una observación, su sobrina no tendría ningún problema si aceptase la proposición que le hice. Aún espero que conteste si viene a vivir conmigo o no.

Fran me mira unos segundos y se marcha, sus ojos azules intimidan. Los comparo con la señal de advertencia que uno encuentra en un camino lleno de trampas.

—No me digas que lo vuestro al final cuajó —susurra Claudia chocando los dedos índices uno con otro.

—Quise contártelo, pero me costaba dar con la ocasión propicia.

—Puedo hacerme una idea de lo desconcertada que te habrás sentido. Renegabas de él como de la peste. Y yo te he tenido un poco abandonada. Soy un desastre como madrina, he de reconocerlo. —Sonrío con su amonestación a sí misma—. ¿Y bien? ¿Qué le vas a contestar a ese buen mozo?

Señala con disimulo a Fran, que en ese instante ordena a un empleado que se haga cargo de la clientela, por algo él es el dueño del negocio, mientras se toma la libertad de sentarse con nosotras.

—Es precipitado vivir juntos.

—Siempre ha sido una niña testaruda y algo lenta a la hora de decidirse —advierte a Fran cuando se incorpora a la conversación.

Que a madrina le cae en gracia el dueño de la cafetería San Lorenzo, es evidente, y eso que lo ha visto un par de veces. No en vano Fran, a base de adulaciones, se ha ganado su aprecio.

—Pues no entiendo a qué le teme. Su sobrina ha visitado mi cama unas cuantas veces.

—Es cabezota, no tonta.

Que hablen y rían de ese modo cuando estoy presente, me enfada.

—¿Por qué aireas nuestras intimidades delante de mi tía?

—Somos adultos, ¿quién se va a escandalizar?

—Sur. En eso debo darle la razón al joven. Tú nunca has sido una mojigata.

—Claudia. ¿Sabe usted que su sobrina es la envidia de muchas chicas del barrio? No es por presumir, pero hay mujeres que me consideran un buen partido.

Llevo los ojos al cielo sin poder creer que Claudia le ría la ocurrencia. Claro, es que ella, como el resto de la familia, desconoce de la existencia de Sabrina, el verdadero motivo por el que corté la larga y bonita melena.

—¿Explícame qué haces a la espera de una respuesta mía si puedes tener a otras que besan y prenden fuego por dónde pisan?

Fran se tensa, capta la indirecta, aunque recordarle a Sabrina no le desmotiva.

—Te lo digo constantemente, estoy enamorado de ti. —Se levanta y entra en el bar.

La sonrisita socarrona de Claudia me pone de los nervios.

—Está loco por tus huesos. ¿A qué esperas para volar fuera del nido? Si se me hubiese presentado un Fran, en vez de un Mateo, “aquí las veos y las deseo”, la decisión habría sido otra.

—No sé. Está claro que no puedo opinar si no conozco a ese tal Mateo — digo cortante. Casualidades de la vida, quiere hablar de su pasado y yo no deseo escucharla en este momento.

Intento sin excito que demos un paseo las dos solas como en los viejos tiempos. Sin embargo, Fran regresa a la carga, su poder disuasorio cautiva por completo a Claudia. Me veo atrapada en una encerrona de la que escapo de un modo explosivo después de dar un sinfín de evasivas insostenibles de los inconvenientes de residir bajo el mismo techo.

—¡Olvidaros del asunto! —grito arrastrando la silla e incorporándome—. No sois los indicados para dirigir el rumbo de mi vida. Fran, reconozco que tus condiciones son idílicas, pero tengo que rechazarlas. Sentiría que vivo a tu costa, ¿no lo entiendes?

Los dejo con la palabra en la boca. Claudia corre tras de mí calle abajo.

—Hija. ¡Qué carácter te gastas cuando quieres!

Noto que se asfixia por la carrera y aminoro la zancada.

—Ahora puedes decir que tienes algo en común con tu cuñado Pepe.
— Horrorizada se lleva la mano al pecho, le ha dolido la comparación—. Mi padre y tú congeniáis muy bien con Franco Ponce.

—Discrepo del fondo que ambos interpretamos del joven. Tu padre te considera una mujer con edad de casarse y para él, el chico es un partido interesante. Yo creo que es un buen hombre que te adora. Sur, te ofrece amor y libertad, podrás realizarte como persona.

Quizás lleve razón. Quizás este temerosa a los cambios porque me aferro a las cosas que me hacen sentir segura. Sin remedio comienzo a reír, la descoloco por completo.

—Fran nunca me ha oído gritar, y menos enojada.

—Sobrina. ¡Le has dejado de piedra! Le será imposible olvidar ese arrebatado de mal genio. —Ríe entrelazando su brazo al mío.

Tan estupefacto se quedó, que lleva días sin dar señales de existir. En este periodo de tiempo en el que no tengo noticias de él, le echo en falta. Se me encoje el corazón cuando miro el móvil y no hay mensajes suyos. A veces parece que le oigo en el salón, otras creo verlo andar por la habitación. Se ha convertido en parte de mi vida cotidiana, su alejamiento empieza a molestar. Duele al punto de lamentar una ruptura que yo misma he alentado.

¿Esta pena que me aflige significa que estoy enamorada? Debe ser que sí, porque nunca he sentido la ausencia de un hombre como noto la de Fran.

Abro la puerta de casa, esta tarde llego antes de lo habitual con intención de empaquetar las últimas pertenencias que viajaran al pueblo porque no las necesito en Madrid. Me encuentro con una sorpresa, Fran está sentado en el sofá del salón acompañado de mis padres. Por unos minutos un tremendo descanso aplaca las tristes emociones. De nuevo el mundo gira en orden alegrando el estado anímico.

Sin saber bien cómo comportarme, permanezco de pie sin invadir el espacio que ocupan los sillones. Descifro en sus miradas que no me esperaban en absoluto. Fran se restriega las manos en los pantalones y se levanta.

¿Qué sucede? ¿Por qué viste elegante? ¿Por qué los tres me miran fijamente? Pepe rompe el silencio.

—Sur. Fran ha venido a pedirte en matrimonio.

«Toma ya. Directo al centro de la cuestión, sin rodeos ni absurdecas».

El mutismo perdura, procesar la información que encierra la corta frase lleva su tiempo. Los miro uno a uno con los ojos entrecerrados. Debe ser una broma, así que suelto una carcajada.

—¡Por favor! Es ridículo. Soy mayor de edad, no vivimos en una época pasada. —Señalo a Fran con un dedo y me burlo—. No serás un vampiro centenario con aspecto de treintañero y modales ancestrales ¿verdad?

Arruga la frente, no caza la indirecta, pero su expresión resulta graciosa. El ambiente se vuelve demasiado incómodo, borro la sonrisa e interpreto los gestos de cada uno. Ana está sentada como un pájaro en una rama, preocupada, no dice nada ni lo hará. Interferir a favor de uno de sus hijos suele acabar en discusión con su marido. Pepe por el contrario es un anuncio con luces de neón que grita alto y claro: ¡Emancípate! Tienes edad de formar tu familia, y al lado de este tipo no te faltará de nada. Fran..., Fran se limita a observarme.

Le he añorado y me apetece sentir sus brazos alrededor de la cintura, proporciona un cariño distinto al familiar. Sin embargo, de desear besarle, a casarnos, existe un abismo cósmico.

—¿Estáis a la expectativa de un sí? —pregunto incrédula—. ¿Estimáis oportuno que traiga el calendario y ponéis la fecha de la boda?

—Señor Rivas. Creo que su hija y yo debemos hablar en privado — sugiere Fran.

Enseguida me insta a caminar, abandonamos el bloque, nos sentamos en su coche. No arranca, cada uno anda sumergido en sus pensamientos. Aspira y expira, ser descubierto le ha metido en un lío y los dos lo sabemos.

—Debías haberte enterado de una forma romántica, en el transcurso de una cena, con un anillo de por medio. Que hayas descubierto la intención de proponerte matrimonio antes de tiempo, me deja en una posición bastante crítica. —Ladea el cuerpo en el asiento. Cabizbajo se lleva los dedos a la frente—. Sur, me es imposible vivir sin ti. He tratado de olvidarte estos días poniendo espacio entre nosotros, pero no he podido sacarte de la cabeza.

—Yo también he pensado en ti.

—Entonces. ¿Qué nos impide avanzar?

—Podría probar a vivir contigo. Lo de casarnos, si te parece, mejor lo encasillamos entre paréntesis —digo convencida de que no soy dueña de los acontecimientos que marcaran mi vida.

—Pretendo que seas mi esposa, no deseo esperar —insiste, me

acaricia la barbilla.

—¿Cómo puedes estar seguro de que eso es lo que en realidad quieres? Que es un: vivirán felices y comerán perdices.

Se coloca la mano en el pecho.

—Lo noto aquí. Eres la mujer que él ha escogido, el tesoro que llevo aguardando mucho tiempo.

Su expresión, su emotiva muestra de amor consigue que pierda el habla. Posee ese efecto paralizante y desconcertante en mi cabeza. Es un buen tipo, ha demostrado que me quiere a pesar de lo arisca que soy con él. Estos últimos cinco días lo he extrañado, faltaron sus abrazos y besos. Temí que se hubiera cansado de ser rechazado y prefiriese la compañía de alguna otra chica, como la peluquera quema cabellos. Reconozco que la imagen de Fran con otra no me agrada en absoluto, genera inquietud, rabia e impotencia.

Le abrazo, a mi manera le quiero, pero soy incapaz de decir sí al matrimonio. Son palabras y sentimientos mayores.

Capítulo 9

El día de Todos los Santos Fran decide que es una excelente oportunidad para que conozca a su madre de manera formal. La señora que en raras ocasiones se concede un descanso, se permite este día llevar flores a su difunto marido e ir a misa. Nos invita a café en su vivienda, situada unas plantas por encima del apartamento de su hijo.

Como reside cerca del trabajo, encuentro normal que la señora, sin ningún otro pasatiempo, se dedique en cuerpo y alma a la cafetería San Lorenzo. Convive con su hijo horas y horas sin que él se sienta agobiado por su progenitora.

Paro en el descansillo de la undécima planta, el pánico se apodera de mí, tengo el arrebato de arrojar la bandeja de presentes por el hueco de la escalera. Imposible, la puerta se abre y Fran señala el paquete que sostengo en las manos.

—Sur. ¿Por qué has tardado tanto? ¿Y qué haces con una bandeja de pasteles?

—¡Qué menos que traer unos bizcochos! ¿No? En algunas cosas me parezco a mi madre, como en esto de ser cumplida.

—Aunque el nombre incite a pensar en dulces, en su caso es poco apropiado; Magdalena es diabética —informa con una risa incontrolable.

Me sonrojo sin saber qué hacer con la dichosa bandeja de cartón.

—Hay que jorobarse. Mal empiezo si quiero caerle bien a tu madre.

—Ni lo tendrá en consideración —susurra tirando de mi chaqueta—. Sabe que soy un glotón y que acabaré con esas delicias en unos segundos.

Desde que nos sentamos en la mesa del comedor, soy tratada como una extraña sin posibilidad de empatizar con la señora de la casa. Reina los monosílabos entre la viuda y yo.

¿No habría sido más agradable y menos tirante recibir a la visita en la comodidad de los sofás?

Tras unos minutos tensos, se confirma que no mantendré largas e interesantes conversaciones con Magdalena. Ni me considero acogida, ni veo la hora de marcharme. El tiempo dirá si se suaviza la hosquedad de la señora Ponce.

Con disimulo me distraigo, estudio la decoración del salón. Se nota

que la familia apenas ha usado los muebles, que han hecho más vida en el bar. No imagino la infancia de Fran entre estas cuatro paredes, presiento que su educación fue estricta en este museo de la moda sicodélica. Vamos. La señora no ha renovado ni las bombillas desde que se casó, y de eso han pasado décadas según las fotos que adornan el mueble del televisor.

—Estaba convencido de que lo conseguirías, mamá. El párroco no te puede negar nada.

La risa de Fran me devuelve los sentidos a la mesa, he captado que hablan del anciano sacerdote. Vaticino que el hombre, adicto a la cafeína, habrá perdonado un pequeño pecado a cambio de un café doble y un bollo de mermelada.

—Franco...

—Mamá, no me llames de ese modo —protesta de mala gana. Magdalena pese a su altivez mira condescendiente a su hijo.

—Fran. Tenéis fecha de boda para este año. En concreto el sábado veintiocho de diciembre a las doce de la mañana.

No comprendo el comentario de Magdalena, desde luego he perdido el hilo mientras analizaba el código secreto con el que se entienden madre e hijo.

—Perdonad, no he escuchado bien. Señora. ¿Qué es lo último que ha comentado?

—Hablamos de nuestra boda, tesoro. —Sale al paso Fran—. Nos casamos el mes que viene.

Definitivamente, o estoy sorda o ellos me toman el pelo por haber permanecido distraída unos minutos. Miro al hombre que tengo delante y murmuro:

—Empiezo a odiar estos incómodos silencios.

—Pues di algo al respecto.

Brinda la oportunidad con una tranquilidad pasmosa.

—Franco, esto es una presentación, tu madre y yo no nos conocíamos formalmente. Ni siquiera habíamos cruzado dos palabras. Así que no es el momento indicado para hablar sobre una hipotética boda que ni tú ni yo nos hemos planteado en serio.

Cierra los ojos, respira profundo, señal de cuánto le indigesta su nombre. Se levanta y se coloca en la silla contigua.

—Escúchame, Sur. —Ignora que estamos acompañados, sujeta mi barbilla con los dedos—. No hay fechas disponibles hasta dentro de dos

veranos. No voy a esperar tantos meses para hacerte mi esposa. Que el párroco nos quiera casar estas navidades es un milagro que no deseo desaprovechar.

Me aparto, su mano queda suspendida en el aire. Es una encerrona, delante de su madre me cohíbo el doble.

—No sé a qué vienen las prisas. Opino que dentro de dos años estaremos seguros de tomar esa decisión.

—Yo lo estoy desde hace bastante.

—No me has consultado.

—Sur. Ya hemos mantenido esta conversación.

—Y dejé bien claro qué pensaba al respecto. Franco. ¡Párate a pensarlo!

Resopla con los puños apretados sobre la mesa.

—Por favor, cuando te enfades conmigo no pronuncies mi nombre completo.

Miro a Magdalena, nos contemplaba como un juez severo con gesto indescifrable. Advierto que debo aprender la primera lección: no patear donde duele si no quiero enojar a su hijo.

—Reitero que es apresurarse sin necesidad. Aunque estuviese conforme, conllevaría muchos gastos. Apenas tendríamos dos meses para organizar las invitaciones, el salón de celebración, y un largo etcétera. Añado, que a pocas chicas le hace ilusión casarse en invierno. Hace frío, puede llover, seguro que nieva. ¡Vete tú a saber cuántas inclemencias meteorológicas pueden ocurrir! Se supone que es un día especial, la novia debe lucir bonita, no pasar un suplicio.

Magdalena desvía sus ojillos azules hacia su hijo. Soy consciente de que siente una devoción desmedida por él, una fe ciega en la contestación persuasiva de Fran.

—Serán pocos invitados, tengo un amigo que dirige un pequeño hotel donde festejar el enlace, nos tratará como a reyes. Por el dinero no te preocupes, correré con los gastos. Respecto al tiempo que nos hará ese sábado, lo lamento, no soy adivino. Lo único que alcanzo a decirte, es que, aunque fueses con un chubasquero y botas de agua, me parecerás la mujer más hermosa del mundo.

¿Por qué no me seduce la idea? ¿Por qué no suenan románticas sus palabras? No siento la felicidad absoluta correr por las venas.

—Ahora está de moda casarse en invierno, hay vestidos preciosos

para la temporada. Chiquilla, serás una novia bellísima —agrega Magdalena.

—Disculpadme. Necesito ir despacio, encontrarle el significado a esta locura.

Acto seguido escapo de la emboscada. Bajo por las escaleras, llego al portal y me dejo caer en el último escalón. Suspiro medio asfixiada. Aún guardo las llaves de la desmantelada casa de mis padres en el bolsillo, pero las pertenencias las trasladé esta mañana al apartamento de Fran. Y de esa vivienda, no tengo llaves. Así que no sé dónde ir.

Maldigo. Pienso que el destino es bastante impredecible, menos en mi caso, donde todas las direcciones apuntan al mismo hombre. Aunque no vea nuestro futuro nada claro, al parecer estamos designados el uno para el otro. La prueba está en que, si intento deshacer algún lazo que nos una, me enredo con diez nudos sin proponérmelo.

A sabiendas de que lleva unos minutos parado a escasos centímetros, no levanto la cabeza de las rodillas.

—Sur. ¿Cuándo entenderás que mi amor es eterno?

«Tal vez cuando no tenga dudas del mío». Pienso en silencio.

—Es fácil percibir la confusión en la que te ves envuelta.

—Lo dudo, Fran.

—Tú nunca has tenido en cuenta que existo. No te lo reprocho, cuando te vi por primera vez eras una adolescente, en tus sueños no entraba un tipo como yo. Te olvidé, creí superado aquella atracción hasta que hace unos meses te vi en la cafetería y comprobé que te has convertido en una mujer preciosa.

Le miro, quiero creer que las incertidumbres disminuyen.

—Resulta inverosímil que notases una conexión especial por aquel entonces y que aún la sigas sintiendo. Han pasado años.

—Y va a más cada día que amanece, te lo aseguro.

Sus manos aferran las mías, me alza y envuelve en un abrazo cálido y tierno. Su beso sabe a nata, sin rastro de nicotina, es la suave caricia que necesito para convencerme de que no nos equivocamos al precipitar los acontecimientos.

—Vamos a casa, tesoro.

Capítulo 10

Al encontrar a Diego en la escalinata de la facultad me vuelvo loca de contenta. Arrojo al suelo la carpeta, la mochila y salto sobre él como una niña de cinco años. Abrazo a mi hermano, lo besuqueo, lloro de pura alegría. Diego gira una y otra vez, reímos, somos el entretenimiento de Lucía y Edy, que contemplan el efusivo saludo. Y es que cualquier expresión de afecto es poco, llevamos demasiado sin vernos.

—¿Cuándo has llegado? —pregunto sin poder despegarme de él.

—Esta mañana.

—¿Cuánto tiempo te quedarás?

Pesaroso baja la mirada.

—No lo sé, Sur. Depende.

Incapaz de quejarme porque lo importante es que está conmigo, acepto el casco que me entrega.

—¿Qué le ha sucedido?

—Un pequeño accidente. —Evalúa el arañazo en la pintura gris metalizada—. Se me ha caído al suelo.

De no ser porque ese tipo de accidentes ocurren con frecuencia, pondría en duda su palabra. Él es muy cuidadoso con sus cosas.

—Necesito guardar mis cuadernos en el portaequipaje de la moto.

Señalo su mimada Triumph Rocket III. Enseguida abre la cerradura de uno de los compartimentos, el que no ocupa su macuto. Noto que se sorprende al ver un maletín dentro. A sus labios asoma una discreta sonrisa. Es evidente que no esperaba tener una excusa para volver a ver a la propietaria de ese objeto. Soy prudente e ignoro comentar lo visto. Es inútil interrogarle sobre su vida sentimental, su trabajo le apasiona demasiado. Su relación con las mujeres no va más allá de una aventura.

En unos minutos rodamos por la calle Pintor el Greco. Siempre que Diego llega a la ciudad invita a comer, el menú lo elige dependiendo del capricho que traiga de sus misiones. A veces le apetece cocido madrileño, otras, bocadillo de calamares. Hoy sus gustos son sibaritas, ansía saborear una buena carne de Ávila a la piedra.

Nos sentamos a la mesa, mientras solicita al camarero aquello que se le antoja, le observo con afecto de hermana. Diego es atractivo; alto, fuerte,

pelo castaño y ondulado. Lo lleva corto desde que se alistó en el ejército hace una eternidad. Lo que me gusta de su rostro es su mirada cariñosa, nunca deja de infundirme ánimos. Cree que como es el mayor, sus carencias me pasan inadvertidas. No es así, bajo esa apariencia de rebelde hay un hombre generoso, inteligente y protector. Necesita el amor de una mujer buena, porque los chicos fuertes y duros como él también precisan de esas emociones para vivir y ser felices.

—¿Qué le ha pasado a tu bonita melena?

Su interés me pilla con la guardia baja. En acto reflejo enredo los dedos en la pequeña coleta. Al menos ha crecido un par de centímetros durante el verano.

—Un arrebató, quise cambiar de imagen.

Lo duda, nuestra madre y él saben lo orgullosa que estaba de las ondulaciones que caían por los hombros y espalda.

—Me cuesta creer que hayas tomado la decisión de cortarlo de forma radical por encima de los hombros.

—No cuestiones el motivo, porque me arrepentí nada más verme en el espejo.

Le oculto el incidente, no es necesario que él o los demás se enteren de que existe una peluquera pirómana por ahí suelta.

—Antes de recogerte en la facultad he estado en casa visitando a mamá.

—Genial, ¿y...?

Frunce el entrecejo, lo que permite que adivine el desenlace antes de que diga:

—He acabado discutiendo con Pepe.

—¡Que novedad!

—Sí —responde con la mirada esquiva—. Es vergonzoso que sigamos chocando, enfrentándonos.

—Diego. No podemos cambiar nada, han tomado la decisión de marcharse.

—Lo ha determinado él, considero que es una imposición.

—Relájate. Estoy segura de que les sentará bien, será como empezar de cero. Papá odiaba su trabajo, recordaba a menudo su niñez en la granja del abuelo. Que su ilusión era cosechar, no colocar ladrillos unos encima de otros.

—Podrían disfrutar de una vejez confortable y tranquila en la ciudad.

Mamá no está en condiciones de llevar una casa vieja de campo, que con probabilidad se caiga a pedazos, en un pueblo en la quinta puñeta.

El ímpetu que le añade al final hace que sonría, es un exagerado. El caserío fue reformado por unos parientes de nuestro padre, según Ana será agradable vivir allí.

—Me temo que vamos a llevar repaso la familia entera, de este último viaje aterrizas belicoso.

—Princesita, he vivido una experiencia diferente en casa, tengo distinta perspectiva de la relación de nuestros padres.

—Lo sé, por ese motivo ingresaste en el ejército, quisiste evitar las discrepancias con Pepe.

—Desde entonces vivís tranquilas las dos.

—Esa es tu opinión. Pepe pasaba una mala racha laboral, tú, la rebeldía de un adolescente que discrepaba con su padre noche y día. Ana se hallaba en medio, perdonó ambas conductas —digo sin mencionar que crecí llorando su repentina ausencia. Cuando se alistó quedé sola en un mundo de mayores a los que no comprendía.

—No confundas nunca dependencia, con amor.

Medito unos segundos esas palabras. En las relaciones uno de los miembros suele ceder más que otro, y sí, Ana ha entregado demasiado. Ha soportado las frustraciones y las rarezas de su marido. Ella es la única que cree que merece la pena luchar día a día por la pareja.

—Seguro que le has vuelto a proponer que le abandone y mamá de nuevo ha rechazado la idea.

—Compraría un piso, donde vosotras residiríais sin problema. Yo no lo necesito, los días de permiso prefiero viajar en moto y alojarme en hoteles.

—Sabes que no permitiríamos que nos mantengas. Bastante generoso eres al pagar la mitad de las inscripciones anuales en Bellas Artes.

A Diego se le transforma el semblante, avecino ataque inminente. Me toca recibir una ráfaga de disparos o una lluvia de bombas que me hará llorar. Según esté de molesto conmigo.

—No quieres que tu hermano se haga cargo de ti mientras estudias, y permites que lo haga un tipo al que conoces desde hace cuánto, ¿cuatro o cinco meses?

Ahora la que desvía el rostro soy yo.

—Nos tratamos desde hace más tiempo. Compartiré gastos...

—¡No me jorobes, Sur! Que no he caído de un guindo. Sé que

Claudia da su beneplácito, pero incluso ella está sorprendida de que cambiases de opinión respecto a ese hombre. De que hayas decidido casarte de la noche a la mañana —reprocha inclinándose hacia delante.

—Diego, es cierto que al principio le rechazaba. No sé, con el roce los sentimientos han cambiado.

—Eres muy joven, hermanita. Que convivas con él me parece, aceptable. Que te cases, ¡no!

Sonrío, es gracioso que se enfade, que ejerza de padre comprometido.

—¿Te opones?

—Sí. En rotundo.

—¿Sin conocer a Fran?

—A ningún hermano le hace falta conocer a su futuro cuñado para no aprobar sus intenciones.

—Hermanito. Menudo personaje debes de ser.

Se cruza de brazos indignado.

—La edad es irrelevante, entiendo que se haya sentido atraído por una chica diez o doce años menor que él. Reconozco que yo también he mantenido relaciones con mujeres próximas a tu edad. Pero ese tipo es un irresponsable, debería esperar a que no alberges ninguna duda.

—Ya me conoces, soy insegura, siempre tendré incertidumbres.

Nunca le diré el miedo que sufro. Si confieso lo duro que se me están haciendo los cambios, le preocuparía, y mucho. Y no permitiré que se cree una obligación que no le corresponde. Sé valerme por mí misma, solucionaré los problemas como una mujer valiente.

—¿Le quieres?

Tardo unos segundos en asentir, no sé por qué se me forma un nudo en la garganta.

—Me gustaría que estés conmigo ese día. Sabes lo importante que sois la tía Claudia y tú, ella me ha avisado que no podrá asistir.

Respira hondo, resignado a que su princesita forme un hogar.

—Lamento decepcionarte, ricitos. Me es imposible regresar en esas fechas. Hay otros compañeros, con mujeres e hijos.

—Entiendo. —Se me escapan las lágrimas—. Eres un hombre soltero, te habías ofrecido para que ellos pasen las navidades con sus familias. No puedes variar sus planes porque tu loca hermana organice su boda de repente.

—No estarás..., y seré tío en unos meses.

—¡Nooo! —grito riendo la retorcida idea.

En las semanas que Diego permanece en Madrid, tiene la oportunidad de conocer a Fran. Actúa de forma correcta, no comenta lo prematuro que ha sido nuestro compromiso. El comandante de las fuerzas aéreas españolas, Diego Rivas, se marcha en silencio, pero queriendo gritar a los cuatro vientos que se opone tajantemente al enlace.

Capítulo 11

Los días transcurren a la velocidad de la luz, mi vida le sigue el ritmo. Cambio una familia por otra; unos padres, por una suegra; un hermano, por un futuro marido al que intento adaptarme. Y agradecerle en todo, porque me siento una ocupa viviendo de prestado en su casa. Compagino los estudios, con un curso de restauración de muebles antiguos y alguna que otra clase particular que mantengo para sacar algún dinerillo. Entretanto asumo las tareas del hogar, los preparativos de la boda, etcétera. Hay noches que el cansancio y las preocupaciones no me permiten dormir, me engullen de tal modo que rehúyo incluso del sexo. Aun poniéndole voluntad, la mente se distrae con las nuevas obligaciones adquiridas, no disfruto de las caricias que deberían ser liberadoras.

Es la última prueba del vestido de novia, delante de los espejos de la tienda ruego al cielo que la celebración pase de largo. Que las navidades en sí, terminen de una maldita vez. Es horrible, una pesadilla, la idea de cenar en Nochebuena en la deprimente casa de Magdalena. Un fastidio, tener que desplazarnos al pueblo para el almuerzo de Navidad y casarme tres días antes de Fin de Año con un vestido que, en realidad, no me gusta en absoluto.

—Sur. Da igual lo que digas, se te ve preciosa.

—Pero hay que reconocer que el corte y las telas de la temporada de primavera-verano tienen más juego. Sur posee un cuerpo que debe enseñar, es una pena que tanto paño lo oculte.

Inclino la cabeza hacia los dos acompañantes, Lucía y Edy opinan del traje blanco. Me vuelvo a mirar en el espejo, quizás cuando este maquillada me sorprenda la imagen que refleje.

Le cedo el velo a la dependienta, quien ayuda a desprenderme del traje de dos piezas.

—Tendrá ocasión de exhibirse en el viaje de novios —insinúa Lucía moviendo con picardía las cejas—. Ya nos contarás la cara que pone Fran cuando vea el conjunto que te hemos regalado. Vas a dar las campanadas esta Nochevieja.

Edy se retuerce de la risa.

—Sí, con el vestido se le desencajará la boca, pero con el bikini se le saldrán los ojos de sus cuencas.

—Quizás no use ninguna de las dos prendas. Aún no nos hemos decidido, Fran está cansado de sol y playa, prefiere un viaje por Europa.

—¡No fastidies! —Gritan a la vez.

Edy, asombrado, se tira en el respaldo del sofá blanco que utilizan los acompañantes de las novias.

—Ese tipo es bastante raro. Tiene a un bombón con el que puede estar día y noche “entretenido” y escoge un itinerario cultural en su viaje de novios. Hay que ser tonto de remate.

—Lo que me pregunto es: ¿a qué está esperando? Os quedan días para la boda, si posterga el viaje, no os vais a ningún sitio hasta que os jubiléis. Te lo digo en serio, posponerlo es un error, se pierde el encanto.

—Eso mismo les sucedió a mis padres.

—Puestos a afrontar asuntos rezagados —interrumpe Edy—. Este sábado cena y después disco, no lo olvides Sur. Por muy cansada que estés, participarás en tu despedida de soltera.

Niego con la cabeza, estos dos no tienen remedio. Regañaron por desposarme demasiado joven, y al segundo, sugirieron organizar la despedida de soltera. Edy lo tuvo claro desde el principio: con Fran no va ni a la vuelta de la esquina. Si es que este, oficia la suya y se le ocurre invitarle. Tampoco asistirá a un espectáculo donde otro hombre se desnude. Y quedarse al margen de la fiesta, ni se le pasa por la cabeza.

Pago a la dependienta el aparatoso vestido, lo traslado a la parte posterior del coche de Lucía. Ella se encargará de guardarlo en su casa hasta el día de la ceremonia. En la señalada fecha me arreglaré en el apartamento de Fran, mientras él lo hará en el de su madre. A estas alturas, incluso caer rodando por las escaleras del almacén, me parece una idea estupenda.

Una hora más tarde, fijo la vista en el final de los escalones. En la puerta que da acceso a mi nuevo hogar. Toca abordar el tema con Fran y no sé cómo empezar. En estos meses de relación, no le he conocido colegas con los que comparta tiempo y afición. Quizás porque ha pasado muchos años trabajando fuera de Madrid, lo que explicaría que no guarde la misma relación con sus amigos. Es bastante posible y lógico que ellos tengan la vida organizada e hijos que atender. El caso es que Fran reparte su tiempo entre la cafetería San Lorenzo, el gimnasio que frecuenta a diario, y las horas restantes, las pasa conmigo.

Llevo los dedos a la sien, masajeo la zona. ¿Por qué me cuesta tratar algunas cuestiones con él? ¿Por qué siento que si salgo con los amigos le

estaré fallando? He creado un extraño vínculo difícil de describir, no quiero dañar sus sentimientos. ¿Por qué ese vestigio de culpa? Concedernos un poco de espacio, no es abandonarle en la más deprimente de las soledades para el resto de la eternidad.

Decidida subo los escalones, al abrir la puerta el olor a salsa boloñesa invade la nariz y despierta el apetito. Deduzco que la comida la ha subido del restaurante, detalle irrelevante, lo que importa es la placentera sorpresa. Es un gusto recibir el calor del hogar, las atenciones de Fran en una noche fría e inhóspita de invierno.

—¿Qué tal te ha ido, tesoro?

Deposito el bolso y el maletín de dibujo en el suelo, los apoyo en la isla que separa la cocina del salón. Después cuelgo el abrigo en el perchero de la entrada y acepto el beso y la copa de vino. Nos sonreímos unos segundos, enumero con los dedos una agenda que él conoce de antemano.

—Traje de novia, camino de La Moraleja. Trabajo de restauración, finalizado. Primera evaluación, concluida con éxito. Es oficial, estoy de vacaciones navideñas. Aunque mañana impartiré unas clases particulares de historia, me vendrá genial el dinero.

—Sur, te he dicho un millón de veces que conmigo no te faltará de nada. Que no necesitas que estudies y trabajes a la vez.

Sirve dos platos de pasta caliente, se acomoda en el segundo taburete arrimado al poyete. Tenedor en mano comienza a liar los espaguetis. Permanezco un instante con la vista perdida en la cena, cierto que desde el primer día que me instalé en el apartamento supe donde guarda el efectivo, pero cojo lo necesario para las compras y le doy reporte de lo que gasto.

—Soy incapaz de pedirte que costees mis caprichos.

—Pues deberás ir acostumbándote.

No discuto, tengo pendiente otro asunto que soluciono de modo natural después de hallar el empuje necesario.

—Los chicos me han organizado una despedida de soltera.

Fran deja de masticar, su mirada es escalofriante, cuesta tragar con esos perturbadores ojos celestes clavados en mí.

—¿Cuándo es?

—Este fin de semana.

—Dudo que lo hayan planificado de la noche a la mañana y tú no conociese sus intenciones. ¿Por qué no lo has comentado antes?

—Porque he estado muy liada, lo he ido postergando creyendo que al

final no celebraríamos nada —justifico la tardanza—. ¿Cuáles son tus planes con los amigos? Tampoco has insinuado vuestras pretensiones.

—Ninguno.

—Bueno, podéis improvisar como nosotros. Se puede acudir a cantidad de sitios sin haber reservado de antemano.

—¿Entonces tienes decidido salir con ellos? —Aprieta los dientes, cierra los puños a ambos lados del plato.

—No me interrogues como si fueses la Gestapo. Odio cuando haces eso.

Salto del asiento algo violenta, llevo los platos al fregadero. Ni siquiera a Pepe Rivas le he dado tantas explicaciones de mis entradas y salidas. Aunque entienda que entre una pareja debe existir un baremo distinto de confidencialidad.

—Me parece una falta de respeto, ahora somos dos. Yo no salgo a divertirme con los amigos y te dejo en casa. —Enojado eleva el tono de voz.

—Fran. Solo iremos a cenar y a bailar como siempre hemos hecho. No vamos a disfrazarnos con penes de plástico en la cabeza, ni a ponernos en evidencia desnudando a un hombre. Edy no lo permitiría.

—Sé de sobra lo que hacen las futuras esposas la última noche de solteras. Algunas se comportan como unas cualquiera calienta braguetas. Y créeme. Pierden la vergüenza y las bragas cuando beben sin control alguno.

Acusa con el dedo. Advierte que posee demasiada experiencia, pues a lo largo de su carrera como responsable de algunas de las mejores discotecas del país, habrá visto y hecho infinidad de cosas.

—¿Por qué generalizas? ¿Por qué me introduces en el mismo saco que unas descerebradas? Sabes que soy incapaz de engañarte. Además, yo confío en ti, no imaginaría que vas con intención de traicionarme si necesitas pasar un rato ameno con tus amigos.

—Así que debo pensar que es una velada inocente cuando te lo has callado hasta el último instante.

Quiero protestar, de echo alzo las manos dispuesta a ello. Al final las bajo. Discutir no servirá para aplacar sus inquietudes, al contrario, las avivará.

—Sí. Debes fiarte de mí porque ni te he mentido ni lo haré.

En un arrebato de furia, extiende el brazo y golpea la copa que está en la mesa lanzándola contra la pared. Como cabe esperar se rompe en mil pedazos. Quedo impactada e inmóvil, adherida al pequeño frigorífico con el

corazón desbocado. Jamás esperé un comportamiento temperamental de Fran. Mucho menos que agarre las llaves, el abrigo y se marche de casa.

Las horas pasan y no regresa, acabo vencida por el sueño en el sofá. Al amanecer despierto sobresaltada, miro en el dormitorio y allí se encuentra, acostado bajo las mantas. Incapaz de volver a dormir, voy al otro dormitorio, busco en la estantería ropa de deporte y salgo a caminar por las frías calles de Madrid.

El sábado Lucía viene a la cafetería a recogerme, Fran nos mira desde la distancia mientras cuenta el dinero de la caja. De forma intencionada desaparece cuando quiero despedirme de él. Desde hace dos noches no me dirige la palabra, contesta con monosílabos. Desayuna, come y cena en la cocina del bar, no me roza a pesar de que compartimos el mismo colchón. Es acostarse y enseguida me brinda la espalda. Han sido inútiles los acercamientos, las preguntas y reclamaciones rebotan contra la pared. Necesito saber por qué me castiga de ese modo despectivo, pero no he conseguido que se sincere.

Durante la cena soy consciente de que Fran ha minado mi cabeza con su comportamiento. Me considero culpable de estar allí, de reír con los amigos, de defraudarle, de todo en general. En la discoteca, mientras los demás bailan y se divierten, yo ingenio una escapada digna, ya no me apetece seguir la marcha con ellos. Tengo una nueva vida y en ella se encuentra Fran.

Abro la cafetería San Lorenzo, vuelvo a cerrarla y protegerla con las medidas de seguridad. Subo al apartamento, son las una y media de la madrugada, Fran aún estará viendo la televisión. O eso creía, el salón se halla a oscuras.

Deshaciéndome de los zapatos entro en el dormitorio, descubro que está vacío. Giro sobre los talones, miro en el baño. Ni rastro de él. Preocupada le llamo al móvil con la esperanza de que quiera comunicarse conmigo. Al sexto tono descuelga, por el ruido, la música y las risas de fondo, llego a la conclusión de que está en un pub.

—Has decidido salir con tus colegas —afirmo sin duda a equivocarme.

—Sí, quería pasarlo bien. Como tú.

Imposible definir lo que experimento al oír esas palabras y deje hiriente. Las lágrimas resbalan por las mejillas, desahogo las emociones contradictorias. Es su manera de vengarse, pero no pienso demostrarle cuánto

me duele su conducta de: donde las dan, las toman.

—Me alegro, continúa disfrutando.

Cuelgo, y acurrucada en una esquina de la cama, dejo vía libre al llanto. Se me pasan multitud de especulaciones por la cabeza, desde que no me ama lo suficiente, hasta que coquetea con otra mujer. Pronto dejo de martirizarme, no tarda en asomar por casa. Así que calculo que ha estado en un bar próximo al apartamento, quizás incluso ha visto como bajaba del taxi. Entonces comprendo que es su modo de llamar la atención, quiere dar una lección de convivencia.

«Típico de un adolescente enamorado». Pienso antes de conciliar un pacífico sueño, el que lleva desaparecido desde hace unas noches.

Los días posteriores seguimos igual, se dirige a mí con las mínimas palabras posible. A pesar de los esfuerzos por provocar un acercamiento, los métodos resultan nulos. Como estoy de vacaciones, una de las tácticas que utilizo es ofrecer ayuda en la cafetería a las horas de mayor actividad. Pese a las negativas del buenazo de Joaquín, me encargo de las tareas que puede realizar una aprendiz a camarera. Al final el paciente hombre acaba enseñándome a manejar la cafetera industrial y a servir correctamente los licores. Todo bajo la esquiva pero atenta mirada de su jefe, que no da su brazo a torcer.

La temible cena de Nochebuena llega. No tengo escapatoria, debo acudir pese me fastidie la idea de pasar la velada con la triste e inmutable Magdalena. ¿Por qué? Porque a ojos de los allegados, pasamos una riña de enamorados. Empiezo a dudar que lo nuestro llegue a buen puerto. Quizás, si la incomodidad me supera hasta el infinito, planteo acabar con el teatro y cancelo la boda esta misma noche.

No obstante, pongo empeño en ser agradable, es una velada especial del año donde la confraternización debe flotar en el aire. Alabo las viandas servidas, tomo una copa de vino demás porque no soporto la indiferencia y entrego los regalos que les he comprado. Ninguno de los dos se espera el obsequio. Total, los adquiriré antes de que discutiese con Fran cinco días atrás y no los voy a devolver. Además, los presentes se dan de corazón, aunque duela que ni él ni Magdalena entreguen un pedacito del suyo.

Tras la incómoda situación, alego un fuerte dolor de cabeza por culpa del vino y me despido deseando una feliz Navidad.

En el asfixiante ascensor, resoplo controlando las lágrimas. La tristeza me parte el alma. Está decidido, a la mañana siguiente recojo las

pertenencias. La comunicación no funciona y es preferible terminar con la farsa antes de cometer el error más grande de nuestras vidas.

Acomodo la almohada y un par de mantas en el sillón, tumbada pego la cara al respaldo, en cuestión de segundos se moja por el llanto silencioso. Escucho a Fran moverse por el salón y el dormitorio. Cuando creo que se ha acostado, enciende la lamparita de la mesita, se hace un hueco en el sofá y pega su pecho a mi espalda. Pone a la vista un sobre, tardo en enfocar el membrete. Leo: «Señores Ponce».

—¿Qué es esto Fran? —susurro con el sabor de las lágrimas en la boca.

—Nuestro regalo de Navidad y boda.

Saco una mano de debajo de las mantas, con su ayuda abro el abultado sobre que él sostiene, extraigo unos billetes de avión. Con cuidado giro en el estrecho sillón, nuestros rostros se encuentran. Esa intimidad donde ni un centímetro separa los cuerpos resulta reconfortante, lo más romántico que he vivido desde que nos conocemos.

—Un viaje a las Islas Canarias.

—Sé cuánto deseas que pasemos nuestra luna de miel en la playa, así que he reservado en el mejor casino-hotel de las islas. Pasaremos una semana de descanso bajo el sol de las Azores. Si te apetece.

Sonrío con timidez. La tristeza y el enfado se esfuman cuando él me mira con ternura.

—Seis días sin hablarme. ¿Se puede ser más rencoroso?

—No.

—Me has hecho sufrir. Hasta el punto de que esta noche he considerado seriamente cancelar la boda. —Afianza el abrazo y me besa la sien.

—Perdóname, tesoro. Reconozco que poseo un pronto fuerte y un genio difícil. He sido un solitario, nunca he adaptado mi vida a la de nadie. Aunque lo anhele con todas mis ganas porque te amo como jamás he querido a otra mujer.

—¿De verdad soy tu primer y único amor?

—Sí. —dice sin vacilar—. Sur, tendrás que ayudarme a domar el temperamento.

Cierro los ojos, lleno los pulmones de aire, las lágrimas se desbordan por las esquinas de las pestañas. Deseo creerle, que los días pasados queden en una mala anécdota que nos ha servido para amoldarnos y entendernos.

—¿Qué temes de este nuevo comienzo? —pregunto temblorosa.

—Que me abandones. No quiero perderte.

—Eso no pasará.

Nos besamos despacio, palpamos nuestros cuerpos por debajo de las mantas. Acabamos haciendo el amor, durmiendo abrazados en el estrecho sillón de tres plazas. Como una pareja joven y bien avenida que lucha por emprender juntos una vida llena de altibajos, pero también de felicidad.

Capítulo 12

A última hora de la tarde del veintiocho de diciembre, aterrizamos en Las Palmas de Gran Canarias. Fran no ha escatimado en gastos, ha reservado una de las mejores suites del complejo hotelero. Consumamos el matrimonio recién abierta la botella de champán obsequio de la Dirección a los recién casados.

Fran se ducha rápido, baja al vestíbulo con el pretexto de comprar tabaco. Lleno la inmensa bañera, me sumerjo en ella. Al fin disfruto de paz y tranquilidad. Rememoro la ceremonia, siempre guardaré un sabor agridulce, pues dos personas importantes no han estado presentes un día especial como es el de mi boda. Los añoré el doble cuando caminaba hacia el altar. Aún veo con nitidez a Fran esperando erguido y sereno al lado del párroco, atractivo con un traje oscuro que resaltaba su cuerpo y sus ojos celestes. En aquel momento proyecté la imagen de Claudia sentada en las bancadas, feliz por el enlace. Entonces me emocioné. Pero..., al llegar al altar, un pensamiento contradictorio se cruzó por la mente y un escalofrío recorrió la piel por completo. Fue como si pudiese oír la voz de Diego decir: “Princesita, sigues a tiempo de cancelar esta locura. Corre, no temas. Yo te respaldaré en aquello que haga falta”.

No sé por qué sentía un gran peso en los hombros y hasta que no me desprendí del odioso vestido de novia, no desaparecieron las dudas que sobrevolaban con el precipitado compromiso. Debo aferrarme a la idea de que, lo que de verdad importa comienza ahora, lejos queda las carreras contra reloj y las caóticas celebraciones navideñas.

Al anoecer nos sentamos en la terraza de la suite, estamos cansados del largo e intenso día. Solicitamos la cena al servicio de habitaciones. No puedo ocultar la sensación de júbilo que me embarga, ni siquiera disimulo que soy una mujer con escaso mundo recorrido. Fran encandila con el despliegue de ostentuosidad que solo veo en televisión o en las revistas.

—Gracias por regalarme este viaje —agradezco asomada al balcón, con la vista puesta en la playa.

—Nos lo merecemos.

—Este lugar es idílico.

—Sur, tengo otra sorpresa para ti.

Sonrío emocionada, a él le divierte que me sonroje.

—Sabía que bajar a por cigarrillos era un pretexto.

—Sí. Esta tarde he saludado a un viejo amigo, es el director del casino y de la sala de fiestas. Julián nos invita a la cena de fin de año y a la fiesta que se celebra después.

—Es... —cubro la boca con ambas manos—, de ensueño. No podré olvidar este maravilloso paraíso jamás en la vida.

Acto seguido le abrazo, le beso, le hago reír con las cosquillas que le proporcionan mis dientes en el cuello. Entre carcajada y caricias, exclama:

—Tesoro. ¡Quién te ha visto y quién te ve!

Tiene razón, he renegado de él infinidad de veces, pero su constancia y tesón han alcanzado mi corazón.

Los días siguientes alternamos piscina con playa. Fran, como pronosticó Edy, alucina con los conjuntos de baño, en concreto con la falta de tela de estos. Es gracioso que me siga haya donde vaya, que aproveche cualquier oportunidad para cubrirme con sus brazos o con la toalla. ¡Cielo santo! Si no tengo un cuerpo que llame la atención entre las bellezas que se hospedan en el lujoso hotel.

Y es que, desde la cama balinesa de la piscina, puedo chequear y etiquetar a la clientela. Gana por mayoría las mujeres espectaculares acompañadas de hombres no tan jóvenes. Lo que significa, que mi recién marido, quien está en el ecuador de la treintena, con los pectorales y abdominales marcados, es el blanco de muchas féminas. Las tipejas tuercen el cuello de un modo sobrenatural cuando pasa por detrás de sus hamacas o sale de la piscina después de nadar.

Esta noche, treinta y uno de diciembre, decido sorprenderle con un *look* atrevido y sofisticado. Aliso el cabello, al perder las ondas parece más largo. Las puntas que ocultan la nuca tocan los hombros, el flequillo los sobrepasa. Perfiló el contorno de los ojos en negro, añado máscara de pestaña, realzo los pómulos con el colorete y pinto los labios de un bonito rosa.

El color dorado que ha tomado la piel me favorece, al igual que el vestido negro de fiesta regalo de Lucía y Edy. Este se ciñe como un guante a la figura sin marcar los defectos, posee un escote delantero terminado en pico y otro bastante generoso que deja la espalda al descubierto. En mi cuerpo menudo no luce demasiado provocativo, aun así, para la cena de gala veo correcto cubrirme con un pañuelo colocado con estilo.

Arreglada salgo del baño, encuentro a Fran en la terraza, se propone encender un cigarrillo, pero frena su intento al verme.

—Si continuas sin decir nada, hundirás mi autoestima —digo nerviosa. Él se quita el pitillo de la boca y carraspea.

—Se te ve..., increíble.

Es inquietante que no añada el termino cariñoso “tesoro” a la frase. Sería el modo de dar su total aprobación.

—No te gusta, ¿verdad?

Regresa de allá donde estuviese su mente, respira y esboza una tímida sonrisa.

—Luces preciosa. Voy a tener que hacer un gran esfuerzo por no meterte mano durante la velada.

Rio llevándome la mano al pecho cubierto por la seda del pañuelo. Me agrada cada vez más seducirle, algo impensable hacia unos meses. Fantaseo pensando que cuando vea el vestido de fiesta que llevo debajo, quizás saque su vena romántica y hagamos el amor en la playa, bajo las luces y colores de los fuegos artificiales.

Después de la deliciosa cena, como invitados de excepción nos trasladamos a la azotea del salón de fiesta. Recibimos el año nuevo junto a Julián, el director del casino, y unos familiares y acompañantes de este. Nos deseamos prosperidad y felicidad para los siguientes trescientos sesenta y cinco días mientras contemplamos el cielo lleno de chispas de colores que hacen figuras luminosas durante unos segundos. Los brazos de Fran se ciñen a la cintura, su pecho protege mi espalda. Son unos minutos mágicos, siento que nada puede empañar nuestra nueva vida.

Después del espectáculo pirotécnico pasamos dentro de la sala. Un prestigioso DJ sube a la cabina de mezcla que preside la pista de baile y comienza a amenizar la velada. Pronto los jóvenes animan el ambiente con sus bailes.

Fran prefiere que ocupemos los cómodos taburetes que flanquean la barra principal en vez del reservado. Julián nos acompaña, desde allí puede estar pendiente de lo que acontece a su alrededor. Obligación que Fran también adquiere, parece que estamos en la cafetería San Lorenzo y es el dueño del negocio.

Soy consciente de que se siente en su salsa, disfruta escuchando a su amigo. Julián le pone al día de los rumores que circulan por el ambiente de la noche desde que abandonó el oficio.

—Amigo. ¿No te apetece inscribirte en una partida privada de cartas?
— pregunta Julián.

Cruzo la mirada con esos infranqueables ojos celestes. Él ve oportuno dar una explicación.

—Hace años que no participo en una timba de póker.

—¿Apostabas mucho dinero? —me intereso.

—Tenía un límite, nunca gastaba de manera irresponsable.

—No ganaba a menudo, pero jamás le he visto perderlo todo —añade Julián ofreciéndole un cigarro a su colega, de inmediato advierte—. No lo enciendas dentro de la sala, está prohibido fumar.

—Es mañana cuando entra en vigor la ley y pueden sancionar.

—Sí, pero este establecimiento hace meses que la acata. Por eso de ir acostumbrando al cliente. Así que acepta la orden, me lo agradecerás.

—De acuerdo jefe —dice mirándole cómplice—. Visitaré la zona de fumadores.

—Lástima que las autoridades lleguen tarde para obligar a cumplir con el decreto —murmuro acariciando un mechón del corto cabello.

En la segunda ronda de copas se incorpora a la conversación una agradable y simpática pareja. Estefanía y su marido John son los propietarios de la última discoteca que dirigió Fran, noto el aprecio que se guardan los tres.

Durante un rato gozamos del entorno distendido, Fran se ausenta a menudo, fuma con otros dependientes de la nicotina. En esta ocasión me distraigo observando a la gente moverse en la pista al ritmo de la música. El elegante lugar cuelga el completo a pesar del coste desorbitado de las entradas.

—¿Por qué no bailas? Eres joven para quedarte sentada la noche entera.

—Si usted acepta el desafío, me animo —reto a Estefanía. Suelta una carcajada antes de preceder el camino meneando las caderas y los brazos. Me desprendo del pañuelo de seda, entre tantos vestidos de noche ajustados, escotes imposibles y lentejuelas de brillos cegadores, mi traje es pura discreción.

De regreso a nuestro sitio, la señora va a los baños mientras yo bebo un trago largo de vino espumoso, tengo sed y bastante calor después de bailar nueve o diez canciones sin parar.

—¿Qué hace una chica encantadora como tú, con un hombre como

Franco Ponce?

Julián, que apenas me ha prestado cuenta desde que nos presentaron, frunce el entrecejo. Sin embargo, los dos señores que le acompañan y de los que no me he percatado hasta este momento, dibujan otra expresión bien distinta en sus rostros.

—No le entiendo, señor Quesada.

Se acaricia la barba y sonrío amable.

—Olvídalo muchacha. No he querido decir nada relevante, solo que Fran es un tipo con suerte. Ha encontrado a una joven inteligente que posee una dulzura e inocencia que atrae a los hombres. Te ganarías bien la vida como Gogó en una sala de fiestas.

Los otros dos tipos asienten como hienas hambrientas. Licenciosos, deslizan sus ojos por mis pechos y espalda desnuda, recreándose en el final de esta. La situación durante unos segundos se vuelve embarazosa, cuchichean entre ellos con clara alusión hacia mi persona.

Busco con la mirada a Fran, hace rato que salió a la terraza y sigue sin regresar. De repente me siento desplazada, fuera de lugar allí rodeada de gente que en realidad no conozco.

Como si hubiese oído el reclamo, surge de la nada. Observo que tiene los ojos irritados del humo de los cigarrillos, pienso que se ha excedido con el tabaco. Le he pedido infinidad de veces que lo deje, que la salud es lo primero. Además sabe que odio el sabor a nicotina, el olor que se impregna en su piel. Pero no hace caso. Me echa por encima de los hombros su chaqueta y me agarra a la altura del codo tan fuerte que no puedo evitar lanzar un chillido que queda amortiguado por los decibelios de la música. No cesa en su presión, se intensifica, me lesiona de tal manera que las lágrimas brotan.

—Vámonos de aquí —ordena con voz de ultratumba.

Tira con brío poniéndonos en marcha, el zarandeo provoca que tambalee sobre los altos tacones. Él me sujeta fuerte para que no caiga al suelo. Intento liberar el brazo, pero es imposible tal hazaña, me duplica en fuerza.

—¡Suéltame! Clavas los dedos. Haces daño, Fran.

Ignora la súplica, aprieta con saña, tengo que morder el labio para no soltar un estremeedor alarido en mitad de la abarrotada sala.

Con la iluminación del vestíbulo, llamamos la atención de algunos clientes. Simula el papel de esposo atento que sostiene a su mujer dolorida

por utilizar un calzado inapropiado y algo mareada por el exceso de alcohol. Cuando los rebasamos, de inmediato y sin darme tiempo a reaccionar, cambia el agarre y me coge de la muñeca acelerando las zancadas.

Impaciente llama al ascensor varias veces. Este no demora en abrir. Dentro encontramos a un señor vestido de esmoquin al igual que él, con una sonrisa prometedoras en los labios. También sube a las habitaciones.

Fran me estruja fuerte los huesos, creo que los partirá en mil pedazos si emito algún quejido. Da las buenas noches, hasta felicita el año. Marca el número de planta a la que nos dirigimos y me acorrala al final del elevador.

—Guarda las apariencias, tesoro. Que ya llegamos —me susurra en el oído.

Besa la mano oscurecida por la acumulación de sangre y limpia mis mejillas con los dedos. Sus ojos celestes inyectados en sangre aterrizan, advierten que de nada valdrá pedir ayuda, que no tengo escapatoria. ¿Dónde se fue el Fran que conozco? No comprendo que ha sucedido, el motivo por el que actúa con agresividad.

—¿Qué he hecho para que me hagas esto? —susurro con un sollozo, a duras penas tolero el dolor con el fin de no alertar al señor que nos acompaña.

—¿De verdad vas a fingir inocencia? —dice aproximando su boca a la mía.

Con el sonido del ascensor anunciando nuestro destino, introduce la mano en su chaqueta, la que llevo puesta sobre los hombros. No se demora en sacar la llave de la suite del bolsillo, después me arrastra a la entrada. Al desconocido no le extraña nuestra urgencia, le oigo reír y perdonar que salgamos corriendo sin despedirnos.

Nada más abrir la puerta me empuja con violencia dentro de la habitación, tropiezo y caigo sin remedio al piso golpeando la sien con la imitación de un clásico recibidor del siglo XV.

A pesar del dolor me quito el tacón que todavía calzo y arrastro las nalgas por la moqueta. Busco distanciarme del monstruo que deshace el lazo de la pajarita y desabrocha los botones de la camisa antes de inclinarse e inmovilizarme por la nuca.

—¿Dónde crees que vas? No puedes huir de tu marido.

El miedo recorre cada centímetro de piel. Es una realidad, se ha vuelto loco.

—No me lastimes, por favor. No me golpees, Fran.

A pesar del ruego, del llanto desesperado pidiendo clemencia, ejerce

más presión en los dos puntos que aferra con sus manos. Sin esfuerzo me eleva y pega a él. Moja sus labios con mis lágrimas, su mal aliento se cuele por el cabello estremeciendo los bellos de la piel.

Nuestros corazones palpitan acelerados por causas distintas; al suyo lo mueve la cólera, al mío el pánico.

Cierro los parpados, deseo que cese su agresión injustificada y entre en razón. Él comienza a mordirme la barbilla y los labios, los cuales frunzo por culpa del gimoteo que no puedo frenar. Está excitado, jadea con fuerza.

—He visto como a propósito te has quedado medio desnuda con este trapo que no me habías enseñado y apenas deja tu apetecible cuerpo a la imaginación. He presenciado como te has contoneado en la pista de baile con movimientos sensuales. He sido testigo de cómo has provocado a esos tipos de la barra. Esos buitres te miraban al igual que lobos hambrientos y tú has disfrutado siendo la presa. Te has comportado del mismo modo provocativo estos días en la piscina, con esos minúsculos bikinis.

—Eso no es verdad —gimoteo—. No he hecho tal cosa...

—¡Cállate zorra! —Tira del escote del vestido, lo rasga por la mitad dejando al descubierto un seno desnudo que de inmediato cubre con su mano—. ¿Quieres exhibirte cuando yo no esté? ¿Quieres que los hombres se vuelvan locos por meter la polla entre tus piernas? Pues hazte a la idea de que el único que te va a follar de ahora en adelante soy yo, tu marido. Eres mía. Entendido.

¡Entendido! —repite con un grito.

Aterrorizada, asiento con la cabeza.

—Y nadie puede desear o tocar lo que me pertenece.

Del empujón caigo en la cama. Forcejeo, lucho por escapar. Mete una de sus piernas entre las mías, abriéndose camino, tumbándose sobre mi cuerpo y sujetándome los brazos a ambos lados.

—Fran, no continúes, por favor.

No oye las quejas o el llanto. Ni siente ni ve reflejado en mi rostro el dolor que causa. Rasga las braguitas como si de papel se tratase.

—No estoy preparada, no quiero hacerlo. Me harás daño. —Sollozo impotente.

—¿Para otros estas dispuesta y para mí no? Eres mi mujer y te deseo ahora.

Con una mano retiene mis muñecas por encima de la cabeza. Con la otra se desabrocha el pantalón, saca su miembro y lo guía. No tiene piedad,

me penetra de un modo salvaje, desgarrándome por dentro. El grito de dolor y sufrimiento no lo frena, al contrario, intensifica sus embestidas al notar placer con la rigidez que generan mis los músculos contraídos. Como un animal muerde labios, clavícula, senos. Lo que encuentra a su paso mientras la bestia que lleva dentro se introduce una y otra vez hasta alcanzar el orgasmo. Ruge feroz mientras mis quejidos se pierden entre las sábanas.

Tras la liberación, recupera las facultades. Al comprender lo que acaba de consumir, sale precipitadamente de mi interior y se incorpora al pie de la cama. Me doblo a un lado, encojo las piernas rodeándolas con los brazos. Si me preguntase, sería imposible describirle el sufrimiento físico y emocional que siento.

Ignoro el tiempo que transcurre, puede que unas milésimas de segundo, hasta que el hombre en quien he depositado la confianza recoge la colcha tirada en el suelo y cubre el cuerpo del delito para no sentirse más culpable. Acto seguido abandona la suite.

Agarrotada, temblorosa y con la vagina palpitando del desgarró que atraviesa, me envuelvo con la aparatosa tela. Con toda la voluntad del mundo me pongo en pie, llego al baño y echo el pestillo. Lloro con la frente apoyada en el grueso cristal de la puerta. No ha sido una terrible alucinación, el cuerpo se encarga de regresarme a la realidad con cada latido del corazón que replica en mi sexo.

Con la luz apagada comienzo a quitar lo que queda de ropa, ni siquiera de reojo me miro en el espejo. Aunque la escasa iluminación que entra del dormitorio no evita que vea las marcas en los brazos, la sangre deslizar por los muslos. La saliva, el sudor y el perfume de Fran se han descompuesto en la piel. El olor es tan nauseabundo que una arcada me lleva al inodoro donde vació el estómago. Entro en la ducha, los escalofríos hacen que tiemble de pies a cabeza. Enjabono y froto con ímpetu desmedido el cuerpo bajo el chorro de agua caliente. De agotamiento caigo rendida en la loza que engulle junto al agua los restos de la barbarie.

Soy incapaz de contener el amargo llanto, las lágrimas no tienen fin. ¿Cómo ha podido violarme?, ¿cómo ha podido violarme? Repito una y otra vez sin poder asumir lo sucedido.

Con la mente ausente, ciño el albornoz a la cintura, extendiendo la colcha en un rincón y con las toallas me tapo en busca de calor. Quiero desaparecer, despertar de esta pesadilla. ¿Cómo es posible que un sueño idílico se torne en una vivencia dramática? Tendríamos que haber iniciado el año haciendo el

amor como amantes apasionados. ¿Qué ha ocurrido? ¿Qué espíritu maligno se apoderó de él?

Pienso en pedir ayuda, en llamar a Diego, pero de qué serviría regalarle el mal trago en unas fechas señaladas como son el año nuevo si no me puede rescatar. Nadie podría. Los héroes solo existen en la imaginación. Veo claro que estoy atrapada en una relación diseñada a medida de Fran. La chica casi desamparada por su familia, falta de cariño y fácil de manipular por un hombre que promete protegerla. ¡Joder! Incluso el día del enlace parecía haberse escogido adrede; veintiocho de diciembre, día de los Santos Inocentes. ¡Vaya broma me ha gastado el destino uniéndome a un hombre inestable y sin escrúpulos!

Me hago un ovillo en la esquina, lloro hasta que el cansancio y el sueño me vencen.

Despierto sobresaltada por unos golpecitos en el cristal. Asustada pego la espalda a la pared, muerdo los labios, quiero frenar las palpitaciones, el miedo. Desconozco la hora que puede ser, no tengo medio de averiguarlo encerrada en el cuarto de baño. Pero intuyo por la luz que entra por las rendijas de la puerta, que pasa del mediodía.

—Sur. Por favor. Ábreme. Sé que estás ahí dentro.

Tapo la boca con la mano, silencio el grito de horror. El dolor de cabeza se acentúa, me palpitan las venas de la sien, aunque lo único que importa en ese instante es que Fran permanezca lo más lejos posible. No quiero que me toque.

A pesar de que la pantalla de cristal está velada, veo su silueta tras la puerta. Deja los hombros caer, descansa la frente en el vidrio.

—Perdóname. —No respondo—. Perdóname, por favor.

—Márchate.

—Quita el cerrojo, deja que me disculpe.

—No hay justificación. Vete.

Ni en un millón de años hubiese vaticinado lo que ocurre a continuación. Desliza una tarjeta de crédito por la milimétrica fisura que separa el canto de la puerta con el marco de aluminio y eleva el pestillo. Sin saber de dónde saco fuerzas, me alzo en pie con la espalda pegada a la pared.

—No me tengas miedo, tesoro —ruega con voz penosa y aspecto demacrado.

Sollozo con una congoja infinita en el pecho. No me atrevo a hablar, pero temo otra reacción violenta al no contestar con la mayor serenidad

posible.

—¿Cómo hemos llegado a esto? ¿Por qué has roto la magia?

—Yo...

—Me has violado y agredido sin motivos. Eres una bestia sin sentimientos.

—Te aseguro que ese demonio no era yo.

—No soy ingenua, he deducido que anoche consumiste cocaína. Lo que no justifica tus actos.

Se deja caer de rodillas, profiere un lamento.

—Aunque te parezca lo contrario, juro que, salvo un poco de hierba de vez en cuando, no consumo otras drogas. No soy adicto, por eso te suplico que me perdones. Jamás volverá a suceder, te lo prometo.

—¡Quédate ahí, no te acerques! —grito aterrada al verle avanzar en penitencia.

Se frena, derrotado se sienta sobre sus piernas incapaz de contener el gimoteo.

—Te quiero, eres la mujer de mis sueños. Sé que he cometido una atrocidad por culpa de una raya de cocaína y unos celos enloquecedores que me consumieron en el infierno. No tengo excusa, te he maltratado y mancillado.

—Lo nuestro ha sido un error, creo que deberíamos separarnos.

El miedo me paraliza, veloz se arrastra y aferra a mi cintura. Estoy atrapada, no puedo saltar por encima del bidé y huir de su alcance. Alza la mirada azul, turbia por las lágrimas. A su manera también sufre.

—Concédeme la posibilidad de enmendarlo, nunca volveré a dañarte. Jamás volveré a tontear con las drogas. —Tiembla sin consuelo como un niño pequeño—. No me abandones, por favor, no me abandones. En la vida te forzaré, seré paciente, te conquistaré de nuevo. Te daré todo el tiempo del mundo, esperaré a que estés preparada y confíes en mí. Sur, pídemelo lo que quieras, pero no acabes con este matrimonio.

Contraigo el rostro de pura tristeza, supongo que de algún modo él también ha sido una víctima. Quiero creer en sus palabras, así que le indulto. Llevo la mano a su cabeza y noto como convulsiona agradecido de tener una mínima oportunidad.

Cuando se calma y despega el rostro de mi talle, observa que el trauma impide que reaccione. Cuesta trabajo respirar, llorar y pensar a la vez.

—Sur, vístete, necesitamos salir de aquí.

Obedezco sin rechistar, sentir el sol y la brisa marina de la isla me sacará de la conmoción, despejará la mente. Mientras se mete en la ducha corro al armario. Al desprenderme del albornoz quedo atónita ante el espejo, el labio inferior maltratado por sus dientes, lo noto inflamado. Sus dedos se marcan en ambos brazos, tengo moratones desde el cuello hasta los muslos.

Aguanto el llanto porque le oigo cerrar los grifos, lo último que deseo es que me vea desnuda. Tomo una falda cuyo largo llega a los tobillos y una camiseta de manga larga.

Temerosa me arrinconan a un lado en el instante que accede al dormitorio con una toalla alrededor de la cintura. Esquivo su mirada, en ese momento la fijo en una ficha del casino tirada en un rincón, próxima a su chaqueta. No me puedo creer que mientras padecía un tormento por su culpa, él estuviese jugando a las cartas. Debe tratarse de un malentendido, en estos momentos quiero pensar lo peor de Fran y con seguridad hay una explicación comprensible de cómo ha llegado allí esa moneda de plástico. Tal vez ya estaba en el suelo porque al anterior huésped se le cayó sin darse cuenta. La verdad es que no deseo preguntarle donde ha pasado las últimas siete horas, prefiero olvidar el infierno que he vivido al comienzo de este nuevo año.

Un destello de luz logra que levante la vista, Fran se encuentra al otro lado de la cama, arreglándose la camiseta por encima del pantalón. Bajo la mirada al colchón, a lo que ha llamado mi atención, el bolso de lentejuelas dorado y el pañuelo que cubría el vestido negro están sobre la cama, con las sábanas revueltas y, manchadas de sangre.

Echo a correr, no volveré a pisar esa habitación nunca más.

A última hora de la tarde regresamos a Madrid. Me acomodó en el segundo dormitorio del apartamento. Nos tratamos como conocidos, sin la confianza e intimidad que comparte una pareja. Fran acepta la distancia que marco, tengo derecho a comportarme desconfiada, retraída, observadora y reflexiva. Necesito tiempo y parece dispuesto a dármelo.

Se encarga de justificar nuestro precipitado retorno. “Guardamos las apariencias”, esa frase se me ha grabado en la memoria. Fingimos ser un matrimonio normal, cuando en realidad el encanto ha desaparecido. Desde luego nadie se imagina que, en un arrebato de locura transitoria provocada por los celos y los estupefacientes, el atractivo dueño de la cafetería San Lorenzo forzó a su mujer a consumir el acto sexual sin su consentimiento.

En la cabeza se repiten a modo de ráfagas, imágenes del monstruo en el que se convirtió. Me pregunto si las drogas habían magnificado su

verdadera condición, o como él asegura, le había transformado en una persona que no era.

Durante semanas pone su empeño en hacerme sonreír, es atento conmigo. Reconozco que su actitud es favorable si queremos que la relación siga adelante. No le odio, pero todavía es prematuro aventurar si seré capaz de olvidar el episodio desmedido de celos y abuso. Ni si el amor que empecé a sentir por él se ha apagado por completo o resurgirá de nuevo. Quizás podría superar lo sucedido si borro el sufrimiento, convenciéndome de que nunca quiso dañarme a propósito con sus plenas facultades mentales intactas. El problema es que, empieza a aflorar una pregunta que no debía haber surgido jamás de recién casada.

¿Y si no logro perdonarle? ¿Cómo escapo de él y de esta falsa realidad?

Capítulo 13

Joaquín tiene la amabilidad de retirar el vaso y el plato de la mesa. Con los meses el aprecio que le he tomado a este hombre es increíble, siempre dedica un gesto amable, a pesar de que es parco en palabras y muy reservado comparado con el resto de sus compañeros.

Sostengo el lápiz unos segundos con dos dedos, al escribir la fecha en el extremo derecho de la lámina de dibujo he advertido que justo ha transcurrido tres meses de la boda.

Sí. He perdonado a Fran. Regresar a la vida cotidiana ayudó en cierta medida a que la herida cicatrizase. Que él pusiese de su parte y me diese espacio, también. Lo demás llegó rodado, ingenioso donde los haya se las arregló para que compartiésemos instantes agradables y simpáticos. Un inocente acercamiento se convirtió en una caricia. Un beso, en sexo consentido.

Unos días atrás hemos pasado otra prueba de fuego relativa a la convivencia. Es difícil no chocar con Fran, posee un carácter, complicado. Es obcecado como una mula vieja y sorda. He entendido que lo suyo no es dialogar, prefiere encerrarse en sus dominios mentales, poner caras largas, luego él solito entra en razón.

Temo que estos altibajos son la causa de que la ilusión siga sin renacer, algo se quebró en el corazón y no acaba de aflorar la pasión.

Aparto la mirada del papel y la fijo en el propietario de la cafetería San Lorenzo. Atraviesa el salón-comedor camuflado tras un enorme y precioso arreglo floral. Saco las piernas de debajo de la mesa y giro el cuerpo en la silla. Él se arrodilla. Noto las mejillas arder. Detalles como estos me enternecen, logran que olvide, que desee luchar por nuestra vida en común.

—Feliz aniversario, tesoro.

—Gracias. —Acepto el ramo de rosas rojas—. No deberías haberte molestado.

—Es mi modo de agradecerte que me hayas soportado este tiempo.

Se incorpora lo justo para besarme. Algunas clientas fieles a los culebrones de las cuatro de la tarde empiezan a aplaudir por el gesto romántico.

Avergonzada corto el roce.

—Estamos ofreciendo un espectáculo.

—Lo que damos es envidia. —Ríe enderezando el cuerpo—. Señora Ponce. ¿Le apetece un coctel? —Ofrece la mano para que la sujete— Di que sí, por favor.

—¿Qué tramas Fran?

—Cautivarte —contesta con picardía—. Hoy me siento generoso, voy a invitar a los clientes a una consumición. Quiero celebrar que tengo la suerte de estar casado con la mujer más bonita del universo.

Sonrojada, poso la mano en la suya, me besa los nudillos. Los pocos clientes que quedan a esa hora, contentos por ser testigos de la representación amorosa, y sobre todo por la invitación del propietario del negocio, se arriman a la barra con nosotros.

Fran sigue siendo un maestro en su especialidad, hace volar el hielo, las botellas, la fruta, y con habilidad consigue que caigan con precisión en la coctelera. Tiene arte, impresiona observarle trabajar. Sonrío al ver como encandila a las mujeres que aplauden con la boca abierta.

Después de la exhibición se forman varios corrillos, me fijo en el que rodea a Magdalena. Sospecho de qué hablan las señoras, rumorean sobre un posible embarazo. Esta semana he negado dos veces el bulo. ¿Es que esta buena gente no tiene nada mejor en qué entretenerse? Poseo juventud, un futuro por delante, y me acabo de casar.

¡Señoras, dejad que viva en paz!

Magdalena me mira de reojo, no interviene en la conversación típica de las Marujas. Mi suegra no suele opinar, menos cuando estoy presente, lo máximo que contesta es:

—Claro. Como a cualquier abuela me gustaría disfrutar de los nietos antes de que la vejez no me lo permita.

La señora Rossini, Magdalena Rossini, las mata callando.

—¿Por qué te molesta que especulen con un posible embarazo?

Fran apoya los codos en la encimera de metal, no me atrevo a mirar sus interrogantes ojos azules.

—Es de antiguos presionar a las parejas recién casadas a que procreen de inmediato.

—No me importaría ser padre.

—Cuando alcance tu edad, pensaré lo mismo, querré ser madre de dos o tres pequeñajos. —El comentario enfrenta nuestra mirada en silencio—. Fran. Aún soy joven, no deseo cargar con la responsabilidad de un hijo.

Se peina el cabello y se rasca la nuca. Gesto que indica que escoge las palabras aptas, pues es el asunto más delicado que puede abordar conmigo.

—Sur. Considero que una mujer no debe esperar a la treintena para traer al mundo un bebé.

—Sabes que mi prioridad es acabar la carrera, labrar el futuro que sueño. Estaría genial si viajásemos, conocer otros países, ¿no crees? — insinúo deseosa de visitar museos y monumentos antiguos—. Un enano que dependa veinticuatro horas, los trescientos sesenta y cinco días del año de mí, complicaría las cosas.

—Pero...

—Franco. ¡He dicho que no!

Abandono el taburete que ocupó, agarro el ramo de flores y con el pretexto de colocarlas en un jarrón con agua, me marchó al apartamento.

Tres horas más tarde, cobijados entre las sábanas retoma con sutileza el tema. En la oscuridad voltea los ojos. Cuando le da por algo, es un pesado, insistirá sin rendirse hasta que le convenza de que disponemos de tiempo.

—Pronto terminas los estudios, no se te notaría la barriguita. Después podrías organizar cualquier rincón de casa con tus cosas, mientras creas tus obras yo seguiría manteniendo la familia. Me ocuparía de nuestro hijo las horas que estés trabajando.

Debería emocionarme que esté dispuesto a impulsar mi carrera de pintora, pero sé que lo único que pretende es salirse con la suya, que es ser padre. En realidad, a Fran no le interesa mis aspiraciones, no cree que pueda vivir de mis capacidades artísticas. Deduce que cuando me cierren un par de puertas y nadie compre las pinturas, acabaré aburriéndome. Se cumpla o no su pronóstico, la cuestión es que me niego en rotundo a ampliar la familia tan pronto.

—Tener un taller propio, salvo los artistas de renombre, pocos se lo pueden permitir. Soy una autora desconocida sin poder económico, debo empezar desde abajo, como ayudante de otro genio.

—Entonces, llevará años —se queja—. ¿Cuántos deberé esperar para jugar al fútbol con mi hijo?

—¿Los primeros cuatro o cinco años no piensas hacerle caso?

—No utilices el sarcasmo para intentar distraerme y desviar el tema. Ya que lo has mencionado, con más razón creo que estando mi madre aún en plenas facultades, es el momento de traer al mundo a nuestro niño. Ella estaría encantada de jubilarse y encargarse de las necesidades constantes que

demanda un pequeñajo.

—El día que nazca un hijo mío, no lo atenderá y criará otra persona. Ni siquiera sus abuelas.

—Es egoísta que decidas sola sobre este tema. Te quiero, y deseo con todas mis ganas formar una familia contigo.

Arrugó el entrecejo, «Magdalena, uno. Sur, cero». Fran necesita ilusionarse con otra cosa, quizás un coche nuevo o una mascota. De ese modo se le pasará la fiebre paternal inducida por su queridísima madre.

—¿Por qué das por sentado que sería un niño y no una niña? —La curiosidad me mata.

—Desde hace generaciones el primogénito de la familia Ponce es un varón. Nosotros no vamos a cambiar la tradición, ¿verdad? —dice abrazándome meloso.

Sonrío sin ninguna gana. Es sorprendente como los acontecimientos se van presentando de un modo que se me escapan de las manos. De nuevo siento que han dado el pistoletazo de salida, y mientras yo no he comenzado la carrera, Fran ha llegado a la meta. Pero este juego lo pienso ganar con un poco de astucia y algunas mentiras piadosas. No estoy capacitada para cuidar a un bebé y nadie me hará cambiar de idea.

—Escucha, hagamos una cosa. Pediré cita en planificación familiar, me realizaré unos análisis de sangre. Descartaré que tenga anemia; a menudo ando baja de defensas. Cuando la doctora vea conveniente dejaré de tomar la píldora. Siempre y cuando prometas que usaremos protección hasta que esté preparada, no quiero ser una mala madre.

—Te doy mi palabra —responde efusivo—. Tesoro, nada de ir al centro de salud, pide cita a la mejor ginecóloga del barrio, iremos juntos a la clínica.

—No hace falta que pierdas el tiempo en una consulta rutinaria, Lucía se ofrecerá encantada de perder la tarde en una sala de espera llena de mujeres embarazadas.

Zanjo la conversación volviéndome hacia el otro lado de la cama. Desde luego que iré a la revisión, pues me toca, pero ni loca con él. Decido que le regalaré un cachorro de perro en su cumpleaños, eso le entretendrá y hará ver el sacrificio que supone velar a un pequeño e inocente ser vivo.

Capítulo 14

El despertar promete, se ha arrimado insinuándose con la entrepierna abultada. Le dejo actuar, me contagia las ganas de activar la sangre practicando sexo. No tardo en descubrir que está en cuerpo y alma concentrado en satisfacerse, en procrear como un animal. La mente se dispersa, quiero que acabe cuanto antes. ¿Por qué la llegada de Nerón no ha disuadido ese maldito capricho de ser padre?

Sus jadeos indican que pronto se va a perder en el mundo del orgasmo.

—Fran. Da marcha atrás, no te has puesto protección. —Le doy unas palmaditas en el trasero, le animo a que se retire.

—Tesoro, deja que acabe dentro, me apetece mucho.

La voz le delata, debo persuadirlo rápido o se saldrá con la suya. ¿Por qué tuve la mala suerte de que la eficaz asistente de la ginecóloga llamase a casa la semana pasada para dar los resultados de las pruebas? El colmo de la mala fortuna es que Fran tomó buena nota del recado. No tuve escapatoria, oficialmente he dejado la píldora anticonceptiva, extraoficialmente las guardo en secreto en el recóndito bolsillo de una chaqueta que apenas uso.

¿Me arrepiento de mentirle? No, él tampoco juega limpio.

—Prometiste que usaríamos preservativos hasta que estuviese segura de que la maternidad no es un error, y te has saltado las normas varias veces estas semanas.

A regañadientes deja de invadirme, se corre en mi vientre. Que tenga que ser la responsable de que cumpla su palabra, corta el rollo bastante. Con frecuencia diría yo.

Cuando acaba de convulsionar se tumba satisfecho en su lado del colchón. Enseguida abandono la habitación y voy directa a la ducha. Me evado de la realidad al pensar en lo feliz que he sido estos últimos quince días. Que Diego y Claudia coincidan a la vez en la ciudad es un milagro. Los tres juntos lo hemos pasado de maravilla, los voy a echar de menos.

Nerón, el cachorro de dos meses, sigue mis pasos allá donde voy. Ahora corre por el salón al intuir que me dirijo a la cocina con intención de darle el desayuno mientras preparo un café. Sin querer causa un pequeño estropicio con el recipiente del agua.

—Deberías de atender y educar a tu perro —sugiero entretenida limpiando el suelo—. Es primordial que sepa desde pequeño quién es el dueño y quién es la mascota.

—Es un bebé, tesoro, aún no entiende de órdenes. Pronto podrá salir a la calle a jugar y quemar energía —dice descansando el hombro en el marco de la puerta del dormitorio—. ¿Por qué vas vestida tan elegante a la universidad?

—¿Una blusa y una falda de lo más normal te parecen elegante?

—Llevas tacones. Salvo que acudamos a un restaurante no los utilizas.

—Pues por eso he decidido ponérmelos. Diego y Claudia se marchan, almuerzo con ellos.

Se le nota aliviado de que cuñado y tía política dejen de robarnos tiempo. Coge en brazos a Nerón, que con afecto le lame la barbilla. Su supuesto amo le habla sin importarle que esté presente y le oiga.

—¡Qué haremos tú y yo solos, campeón! Estaremos sin mamá, hasta las cuatro o cinco de la tarde.

Carraspeo a la vez que cuelgo el bolso en el hombro, no me gusta que me llame “mamá”, y tampoco que haya obviado otro asunto. ¿¡Lo hace aposta!?

—Fran, sabes que regresaré para la cena. Recuerda, te comenté que Lucía y yo nos presentamos a una entrevista de trabajo. Después te cuento como ha ido, debo darme prisa sino quiero llegar tarde a clase.

Le doy un rápido beso en la mejilla, le dedico una carantoña a Nerón y desaparezco de su vista por si se le ocurre objetar sobre cualquier punto de mi agenda diaria.

Como esperaba el día ha sido agrisado. Jamás estoy preparada para despedirme de Diego y Claudia, cuesta lágrimas y días de melancolía. Por contrarresto a la pena, la entrevista de trabajo ha transcurrido bastante bien y eso me alegra. He causado buena impresión, los conocimientos de arte son sobresalientes, hablar un inglés fluido me ha hecho ganar puntos. Lucía da por seguro que me contratarán como guía en el museo del Prado. Estoy contenta, por algo se empieza en el mundillo del arte.

Llego a la cafetería, están cerrando. Joaquín y Alex reparten el bote en tres montones, uno le corresponde a Anabel, la otra compañera que esta tarde descansa. Alex se frota las manos con alegría, los tres cogen un buen dinerillo extra todas las semanas gracias a las propinas de los clientes.

—¿Dónde se encuentra el jefe? —Joaquín levanta la cabeza, mira por detrás de mi hombro.

—¿Dónde estabas tú?

La voz de Fran retumba en el oído, ni siquiera permite que le mire, con su mano adherida en mi espalda vamos directo a la cocina.

—Vaya recibimiento, casi me matas del susto —bromeo aún sin recuperarme del sobresalto.

—He intentado localizarte, ¿Dónde te has metido? —increpa molesto. Alarmada busco el teléfono en el bolso.

—Lo siento. Se me olvidó subirle el volumen cuando finalicé la entrevista. ¡Cielos! Nunca me acostumbraré a este aparato. Incluso creo que está roto, no es normal que se apague cuando menos te lo esperas. —De inmediato reflejo la ilusión que traigo—. ¿Sabes? Estoy contentísima, apuesto a que mañana llaman concediéndome el puesto de trabajo. Bueno, en la cena te cuento los detalles. Ahora dime. ¿Qué necesitabas de mí?

Entrecierra los ojos, se moja el labio inferior y lo muerde. Conozco ese semblante, su cabeza está en guerra, con varios frentes abiertos. ¿Cuál es la causa del cambio de humor? Temo que no tardaré en enterarme.

—Mi madre no se encontraba bien de salud.

Avanzo los pasos que nos separan preocupada de corazón por la señora Magdalena. La mujer, pese padecer diabetes, nunca se queja ni enferma.

—¿Qué le ha ocurrido?

—Se ha mareado.

—¿La ha visto un médico?

—No. Ahora dice encontrarse bien, la he dejado descansando.

—Me alegro de la mejoría —digo con sinceridad—. Seguro que es un poco de agotamiento, estamos sufriendo un mes caluroso.

—Eso dice ella. Que en un par de días se encontrará recuperada.

Le acaricio el brazo, pretendo tranquilizarle. Con la fortaleza que posee Magdalena, seguro que por la mañana retoma la rutina.

—Subamos a casa, que los chicos se encarguen de cerrar el bar.

—Sur. ¿Por qué quieres estudiar y trabajar? ¿Acaso no te proporciono lo que necesitas? ¿De verdad prefieres pasar el fin de semana metida en un museo, en vez de conmigo?

Y ahí descubro el conflicto interno de Franco Ponce, la indignación que guarda desde que le comenté mis pretensiones laborales.

—Demás sabes que opto a un contrato de unas pocas horas a la semana y es temporal. Apenas notarás mi ausencia.

Ríe con cinismo, eleva su tono de voz.

—En ocasiones como las de hoy, claro que te echaré en falta. ¿Y dónde estarás tú? De paseo con unos excursionistas por un museo.

—No sé a qué viene este ataque.

Pienso que una retirada a tiempo es una cruzada ganada, pero al retroceder, me sujeta de la muñeca con fuerza. Su mandíbula se retuerce y sus pupilas se comen el celeste de sus ojos, como si estuviese poseído y el monstruo hubiese regresado.

—Ni se te ocurra largarte de la cocina sin resolver mis dudas. ¿Me vas a dedicar tiempo o me vas a dar las sobras? —Grita ronco.

Me tenso, el miedo se apodera de la cabeza y el llanto de los ojos. Miro su mano estrangulando la mía, no sé si es la imaginación o de verdad me hace daño. Presa de los nervios lucho, quiero recuperar la libertad. Le resulta fácil retenerme como aquella maldita noche de primero de año.

—¡Suéltame! ¡Suéltame! —chillo de puro pánico.

Desesperada tiro con brío, forcejo, trato de desengancharme. El comportamiento histérico le devuelve a la realidad, abre los dedos. De repente el peso, la fuerza y la gravedad se encargan del resto. Pierdo el equilibrio, tambaleo hacia atrás, golpeo la espalda contra la estantería de la cristalería, reboto y caigo al suelo.

Las patas del armario bailan, sus baldas de metal rígido se ondulan, el mazacote tiembla como hecho de plástico. Las copas y los vasos tintinean, chocan entre sí y empiezan a caerme encima. Ver la cara de desconcierto de Fran me indica que ocurrirá una desgracia. En una fracción de segundo, el mueble comienza a desplomarse. El ruido de los cristales y la loza rompiendo contra el piso es ensordecedor, se estrellan en todas partes incluyendo mi espalda. Consigo cubrir la cabeza con los brazos y protejo el rostro antes de sufrir el aplastamiento de un tobillo y notar el fuerte golpe en el costado izquierdo. Miles de fragmentos diminutos de vidrios, saltan despedidos del suelo. Algunos se clavan, otros arañan la piel sin piedad. Fran de inmediato corre a auxiliarme, intenta quitar el pesado mueble que me oculta por completo. Con la ayuda de Joaquín y Alex, que acuden rápido, lo consiguen. He tenido suerte de que la encimera de piedra soporte el estante superior.

Alarmados por la sangre que me cubre y el aspecto de la pierna que ha soportado la pesada caja, pretenden convencerme de que vaya al hospital.

Me niego en rotundo. Aunque me duele las zonas maltratadas, no considero que las heridas sean preocupantes.

El abrazo de Fran es un bálsamo, lloro en su hombro. Es contradictorio, hacía unos minutos me transmitía un miedo atroz y no quería que me tocara. En este instante, necesito su afecto. ¿Qué había ocurrido en mi cabeza? No alcanzo a comprender que me ha hecho actuar como una paranoica.

Soy paciente, no suelto ningún quejido, ni derramo una lágrima cuando él retira los cristales de la piel y cura los cortes. La ducha despeja incertidumbres, las heridas cicatrizan sin problemas, aunque el pie se ha hinchado, no puedo apoyarlo al andar.

—Has tenido suerte, es un esguince sin rotura de hueso. —Asegura colocando una bolsa de guisantes congelados en el tobillo—. Sur. Procuré llegar, quise apartarte del sitio antes de que cayese la estantería.

—Lo sé.

Mira las heridas de las piernas, los brazos y la espalda. Dibuja una mueca lastimera con los labios.

—Si pusiésemos una tirita en cada corte, parecerías una momia. ¿¡Te imaginas llena de esas pegatinas que utilizan las niñas pequeñas con dibujitos de flores y princesas!?

Su comentario desenfadado logra que relaje los músculos y sonrío.

—Desde luego sería la reina “friki” de las tiritas infantiles.

Asiente riendo, luego respira hondo y deja escapar el aire.

—Serías una emperatriz muy bonita, por cierto.

Las palabras se estancan en la garganta, no sé qué contestar. Reaccioné de un modo desmedido, ambos somos conscientes, pero ninguno saca a relucir el tema. Él intuye que ha sido a consecuencia de su descontrolada posesividad. El incómodo silencio le hace levantar del colchón y salir del dormitorio.

Con cuidado recuesto la cabeza en los cojines, necesito que el episodio quede sepultado bajo la cristalería de la cafetería San Lorenzo. He magnificado las cosas, no quiso herirme en ningún momento. Lo cierto es que creí superado el trauma que provocó su abuso unos meses atrás, y no, el temor dormía en alguna parte del subconsciente.

Al día siguiente llaman del departamento de recursos humanos del museo. Con un pesar infinito rechazo el empleo. En mi estado, con este aspecto de presa felina, no puedo presentarme esa misma tarde a firmar el

contrato. Ni guiar ayudada con las muletas y durante horas, a grupos de turistas por la exposición.

Los dolores en el costado, donde luzco un hematoma impresionante, y el pie lastimado, impiden que me mueva con soltura. Pospongo acudir al centro de salud donde sé que me diagnosticaran reposo forzoso; de la cama al sofá, del sofá a la cama. Fran sube con frecuencia a ver si preciso de algo. Magdalena se ofrece a realizar las tareas de la casa. Y quien de verdad me acompaña sin despegarse un minuto de mi vera, es el pequeño Nerón. El cachorro consigue enfadarme y sacarme las carcajadas con sus travesuras de manera contradictoria y a una velocidad extraordinaria. A veces permanezco un buen rato dibujándolo, observo como pone en práctica sus endiabladas ideas. Nerón es mezcla entre lobo siberiano y pastor alemán, se lo compré a precio de risa a un compañero, no quería la camada porque dice que no tiene pedigrí. No entiendo de razas caninas, solo se me antoja que el peludo personaje es una maravilla de la naturaleza.

Nerón resulta de mucha utilidad, aprende rápido a traer las cosas a su alcance: el mando del televisor, la manta; las revistas todavía no las domina, las agujerea con sus finos colmillos. Aunque le prohíbo subir a la cama y al sofá, en muchas ocasiones Fran lo encuentra durmiendo a mis pies.

La mañana que me dispongo a regresar a la rutina, bajo a la cafetería muy temprano. Joaquín organiza las mesas de la terraza, dejo las pertenencias a un lado y colaboro. El hombre se fija en las limitaciones al caminar. Se guarda de insinuar que abandone la tarea, sabe que ignoraría su orden.

—Sur. ¿Dispones de un minuto? Me gustaría hablar contigo —sugiere al ver que, acabado el trabajo, me marchó.

—Claro que sí —contesto parando frente a él.

Introduce dos dedos en el bolsillo de su camisa blanca, donde siempre atesora un bolígrafo y el cuaderno de comandas. Saca lo que a primera vista es un grueso papel doblado. Me toma la mano, lo deposita en la palma y cierra el vínculo colocando mi otra mano libre encima. Él, con las suyas, no deja que las abra y descubra lo que esconden.

—Necesito que esto quede entre nosotros, no te lo tomes a mal y sigue mi consejo, por favor. —Inquieto duda si soltarme o no—. Sur. Te considero una hija, como tal me veo en el deber de ampararte en lo que esté a mi alcance. Quiero que cojas este sobre, vayas a una entidad financiera y abras una cuenta bancaria a tu nombre. Todas las semanas te daré la parte que

me corresponde de las propinas para que lo ahorres, es una cantidad pequeña sin embargo...

—¿Qué locura propones, Joaquín? —digo incrédula—. No puedo aceptar su dinero.

—¡Mira niña!, no me seas testaruda. Obedece que soy mayor que tú. — Se aparta negándose a que le regrese el sobre.

—Joaquín, usted es entrañable, sus regañinas no tienen efecto. — Intento entregárselo sin excito—. Vuelva a coger los billetes, es la recompensa por su trabajo, por su amabilidad. Nadie se lo merece más que usted.

—No bromeo, hija. Si no obedeces, lo haré por ti. —Su severidad me impacta, nunca imaginé que pudiese enfadarse—. Gracias a Dios mi familia no echará en falta este ingreso extra, por lo que puedo ofrecértelo como pago a la ayuda desinteresada que me ofreces. Quiero que, si las cosas se ponen feas y yo no estoy por aquí, tengas una balsa donde agarrarte.

Los ojos se me empañan de lágrimas.

—Lo de las otras tardes fue una discusión sin importancia. Que chocase con la vitrina fue accidental, se lo puedo asegurar.

—No lo pongo en duda. Al margen del amor, los comienzos son difíciles en cualquier pareja. —Dirige mi mano al bolso, pide en silencio que guarde el dinero—. Utilízalo como quieras, no pensemos que algún día vas a empezar de cero y te hará falta.

Le abrazo fuerte durante unos segundos. El instinto dicta que medite con tranquilidad su recomendación.

—Gracias.

—De nada, pequeña.

Al final de la mañana accedo a una entidad cercana a la facultad, en la que nunca he estado. Solicito la apertura de una cartilla. Aún conservo la de soltera, pero Fran conoce de su existencia, de hecho, el correo llega a su apartamento. De los datos que facilito en esta sucursal, nadie del entorno tendrá constancia.

Capítulo 15

Desde el primer peldaño de la escalera del almacén oigo a Nerón lloriquear. Resulta raro que siendo la hora que es, Fran no le haya sacado a pasear. El animal se escapa por debajo de las piernas al abrir la puerta, corre escalinatas abajo topando con otro obstáculo que le impide llegar a la calle. Hace sus necesidades allí, entre las cajas de cervezas y las de refrescos.

—Pobrecillo —susurro acariciando su cabeza—, demasiado has aguantado con lo pequeño que eres.

Resignada a tener que recoger y desinfectar esa superficie de inmediato, entro en el apartamento detrás de un impaciente pero aliviado Nerón.

De inmediato veo a Fran sentado en el sofá, no presta atención al programa que se emite en televisión. Le noto ausente mientras bebe una cerveza y deja que el cachorro le olisque los dedos.

Es extraño. ¿Por qué no habrá paseado a la mascota? ¿Por qué aún sigue con la ropa del gimnasio? Ha prometido que saldríamos a cenar esta noche. Vamos a celebrar mi cumpleaños y de paso, aunque falte unos días, nuestro quinto mes de casados.

—Hola, ya estoy aquí —digo desde la cocina, donde deposito las pertenencias en la encimera.

Sin recibir contestación bajo a limpiar el presente que Nerón ha expulsado en el pasillo del almacén. Cuando regreso, sigue en el mismo sitio: inclinado hacia delante con los codos clavados en las piernas. Quiero contagiarle mi felicidad, porque es viernes, porque el mes de mayo es maravilloso y no todos los días se cumple años.

Se levanta antes de que me siente en sus rodillas y le plante un beso en los labios. Hago el amago de un segundo intento, rozo unos labios inertes, toco un cuerpo nada receptivo.

—¿Qué ocurre? ¿Por qué me niegas un beso?

Poso los talones de nuevo en el suelo, le miro preocupada. Presiento que ya puedo ir despidiéndome de la sorpresa que insinuó tener preparada. No está de humor para fiestas.

—¿Cuánto tiempo pensabas ocultármelo? —Reprende firme.

«Sur, ya te ha pillado. Como bien le dijiste a Joaquín, sería bastante

sospechoso que le custodiasen su parte de las propinas hasta que él se incorporase de las vacaciones». Es lo que se me pasa por la mente.

—Por favor, especifica. ¿Qué es lo que supuestamente te he ocultado?

Alarga sus dedos, acaricia mis mejillas, los labios. Su mirada azul irradia melancolía junto a una profunda decepción.

—He puesto mi empeño en confiar en ti, y me lo pagas escondiendo esto.

Su mano izquierda muestra una discreta cajita. Me fijo en ella, inmóvil, con la piel erizada y sin escapatoria. ¿Cómo la habrá encontrado? Él jamás husmea en mis cosas, no se entretendría en rebuscar por los bolsillos de los abrigos, ni hallado los fondos secretos. Por inercia pretendo arrebatársela.

—Devuélvemela. —Pido temblorosa cuando veloz impide que se la quite.

La tira al suelo y la pisa con su deportiva.

—Prometiste dejar de tomarlas. ¿Por qué mentiste?

Retrocedo unos pasos, nerviosa froto la frente y peino el cabello hacia atrás. Sin duda se avecina una gran discusión, porque no me arrepiento de lo que he hecho. Ni pienso cambiar de idea. Rechazo en rotundo un embarazo, no quiero un hijo sin desearlo. Defenderé esa postura a capa y espada.

—Piénsalo, Fran. Hace poco más de un año que nos conocemos, llevamos siete meses viviendo juntos y unos cinco de casados. Nunca has tenido en consideración mis opiniones, al final siempre acato lo que tú decides. Te pusiste muy insistente. ¡Todo el mundo se puso de un pesado increíble! Nadie advierte de que necesito tiempo. No voy a ser madre, por lo menos los próximos tres años. Creo que con veinticinco o veintiséis, podríamos planteárnoslo.

No la veo venir hasta que siento la punzada de dolor que se concentra en la zona que recibe el golpe. Fran ha levantado el brazo y estrellado el dorso de la mano contra mi rostro, tan fuerte, que el golpe retumba en la habitación, que me despide unos metros por el suelo. Oigo ladrar nervioso a Nerón y las deportivas de Fran desaparecen del campo de visión.

Necesito dormir unos segundos.

Desorientada, abro los ojos y enfoco el faldón del sillón. Me duele la cabeza, creo que he perdido la conciencia. ¿Es posible que lleve mucho tiempo allí tirada en el suelo? El hocico de Nerón emite un suave sollozo cerca de mi nariz, como llamándome a la vida.

Sin levantarme rozo el costado herido y la inflamación que palpita por debajo del parpado. El llanto incontrolado comienza a humedecer la herida abierta, escuece. Me duele el cuerpo de hombro a cintura, he debido golpearme las costillas con la banqueta que hay desplazada a la derecha. Coloco las manos en el piso y con esfuerzo me incorporo. Sentada llevo el brazo por debajo del pecho, cuesta respirar con normalidad. Mojo los labios reseco con la lengua, el sabor de la sangre invade las papilas gustativas. Limpio la comisura del labio con la manga de la camiseta. Inspiro con calma, cuerpo y alma se comunican. Las lesiones físicas sanarán, las emocionales, no. El amor de Fran es dañino, su carácter volátil y violento no tiene justificación ni perdón.

Suena el agua correr de un grifo, proviene del baño. No me atrevo a mover un músculo por miedo a un nuevo ataque de ira. Entonces oigo como entra en la ducha y cierra la mampara. Una alerta de supervivencia logra que reaccione. Gateo hasta llegar al dormitorio, meto en una de sus bolsas de deporte ropa interior, unos vaqueros y un par de suéteres. En silencio cruzo el salón en busca del bolso, el abrigo y el maletín de dibujo, mi pequeño tesoro. Agachada a la altura de un fiel amigo, le freno antes de que se escabulla por debajo de las piernas.

—Nerón. Deja de perseguirme. Lo siento mucho, debes quedarte con tu dueño. Él te quiere, sabrá cuidarte mejor que yo.

Con tacto cierro la puerta y bajo a oscuras los malditos escalones que, aun habiéndole instalado cintas fluorescentes son mortalmente peligrosos.

Dolorida deambulo por las calles de Madrid sin saber adónde ir. ¿A quién acudo cuando he difundido que mi vida de casada carece de fisuras? ¡Malditas apariencias! Sí. Diego pondría el grito en el cielo, en el cielo de Bosnia, y eso no es bueno para la concentración que requiere su trabajo. El resto, incluso Claudia, que no vería con sus propios ojos las heridas físicas y emocionales, diría que se trata de un arrebató pasional, por culpa mía, por ocultarle que sigo fiel a la píldora anticonceptiva. Y tendrían razón. ¿Cómo voy a denunciar a mi marido por querer ser padre? No sé, prefiero alejarme de él.

Perdida en el sufrimiento, no soy capaz de encontrar cobijo. Me siento ridícula oculta entre las sombras de las calles menos concurridas con las gafas de sol puestas a estas horas de la noche, y es que me avergüenza que los demás peatones vean el horrible aspecto del pómulo.

Acabo donde el corazón dicta desde que decidí marcharme del

apartamento: sentada en un banco próximo a las taquillas cerradas de la estación de autobuses, con el llanto pausado porque cuesta horrores soportar la molestia del costado izquierdo.

El teléfono parpadea otra vez, miro la pantalla, cuento los tonos, espero a que salte el buzón de voz como las cincuenta veces anteriores. ¿De verdad cree que voy a contestar? Me dispongo a apagarlo cuando escucho:

—Me has dado un buen susto. Llevo bastante rato buscándote.

Con el corazón en un puño miro hacia arriba. Fran se encuentra a un par de metros, con las piernas levemente abiertas, una mano en el bolsillo del pantalón vaquero y en la otra su “radar de última generación”. Se quita el cigarro de los labios y lo tira a un lado mientras la nariz expide el humo de los pulmones.

—¿Cómo has dado conmigo? —pregunto sin fuerzas para salir corriendo.

—No tienes muchos lugares donde puedas ir. —Duele que esté en lo cierto—. En casa de Lucía no hay nadie. Y por el gruñido que ha soltado Edy al preguntarle si te habías puesto en contacto con él, he confirmado que no sabe nada de tu paradero. Lo que me ha llevado a pensar que, si querías pasar el fin de semana con tus padres en el pueblo, el único medio que te puede llevar es el autocar.

Inquieta busco con la mirada a otro ser humano, algún guarda o indigente. No tenemos compañía en la terminal.

—¿Por qué hablas convencido de que volveré contigo? Lo sucedido esta noche ha sido grave, muy grave.

—Tesoro. Creas un drama de cualquier minucia. Marcharte de casa porque me has enfurecido con tus mentiras, es ilógico. Comprende cómo me he sentido cuando has confesado que no quieres tener un hijo mío.

Tapo medio rostro con la mano, seco las lágrimas con el pañuelo.

—No he dicho tal cosa.

—Yo lo he entendido así.

—¿Eso justifica que me hayas golpeado y dejado inconsciente en el suelo? Fran. Qué harás cuando te diga que voy a... —le echo coraje, da igual que me agreda de nuevo—, dejarte. No quiero nada tuyo, solo quiero seguir mi camino.

—¡No, no, no! No sabes lo que dices mi amor—se arrodilla a escasos centímetros—. Entiendo que estés enfadada, dolorida y cansada. Mañana verás las cosas con mayor claridad, te lo prometo. Te juro que enseguida me

sentí un canalla despreciable por ponerte la mano encima. Furioso me encerré en el baño y golpeé con los puños la puerta mientras maldecía mi actitud. Ni siquiera me percaté de que te pegué tan fuerte que podía haberte dañado.

Desesperado toma mi cara entre sus manos. Eleva las gafas de sol, estas recogen los mechones de cabello que tapan la herida de la mejilla. Roza con delicadeza la zona donde el hematoma palpita ardiendo, donde su alianza de oro se ha quedado grabada en la piel. Compruebo que sus nudillos están heridos y ensangrentados.

—Sur, mírame a los ojos, sabrás que digo la verdad. —Sus dedos en mi barbilla animan a que obedezca—. Tesoro, te quiero con locura, no podría vivir sin ti. Eres la razón por la que me esfuerzo en ser mejor persona, contigo construyo proyectos, tengo ilusiones. Perdóname, por favor. Vuelve a alegrarme los días con tu sonrisa, con tu exquisita forma de ser.

Sollozo, las emociones son confusas.

—Necesito pensar. Si tú estás al lado soy incapaz.

—Sshh. —Calla mis labios con un beso que no puedo responder. Se incorpora y extiende la mano—. Ven conmigo a casa, sanaremos las heridas y cuando te encuentres recuperada, buscaremos soluciones.

Ruega con la mirada que lo acompañe. Una parte de mí quiere seguirle, se siente incompleta sin él. En ese instante comprendo lo equivocada que he estado, nuestros mundos no giran juntos, sino que yo orbito alrededor del suyo a su antojo.

Esboza una sonrisa, el indeciso acto de dudar le vale para estrecharme contra su pecho. Las defensas que presupuse firmes y consistentes, esas que debían mantenerme distante, se derrumban ante la muestra de afecto. Sus caricias consiguen restar trascendencia a su violento arrebato.

Al alba, con el calor de las mantas y el pequeño cachorro tumbado a los pies de la cama, los efectos del calmante surgen efecto. Adormilada me pregunto: ¿La felicidad es así de inconstante, con tantos altibajos? No pido lujos, ni promesas imposibles de cumplir. Me conformo con un hogar, con un hombre que me dé su cariño y la seguridad de sus abrazos. ¿Por qué nos cuesta conservar el equilibrio, la armoniosa estabilidad de una pareja que se quiere a pesar de sus diferencias?

Sabía con el estado de ánimo que fui a la cama, no con el humor de perros con el que iba a despertar al día siguiente. La lesión del pómulo molesta, el dolor entre las costillas es casi insoportable, voy a tener limitadas las posturas durante un tiempo.

Mientras busco el modo de ponerme en pie, aparece Fran con el desayuno; zumo de naranja, café, tostadas, los antiinflamatorios y, una caja envuelta en papel de regalo. Se le ve ilusionado con este gesto que debería ser de ensueño.

—Me temo que no es una escena de película, falta la rosa roja — murmuro con sequedad.

Sonríe, no capta la poca emoción que me inspira la sorpresa. Posa la bandeja en el regazo de mis piernas y abandona el dormitorio con una gran sonrisa.

—De eso nada, es que el ramo requiere de otro par de manos para ser entregado.

De verdad que quiero retener el aliento, asombrarme con el gigantesco centro de flores, pero me es imposible. Culpo de esta insensibilidad, a la punzada que siento en las costillas y que me provoca una mueca de dolor que me salta las lágrimas.

—Es gran un detalle —logro decir.

Me retuerzo hasta encontrar la posición que apacigua los dolores. La escena ni es cómica ni romántica. Nervioso espera que ingiera los calmantes y destape el paquete. Es el último modelo de teléfono móvil que anuncia una importante marca, igualito al suyo.

—Es perfecto para ti —asegura con tono jovial—. Su batería es de gran autonomía. Te será difícil desprenderte de él, no olvidarás llevártelo a cualquier parte. Es novedoso y la cámara es de buena resolución, captará a la perfección las fotos que tomes. Incluida tu belleza.

Esas palabras empeoran la irascibilidad que siento. Muerdo la lengua, no le grito: «¿Qué belleza? ¿La que me arrebataste ayer tarde?»

La entrega de estos regalos de cumpleaños y aniversario llegan con retraso, son inoportunos. No borran lo sucedido la noche anterior. Por lo menos en mi memoria; la de Fran parece haber conseguido eliminar el recuerdo. Con un nudo en la garganta y un desprecio infinito hacia lo material, me limito a contestar:

—Es exactamente lo que quería. Gracias.

El hombre que prometió cuidarme en lo bueno y en lo malo. El que, en vez de regalar estos objetos en el trascurso de una cena especial, prefirió comportarse como un bruto y desgraciarme el físico, corta una rosa del espléndido ramo y me la entrega con un beso en la frente.

La culpabilidad se instala en mi la cabeza, la pena en el corazón. El

órgano no bombea a mil por hora como debería. La risa de una mujer enamorada no asoma espontánea en la boca, me limito a estirar los músculos y simular una sonrisa.

Capítulo 16

Muestro un carácter retraído que no identifico con mi manera de ser. Me noto distinta, ni siquiera la música me alegra e inspira. Achaco la apatía a que no descanso bien, pero la angustia que sufro a pesar de que mantengo las “apariencias”, se debe a dos cosas que me inquietan. Una, es que todas las mañanas necesito maquillar el rostro de manera que nadie advierta el camaleónico hematoma que circunda el ojo. Me veo obligada a esquivar a Lucía y Edy, con el objetivo de que no repitan la misma pregunta que ya les contesté por teléfono. Sí, les aseguré que mi matrimonio marcha perfecto. La segunda es que con Fran no encuentro el momento idóneo para hablar, creo que lo evita a conciencia. Anoche, veinte días después del incidente, se puso cariñoso y tuvimos sexo. Usó medios sin que le insistiese en que debía ponérselo, pero... ¿Cuánto tiempo duraremos así, si a él no le agrada utilizar preservativos y yo no quiero un embarazo? Regresar al método de siempre, la píldora, es lo correcto y debe estar de acuerdo.

Salgo de la boca del metro y camino dirección al apartamento. El bajo rendimiento académico, a dos exámenes de acabar la carrera, no es a causa de Fran. Me faltan energías, como si después del esfuerzo, a un paso de alcanzar la meta, la mente y el cuerpo quisieran tirar la toalla. El motivo de la desgana debe tratarse al calor que se ha asentado en Madrid este mes de junio, concluyo entrando en una farmacia donde compro un complejo vitamínico.

Algo más animada después de charlar con una antigua vecina de mis padres, me planteo olvidar resentimientos. Decido saquear la nevera de la cafetería y preparar una cena íntima, con sutileza sacaré el tema de la postergación de la paternidad.

Sin proponérmelo, escucho la conversación que mantienen madre e hijo en la cocina. Se encuentran al final, en el recoveco de la alacena, un lugar en forma de “ele”. Es imposible que adviertan mi presencia. El sitio está escondido, pero posee buena acústica y el cristal de la ventana permite que vea sin ser vista.

Fran se lamenta de algo.

—Creo que Sur sopesa seriamente pedir el divorcio. Da igual lo que diga o haga, sigue distante. A menudo la noto distraída y falta de alegría, ni siquiera disfrutó anoche con las caricias que le prodigué.

Me conmueve que se preocupe por mi felicidad, por nuestra relación. Aunque espero que Magdalena le reprenda con una charla constructiva sobre su conducta posesiva y controladora.

—Hijo, es normal que te rechace durante un tiempo. Has roto su confianza. ¿Cómo se te ocurrió golpearle?

—No fue mi intención —gruñe. Malhumorado consigo mismo aplasta la colilla en el cenicero. —Ella sabe que la adoro, solo que a veces su obstinación me supera.

—Cometiste un error que te podía haber llevado directo al calabozo si esa joven te hubiese denunciado por malos tratos.

—Es mi mujer, su nobleza le impediría hacer tal cosa. Sabe que la amo con locura. Además, fuiste tú la responsable de que perdiese el control de mis actos. ¿Por qué me contaste donde ocultaba los anticonceptivos?

—Franco. No me responsabilices de que tu joven esposa te engañe, de que no seas capaz de imponerte en tu propio hogar. Eres el hombre que la mantiene, esa chica te debe un respeto, ser menos contestona y poner los pies en la tierra. A ver si deja de creerse una artista de talento y se dedica a su marido, a su casa. —Suspira, acaricia el rostro de su hijo con veneración—. Por favor, ándate con cuidado, vigila ese genio. Imagínate que estuviese embarazada, podrías haber dañado a mi nieto.

Con la mano en la boca me marché de allí sin hacer ruido. No puedo creer que la mujer curiosease en mis cosas y lo que es peor, que fuese la causante de envenenar a Fran para arrojarlo en mi contra. Sabía que no era Santa de su devoción, pero que no me guarde ningún aprecio, hiere. Sin duda, tras ese aspecto recatado, es una bruja de las más perversas que podría haberme echado como suegra.

Cruzo el almacén a toda prisa, de repente freno y retrocedo antes de subir las escaleras. Rebusco en las cajas hasta dar con el mejor vino tinto que se sirve en la cafetería. En el apartamento pongo música, abro la botella y lleno una generosa copa de vino. Bebo un buen trago al mismo tiempo que llamo por teléfono y me encamino a la ducha.

Tarda menos de media hora en aparecer por la puerta.

—¡Qué bien! Servicio a domicilio. ¿Cuánto le debo, señor repartidor? ¡Ah! ¡Espera que lo adivine! La factura ha sido abonada por mi marido. — Sus ojos azules me chequean de pies descalzos a cabello húmedo—. No me mires de ese modo, voy en pijama, no desnuda. Sabía perfectamente que, tú, harías la entrega.

—¿Estás borracha?

Al parecer le hace gracia verme en estado de embriaguez, porque tuerce la comisura del labio y sus pupilas desprenden un brillo distinto. Coloco un dedo en la sien, lo pienso con detenimiento. Quizás me eche a la bebida, el ánimo mejora bastante. Ya no me importa tener un marido posesivo y una suegra malvada que no se entera de que no voy a darle el gusto de ser abuela cuando a ella le dé la gana.

—Se podría decir que sí. —Sonrío tontamente.

—¿Y a qué se debe este festejo en solitario?

Le arrebató la caja de pizza, me acomodo en el sofá. Nerón, perro listo de campeonato, se arrima a la mesa por si acaso pesca algún piquito de comida.

—Me apetece brindar por la fantástica suerte que tengo.

En realidad, homenajeo a sus Parcas, las que han confabulado desde el principio para que nuestros destinos se unan.

Hambrienta, aparco la tristeza a un lado y recupero la sonrisa floja gracias a los efectos del alcohol. Cojo un trozo de la deliciosa pizza cuatro quesos, comienzo a devorarla sin esperarle. Fran sigue de pie observándome, descolocado como quien descubre a un ocupa en su sofá.

—Está deliciosa, ¿quieres? —Le ofrezco de la porción que sostengo.

Codicioso se abalanza sobre el trozo, de dos mordiscos se lo mete en la boca. Rio a carcajadas mientras baja al almacén a por otra botella de vino. ¿Nuestra relación sería diferente sin la interferencia de Magdalena? Tal vez sí, tal vez no. ¿Quién sabe?

Amanezco con vómitos, he conseguido aborrecer el queso roquefort. Pese a la resaca, hago el esfuerzo de ir a clase con un mal semblante que dura la mañana entera. A mediodía recupero la energía, elimino el alcohol de la sangre y retengo en el estómago la infusión que me ha comprado Lucía. El brebaje me despeja la mente al cien por cien. Mal asunto, porque recuerdo la promesa de no hacer abuela a la señora Magdalena. Y mal empiezo si la noche anterior hicimos el amor sin protección y había recibido un “no volverá a ocurrir, te lo prometo”, como disculpa y tema zanjado.

A última hora de la tarde paso por la consulta de la ginecóloga con la idea de atrincherarme en la salita de espera hasta que me atienda sin cita previa. El objetivo no es otro que poner solución al desmadre. En esta familia cada uno busca su satisfacción personal y yo, que soy la que dispone de la

última palabra, no voy a ser menos.

—Sur, pasa al despacho. La doctora Gabriela te atenderá enseguida.

Antes de que la asistente termine la frase, la ginecóloga asoma de otra consulta e indica que tome asiento frente a su escritorio. Una vez a solas, pregunta preocupada:

—¿Qué urgencia padeces para que hayas esperado hora y media? Según mi asistente no tienes molestias ni dolor.

—Es cierto, estoy perfecta. —Avergonzada me acaloro, de pronto considero una estupidez acudir con prisas al consultorio. Gabriela eleva una de sus cejas canosas.

—¿Entonces en qué te puedo ayudar?

Carraspeo, iré al grano, así no le haré perder el tiempo.

—Verá, llevo tres semanas sin tomar la píldora y me he arrepentido. Necesito un anticonceptivo discreto, he leído que el diu tiene pocas contraindicaciones.

—Sí, es un método cómodo y fiable —dice con la tranquilidad de una profesional sobrada de experiencia que transmite confianza a sus pacientes.

—Me he dado cuenta de que todavía soy joven para ser madre. Que la familia numerosa que deseo puede esperar unos años.

—¿Has tenido relaciones sexuales sin protección? —Teclea en su ordenador, abre mi expediente.

—Hace menos de veinticuatro horas.

—Sur. Imagino que sabes que puedes comprar la píldora del día después en cualquier farmacia sin prescripción médica.

—No puedo recurrir a ella siempre que tenga un desliz.

Se levanta de la silla asintiendo.

—Es cierto y haces lo correcto, no es conveniente abusar de ese procedimiento para no quedar en cinta. Ven, pasa por aquí. Quiero examinarte antes de que estudiemos cómo procederemos dentro de unos días, cuando te baje el periodo.

—¿Es necesario una ecografía?

Palmea la camilla, no tengo opción, es preciso otro chequeo. Deslizo el pantalón por debajo de la cadera, expongo el vientre. Suspiro al notar el gel frío en la piel y observo como la doctora manipula la pantalla del ordenador a la vez que explora con el ceño fruncido.

—La primera vez que acudiste comentaste que estabas recién casada y que venías a una revisión rutinaria.

—Sí.

—Sur. ¿De verdad no habéis estado buscando un hijo? —Su gesto de incredulidad me pone los bellos de punta.

—Como he dicho, no he dejado de tomar la píldora hasta hace tres semanas. Ayer fue el único despiste que hemos tenido. —Resumo la respuesta, porque es una historia larga de contar que a la ginecóloga no le interesa.

Durante unos segundos baja la mirada pensativa.

—No sé cómo te sentará esto, hija. Algo ha debido fallar desde que estuviste aquí.

—Gabriela. ¿Qué pretende decirme con eso?

—Sur. Los planes han cambiado. Estás embarazada, por el tamaño del embrión, de unas siete semanas.

—Eso es imposible. Se equivoca, tuve el periodo en la fecha que correspondía.

Rechazo en rotundo la noticia, a sabiendas de que hubo una anomalía que achaqué a la situación nerviosa que padezco.

—Cariño. Los anticonceptivos no son eficaces al cien por cien; un antibiótico, un descuido. A veces es frecuente manchar las primeras semanas de gestación.

Me mira de forma entrañable y compasiva. Lo que provoca que las lágrimas corran por el lateral de los párpados y se pierdan en el cabello. La situación resulta irreal, inverosímil, una pesadilla. Me niego a creer lo que está sucediendo.

—Doctora. Durante cuatro años he tomado sin falta, a la misma hora, esa pastilla. Jamás la he olvidado a pesar de no mantener relaciones con frecuencia, es improbable que falle justo ahora si no he ingerido ningún medicamento que altere su composición. Tampoco siento algún síntoma extraño, le puedo asegurar que estoy igual que siempre. Por favor, vuelva a comprobarlo.

Por más que su dedo índice señale en el monitor el punto exacto donde dice que se halla el embrión, no veo nada. Cierto que el llanto empaña una visión precisa, pero eso es una mancha oscura, no un bebé. Gabriela quiere convencerme con el latido del corazón. Me obceco en que es absurdo. ¿Quién me asegura que no es el eco del mío que palpita desbocado?

—No te engañes, Sur. ¿De verdad que no te has sentido rara? ¿que no has sufrido ningún episodio de nauseas?

—Quizás cansancio —susurro sin querer asimilar que el metabolismo ha experimentado cambios y yo los he ignorado porque jamás pensé que fallase el efecto de los anticonceptivos.

Gabriela ofrece la caja de tisú por cuarta vez, el llanto no tiene fin desde que sostengo las fotografías de la exploración. Seco los pómulos sin percatarme de que arrastro parte del maquillaje. Los restos amarillentos del hematoma quedan al descubierto. Entonces Gabriela con mucha sutileza se interesa.

—Tuviste que darte un buen golpe.

Llevo los dedos al lugar marcado.

—Consecuencias de practicar un deporte de raqueta. Aún estoy aprendiendo el juego.

—Ya. ¿Y tienes un buen profesor? Porque hay veces que es mejor pedir opinión sobre...

—Sé lo que trata de averiguar, Gabriela. No es lo que parece, Fran me quiere, es un buen hombre. Además acogerá la noticia con ilusión. El problema reside en que primero quiero terminar los estudios, me he marcado unas metas y esto es un contratiempo que no esperaba. No estoy preparada para tener un bebé. —Gimoteo angustiada. Ni una adolescente se comportaría de este modo tan dramático.

—Ser madre es lo más maravilloso que le puede suceder a una mujer, siempre que el niño sea deseado y no nos cause un trauma. No debemos culparnos o juzgarnos porque haya periodos en la vida en las que no sentimos “la llamada de la naturaleza” o “el reloj biológico”. Simplemente, el momento es inadecuado y ya está.

Soy incapaz de agradecer en voz alta las bonitas y reconfortantes palabras. No son el consuelo necesario, así que lloro con la cabeza baja durante unos minutos. Gabriela se apiada, soporta el lamento hasta que consigo dominarlo y me pongo en pie.

—Sé que la voy a poner en un apuro si le pregunto por alguna clínica especializada, pero necesito interrumpir el embarazo lo antes posible y no sé a qué lugar acudir.

Suspira pensativa, escribe un nombre, un teléfono y una dirección en una hoja. Antes de que abandone la consulta, Gabriela se aproxima, me acaricia el brazo transmitiéndome su apoyo incondicional. Me atrevo a abrazarla mientras lamento en su hombro.

—Hija. Estás en tu derecho, no eres más valiente por seguir adelante.

—Si le pidiese concejo, ¿qué me diría? —Quiero saber mirándola a los ojos. Ella sonrío con afecto.

—Que después de un impacto tan grande como el que te has llevado, te concedas unos días de descanso. Si después de pensarlo quieres seguir adelante. Llama a ese número y di que vas de mi parte, son profesionales de confianza.

Con la excusa de que aún me dura los malestares de la resaca, me voy a la cama, donde lloro sin que Fran se percate de nada. El mayor deseo es que al despertar todo quede en un mal sueño, que el cuerpo rechace cualquier invasión extraña.

Despierto con los síntomas propios del embarazo. Las náuseas no se cortan y el cansancio se intensifica. Permanezco la mañana entera de la cama al baño y viceversa. Estoy segura de que el Gazapo ha estado oculto sin manifestarse hasta que ha sido descubierto.

Sobre las siete de la tarde comienzo a encontrarme mejor, me ducho y bajo a la calle con Nerón. No quiero levantar sospechas, nadie debe percatarse de lo que ocurre, ni lo que pienso llevar a término en unos días.

El frescor de la tarde y el paseo por el parque devuelve al organismo la estabilidad de costumbre, sensación de bienestar que agradezco de corazón. La mente flota entre la realidad y la ficción porque sigo sin aceptar el revés que me da la vida.

Cuando regreso a la cafetería, encierro al cachorro en el almacén y me dirijo a la cocina. Me apetece algo caliente y con seguridad sobra sopa del menú del día en alguna de las ollas.

Entre cucharada y cucharada observo a Magdalena limpiar la hornilla. Un cometido que podría hacer el segundo cocinero, pero que ella se empeña en realizar por mera cabezonería. La noto más vigorosa y atenta conmigo de lo habitual. Por norma general la incomodo, prefiere que me siente en el comedor o en la barra en vez de tenerme en lo que considera sus dominios. La señora me mira de reojo un par de veces.

—Fran ha comentado esta mañana que no te encontrabas bien.

—No estoy acostumbrada a beber alcohol. Y anteanoche nos excedimos bastante con el vino.

—Se te ve cansada. Deberías cuidarte y alimentarte mejor —murmura sin poder evitar una sonrisa. Entonces siento la inspiración, la bruja intuye cuál es mi mal. El puzle encaja a la perfección, porque el brillo de sus pequeños ojos azules la delata.

—Magdalena. No va a conseguir su propósito. ¿Creía que no descubriría que fue usted quien encontró y reveló el escondite a Fran? ¿Por qué destapó ese día su secreto mejor guardado? ¿Qué suministraba en la caja? ¿antihistamínicos en pastillas?

—Sur. No comprendo de qué hablas.

Carezco de pruebas y ella nunca lo revelará por voluntad propia. El orgullo me obliga a insistir e intentar sonsacarle.

—¡No se haga la inocente! —reprocho indignada—. Siempre ha dispuesto de las llaves del apartamento. Rebuscó en mis cosas hasta dar con la cajita donde guardaba los anticonceptivos. Creyó que no sospecharía que cambiaba los comprimidos, ¿verdad? ¿Él está al tanto de sus fechorías?

Magdalena ladea la cabeza, mira la puerta en busca de Fran. No le verá entrar, es su hora de gimnasio. ¡O no! Lamento cuando le oigo decir:

—¿De qué fechorías debo tener información?

El semblante de Magdalena muta, la palidez se instala en su rostro. Indicativo de que su hijo ignora la malvada trama que ha organizado con la finalidad de ser abuela. Siento el triunfo el tiempo exacto en el que comprendo que, solita, me he podido delatar. La viuda se llevará una regañina, pero de no manejar la situación con cautela, será oficial mi estado de buena esperanza.

—Hijo. Sabe que fui yo quien por accidente descubrí donde escondía la cajita.

—Os escuché la otra tarde. —Fran me mantiene la mirada unos segundos—. Cuéntele Magdalena. Cuéntele como retiraba las hormonas y administraba otra sustancia, vaya Dios a saber desde cuándo. Que al ver que no conseguía los resultados previstos, en vez de callar le puso en contra el mismo día de mi cumpleaños. Reconozca que me odia, que disfruta fastidiándome la existencia.

—Mamá. ¿Lo que dice Sur es cierto? —Reprende enojado.

—Hijo, me acusa de algo que no es verdad. —Se lleva la mano al pecho, finge un pesar que no siente.

—Sur. ¿Puedes demostrar que mi madre ha manipulado tus pastillas?

—Maldita sea. Rompiste y pisoteaste la prueba.

—Lo ves, hijo. Me señala sin fundamentos con tal de ponerte en mi contra.

Desesperada con su falsa pose de mujer atacada, y furiosa con él por no darse cuenta del teatro que realiza su progenitora, pierdo la compostura y

me desahogo. Dará igual lo que diga, terminaré siendo la responsable de hacer enfermar a Magdalena por ofenderla.

—Fran, no tengo por qué justificar lo que me dicta el corazón, deberías confiar en mi palabra —digo pasando la mirada de uno a otro—. Señora, acepto que no me quiera, pero jamás pensé que pudiese ser tan perversa. Que tenga la mente tan enferma como para llevar un plan maquiavélico y retorcido. Es una bruja odiosa.

Decepciona que prefiera quedarse con su madre. Ni siquiera se interesa por saber a qué ha venido el ataque de furia impropio de mí. Nos acostamos en un completo silencio, cada cual encerrados en sus propios pensamientos. Desconocidos que comparten cama y secretos. Imagino el futuro mientras contemplo el techo del dormitorio. Antes de tener hijos deberíamos ir a terapia de pareja, vendría bien ahondar en los sentimientos contradictorios que tengo hacia él. Quizás lo sensato sería separarnos, aunque al principio Fran no esté de acuerdo. En todo caso la prioridad es terminar la carrera, quedan unas semanas duras de trabajo.

Es imposible no llorar, me entristece que el Gazapo no tenga cabida en los proyectos.

A las seis de la madrugada el estómago se revuelve. Que el baño se encuentre independiente al dormitorio tiene sus pros y sus contras, esta mañana abundan las ventajas. Fran no escucha los vómitos. No ve el esfuerzo que supone elegir la ropa cuando lo que más me apetece es seguir en pijama y durmiendo. Pego la frente en el armario, respiro despacio, el cuerpo pide que permanezca tumbada los ratos que las náuseas dan una tregua para recuperar fuerzas.

—Tesoro. ¿Estás embarazada!?

De inmediato suelta los marcos de la puerta, feliz de percatarse de las inequívocas señales. Me sujeta por la cintura y entrega un beso cargado de ilusión. Las cosas se complican si él entra en escena.

¿Por qué su felicidad para mí resulta un infierno del que no sé salir?

—No precipitemos ni celebremos los acontecimientos.

—Lo sabes desde ayer, ¿verdad? Esa es la razón del enfrentamiento con mi madre.

—Es injusto que apoyes a la persona causante de...

—Perdónala —interrumpe alegre—. Han podido más las ansias de ser abuela que la lógica. La mujer tampoco creería que estuviese cometiendo un pecado mortal.

—Bueno, ya veremos si nuestra relación mejora. —Aparto la mirada —. Además, todavía es pronto, evitemos gritarlo a bombo y platillo. Puede que no salga adelante.

Agarra mi barbilla, la eleva. Sin rastro de la sonrisa que portaba, me estudia con sus intimidantes ojos azules.

—Nuestro hijo cuajará en tu vientre. Estoy seguro.

—¿Y si no sucede? ¿Me culparás por ello?

Aspira por la nariz, sus finos labios se desdibujan e imitan una sonrisa.

—No aventuremos las desgracias, dejemos que la naturaleza decida. ¿No te parece?

—Sí —logro decir con la esperanza de que no perciba las dudas, ni las pretensiones.

Como de costumbre hago el recorrido que conduce a la universidad, pero no bajo en la parada habitual, sino en otra calle donde solicito un taxi que me traslada a la clínica aconsejada por Gabriela.

Capítulo 17

La batalla interior se libra al otro lado de la acera, frente al edificio hospitalario. Con los nervios a flor de piel, repaso la guía de ruta que no levantará las sospechas de nadie. Se supone que debo entrar en la clínica, eliminar el problema, volver a la última clase y cuando vea oportuno, fingir fuertes dolores que me lleven a la consulta de Gabriela. La ginecóloga me encubrirá, estoy segura, Fran la creerá sin reservas.

Estudio durante sesenta y siete minutos los posibles errores que pueden destapar la mentira. En realidad, no temo la reacción de Fran, tarde o temprano aceptaría que he perdido a su hijo nonato.

Expulso el aire que contengo y reanudo el paso calle arriba, lloro tras las gafas de sol. ¿Por qué no interrumpo el embarazo? Ni yo misma lo sé con certeza. Quizás porque me siento sola en un momento transcendental en la vida. Ni siquiera Lucía o Edy me acompañan en este duro trance. Desde la boda me he alejado a pasos agigantados de los pocos seres queridos y amigos. A las puertas de la clínica he pensado por primera vez en el Gazapo, él es más desgraciado que yo; es triste que su madre no le quiera.

Nunca he sido egoísta, la criatura que gesto no tiene la culpa de las desdichas que padezco, solo llega en las circunstancias inadecuadas. Escudarme en los estudios, en que los logros que deseo conseguir se verán aplazados por su nacimiento, carece de sentido. “Una mujer positiva y soñadora siempre consigue lo que se propone cueste lo que cueste”. Suele decir Claudia.

Como tenía previsto acudo a la universidad, necesito acabar el trabajo y obtener la nota definitiva en esa materia. Camino ensimismada por los pasillos de la facultad cuando alguien pronuncia mi nombre. Freno y ladeo medio cuerpo, busco la voz masculina que creía olvidada entre los demás compañeros que circulan a contracorriente.

—Sur. Sur, espera.

—Ismael.

—Cielos. ¡Qué cambiada te veo!

Asiento con la cabeza. Él no sospecha la gran diferencia que existe entre la joven de hace catorce meses atrás y la mujer que ahora tiene delante. Lo único que ve es una melena muchos centímetros más corta.

—El alumno ejemplar regresa por vacaciones.

—Sí. ¿Cómo lo sabes?

—Los rumores corren por estos pasadizos y llegan a las aulas. —
Muevo las manos como si hubiese algún misterio fantasmal en el edificio.
Ríe el gesto exagerado.

—Andrés se ha ido de la lengua ¿no?

—Exacto. El profesor de dibujo, tu mentor, está muy orgulloso de ti.
Dice que eres un fuera de serie. Que te han ofrecido un proyecto importante
en los estudios cinematográficos que te otorgará reconocimiento mundial.
Imagino que te habrá pedido que des una charla donde expongas tu
experiencia, por eso estás aquí.

—El viejo Andrés es un tipo increíble —dice con verdadero aprecio.

—Ismael. Andrés es un “capullo” increíble. Has puesto el listón
demasiado alto, nos pide imposibles a la hora de aprobarnos la asignatura.

Reímos el comentario. Por unos segundos siento que el tiempo no ha
transcurrido, que seguimos compartiendo los mismos anhelos, las mismas
inquietudes. Sin embargo, ambos somos conscientes de la distancia que nos
separa.

—Te marchaste sin decir adiós —reprocho como amiga.

—Te negaste a acompañarme.

—Qué lejos queda aquella proposición. —Sonrío con pesar—. Lo
lamento, lo consideré demasiado impulsivo.

—¿Quieres hacerme creer que era acelerado viajar conmigo a
California, pero no casarte con el dueño de la cafetería en tiempo récord? —
dice con ironía.

Que sepa de mi vida me sobrecoge.

—Nunca diste opción a aclarar lo sucedido aquella tarde. Te busqué,
te llamé un millón de veces. No solo quería pedirte disculpas, también
necesitaba saber que te unía a Eva.

—¿Te refieres a mi antigua compañera de piso?

—Sí. Sé que manteníais una relación íntima, no lo ocultes, os vieron
en aptitud cariñosa. Ismael, me sentí segundo plato.

—¡Maldita sea! —protesta—. Imagino quién fue el canalla que lanzó
ese bulo. Sur. Eva es una amiga, nunca nos hemos liado.

Se me forma un nudo en la garganta al deducir por su expresión quien
es el autor de las falsas divulgaciones.

—Fran se inventó esa información, ¿no es así?

—Sin duda cuando ese hombre se propone algo, lo consigue. Te quería para él y no tardó en conseguirte.

Cierro los ojos, contengo el llanto, la ira. Noto un leve mareo, percibo la presencia del bebé. Fran ha depositado parte de él en mí, nunca podré librarme. Vivo atrapada en sus redes.

—Si me querías, ¿por qué no luchaste por lo nuestro?

—Entiéndelo. Era un hombre herido que reconoció su derrota. Tardé años en lanzarme, en besarte, y de la noche a la mañana te sugerí que abandonararas tus sueños porque antes debíamos cumplir los míos. El tipo me abrió los ojos; yo era la apuesta arriesgada, él la seguridad que necesitabas.

Aprieto los dientes furiosa.

—¿Confiesas que te contó que manteníamos un rollo y decidiste que él se quedase conmigo?

—Más bien me sirvió un café e insinuó que me retirase si de verdad quería que fueses feliz. La tarde que os vi en la calle en aptitud cariñosa, comprobé que él te daría lo que yo no podía.

Me tapo la cara con los apuntes que sujeto con las manos, resoplo varias veces. Es inaudito lo que acabo de oír, Ismael me ha dejado de piedra. Ando a un lado y a otro mientras me observa, estoy enfadada con Fran. Con él.

—Desde luego, no discuto que eres un genio con las técnicas de animación, pero cuando se trata de mujeres eres un auténtico *calzonazo*. Espero que las chicas americanas sepan encontrarte “la gracia” porque desde luego para una española no la tienes.

Entro en el taller de escultura y cierro la puerta en sus narices, le dejo claro que no quiero volver a cruzármelo jamás.

Ofuscada ocupo lugar frente a la pieza tallada con forma de delfín que debo lacar y entregar a la profesora. Saludo a Edy y Lucía, se encuentran a la derecha trabajando en sus respectivas obras. A partir de ese momento los acontecimientos se originan en un abrir y cerrar de ojos: destapo los productos químicos y caigo desplomada en el suelo. Fin de la historia.

—Sur. Por lo que más quieras, abre los ojos.

—Edy. Vuelve a darme otro tortazo en la cara y te corto la mano — sentencio al recobrar el sentido.

—Perdona, es que no reaccionabas y me he asustado.

Profesora y compañeros retoman sus tareas al verme recuperada. Lucía deja de abanicarme, de nuevo el sofoco recorre las venas. De inmediato

cojo lo primero que pillo a mano, que es el gorro de Edy, y vomito dentro. No consigo retener un gran eructo que resuena en el aula para asombro de los compañeros y bochorno mío. Se escuchan las carcajadas, incluidas las de mis amigos. Miro al suelo avergonzada, jamás he llamado la atención y voy a cerrar el expediente académico siendo recordada como la chica del gran eructo.

—Eso ocurre cuando se tiene el estómago vacío. O lleno de aire, según se mire —informa Edy a la vez que ofrece su brazo y me conduce a los aseos.

—Discúlpame. Te compraré otro sombrero, te lo prometo.

—Te tomo la palabra, sé que es poco caballeroso, pero como este es viejo le había echado el ojo a una boina chulísima.

—Genial. Encima te he hecho un favor.

Lucía, que camina delante con mis bártulos, frena en el umbral de los baños de chicas, empuja la puerta permitiéndonos el paso. Edy, heterosexual como el que más, no duda en pasar con nosotras sin el menor atisbo de pudor.

Noto mejoría al refrescar el rostro.

—Sur, últimamente estás rara, tienes mal aspecto —menciona Lucía.

—Pues ya veréis como estaré dentro de unos meses —murmuro con la mirada perdida en el suelo.

—Qué insinúas.

—¿Estás enferma?

Se preocupan los dos.

Sonrío, con ellos puedo comportarme como soy en realidad. Les hablo de cualquier cosa sin pensar que hago el ridículo. Muestro a la mujer llena de ilusiones con ganas de comerse el mundo y a la joven insegura que teme el fracaso. Se merecen que sea sincera con ellos, que no les guarde más secretos. Quizás, al desahogarme sienta algún alivio.

—Padezco una enfermedad que dura nueve meses. Así que imaginaros, si ahora se me escapan los gases, no quiero ni pensar en cómo voy a retener la orina cuando esté gorda.

Los músculos de sus facciones se relajan de la impresión y sus bocas se abren revelando la sorpresa que han recibido de sopetón.

¡Hay que fastidiarse! El silencio reina como una pesada losa. Proyecto una lápida sobre mi cabeza y percibo el murmullo del pésame en el aire. ¿Qué esperaba? ¿saltos de alegría y confeti? Acaban de escuchar una noticia difícil de asimilar conociendo los proyectos, las aspiraciones que tengo en

mente.

Como no soporto que nadie se compadezca ni me considere una fracasada, saco el buen humor a relucir. Me despido de ellos con una exagerada expresión de felicidad dibujada en el rostro. Es un tanto desconcertante que sea quien los anime, en vez de ellos a mí. ¿Por qué he cambiado? ¿Por qué me oculto tras las apariencias si ellos siguen mostrando sin temor sus emociones? Lucía y Edy habrían entendido el miedo, las dudas que albergo.

Borro la sonrisa al perderlos de vista. Regresa el enfado, el agotamiento más allá de lo físico al divisar a Fran esperando en la calle, apoyado en su coche mientras fuma un cigarro.

Camino hacia él, porque desaparecer de su órbita visual está fuera de alcance. Me ha localizado a través de sus gafas de sol. Un escalofrío sacude las terminaciones nerviosas al entender el sentido de la conversación que mantuvimos esta mañana. Sospecha que sea capaz de deshacerme del bebé, por eso lanzó una velada advertencia. Algo así como: tesoro, ni se te ocurra, te estaré vigilando.

Ni siquiera le saludo, entro directa en el coche.

Fran respeta un rato el mutismo, se limita a conducir, me observa de reojo. Al llegar a nuestro destino baja el volumen de la música.

—Con las altas temperaturas que sufrimos. ¿No me agradeces que haya ido a recogerte a la universidad? Te he ahorrado el largo trayecto.

—Nadie te pidió auxilio.

—¡Vaya! Tenemos un día difícil. ¿Mi campeón ya está haciendo de las suyas ahí dentro?

Le aparto la mano del vientre.

—Fran. No estoy de humor. Tienes razón, he sufrido una mañana horrible.

—¿Por qué pagas conmigo el malestar?

Su falsa ingenuidad hace que explote.

—Porque eres el responsable. El responsable de que este aquí sentada contigo. El responsable de que pierda el control del cuerpo por un capricho de tu madre. No me engañas. Te propusiste que la relación con Ismael no funcionase, le coaccionaste, le contaste que nos enrollamos. Me mentiste. Te las apañaste para que aquella tarde, el chico que sabías que me gustaba, nos viese juntos y pensase que éramos una pareja de enamorados. Y eso no te lo perdono.

Con pasividad maniobra y estaciona el coche. No se indigna ni solicita evidencias que demuestren su juego sucio. Encaja bastante bien las acusaciones.

—Necesitas descansar, te noto demasiado alterada —se limita a contestar.

—Te odio —digo mientras una lágrima cae solitaria por la mejilla.

Se quita las gafas de sol, me mira impasible. Sus ojos claros reflejan la aptitud fría que se esconde detrás de ellos.

—El amor y el odio son sentimientos que van de la mano, como nosotros.

—No, yo solo te odio con todas mis fuerzas.

Coloco los dedos en el tirador de la puerta, pretendo poner distancia. Me agarra del codo e impide que abandone el coche.

—Crees que me guardas rencor, que necesitas separarte de mí. Te aseguro que el enfado será temporal. —Tironeo, intento soltarme de su mano. Presiona arrancándome un grito de dolor—. Escúchame bien, tesoro. Puede que alterase, mejor dicho, precipitase un poco los acontecimientos. Da igual, el resultado habría sido el mismo. Me habrías preferido a mí, porque soy el hombre de tu vida. Recuerda. Ahora eres la señora Ponce y estamos formando una familia. Ese tipo, es cosa del pasado. ¡Que no vuelva a rondarte!

Contengo el llanto hasta que accedo al apartamento. Es una pesadilla descubrir lo retorcido que puede ser Fran por culpa de su amor enfermizo.

A la mañana siguiente el Gazapo domina por completo mi cuerpo. Ni remedios caseros ni jarabes milagrosos, lo que ingiero, lo expulso, y el sueño me vence en cualquier sitio. En menos de veinticuatro horas dejo de existir como persona, nada importa, me encuentro fatal.

La artista que llevo dentro se esfuma a la misma velocidad. Estudiar le aburre, no le apetece terminar los trabajos, ni siquiera la ilusiona dibujar como entretenimiento.

Eso conlleva a que no me presente a los dos exámenes de las asignaturas que quedan. Y no me licencio en Bellas Artes.

Al mirarme en el espejo, no me reconozco, veo una mujer que solo intenta sobrevivir, que ruega día y noche que pase el tiempo y el organismo se estabilizase.

La bomba del embarazo pilla a mis padres desprevenidos, incluso Pepe Rivas permanece un instante aturdido al verme tan demacrada y apática.

Sus únicas palabras son:

—Es increíble que no tengas fuerzas para concluir la licenciatura. Con la guerra que has dado con esto de dedicarte al mundo del arte.

Mi madre lamenta vivir lejos. Ilusa, cree que Magdalena me cuidará igual que lo haría ella. Ana ignora la mala relación que mantengo con la viuda, por culpa de esa mujer Fran se enoja a menudo conmigo. No me importa, yo no discuto, porque el grado de agotamiento es tal, que ni le escucho.

Espero a que Claudia y Diego nos visiten. Comunicarles la noticia por teléfono me parece inapropiado. Claudia se lleva las manos a la boca y una gran decepción, aunque se limita a decir que deberíamos haber disfrutado unos años de la relación antes de tener hijos. Diego se levanta de la silla y se marcha enfadado. Me duele en el alma que mi hermano mayor no me apoye en estos duros momentos, pero soy incapaz de reprocharle su conducta. Siempre he sido su Princesita con un don extraordinario para el dibujo. Él deseaba que mis sueños se cumplieren. Como buen militar todo debe llevar un orden, el mío debió ser: formación, éxito, encontrar al hombre ideal y formar una familia. Le he defraudado alterando la fórmula.

Estas semanas de gestación las he llamado “la venganza del Gazapo”. Franco, como nombro al padre de la criatura cuando quiero fastidiarle, se enfada bastante al oírme hablar desdeñosamente del bebé. No puede prohibírmelo. Ni él ni Magdalena.

El calvario, como entró, se va. De repente, las náuseas desaparecen. Al levantar de la siesta se me apetece comida basura. Fran se contagia de la inesperada mejoría, así que mientras me ducho, corre servicial a una conocida hamburguesería en busca de la antojada merienda.

Con una sonrisa en los labios, observa como devoro las patatas y la hamburguesa con queso. Reconozco que es atento conmigo, la verdad es que ha soportado el mal carácter lo mejor que ha podido. Las horas de gimnasio le han servido como terapia. Ha desfogado mi mala disposición y su mal genio golpeando el saco de boxeo. A veces Nerón ha tenido menos paciencia que él, se esconde al escucharme maldecir. Quizás es hora de enterrar el hacha de guerra y comenzar una nueva etapa. Pienso devolviéndole la sonrisa.

—Ven, acompáñame.

Extiendo la mano, la acepta con recelo. Le conduzco al dormitorio, nos tumbamos en la cama, uno al lado del otro. Levanto la holgada camiseta

que acostumbro a llevar por comodidad, muestro la barriguita. Le tomo la mano derecha y la coloco en el centro del vientre. Sus ojos celestes se iluminan llenos de ternura, su sonrisa se ensancha. Cuando su mente se relaja, su expresión se dulcifica y aparenta ser mucho más joven.

Es la primera vez que le permito acariciarme, en definitiva, que me toque desde que sé del embarazo. He despreciado su cariño, porque lo culpaba de mis males. Supongo, que también se debía al rechazo que sentía hacia la vida que crece dentro y que cada día trascurrido se ha ido colando en el corazón. Al verme en el espejo después de la ducha, el egoísmo se ha esfumado y he aceptado la responsabilidad. Deseo querer y proteger a mi bebé. Luchar por darle una familia estable donde se sienta amado.

—Estarás orgulloso, la tradición se vuelve a cumplir. El primogénito del linaje Ponce, es un varón. —Albergo un sabor agridulce difícil de definir, pues mis anhelos se estancan mientras los de él se realizan uno tras otro—. ¿Tienes preferencia por algún nombre?

Detiene los pequeños besos que da en el abdomen y alza la mirada.

—Después de verte padecer un infierno, rezaba para que estuviese sano, que fuese niño o niña me era indiferente.

—Mentiroso, no pudiste contener la euforia cuando Gabriela confirmó que era un chico, admítelo. —Pone cara de bobalicón—. No me desagrada el nombre de Franco.

—Elimina Lorenzo, Diego, Pepe y Franco —dice tajante—. Si lo dejas a mi elección se llamaría Sergio, como el mejor amigo que tuve en la infancia.

—Sergio. Me gusta.

Emocionado agradece con una gran sonrisa.

—Es un milagro. ¿Cómo ha podido ir creciendo si apenas te has alimentado?

—¿De las reservas? —Sonrío y él me imita.

—Sabiendo de antemano lo menuda que eres, es poco creíble. No tenías un pellizco por donde pillarte.

Exagera, pero me gusta el piropo.

—Entonces es un superviviente nato.

Fran se alza sobre los brazos, asoma un ojo en mi ombligo, hace como el que mira por la mirilla de una puerta y habla con un ser imaginario.

—Esto es muy extraño. Aquí dentro debe vivir un alienígena que ha raptado a mi mujer. Esta preciosa joven que tengo debajo es amable y no te

llama Gazapo, ni a mi Franco. Se comporta como si no me odiara, incluso permite que la toque y te ponga un nombre. Sergio. Si la antipática regresa. ¡Cométela!

Rio a la vez que enredo los dedos en su fino cabello.

—Es probable que la verdadera Sur haya recuperado su cuerpo y se quede.

—Me alegro de que vuelvas a ser la chica dulce, risueña y nada rencorosa de la que estoy enamorado —insinúa a unos milímetros de mis labios.

—Yo también estoy encantada de sentirme en casa —digo al recibir un tierno beso.

Al cabo de unos minutos aporrean la puerta de forma insistente. Fran se levanta de la cama alertado, cubre su desnudez colocándose los pantalones vaqueros. Hago lo propio, aunque a una velocidad moderada. Salvo los empleados, nadie accede al almacén, y ellos no acostumbran a subir a la vivienda. Excepto que surja un problema en el negocio que solo el dueño pueda resolver.

Alejandro habla nervioso mientras su jefe se abrocha la camisa rápido y corre detrás de él, o más bien resbala escalera abajo sin matarse. Logro entender que algo le ocurre a Magdalena. Llevo los ojos al techo, la bruja parece oler que la relación con su hijo mejora y busca cualquier excusa para llamar la atención. Padecer diabetes le facilita el trabajo.

Cuando llego a la cocina del bar, la señora permanece tirada en el suelo inconsciente. Joaquín ha llamado a emergencias. La ambulancia no tarda en dar señales acústicas, porque el hospital queda a unos quinientos metros en línea recta, o sea, dos calles hacia el norte.

Mientras el equipo médico estabiliza a la paciente y la suben en la ambulancia, sereno a Fran. Como es normal, se preocupa, se desespera por la salud de su madre. Ante el caos que se organiza alrededor, le digo que vaya tranquilo, que me hago cargo de la cafetería San Lorenzo.

Capítulo 18

A Magdalena le diagnostican una grave enfermedad. Nuestra vida gira otros ciento ochenta grados porque Fran se vuelca en su madre; operaciones, tratamientos médicos, noches en vela, etcétera. Apenas encuentra tiempo para nosotros, la mayoría de los días solo nos cruzamos en la cafetería.

Las semanas trascurren, lo que empieza con una ayuda a la hora del almuerzo, pues hay mañanas en las que despierto con náuseas y las fuerzas menguan con rapidez, se convierte en dedicarle horas al negocio desde bien temprano. Los ratos que comparto con Joaquín preparando la larga jornada y recibiendo a los proveedores, es sin duda el mejor momento del día. Él nunca se enfada si alguna vez, sin querer, le cambio el orden de los licores o de lugar las pinzas del hielo. Por el contrario, se echa a reír porque le vuelvo loco. Tampoco pone objeciones a los cambios que sugiere una novata que cree tener ideas revolucionarias para mejorar el negocio. He de reconocer que en ese aspecto los empleados me respetan y acogen de buen agrado.

Esta mañana Joaquín procura que me mantenga quietecita. Como le es imposible atarme a una silla, echa mano de su infinita paciencia. Insiste en que atienda al distribuidor de la bollería industrial, un viejo conocido de diario. La marca que comercializa lanza dos nuevos productos al mercado, quiere que los pruebe antes de surtir nuestro expositor con ellos.

—¡Quién mejor que una embarazada con antojos para dar el visto bueno! —Bromea el repartidor carcajeándose de su ocurrencia.

Le invito a pasar a la cocina con el género, el pequeño Sergio prefiere las cosas saladas, así que, si sufro alguna arcada y necesito escupir el bocado azucarado, ningún cliente pondrá cara de asco.

El aspecto de los pastelillos no llama en exceso la atención. El primero ni fu ni fa, demasiado empalagoso al paladar. El segundo tiene forma de corazón, como las palmeras de hojaldre. Y sí, merece la pena porque resulta apetitoso y sabe exquisito. Sin pensarlo, agarro un par de envolturas con sus respectivos dulces, Joaquín debe probar esta delicia.

Doy escasos dos pasos cuando suena la carcajada más melodiosa, sincera y contagiosa que jamás he oído. El sonido varonil me cautiva al instante, traspasa la frontera del tímpano y entra en mis venas erizando la

piel. Con la respiración contenida asomo con timidez por el hueco del pasaplato. Dirijo la vista a los dos tipos que ocupan la barra, en concreto al que transmite esa alegría a temprana hora de la mañana.

Él me ve, nuestras miradas se cruzan y el mundo en cuestión de un segundo cambia por completo dentro de mí. Siento un flechazo directo al corazón. El hombre de cabello castaño y ojos marrones me ha enamorado como nadie lo ha hecho nunca.

Echo un pie atrás, cierro los ojos, sacudo la cabeza sin poder creer la inquietante sensación que me hace vibrar de un modo desconocido. No puedo borrar su masculino rostro, su sonrisa perfecta. ¿Será un sueño?

Me propongo averiguarlo.

En el office coloco en un plato los bollitos de bizcocho con aspecto de corazón. Observo al hombre de soslayo, no me equivocaba, de cerca gana atractivo. Con una señal le indico a Joaquín que le ofrezca los dulces, a ver qué opina él y su acompañante del nuevo producto. Sin atreverme a levantar la cabeza y encontrarme con sus ojos, corro a la cocina donde me escondo. Le espío desde allí.

¿Qué me sucede? ¿Es otra etapa del embarazo? ¿Una en la que me prendo de un desconocido como si fuese una joven enamoradiza y él un príncipe encantador?

El resto del día sigo pensando en el hombre que me ha hechizado con su risa y su radiante mirada. Imposible olvidarle, me pregunto si volveré a ver al forastero por la cafetería. Temo que haya estado de paso y no regrese.

A la mañana siguiente bajo con la esperanza de que aparezca a la misma hora. Para mi felicidad acude a desayunar. Sonríe, sus labios proyectan una luz que ilumina mi vida al instante. Madre mía. El corazón late tan rápido que en milésimas de segundos la sangre me hierve. No dudo que debe ser el tipo más simpático de la Tierra, pero su altura y sus penetrantes ojos oscuros, atrapan, seducen..., me perturban.

Avergonzada mantengo la distancia, le analizo a escondidas. Sé que la imaginación me juega una mala pasada, él no se fija en mí. No soy una mujer atractiva, sino una embarazada desaliñada. Porque esa imagen es la que reflejo con el cabello recogido de cualquier manera y la ropa holgada. Vamos, estoy convencida de que le doy pena. Pese a ello, no puedo evitar fantasear, él emite una frecuencia con mucho morbo difícil de ignorar.

Transcurren los días y el misterioso sigue acudiendo de forma intermitente, a veces desayuna acompañado, otras solo. Hablar, hablar, no

hemos hablado, me trastorna de una manera que esquivo darle la oportunidad. Pero sus *buenos días* alegran el ambiente y mi expresión. Posee una voz cautivadora, con un acento que no defino. Intuyo que, o es extranjero y lleva años residiendo en España, o ha vivido en otro país bastante tiempo.

Madre mía. La atracción que siento por ese hombre es irracional, no tiene explicación. Es ilógico que le busque con la mirada, que espere todas las mañanas a que entre por la puerta. Se ha convertido en el motor que carga de energía mi estado anímico.

A pesar de que Magdalena presenta una mejoría considerable, Fran necesita descansar. No poseo inconveniente en continuar con el primer turno, es la excusa perfecta para seguir viendo al hombre enigmático que me intriga noche y día. Achaco el interés “pasajero”, a las carencias del matrimonio. Y es que Magdalena domina a su hijo, no quiere permanecer demasiado tiempo sin su compañía. Como en nuestro apartamento no hay espacio, gracias a Dios, Fran acude a su piso a demanda durante el día. De noche le sube la cena y baja de madrugada. No entiendo por qué hace tal cosa, ¿acaso cree que me va a sorprender con otro en la cama?

Cuando le insisto en que debería quedarse con su madre la noche entera, no le agrada. Es inútil hacerle entender que lo propongo porque carece de tacto alguno, que un dinosaurio caminaría con más delicadeza por el apartamento. Su falta de consideración me molesta, es irritante. ¡Es que no se da cuenta de que necesito descansar los minutos en los que su hijo no me presiona la vejiga o cualquier otro órgano!

La gran mayoría de las veces me desvelo mientras él cae en un sueño profundo. Termino sentada a las cinco de la mañana en el sofá, con Nerón al lado durmiendo a patas sueltas. Esas horas son muy malas, son aburridas, se cavila demasiado, se fantasea con historias irreales e imposibles.

Esta madrugada he despertado con un conflicto interno. La insatisfacción, los anhelos inalcanzables me superan. Recupero del armario el bloc de dibujo, extiendo los lápices y dejo volar la imaginación. Al enfocar el boceto que he realizado, suspiro con pesar, he retratado al hombre incorrecto.

Arranco la hoja de inmediato, la rompo en mil pedazos, Fran jamás debe descubrir que no es dueño de mis pensamientos. Decido que eso no volverá a ocurrir, debo encontrar el modo de distraerme.

Llevo al extremo el denominado: síndrome del nido limpio.

Pintar, ordenar y acondicionar los cincuenta metros cuadrados para la llegada de Sergio, es cuestión de un par de días. Recorro al plan B, elegir un

lugar mucho más espacioso, con mayores posibilidades de entretenimiento y esparcimiento personal. La cafetería San Lorenzo es el sitio perfecto.

Capítulo 19

En la calle cae una helada terrible, pocas son las personas que se atreven a caminar por la acera nevada a las siete y cuarto de la mañana. Aunque en el bar disfruto de una temperatura confortable, con el añadido de que me sobran calorías con el peso extra que llevo acuesta. Es increíble que me baste con un pantalón elástico y una camiseta, a lo sumo me coloco una sudadera de algodón si noto fresco.

Sofocada por el esfuerzo de limpiar a conciencia las patas de los taburetes, cojo una botella de agua mineral y bebo un trago. Al inclinar la cabeza hacia atrás me fijo en la pantalla plana del televisor. ¡Joder, qué sucia está! Como permanece el día entero encendida, ninguno de los empleados se percata de la porquería que cubre el aparato.

Miro el reloj, falta unos quince minutos para que llegue Joaquín, cabe la posibilidad de que se retrase por culpa de la nevada. Sin meditarlo voy en busca de una banqueta y un paño con el que limpiar el televisor.

El afán por dejar impoluto el artefacto electrónico logra que olvide el resto del mundo. Con prudencia bajo escalón a escalón, pero al sentir la presencia de alguien a poca distancia, me asusto, tambaleo antes de alcanzar el último peldaño. Enseguida unas fuertes manos me sostienen desde atrás. Se posan donde buenamente pueden, que resulta ser a la altura de la cintura, a los lados de la barriga. Se mantienen ahí a pesar de que me ha situado en el suelo sin esfuerzo.

Las terminaciones nerviosas se activan, recorren la columna vertebral cuando intuyo de quien se trata. El misterioso hombre que dibujo a escondidas me ha salvado de una caída peligrosa. Percibo su ancho pecho pegado a la espalda, protegiéndome. Su perfume, lejos de repudiarlo, me hechiza en el acto. A través de sus cálidos dedos siento pequeñas y placenteras descargas. El bebé debe notar la misma energía, porque lanza un puntapié que me hace encoger y emitir un grito de dolor.

—¡Ay, ay, ay!

—Vaya patada voladora. Te ha debido doler bastante —dice entre preocupado y divertido al sentir en su palma el golpe. Paciente, ayuda a que enderece el cuerpo.

Procuro recuperar el aliento, misión difícil si el bebé sigue

moviéndose donde él aún posa la mano abierta. Esos dedos emiten una placentera descarga que llega al bajo vientre, de inmediato me separo dando un paso hacia delante. Pongo unos centímetros de distancia a su influjo con el propósito de girarme y mirarle sin alzar la barbilla.

—Es la primera vez que tiene un impulso desmedido, que se agite con vigor.

—¿De cuántas semanas estás?

—De casi ocho meses —digo deleitándome en su boca sonriente. Observarle con descaro me sonroja hasta las orejas, así que camino hacia atrás otros dos pasos.

—Señorita. Espero que estés nutriéndote bien, porque aparentas gestar de mucho menos —advierte con el ceño fruncido, interesado por mi salud.

¿El desconocido me regaña como lo hace Gabriela en los reconocimientos rutinarios? ¡No lo puedo creer! Sonrío al sospechar a dónde se dirige este enigmático hombre cada vez que termina de desayunar en la cafetería.

—Te aseguro que me cuido, ingiero alimentos sanos, aunque no tenga demasiado apetito. La verdad es una suerte que no sufra de antojos raros.

—Eso es perfecto, lo ideal. Lo que no ha sido apropiado es subirte a una escalera en tu estado y sin ninguna seguridad. —De repente, corta el sermón. Pensativo se despeina y peina el cabello. Incluso con el pelo a lo loco me parece irresistible—. A todo esto, perdona por asustarte. He visto las luces encendidas y he entrado, creía que estaba abierto.

Sonríe con su innata naturalidad. Madre mía, ¡qué calor me entra!

—He sido una inconsciente, prometo que seré más precavida a partir de ahora. Y estate tranquilo, sabía que podían acceder clientes a la cafetería. Suerte que hayas entrado tú y no otro, has tenido buenos reflejos. Gracias por sujetarme, podría haberme hecho daño.

Sin que él se percate miro la puerta del almacén y la calle. Aliviada porque todavía estamos solos, le sirvo un café doble con leche como acostumbra a pedir, y abro un bollo de pan que pongo a tostar. De reajo veo como se desprende del abrigo, lo cuelga en el respaldo del taburete y se frota las manos con energía. Sus elegantes movimientos me provocan un cosquillo por la piel, la eriza como si notase sus dedos rozarla.

—¡Qué frío! Creo que nunca me adaptaré a Madrid. En verano te derrites del calor y en invierno se te congelan los huesos.

Considero oportuno no preguntar a qué ciudad pertenece, es mejor no indagar en datos de su vida privada. Me limito a darle la razón con la cabeza, a prepararle un bocadillo caliente de jamón y queso al estilo Rivas. Le he cogido el gustillo a la cocina, es una forma de expresar el arte que corre por la sangre encerrada en las venas, al igual que yo entre estas cuatro paredes.

Levanto un instante la mirada, le encuentro ausente, perdido en algún lugar recóndito de su mente. Se le nota preocupado, tal vez cansado más allá de lo físico, pero su eterna sonrisa no le abandona.

—¿Te espera un día complicado en el hospital?

Eleva la ceja asombrado de mis dotes adivinatorias.

—Sí, dentro y fuera de él. ¿Cómo has sabido dónde trabajo? Nunca llevo el uniforme y esta no es una de las cafeterías próximas al centro de salud.

—Bueno..., lo he intuido.

—Vaya. Eres buena leyendo información subliminar. —Se lleva las manos a la cara, se las refriega por ella en un intento de eliminar la fatiga. Al descubrir el rostro se percata del plato que le he puesto delante. Lo señala atraído por su olor—. ¿Y esto?

—Regalo de la casa, por salvarnos de la aparatosa caída.

—Todavía no nos hemos presentado y ya debo agradecerte dos invitaciones. Fue un detalle agasajarme con un pastelito la primera vez que estuve aquí. Gracias.

Le quito importancia con un gesto de mano.

—Aquel obsequio nos salió gratis a los dos. Así que estamos en paz.

Suelta una de esas carcajadas que enamoran, que marcan unos sensuales surcos en la comisura del labio. Contengo el aire mientras le veo morder el pan caliente. Lo saborea con gusto, alaba mis dotes para elaborar un simple bocadillo. Alguien debería prohibirle emitir esos ruiditos placenteros que me derriten del mismo modo que el queso en loncha. Agradezco que interrumpa los pensamientos pecaminosos.

—Por cierto. Mi nombre es Sergio. ¿Y el tuyo?

—Sergio —susurro sin creer que he repetido su nombre en voz alta.

—¿No me digas que también te llamas Sergio? —dice enderezando la espalda y los hombros.

—¡No, no, no! —reímos el ridículo mal entendido—. Es que es una casualidad que mi marido eligiese ese nombre para el bebé.

—Estás casada —enseguida corrige—. Claro, es normal, vaya

estupidez acabo de decir.

Por el tono de voz parece decepcionado. ¿O soy yo la decepcionada? Saludo con la mano a Joaquín que entra apurado por la demora. Me siento en la obligación de especificar.

—Con el dueño de este negocio.

Sergio entiende la incomodidad, estrecha la mano de Joaquín, le observa dirigirse al almacén, donde los empleados poseen sus taquillas.

—Bueno, es hora de marcharme.

Quisiera pedirle que se quede, que su compañía es grata. Actúo como es correcto, mantengo la prudencia. Rechazo el billete que extiende en la encimera, no le permito abonar el desayuno. ¿Por qué temo que deje de acudir al enterarse de que tengo marido? Es absurdo, Sergio no entra en la cafetería con la finalidad de verme, sino porque servimos el mejor café del barrio. Con eso debería conformarme.

—Sur —grito al ver que alcanza la puerta. Se gira extrañado—. Me llamo Sur.

—Un nombre original. Me gusta, hace que recuerde mi tierra.

Sonrío, en ese instante vuelvo a captar en el ambiente algo sobrenatural, su aroma a sándalo y flores silvestres llega a mi nariz invadiéndola de buenas sensaciones. Noto el corazón levitar en el pecho.

Esta noche el cerebro se resiste a conciliar el sueño, sueños que no sean eróticos. Ando por el apartamento, lo transformo en un parque de mil hectáreas que no sirve de distracción. Cualquier insulso pensamiento acaba en Sergio, y él resulta ser una inspiración. Los dedos dibujarían con habilidad su expresión al reír, el brillo de sus ojos, el perfil de sus labios. Quiero modelarlo en arcilla, a ser posible desnudo.

Me obligo a dormir, cierro los ojos y, ahí están sus manos rozando mi piel. Toco el abultado vientre, recuerdo las deliciosas descargas que transmitieron sus dedos al atravesar la tela de la camiseta. ¿Qué posee Sergio que no consigo sacarlo de la mente? He leído que muchas mujeres durante el embarazo creen enamorarse de hombres que no son su pareja. De hecho, en el mundo animal algunas hembras repelen al macho una vez la fecundan. ¿Qué sucede conmigo? ¿Siento atracción por un desconocido porque Fran no me da el cariño que necesito? Lo cierto es que me siento sola, muy sola.

Cuando nazca el bebé Sergio pasará al olvido, estoy convencida. Pero, mientras tanto... Imagino que el atractivo misterioso me hace sonreír con sus comentarios. Que me estremece entre sus fuertes brazos a la vez que dice

cosas bonitas al oído antes de besarnos con deseo y... Permito que el orgasmo más intenso de mi vida fluya natural. Muerdo los labios, evito gritar su nombre.

Cielo santo. Esto debe ser el secreto mejor guardado de la historia si no quiero que una simple fantasía se convierta en un serio problema.

Para mi satisfacción, Sergio regresa al día siguiente. Su rutina sigue sin alterarse. A veces coincide con los que supongo son compañeros del trabajo, otras, desayuna en silencio mientras lee el periódico, ajeno al encaprichamiento que experimento por él.

Diez días después, rozo la paranoia. ¿Cómo es posible que el nonato se mueva cuando Sergio entra en la cafetería? Fran apenas lo estimula, la mayoría de las veces se desanima y deja de acariciar la barriga. En cambio, el bebé al oír a su tocayo se revuelve en su bolsa líquida. La única teoría viable es que detecta la fuerza positiva que desprenden las personas.

Una mañana, Joaquín le sirve lo de siempre a Sergio. Pero nunca llega a terminar el café. Recibe una llamada y se marcha corriendo para no volver.

Mi bendita normalidad se va al traste al comprobar que quizás nunca aparecerá por la cafetería. La desilusión es tan grande que lloro a escondidas en los rincones del apartamento, de día y de noche. Sufro las consecuencias del amor verdadero, ese que te provoca entregar tus sentimientos desinteresadamente a sabiendas de que no es correspondido. Jamás sentí por Fran, ni por ningún otro hombre, esta inmensa pena que me parte el alma. Echo de menos los treinta minutos que nos regalaba Sergio con su presencia, y daría cualquier cosa por recuperar ese insignificante lapsus de tiempo que llenaba de felicidad mi existencia.

¿Qué infortunio le habrá sucedido, que culmina en mi desdicha?

Capítulo 20

Cuelgo un negro crespón en la cristalera de la cafetería San Lorenzo, permanecerá cerrada por defunción tres días. Magdalena ha muerto de un derrame cerebral. Quizás de la emoción. Su hijo le comunicó la tarde previa al fatal incidente, que pronto cogería en brazos a su tan deseado nieto porque sufro algunas contracciones y presiento su inminente llegada.

«Que Dios la acoja en su gloria, que no la deje vagando en una dimensión paralela permitiéndole la posibilidad de influenciar negativamente en el pequeño Sergio, como ha hecho con su propio hijo». Ruego en el responso.

Tras los cumplidos pésames, aprieto la mano de Fran e inclino la cabeza en busca de sus ojos errantes. Su mente está ausente. Miro el ataúd, las coronas de flores y la gente que ha acudido al sepelio. Aunque el apego a mi suegra fue nulo, siento un profundo pesar por Fran, me duele verle sufrir en silencio. Él no esperaba este repentino y dramático desenlace. La verdad es que Magdalena había luchado mucho para superar el cáncer, nadie aventuraba el súbito final.

Después de cerrarse el nicho, él desaparece. Le concedo el espacio que necesita, regreso al apartamento con mis padres. Ellos, bien entrada la tarde, se marchan al hotel. A la hora de la cena, aún continua sin regresar. Preocupada, subo al piso de Magdalena por si se encuentra allí. Como no tengo llaves, he de pegar y tocar el timbre. Ni rastro de Fran. Una vecina al oír la insistencia confirma que la casa permanece vacía desde la mañana anterior.

Enfadada porque no contesta a las llamadas, me voy a la cama. Al cabo de una hora, llamo a Ana mientras cambio el pijama por una ropa cómoda. Agarro el bolso, el abrigo, la pequeña maleta y cruzo la calle hasta la parada de taxis. Las contracciones son frecuentes y dolorosas, el bebé quiere salir al mundo.

Trascurren las horas más largas y desgarradoras de mi existencia. De poco ayuda que Ana exponga sus dos experiencias. Su consuelo, sus ánimos, son inútiles. ¡Maldita sea! ¿Dónde está el causante de esté sufrimiento?

Los parpados pesan, ni siquiera soy consciente de que inyectan la epidural. No recuerdo cuando hago el último esfuerzo y la matrona hace

llorar al recién nacido. Es mi madre la que me llama a la conciencia y coloca entre los brazos al pequeño Sergio. Ambas lloramos de alegría, es un niño precioso. Hipo de felicidad al ver su carita de querubín, al abrazar a un ser que es mío y que me necesita tanto como yo a él. Olvido el pasado, el padecimiento, el rencor. Emocionada, beso un millón de veces a mi hijo y le pido perdón por no amarle desde el primer segundo. Le prometo recompensarlo de por vida. Crecerá siendo el niño más querido y feliz de este mundo.

Una vez nos acomodan en la habitación, aliento a mis padres para que se vayan tranquilos porque necesitan descansar. La aptitud cariñosa de Pepe Rivas con Sergio me deja perpleja. Debe ser verdad que la edad concede un karma especial con el que tratar a los nietos de un modo distinto que a los hijos. En cualquier caso, el concepto que tengo de Pepe es diferente al de años atrás. No será el mejor marido o padre del mundo, tampoco el peor. A la vista está que con él sí se puede contar en los momentos cruciales. Aunque el papeleo se lo encomiende a otro.

Acuno a Sergio en el pecho, cierro los ojos aspirando su tierno aroma. Nosotros solos sobreviviremos, nunca tendrá carencias afectivas. Pienso unos segundos antes de que se abra la puerta.

Aprieto la mandíbula al verlo allí. Parece un espectro, aún lleva el traje negro con el que le dio sepultura a Magdalena. El celeste de sus iris resalta de un modo sobrenatural en sus ojos ensangrentados.

—Te has pasado la noche bebiendo y fumando en cualquier garito de la ciudad, mientras tu mujer padecía los dolores del alumbramiento. Muy solidario.

—Ansiaba evadirme de la realidad. Enterré a mi madre ayer.

—Ese ramo de flores no te hará retroceder en el tiempo. Te has perdido el nacimiento de tu hijo, el hijo que tanto deseabas. Nos has fallado Fran. —Trago el nudo de lágrimas—. Necesitaba que estuvieses conmigo, que mitigases el miedo por el que pasaba.

—Pero ya estoy aquí, ya estoy aquí. Sur, lo lamento. De verdad que lo lamento. Perdóname.

Su llanto me ablanda el corazón. Mi dolor ha sido pasajero, fue reemplazado por la dicha absoluta. El suyo sanará con el tiempo, con paciencia.

Toma asiento, acomoda la cabeza en mi regazo. A los pies de Sergio solloza hasta quedar dormido.

Los buenos propósitos se los ha llevado el viento. Confié en que nuestras vidas conectasen, que retornásemos a la normalidad. El nacimiento de Sergio debería ayudar, pero me equivoco día tras día.

El primer mes ha sido un caótico desastre, me he sentido desamparada a pesar de las visitas tan esperadas como la de Claudia y Diego. Apenas he salido a la calle, Fran apenas ha entrado en casa.

El hombre que juró en el hospital atender a su familia como era debido, se halla sumergido en una espiral de melancolía. Fuma y bebe en exceso. A veces se pasa las horas muertas en el piso de su madre, con una botella de licor y dos paquetes de cigarrillos. El gimnasio ni lo pisa, ahora es el cannabis su vía de escape, lo que aplaca su difícil carácter.

Con sutileza abordo el tema cuando la ocasión lo permite, le necesito fuerte y entero. Debe luchar por recomponerse, por él, por la relación, por su hijo. Hablar es inútil, a veces creo que ha enterrado con Magdalena su interés de ser padre.

Por mi parte no es que este de mejor humor, el desánimo comenzó antes de la llegada del bebé y su nacimiento lo ha empeorado. Por eso del desorden hormonal, digo todos los días negándome a reconocer que echo en falta la cautivadora sonrisa de alguien.

Adaptarme a los nuevos cambios cuesta mucho, es duro el periodo de adaptación. El pequeño Sergio no entiende de altibajos y yo no lo entiendo a él. ¿Por qué diablos se queja o llora, si está alimentado, aseado y calentito? A diario le echo coraje a la vida, sorteo ratos buenos con ratos malos, afronto el reto si no quiero hundirme en la miseria.

Como cualquier mañana de las últimas dos semanas, bajo a la cafetería. He comenzado a trabajar de nuevo. Una de las razones es porque a Fran le molesta casi todo cuando anda por casa. Está susceptible, incluso su sombra le importuna. Creo que le ha tomado un poco de celos a su hijo. Le incomodó la cuna en nuestro dormitorio, la trasladé al otro. Ahora no soporta que me levante por la noche a darle la toma y me quede dormida en la habitación del pequeño. ¡Por Dios! ¿En qué quedamos? La que se desvela y pasa la noche de aquí para allá soy yo.

También he dejado de pedirle cosas, como que le cambie el pañal; monta un espectáculo cada vez que lo intenta. Se quita obligaciones aposta, no cuela que los hombres sean tan patosos e incompetentes. ¡Y para colmo se ha vuelto quisquilloso! Piensa que baño al pequeño siempre que él desea

ducharse. ¿No será al revés? Con la de anoche son cinco veces las que he cambiado la hora del aseo de Sergio. La verdad es que el padre de la criatura no leyó la letra pequeña, la que especifica que el niño no viene con seis años cumplidos y un balón bajo el brazo.

Posiciono con cuidado la mecedora encima de la barra, en una esquina. Desde ese sitio vigilo el sueño del pequeño si me encuentro sola en el bar. Enciendo los aparatos electrodomésticos y abro el negocio, aun sabiendo que es un día de fiesta y la clientela llegará tarde a desayunar.

Preparo un café y me siento en un taburete tras la encimera, contemplo la bonita carita redondeada del angelito mientras le dibujo. Cuando le miro y veo sus avances diarios, su despertar a la vida, me siento inspirada.

Estoy concentrada, absorta en una imagen que retengo en la cabeza. El carboncillo se desliza rápido por el papel, doy forma a ese impulso incontrolado que asemeja a una sonrisa. Necesito creer que sonrío porque es feliz. Me pregunto qué estará soñando.

Sin esperarlo se echa a llorar. Del sobresalto tiro el envase de leche que tengo cerca del codo. Maldigo al demonio, no le he puesto el tapón y se ha derramado salpicando el líquido por el suelo y las neveras. Agarro papel absorbente, me arrodillo en el suelo y comienzo a secar el desastre antes de que el charco blanco se cuele debajo de las máquinas.

—Ten un poco de aguante, deja de llorar, cariño. Limpiar esto llevará unos segundos —le digo porque quiero que se calme, pero él sigue a lo suyo: berreando.

De repente se calla y sé, porque soy su madre, que no es normal. Algo ocurre si el diablillo ha parado de hipar. El balancín está girado, se mece solo. El corazón deja de latir, el peor de los desenlaces se materializa en la cabeza. ¡Van a secuestrarle!

Nerviosa me incorporo de un salto dispuesta a traspasar la barra si es necesario, y... Allí está él, sosteniendo a su tocayo en brazos. Le sonrío, le susurra al niño mientras acaricia el suave moflete con un dedo.

—¡Ey, amigo! ¿Qué te ocurre para llorar desesperado?

Debo estar alucinando, enseguida noto como se humedecen los ojos y el corazón comienza a flotar. Sergio es un hombre alto y fuerte que acoge con ternura al bebé entre su pecho y brazo. Su voz le calma, por inaudito que parezca, mi hijo le ha reconocido. Es la primera vez que lo ve, pero sabe quién es.

Siento que las penas se desvanecen. No estuve encaprichada, no fue un sentimiento efímero. Sigo perdidamente enamorada de él.

—Dicen que son gases —susurro.

Sus ojos marrones me miran con detenimiento. Sé que hablan sin palabras, el problema es que no alcanzo a descifrar qué pretenden decirme.

—Es una dolencia frecuente en un lactante. Imagino que te habrás armado de paciencia.

—¿Esa paciencia se puede comprar? Porque creo que empieza a escasear.

Se echa a reír. ¡Cuánto he echado en falta esa vibrante melodía!

—Vosotras, las madres, aunque no lo creáis tenéis de sobra.

—Eso espero —ruego con un suspiro—. Y tú, ¿todo bien? Hace tiempo que no te vemos por aquí.

De sobra estoy al corriente de que no ha vuelto desde aquella mañana. Pensativo mira al bebé, que muy a gusto se ha vuelto a quedar dormido.

—Yo también he sido padre. Más o menos se llevarán unas semanas de diferencia.

Se marchó porque su mujer se puso de parto. Que desvele ese secreto me impacta. Paso la lengua por los labios secos, trago con disimulo las lágrimas. ¿Por qué siento un remolino de ira y envidia? Pues se debe a que este hombre al que conozco de servirle el desayuno no es ni jamás será mío.

—Felicidades.

—Gracias, lo mismo te digo.

Agradezco con una leve inclinación de cabeza.

—¿Tu mujer o el bebé sufrió alguna complicación?

—No, están perfectos. Junior nació grande y sano. Gran parte de este tiempo se lo he dedicado a ellos.

¿Por qué sonrío si quiero gritar de rabia? ¿Es que este hombre no muestra defectos? Encima de poseer un físico privilegiado, es un marido y padre comprometido.

—Entonces, ¿recuperas la rutina? —carraspeo masajeándome la nuca—. Perdona, soy una metomentodo, no tienes por qué dar explicaciones de tu vida.

—Sí. Sí regreso a ella. Echo de menos el café que servís..., tus bocadillos de jamón y queso.

Con eso basta para seguir amándole en secreto. Nunca sabré que se siente al yacer entre sus brazos, al notar el tacto de su piel pegada la mía. Ni

comprobaré la espesura de su cabello, ni beberé el sabor de su boca. Me conformo con un poco de su tiempo, y un mucho de su cautivadora forma de ser.

Las doce de la noche, deduzco que Fran sufre otro bajón emocional. Son menos las veces que eso ocurre, que regresa a horas intempestivas después de visitar la casa de su madre.

Cierro la puerta del dormitorio de Sergio, no quiero que moleste su sueño ningún ruido. Le acuesto en su cuna, le arropo y tras observar su plácido descanso unos minutos, me tumbo a su vera, en la cama que él usará en unos meses.

Despierto al sentir como una mano me tapa la boca, evita que grite al verme prisionera. Noto el pecho agitado de Fran en la espalda.

—Ssshhh —susurra en el oído, su nariz acaricia el cuello. Mete la mano por debajo del pijama, abarca el seno derecho, lo masajea—. Ven conmigo a la cama, tesoro.

—No son horas, estoy agotada —respondo medio adormilada.

—Si quieres podemos hacerlo aquí. Si te da igual que desvelemos a nuestro hijo.

Sin dejar de besarme la mitad del rostro libre entre la almohada y él, pellizca el cachete y mueve a un lado la braguita. Siento náuseas, huelo la embriaguez que desprende, la cantidad de tabaco que ha fumado. El pánico provoca que la barbilla empiece a temblar sin control.

—¿Vas en serio? ¿Serías capaz de alterar su inocente sueño?

—Por qué no. Él desconoce las necesidades que tienen los adultos.

—Se asustará si escucha ruido.

—En tu mano está guardar silencio. Llevamos meses sin mantener relaciones como es debido, de sobra te he concedido tiempo para recuperarte del parto. No es un delito que me apetezca follar con mi mujer. Así que, o te abres de piernas aquí o lo haces en nuestra cama.

—Aquí no, por favor. Voy, voy contigo.

No me arriesgo rechazándole, podría enfurecerle. Por desgracia conozco las consecuencias. Es mejor obedecer, de ese modo no ejercerá la fuerza como aquella noche. Recordar su reacción violenta, el dolor que me causó mientras satisfacía su lujuria, me tensa. No quiero pasar por ello otra vez. La solución es tranquilizarme, cederle el mando.

Sentir su aliento, la saliva secarse en la piel, no ayuda a relajar los músculos. Tengo miedo, mucho miedo a revivir una pesadilla que emerge en

la cabeza con todo lujo de detalles porque intuyo que ha consumido alguna droga que le provoca una impaciente excitación. No confío que sepa dominar el arrebatado y se sobrepase.

Va tan ebrio que no se percata que esquivo sus besos y su lengua pastosa. Se coloca el preservativo y antes de que pueda mentalizarme se adentra de una embestida. Noto como las lágrimas hierven en las mejillas arañadas por la dura barba de él. No es tanto el daño físico como el emocional.

Una vez satisfecho se duerme enseguida. Poco a poco recupero la respiración normal, dejo de morder el labio inferior y abandono la cama. Entro en la ducha jurando no llorar por un amor y una relación imposible de resucitar.

Capítulo 21

He intentado encontrar un empleo, uno remunerado que me facilite la separación de Fran. Las cosas no son tan sencillas, por lo menos en mi caso. Con la crisis la oferta de trabajo escasea y la demanda se multiplica. Los licenciados se ven obligados a aceptar puestos con bajos sueldos que nada tienen que ver con sus profesiones.

«Presentarse en una entrevista con un bebé, resta puntos». Que faltase la señora Flores en varias ocasiones, ha hecho que comprenda que el pequeño Sergio me limita tanto en lo laboral como en lo personal. El vínculo emocional supera la lógica. Si me convierto en madre divorciada, ¿quién lo cuida las horas que trabaje?

Si soy honesta, al meditarlo con calma, me da pena arrancarlo de la comodidad que conoce para encerrarle durante el día en una guardería. Siento que sería igual que abandonarle. Sin contar que costaría gran parte del sueldo, calculo que lo poco que he ahorrado nos lo comeríamos en un abrir y cerrar de ojos.

El colmo de la contrariedad es que estoy atrapada en la cafetería San Lorenzo desde que Joaquín se jubiló. Me roba muchas horas esto de ser suplente mientras se presenta el camarero adecuado.

Es increíble, con la cantidad de gente que entrega su vida laboral repleta de experiencia, ¡y al jefe no le encaja nadie!

Engañarme a estas alturas es una estupidez. Fran mata dos pájaros de un tiro, mantiene a su mujer controlada a la vez que obtiene mano de obra barata. No es tonto, sospecha que tramo algo. Sus ojos azules observan, vigilan e interrogan en silencio. Se interesa por saber dónde he estado, para qué he necesitado el coche, quién me acompaña. Sé que revisa las llamadas telefónicas, los portales a los que accedo en internet, incluso las cajas diarias del negocio por si desvío dinero.

Aún desconoce que la valentía me abandonó hace algún tiempo, que me he acostumbrado a vivir entre la paz y la guerra. Arrastro la autoestima por el suelo y he acabado diciendo algo así como: más vale lo malo conocido, que lo bueno por conocer. Fran procura enmendar los errores, yo se los perdono para que la convivencia sea llevadera. Lo importante es que el pequeño Sergio es feliz, ajeno a los problemas de sus padres.

Si hay algo bueno de esta situación, es que el hombre al que amo en secreto se ha convertido sin saberlo en un pilar importante de mi vida. Logra que sonría cuando pienso en él o en la media hora que le dedica al desayuno. A veces imagino que coge en brazos al pequeño, me toma de la mano y nos saca de la trampa que ha tejido Fran.

Soñar con Sergio consigue que eluda la realidad, recarga las energías con las que afronto los días difíciles. Debería desengancharme de su atracción, es perjudicial para la salud mental, pero no puedo.

Poso el último vaso que saco del lavavajilla junto a los demás, sonrío con la tierna imagen que da lugar. Sergio ha atrapado y alzado en brazos a su revoltoso tocayo. Lo sienta en la barra frente a él, ambos se miran a la cara y ríen. El niño le ha cogido un cariño especial, es su preferido entre todos los clientes. Con oírle entrar y decir buenos días, se despierta e incorpora en el carrito a la espera del saludo que le dedica su gran amigo. A medida que crece, le busca con más interés con la finalidad de jugar. El hombre jamás le niega su afecto.

¡Cuánta envidia me despierta esa química que poseen! ¡Cuánta envidia le guardo a la mujer de Sergio! Quiero ser la receptora de las caricias de ese atractivo hombre, de sus besos, de sus risas. Deseo acostarme y despertar con él. Maldita sea, saber que esos sueños jamás se cumplirán, me hieren el alma.

El pequeñajo, con sus manitas rechonchas le aferra la cara. Se tira a morderle la barbilla. Le crecen los dientes y cualquier cosa le viene bien si le calma el dolor de las encías. Sergio se deja roer sin parar de reír. Avergonzada por el comportamiento de mi inconsciente hijo, me dispongo a quitárselo de encima. Pero inesperadamente alguien entra en escena y lo toma en brazos. Fran, que nunca baja antes del mediodía, hace acto de presencia a las ocho de la mañana.

—Disculpa a mi hijo, es pequeño, no se da cuenta de lo pesado que se pone.

Fran me dedica una de sus específicas miradas, una que cobija varias cuestiones al mismo tiempo: ¿Quién es este tipo?; ¿qué hace el crío en sus manos?; ¿qué confianzas tienes con este hombre para permitir que le babee la cara?

Sergio alcanza una servilleta con la que se limpia las babas del rostro y le resta importancia al juego de la inocente criatura.

—No se preocupe, no me molesta en absoluto. Disfruto con estos

ataques de seres diminutos. Tengo un hijo de su misma edad y debo parecerle un dulce gigante, porque cuando me descuido clava sus diente-cillos donde encarte. Harían buenas migas los dos traviosos duendecillos.

Que saque a relucir que posee familia, relaja las facciones de Fran. Le brinda una de sus sonrisas condescendiente, como si compartiese las mismas confianzas de padre entregado. Cuando él odia que el niño le mordisquee siquiera un dedo.

—Tesoro. A partir de ahora que el enano no pase tanto tiempo en la cafetería, no quiero que agobie a los clientes correteando de aquí para allá.

Alzo los hombros y la mano que sostiene el trapo.

—¿Qué pretendes que haga con él? La señora Flores se encarga de atenderle a partir de las diez de la mañana. Adelantarle la hora es imposible.

Inspira por la nariz, entrecierra los ojos sabiéndose metido en su propia trampa.

—Me lo quedaré en casa. Este hombrecito y yo podemos apañárnosla sin ti —insinúa girándose hacia un recién llegado Joaquín.

¡Esto sí que es nuevo! El padre de la criatura propone pasar parte de la mañana en compañía de su primogénito. Cruzo una tímida mirada con Sergio, quien ha sido testigo de la escena. Luego saludo a Joaquín, que antes de estrechar la mano de ambos hombres ya sostiene en brazos al afectuoso diablillo.

—Pareces cansado. ¿Qué te ocurre? ¿No vendrás a decir que no pegas ojo porque nos echas de menos? —digo sonriendo. El afable ex camarero duda un segundo.

—Os seré sincero. ¡Si lo llegó a saber no me jubilo! Uno cree que después de cuarenta años trabajando tiene derecho a disfrutar tranquilo de la salud que le queda antes de morir, con el dinero que tanto esfuerzo le ha costado ganar, y resulta que nunca sabes lo que el destino te reserva. —Traga con dificultad—. Mi mujer y yo elaborábamos planes...

Se sobrecoge y le abraza trasmitiéndole ánimos, duele verle llorar.

—No se preocupe, se cumplirán. Y su nieta se recuperará sin problema, estoy convencida.

Sergio apunta unas cifras en un papel, luego pone una mano en el hombro del hombre que mañanas atrás mañanas le ha atendido con cordialidad.

—Opino lo mismo, Joaquín. Tenga fe. Seguro que el tratamiento será efectivo. De todos modos, si necesita cualquier cosa, no dude en llamar a este

número de teléfono y preguntar por mí.

—Gracias, hijo. No sé cómo agradecerte el interés. —Solloza emocionado.

La expresión de Fran muda, se desvanece la sonrisa, sus ojos se oscurecen. Percibo que se mide con Sergio, no le gusta que un extraño tenga más notoriedad que él. Y menos en su territorio.

—Este hombre ha trabajado con mi familia durante décadas, ha sido un excelente empleado y le guardo un aprecio especial. Si necesita ayuda, nada más tiene que pedírmela. Estaré encantado de prestársela.

—No lo pongo en duda —contesta Sergio con una sonrisa que solo yo, la experta en estudiar sus gestos, identifico como sarcástica.

—De verdad que muchas gracias a los dos, pero es innecesario que os preocupéis.

Joaquín comparte conmigo una mirada cabizbaja. Lamenta la situación que se ha creado. Conoce de sobra a su ex jefe, sabe que su mente trabaja a marcha forzada. A Fran no le ha pasado desapercibido la buena sintonía que el cliente mantiene con su personal, con su propio hijo. Respiro profundo, acepto que tarde o temprano tendré que saciar su curiosidad, capear una posible tempestad. Pero rechazo pensar en una excusa que justifique la amabilidad de Sergio y borre cualquier conjetura mal interpretada de Fran. En este instante me preocupa hallar la manera de socorrer a Joaquín. La enfermedad de su nieta Soraya ha dejado temblando los ahorros del buen hombre y todavía la pequeña debe superar otra operación que la familia no sabe cómo costear.

Capítulo 22

Al mediodía, la señora Flores recibe una llamada inquietante y le apremio a que se marche enseguida. En vez de un infortunio, lo considero una señal del destino que borra la indecisión. Aprovecho a realizar en persona las gestiones oportunas con la entidad financiera. Casi a la hora del almuerzo toco en el telefonillo del bloque de viviendas donde reside el ex empleado de la cafetería San Lorenzo.

La cara de sorpresa de Joaquín y su esposa me hace reír. Vernos al pequeño Sergio y a mí en su puerta no lo esperaban en absoluto.

—Ya que he llegado hasta aquí, si te ofreces un refresco, te lo agradecería.

—Por supuesto —reacciona y nos invita a pasar.

En el salón acomodo al pequeño en las rodillas y bebo un poco de limonada. El matrimonio sigue en suspense, Joaquín es quien se atreve a preguntar.

—Sur. ¿Qué te ha traído a mi casa?

Andarme con rodeos lo pondría nervioso, así que voy directa al grano.

—Vengo a devolverte algo.

—Hija mía. ¿Y qué te presté que no me acuerdo? —dice con la frente y la nariz arrugada.

Echo mano al bolso, saco un paquete del tamaño de una carta y lo deslizo por la mesa.

—Esto te pertenece.

—¡Madre mía, pues sí que me tienes intrigado! —exclama abriéndolo—. Se lleva las manos a la boca, al igual que Carmela, su mujer. Me mira con detenimiento y comprende—. Sur, te equivocas. Esto es tuyo hija. ¿Recuerdas? Para una emergencia.

—Y tu nieta es una emergencia. La más importante del mundo.

—Pequeña. Yo nunca te di el dinero con la intención de que me lo devolvieses, mucho menos con intereses, por lo que veo.

Pretende retornar el dinero, pero le freno.

—No voy a discutir sobre este asunto. Ni te voy a desvelar donde ha estado invertido que ha dado buenos frutos —bromeo, cosa que le exaspera—. Joaquín. Lo aceptarás porque en realidad es una cantidad irrisoria para

según qué se requiera. A vuestra nieta Soraya la sanará por completo, a mí no me llevaría lejos.

—Pero tú debes guardarlo por si...

—Seamos sinceros, no voy a separarme de Fran. Tuve la oportunidad antes de que naciese el pequeño y no lo hice. Ahora está nuestro hijo de por medio, he comprendido que necesita a su padre, una familia donde crecer.

El hombre se restriega las manos y las lágrimas por el rostro. Besa con ternura a su esposa que no encuentra palabras de agradecimiento y después nos abraza a Sergio y mí.

—En nombre de mi familia, gracias. Algún día te lo recompensaré, te lo prometo.

—Sí. Presentándome a esa preciosa nieta en persona.

Joaquín y Carmela, entre risas y sollozos, le comunican a su hijo que han obtenido el dinero que cuesta la operación. Experimento una alegría infinita, una gratificante sensación de que he hecho lo correcto. Ríe al escuchar la vocecilla de la pequeña Soraya cuando me pregunta si soy un ángel de verdad como le ha dicho su abuelo. Le explico que el ángel es ella y por ese motivo debemos cuidarla.

Cuando considero que es hora de marcharme, Joaquín logra que permanezca sentada.

—Sé que albergas la esperanza de que cambie. Crees que él se dará cuenta de los errores que comete contigo. La experiencia me dice que te engañas. El amor de Fran te ha hecho y te hará sufrir, pequeña.

Pierdo la vista en la coronilla de mi angelito particular, que juega a aporrear con una cuchara de plástico las flores bordadas en el mantel de la mesita.

—Todo el mundo tiene defectos y virtudes. Por ese motivo unas parejas discrepan más y otras menos. Nosotros encontraremos el equilibrio con el transcurso de los años.

—Hija. Hablas como un robot inteligente, pero sin corazón —dice sonriendo—. Una pareja no es un par de máquinas que cierran un trato y pasan el resto de sus vidas enchufados a la misma toma eléctrica, colocados en la misma mesa como un ordenador y una impresora.

La comparación nos hace reír a Carmela y a mí. Entonces la señora, traduce a su marido.

—Sur, lo que Joaquín quiere decir es que no podemos conformarnos con amoldarnos a la pareja y esperar que funcione la relación a base de

aportar siempre más que el otro. Debe haber una compensación.

Su marido asiente y retoma el discurso.

—Somos pura energía, necesitamos sentir el chispazo que nos provoca otro ser humano. Ver crecer las llamas y vibrar con el calor de la otra persona. Si previamente no se ha encendido bien la hoguera, nunca habrá ascuas con las que poder mantenerla y avivarla de nuevo.

—Vaya —suelto dejándome caer en el respaldo del sillón—. Hoy estamos metafóricos y filosóficos.

—Perdona que nos inmiscuyamos donde no nos llaman —se excusa Carmela. Su marido niega con el dedo en alto.

—No pienso retractarme. He pasado media vida trabajando para la familia Ponce, y muchas horas con esta joven que considero una hija. Tanto Sur como yo éramos conscientes de que algún día se daría esta conversación.

Dejo escapar el aire. Los ojos se me humedecen, tengo la imperiosa necesidad de salir corriendo.

—No he venido hasta aquí con el propósito de analizar mi matrimonio.

—Desahógate, mi niña. Nadie te va a juzgar. —Sus palabras no prohíben que me levante, solo transmiten su cariño incondicional—. Puedes reconocer abiertamente que tú nunca has conectado con Fran del modo que él desea. Es un hombre posesivo, celoso y egoísta.

—Yo le quiero —susurro con la mirada perdida en el suelo.

—Por las cosas que le soportas a ese joven, más de lo que te imaginas. Su amor provoca heridas, algún día te quedarás sin parches para taparlas.

Elevo los ojos al techo, es inevitable no reír a pesar de la pena que me invade. Sergio, poco acostumbrado a escucharme una carcajada, se sobresalta.

—Eres como un acertijo. ¿Quieres ir al grano y dejarte de similitudes?

—Pues quiero señalar que eres una joven cariñosa, inteligente y divertida. Que no se merece marchitar bajo la sombra de un hombre como Fran. Hoy lo he visto claro cuando os he encontrado a los tres en la cafetería. ¿Alguna vez con él has sentido las mismas cosquillas que con nuestro cliente Sergio?

Recelosa miro a Joaquín y a Carmela. Nunca, a nadie, ni quiera a este entrañable hombre, le he insinuado que me agrada Sergio. Mucho menos que siento una atracción irracional hacia él desde el primer día que lo vi. Siempre

mantengo las distancias, es impensable que se note cuánto me perturba el moreno de ojos castaños.

—¿De dónde has sacado la absurda idea de que me gusta ese señor?

—Tengo una edad, y ojos en la cara que han leído e interpretado cientos de gestos. Se te ilumina el semblante cuando el joven asoma por la puerta de la cafetería. Se te apaga al ver a Fran. Pero tranquila, solo un viejo astuto como yo es capaz de notar la corriente que surge entre vosotros.

—¿¡Qué corriente ni corriente!?

Esta vez me pongo en pie. No estoy indignada ni nada parecido, es que hablar de Fran es una cosa y especular sobre Sergio es otra bien distinta. Incluso en mi cabeza es un tema tabú, debo olvidar, no fantasear con historias imposibles. Aunque no sea un pecado, ni un delito soñar.

—Joaquín. Has errado por completo. Idealizar a un hombre que no conozco de nada es impropio de mí. Siempre he sido consciente de que soy una mujer casada, que ese señor tiene mujer e hijo. Jamás se me ocurriría pensar siquiera... —Nerviosa, cuelgo el bolso en el hombro y afianzo al bebé en un costado—. Lo siento, debo marcharme. Se hace tarde y tengo que darle el almuerzo al pequeño y sacar de paseo a Nerón.

Me enfado conmigo misma. Odio que en el aire de ese humilde hogar, quede patente el respeto que me provoca Fran. Odio que las personas del entorno, las que aprecio de corazón, opinen que soy una mujer débil por no plantarle cara y abandonarle.

La tarde transcurre deprisa, Sergio cada día depende menos de un adulto. Se mueve solo por casa, y Nerón, su juguete favorito, se ha convertido en su protector. El bendito animal incluso vela sus sueños.

Entorno la puerta del dormitorio infantil, voy directa a la ducha. En el apartamento se respira la paz que transmite el silencio. Me apetece sentir el agua caliente en los hombros después de un largo día.

Desnuda frente al lavabo, retiro la gomilla que ata el cabello y comienzo a cepillarlo con parsimonia. Como es habitual la mente divaga sin prestar atención a la imagen que refleja el espejo. El hombre prohibido se cuela en los pensamientos. Le he notado algo distraído últimamente. ¿Por qué será? ¿Qué estará haciendo en este instante? Le imagino en multitud de situaciones; jugando con Junior, preparando la cena..., besando a su afortunada mujer.

La aplastante realidad me despierta. Vivo enganchada a un mundo

paralelo, a una relación irreal. ¿Por qué me aferro a una quimera y no avanzo? Idolatrar a un desconocido no es sano. ¿Dónde quedó la ilusión de exponer mi propia colección de pinturas y esculturas?

Guardo el cepillo en el cajón y entro en la ducha. Elevo el rostro, el agua en forma de lluvia corre por la piel eliminando las falsas esperanzas. Oigo la mampara rodar, percibo a Fran invadir el reducido espacio. Él no destaca por ser silencioso, aunque no me sorprende que se deslice con el sigilo de una serpiente cuando quiere. El sexto sentido me indica que ha estado espionando, oculto en la oscuridad del salón.

Pasea sus dedos por mi cabello.

—Vuelves a tenerlo largo, con esas preciosas mechas que aclaran con el sol. No me había percatado de lo mucho que te ha crecido.

Nada extraño, porque lo llevo recogido día y noche. Cierro los ojos, sus manos definen el contorno del cuerpo, su pecho roza la espalda, su boca se hace hueco en el cuello.

—Las ropas anchas que usas no dejan ver lo delgada que te has quedado. Tesoro. Has recuperado la figura por completo, incluso estás más apetitosa que la primera vez que te vi. Has dejado de tener el cuerpo de una adolescente, ahora se aprecian las curvas de una mujer espectacular. —Jadea, masajea los senos, presiona su erección en las nalgas—. Dime que me amas. Que me desees como yo te deseo a ti.

Fijo la mirada en un punto inconcreto de los azulejos. Sus adulaciones encierran un cometido y no es excitarme. Su voz lanza un reclamo, necesita asegurarse de que el tipo que ha visto esta mañana jugando con su hijo no supone ninguna rivalidad.

Me sujeta la barbilla, obliga a que le mire. Trago un poco de agua que resbala por los labios, el corazón se detiene cada vez que ejerce la más mínima fuerza. Una posesión que corresponde erótica y excitante, el recuerdo del pasado la convierte en dolorosa en cuestión de segundos. ¿Cómo es posible que esos ojos celestes que deben ser acogedores me acobarden?

—Claro que te quiero.

Ni siquiera se cuestiona si miento o no. Ansioso ataca mi boca, como un depredador atrapa a su presa asfixiándola contra su cuerpo. Guía mis manos a la pared inclinándome hacia delante. La imaginación huye, corre a otro lugar, a otros brazos. Sueño con el sabor de unos besos dulces, con la suavidad de unas caricias diferentes en las que pueda confiar y dejar la imaginación volar libre. Sin temor a recibir daño alguno.

Que el cielo me perdone por ser una mujer casada cuyo espíritu engaña a su marido con la finalidad de no caer en una terrible depresión.

Capítulo 23

La cuarta mañana que ocupa una mesa de la terraza, y lo que es peor, sigue sin sonreír. Sus labios se curvaban de un modo seductor, aunque lejos de expresar la alegría habitual. A sus ojos marrones les falta su habitual brillo, ahora son fiel reflejo de su decaído estado de ánimo. No me atrevo a preguntarle que le ocurre, puede que tenga la confianza suficiente para ello, pero la conciencia dicta que es más sensato guardar las distancias.

Le preparo su bocadillo preferido con esmero, me arriesgo, no soporto verle triste. Sergio aparta el periódico deportivo y mira el plato un instante. Al percatarse del detalle, enseña la magnífica dentadura emitiendo su inconfundible y contagiosa carcajada. Un millón de campanillas replican en el estómago, vibro de pies a cabeza con el corazón suspendido. Podría estar allí plantada el día entero mirándole sin cansarme.

—¿Cómo has sido capaz de plasmar este simpático dibujo?

—Los virtuosos no revelan sus secretos. —Me hago la interesante—. Cuando creen que tienen una misión utilizan el don que poseen. Unos construyen puentes, otros componen canciones...

—Y otras, bocadillos riquísimos con una cara burlesca estampada en la corteza del pan. ¿La artista ha visto cumplido su cometido?

—Sí —digo con una pequeña reverencia—. Ahora todos los clientes de la cafetería San Lorenzo, sonrían.

Vuelve a regalar su bonita risa y feliz me adentro en el negocio.

Como soy incapaz de quitarle el ojo de encima, pocos minutos después corro tras él y le hago entrega de la cartera olvidada. Se lleva la mano a la frente dándose un pequeño golpe. El gesto resulta divertido, adorable en un hombre que resume elegancia masculina.

—Gracias. ¡Vaya mala cabeza!

—Cualquiera comete un despiste.

—He tenido una increíble suerte que la hayas encontrado tú. Otra persona seguro que no me la regresa.

Paseo los dedos por la nuca, desvío la mirada al suelo. Confesarle que no descuido ninguno de sus movimientos sería mala idea, me tacharía de acosadora sicópata metomentodo. ¡Joder! Si pudiese entrar en mi cabeza, hasta se colgaría un crucifijo y me rociaría agua bendita por estar

endemoniadamente enamorada de él.

—Bueno, nunca se sabe. Todavía existe gente honrada.

—Si hay dinero de por medio, lo dudo. Aunque en este caso habría sido lo de menos. Recuperar la documentación hubiese sido lo peor.

—Es cierto, solicitar papeles nuevos es un engorro.

Ambos intuimos que la conversación va a tomar un camino de lo más absurdo, así que callamos y continuamos unos segundos frente por frente. Estoy inquieta, las piernas no responden, impiden que me separe de él. Tomo aire y hago un esfuerzo.

—Tengo que regresar a la cafetería. Que pases un buen día, Sergio. — Camino hacia atrás despidiéndome con la mano.

—Lo mismo digo. Que pases un buen día, Sur. Y gracias. — Señala la cartera.

—No hay de qué.

Permanece anclado al suelo, sin decir adiós. Soy la que se gira, la que lamentándolo en el alma corta el contacto visual. Suspiro, todos los días sucede lo mismo: me alegro al verle, me apeno cuando se marcha. Así hasta el día siguiente. Una autentica tortura para una mujer que necesita desprenderse de un lazo imaginario que no la conduce a ningún sitio.

El parque está concurrido, igual que cualquier tarde estival. Después del paseo en el que Nerón estira sus patas y olisquea los pipis perrunos que localiza a su paso, monto nuestro chiringuito privado en el hueco de césped donde solía ubicarme en los años de soltera, a la sombra del magnolio.

Extiendo la manta de Sergio y le sitúo los juguetes a su alcance. Nerón se tumba vigilante mientras yo dibujo en el bloc con los pigmentos naturales. Me deleito con el olor de las flores, con la paz que se respira en este rincón.

De vez en cuando alzo la cabeza. Como espectadora privilegiada estudio a la gente que pasea, juega con los niños o se ejercita al aire libre después de una jornada de trabajo. Sonrío al comprobar que el pequeño se ha puesto manos a la obra, organiza los botes de pinturas acuosas alrededor de él. En breves momentos sacará su vena de pintor de brocha gorda y hará un colorido abstracto en la manta, en la ropa y en su cuerpo.

De repente Nerón se pone alerta, ladra un par de veces y echa a correr saltando un pequeño seto a su paso. De un brinco suelto lo que tengo en las manos, tomo al niño en brazos y salgo tras él. Estoy segura de que no

morderá a nadie, pero su comportamiento no es normal, jamás se aparta de nosotros.

—Nerón. ¡Quieto! —grito con el corazón en un puño, temo perderle de vista.

El animal obedece, aunque ha llegado a su objetivo, un señor que empuja un cochecito de bebé a la vez que hace deporte. Nerón se sienta erguido cuando el tipo frena la carrera y se voltea, más que asustado, con curiosidad por saber quién le persigue. Se agacha a la altura del perro, Nerón avanza los pasos que les separan con la mirada gacha, entonces comprendo el motivo por el que mi mascota ha echado a correr. Al niño que va sentado en el carrito se le ha caído un muñeco y quiere devolvérselo.

Sin necesidad de oírlo, sé que el señor le agradece con una merecida caricia en la cabeza y el lomo. Como es normal, el hombre busca al dueño del animal. Levanto el brazo, señalo nuestra posición, tampoco quiero separarme demasiado de las pertenencias. Nerón escolta al desconocido, que a medida que se acerca no lo es tanto.

—Sergio.

—Sur.

—No te había reconocido con la gorra cubriéndote la mitad del rostro.

—Ni yo a ti con el cabello suelto. Pareces una mujer distinta fuera de la cafetería.

—Sí, eso suele decir la gente que me conoce.

Es encantador como mi nombre se le escapa entre los dientes, su manera penetrante de mirar. No fantaseo, lo achaco a que su respiración sigue acelerada por culpa del ejercicio físico.

—Creo que ninguno de los dos esperábamos cruzarnos por aquí.

—Tienes razón —corroboro. Su presencia me provoca una timidez inusual.

Sergio viste una camiseta ajustada que marca sus formidables brazos y su torso delineado sin exceso. Unos pantalones cortos que dejan al descubierto una piernas largas y bien torneadas cubiertas de un fino bello castaño. Incluso las gotas de sudor que resbalan por su cuello le otorgan un morbo increíble al atractivo moreno.

—Suelo venir a correr dos o tres veces por semana. —Reacciona, recuerda que trae compañía—. Con Junior.

Asiento con sutileza, sin demostrar que el corazón salta de alegría. Queda patente que es una actividad en la que no participa su mujer. Tal vez

ella trabaje, tal vez es su tiempo de paréntesis, o quizás el momento padre e hijo.

—Encantada de conocerte, Junior —saludo agachada delante de él.

El pequeño Sergio imita la cortesía, le planta las manos llenas de pintura en el bracito del recién llegado. Un segundo tardo en limpiarle bajo la atenta mirada de su padre.

—¿También acudís con frecuencia a este parque?

—Sí, pasamos la tarde aquí, jugando en aquel rincón —carraspeo nerviosa—. Si coincidimos alguna vez puedo encargarme de Junior mientras corres. Así iras a tu ritmo, más cómodo, sin tener que ir empujando el carro. Sin perder sus juguetes por el camino. —Sonreímos—. En serio. Es lo menos que puedo ofrecer para devolverte las horas que has entretenido a mi hijo en tu tiempo del desayuno.

Se toma unos segundos, retira la gorra y limpia el sudor del cabello con una toalla antes de responder.

—Es muy amable de tu parte.

—No me supone ningún esfuerzo. Apuesto a que los dos se distraen juntos.

Junior está de acuerdo, protesta, quiere bajar del asiento y jugar con su nuevo amigo o con las pinturas de este. Su padre duda unos instantes, al final accede a darle el capricho. Reímos viendo como los dos mocosos se reconocen mutuamente antes de compartir juguetes con una afinidad envidiable y asombrosa.

Comprobada la armonía que existe entre los niños, regreso a mi asiento. Sergio se tumba en el césped, marca la distancia.

—Sabía que se llevarían genial. —Ríe con las ocurrencias de nuestros hijos.

Estos han cogido unas toallitas húmedas con la idea de lavar a la mascota con ellas. Nerón los ve venir y se traslada al lado del adulto más fuerte, el que puede mediar en la locura de los niños.

—Sí, no te equivocaste. Se les nota en la cara que son un par de pilluelos.

—Este perro es precioso, está muy bien educado.

Aunque tengo la vista puesta en la libreta, de reojo observo como acaricia al animal y él se deja querer bajo la protección del hombre que interfiere cuando considera que las criaturas, sin mala intención, pueden dañarlo.

—Nerón desde cachorro demostró ser un perro inteligente, extraordinario. Con Sergio he corroborado que posee la paciencia del santo Job. ¿Vosotros tenéis alguna mascota en casa?

—No.

Escueto y rotundo. Advierto que le regresa el rictus serio. No desea hablar de su vida privada por insignificante que el tema pueda ser. Descarto molestarle o hacerle sentir incómodo, así que no insisto. Reitero que me basta con su presencia para ser feliz.

Los peques se cansan rápido de asear a Nerón, corren con torpeza a la manta, allí abren los botes de pintura. Se entretienen señalando con sus manos las hojas y cualquier cosa que esté a su alcance. Como no sé si al padre de Junior le molesta que su hijo se manche la camiseta, me apresuro a explicar.

—No es tóxica y se quita con agua.

—Sur, no te preocupes. He deducido que si le has proporcionado y permites que se ensucien, será un producto inofensivo y no tendré que tirar la ropa después.

—Está bien que confíes en mí. Pero cuando acaben querrás meterlo tal cual en la bañera, te lo aseguro. Por ese motivo le traigo al parque, en casa no puedo permitirle que saque su imaginación a paseo.

—Uff. Pues tendré que llenar como mínimo dos veces la tina y frotarle con estropajo si quiero que recupere su color de piel.

Sonrío, me gusta su sentido del humor, que dé alas a la imaginación de Junior. ¿Será así de natural o es la percepción que quiero tener de él?

Los enanos descubren las manchas en la cara del otro, se carcajean.

Junior ha heredado los gestos del padre, inclusive la contagiosa y melodiosa risa. Ladeo la cabeza hacia su progenitor. Él me mira con sus preciosos ojos marrones, muestra una mueca divertida en sus perfilados labios.

—¡Vaya invento! Ahora no van a parar.

—Perdona, no te entiendo —digo arrugando el entrecejo.

Sergio indica con la barbilla. Nerón se ha erguido, se coloca detrás de mí como un cobarde. No doy crédito. ¿Cómo es posible que dos pequeñas cabecitas desarrollen las mismas ideas traviesas?

—¡Vosotros dos! —Señalo con el lápiz a los diminutos personajes que enseñan la falta de muelas—. Si no queréis que os meriende, ni se os ocurra acercaros al perro.

Junior no tiene reparo en cambiar de objetivo, corre con los brazos extendidos y las manos abiertas llenas de pintura amarilla y las planta en el rostro de su padre. Le marca y restriega los dedos en la cara, para restar importancia a su fechoría babea la nariz de su progenitor.

Por unos segundos me tenso, no sé cómo se tomará esa osadía el hombre al que he colocado en un pedestal. Fran pondría el grito en el cielo, regañaría a su hijo por ensuciarle y a mí por permitirse. El remate es que mi enano no se corta un pelo e imita a su nuevo amiguito. Con toda la confianza del mundo le restriega sus dedos azules en la barba, encima de la pátina amarilla. Termina dejando sus huellas en los pantalones de Sergio.

—¡Hijo! ¿Cómo has podido hacer eso? —Creo que pierdo el color de las mejillas, a duras penas me abalanzo de rodillas e intento sujetarle.

—Sur. Relájate. Esto es cosa de tipos duros como nosotros. —Se impone riendo. Sus brazos atrapan a ambos niños, los revuelca con él en el césped. Les hace reír a base de cosquillas—. Estamos jugando, no me voy a enfadar con ellos por unas cuantas manchas de pintura.

Respiro aliviada, el latido del corazón se normaliza. Consigo sentarme de nuevo a disfrutar de la felicidad que transmiten los tres con sus travesuras y de mi pasión por la pintura.

—¿Por diversión?

—¿Cómo?

He llegado a concentrarme de tal modo, que no he prestado atención a que los chiquillos gatean alrededor de la manta y Sergio se quita la pintura del rostro con una toallita.

—Me refiero a que si pintas por entretenimiento.

—Pues. Sí.

—¿Te hubiese gustado estudiar o vivir de ello?

—Durante bastante tiempo tuve ese sueño. Creí posible luchar, llegar a ser reconocida.

—¿Qué ocurrió?

—Quedé a las puertas de finalizar el último curso. No me licencié en Bellas Artes —confieso sin mirar nada en concreto. No me apetece contarle que el embarazo fue tan duro que abandoné las metas. Que el matrimonio ha absorbido las ilusiones de una aspirante a..., nada.

—¿Eres buena dibujante?

Deslizo los dedos por encima de la lámina.

—Lo primero que me enseñó Claudia, la persona que más admiro en

este mundo, es que cualquier técnica es insignificante si eres incapaz de transmitir a los demás algún sentimiento puro. —Arranco la hoja tamaño folio DinA4 y se la regalo. —Puedes juzgarme tu mismo, sino te gusta puedes tirarla a la papelera.

Sergio silba alucinado.

—¡No fastidies! ¿Eres la reencarnación de Miguel Ángel Buonarroti? — Sonríe con admiración. Esa alegre espontaneidad le eleva a excepcional. Logra que le ame un poquito más si es posible.

—Es un simple boceto.

—Te equivocas. Hace unos minutos que Junior me dio este beso en la mejilla. Solo una artista con una sensibilidad extrema graba en la memoria esa imagen y la traslada a la perfección al papel, en tan poco tiempo. Esa tal Claudia debe estar orgullosa de ti.

«Contenta con mi futuro artístico, no está».

—Gracias por alabar mis cualidades basándote en un dibujo.

Rememorar el pasado perturba las emociones, doy por finalizada la tarde de parque. Me dispongo a recoger las mantas y los trastos. Sergio colabora, adecuenta a las criaturas sin añadir ningún comentario sobre mis dotes artísticas. Le agradezco que no ahonde en lo que pude ser y no soy.

En la cafetería Sergio es el cliente y yo la camarera. Por eso es sorprendente que, sin proponerlo de antemano, durante tres semanas seguidas, nos encontremos once veces en el parque.

En el rincón de césped somos dos conocidos, padres de unos niños que juegan y aprenden al aire libre. Ni siquiera rebasamos la categoría de amigos, el trato es agradable, respetuoso. Él suele ir a correr, cuando regresa los juegos didácticos que yo practico con los dos diablillos acaban y se encarga de la enseñanza bruta innata en los varones desde que nacen.

Hay ratos en los que hablamos de cosas intrascendentes, nada relacionado con nuestra vida privada. En general disfrutamos de la compañía, quizás por eso congeniamos, porque las horas que pasábamos allí desconectamos de los problemas particulares sin que el otro agobie con inoportunas preguntas.

El equilibrio perfecto en una relación, lamentablemente, sin muestras de afecto porque no somos pareja.

Capítulo 24

Despierto con desgana, no me apetece abandonar la cama, la tristeza me lo impide. Ayer tarde nos despedimos Sergio y yo con el típico “hasta otro día”, pero sé que nos reencontraremos en septiembre. Le escuché hablar por teléfono, comienzan sus vacaciones. Por lo poco que capté se marcha de viaje. Ni siquiera saqué el tema, no me interesa conocer el lugar donde pasará con su mujer un mes completo. No quiero ser partícipe del amor que se procesan, ya duele bastante mantener el mío a raya para no sentirme culpable de amar a alguien inalcanzable. Maldita sea. Echaré mucho de menos esos ratos de armonía, echaré mucho de menos a Sergio y a Junior.

Me incorporo, noto el estómago revuelto. La verdad es que llevo unos días cansada, debería bajar el ritmo acelerado de vida, la tarea cotidiana es agotadora. Ladeo la cabeza, miro a Fran. Desde el fatídico viaje de novios, ninguno ha propuesto unas vacaciones o una escapada con el fin de estimular los sentimientos. Nos hemos adaptado a la monotonía. ¡Qué difícil es cuidar una relación!

Diez minutos después, atravieso el almacén y subo los escalones de dos en dos con la misma velocidad que Nerón. El pobre animal ha dado el segundo paseo más corto de su existencia, al abrir las rejas del negocio las náuseas me han impedido pisar la calle.

Los vómitos no cesan, el malestar es extrañamente familiar. En décimas de segundo vaticino lo peor. Corro a la nevera y arranco el almanaque imantado. No sufro una intoxicación alimenticia. No. Sufro otro embarazo. Caigo al suelo de rodillas, tapo el rostro con las manos. Sé la fecha exacta que concebí.

El pequeño Sergio asoma por una esquina sonriente y se tira a los brazos. Pese al llanto descorazonador, lo acojo con amor. ¡Qué buen despertar tiene este niño! Él solito ha aprendido a bajar de la cuna y corre a buscarme. Nerón nos contempla sentado, sin reclamar su urgencia.

—¿A qué viene tanto jaleo? ¿Por qué estáis ahí tirados en el piso?

Elevo la vista, enojada con él y con mi mala suerte, ni siquiera he abierto la caja de anticonceptivos. Incapaz de pronunciar una palabra, me pongo en pie. El mareo es inmediato, al igual que las ganas de vaciar lo que quede en el estómago. Corro de nuevo al baño, Fran me sigue

desperezándose. Al ver que no frena el desconsolado llanto, intuye el problema.

—¡No fastidies! Estás preñada otra vez.

Cierra los ojos y abre la boca en una clara mueca de fastidio e incredulidad. Ninguno desea otro hijo, de hecho, ha sido precavido desde que nació Sergio.

—Yo tampoco lo puedo creer. Pero eso parece, padezco los síntomas que tuve las primeras semanas del embarazo de Sergio. —Sollozo convencida de que el test de control dará positivo—. Maldita mala suerte. Una vez ha podido chispear y da la casualidad de que ovulaba.

—No te discuto que estuvieses receptiva. La historia es que puede que lloviese más que chispease —comenta repuesto del golpe.

—¿Qué dices? ¿Estás de broma? Hiciste la marcha atrás, a pesar del agua de la ducha noté el calor y la textura...

Enmudezco al pensar en la posibilidad de que fuese el gel de baño lo que se derramó en mi nalga y no su semen.

—Escucha, tesoro. No lo recuerdo bien, creo que las primeras sacudidas las tuve dentro. Aquella noche estabas demasiado tentadora y yo demasiado caliente. No pensaba con claridad.

—Prometiste que mientras no tomase la píldora, pondrías medios. Que mantendrías la cabeza fría. Prometiste tener cuidado. ¿Por qué siempre me convences para que confíe en ti, cuando nunca cumples tus juramentos? — reprocho alzándole la voz. Se limita a cruzarse de brazos.

—¿En qué te he fallado ahora?

—¡Te parece poco el error que hemos cometido! —grito desesperada—. Este bebé cambiará nuestra vida por completo. Será un caos.

Se adelanta un paso, con una mano me levanta del suelo y me acorrala contra la pared.

—Eyaculé dentro porque me apetecía. Eres mi mujer, no tengo que rendirle cuentas a nadie. No deseaba otro hijo, pero si el destino ha querido que con una vez quedes embarazada. Pues a su casa viene.

—¿Qué casa? —pregunto afrontando la posibilidad de recibir un bofetón—. ¿Este reducido apartamento en el que apenas cabemos?

Noqueado retrocede. Debate en silencio su reconcome antes de tomar una determinación que jamás había propuesto.

—Nos mudaremos al piso de mi madre.

Ni de broma. No he pisado ese santuario desde la muerte de

Magdalena, pero sé que lo mantiene igual que ella lo dejó. Ni su ropa donó a la iglesia. Me da repelús al pensar en traspasar el umbral.

—Podrías venderlo y comprar otra propiedad —sugiero.

—Es un piso céntrico de tres dormitorios, con una mano de pintura quedará perfecto.

Aprieto los dientes. Mis hijos no vivirán en un museo de décadas pasadas, con fantasma incluido.

—De eso nada, Fran. Requiere de una gran reforma de suelos a techos.

Se aparta, permite que pase, cree que asumiré su inquebrantable sugerencia con el tiempo. Está muy equivocado. De confirmarse el embarazo, aún tras el nacimiento del bebé, nadie me hará cambiar de idea. Si no acepta la condición de adecentarlo de arriba abajo, prefiero adaptarme al pequeño apartamento. Por lo menos este espacio se asemeja a un hogar.

Capítulo 25

Es inútil pedirle algo a Fran, apuesto a que busca discutir adrede para sacarme de quicio. Al final tendré que llamar a un carpintero que arregle la puerta de la entrada, esa que él dice saber reparar en cinco minutos. Tiempo que jamás encuentra. La hoja está un poco descuadrada, si no nos aseguramos de que el pestillo cierre correcto, se abre hacia fuera con un leve empujón. Es un peligro, un gran peligro teniendo a un diablillo que corretea por casa. En cualquier descuido Sergio puede caer rodando escaleras abajo.

Empujo el carrito hasta una zona con sombra y preparo la tarde de juegos. Extiendo las mantas, no dudo en tumbarme y dejar a cargo de la vigilancia, durante un par de minutos, a Nerón. Aún sufro días horribles, este segundo embarazo es peor con diferencia, porque no me puedo permitir pasar el día durmiendo o tirada en el sofá.

A través de las ramas de los árboles contemplo el contraste entre las hojas verdes y el celeste del cielo, gracia a los rayos de sol se crea una lluvia de estrellas diurnas. El vaivén de las ramas, su ligero sonido, transmiten libertad.

La que perdí sin darme cuenta cuando Fran entró en mi vida.

Siento que he madurado deprisa. —*Una vieja de espíritu*—, describe Claudia. Ya no soy la joven ilusa que contemplaba la vida y la materializaba con sus propios sentimientos en una lámina o cualquier otro material. Ahora, como un autómata, represento mi vida diaria. A decir verdad, finjo fantásticamente.

Quizás debería dedicarme al mundo interpretativo. Disfrazo la tristeza con una sonrisa, aparento prestar atención, represento que todo marcha perfecto, y finjo en la cama cuando se da la ocasión. Sí, el sexo no me apetece, es una obligación más, un suplicio que rehúyo con verdadera maestría. He renunciado a demasiadas cosas estos meses, incluso a pensar en el hombre que me gusta y amo con locura.

«Has hecho lo correcto, Sur, te has estado engañando. Refugiarte en quimeras no es de valientes. Es hora de admitir la realidad y afrontarla, tienes que olvidar a ese hombre». Dice el subconsciente con frecuencia.

Desde luego empeño le pongo. Incluso he cambiado la parcelita de césped bajo el magnolio, por una extensión de pradera en la otra punta del

parque, con la clara intención de no cruzarme con Sergio.

Oigo que Nerón ladra a modo de saludo, el niño grita y ríe de alegría alrededor. Se lo pasan bien, han debido descubrir amigos nuevos con los que distraerse, así que sigo con los parpados cerrados hasta que me noto observada. Entonces los abro de golpe. El Sergio de mis tórridas fantasías, me mira desde su impresionante altura como si fuese una hormiga. De hecho, así me siento, y no porque este tumbada.

Sin mover un músculo nos estudiamos con detenimiento. Sigue tan atractivo como siempre, quizás un poco más. Aún conserva el bronceado y le favorece cantidad. Esta tarde viste una sudadera y vaqueros largos, no ha acudido al parque a practicar deporte, sino de paseo. Me encanta esa pose con las manos dentro de los bolsillos del pantalón. Me gusta como la tela se ajusta a las piernas, es alucinante como desde aquí abajo se le marca...

«¡Por Dios! Fija la vista en la parte superior de su cuerpo. ¿Cómo es posible que este hombre resucite tu lujuria? Sur, ¡entierra esa excitación! O no conseguirás olvidarle». Sí. Últimamente el subconsciente habla demasiado.

Concentro la mirada en esos ojos marrones que me persiguen en sueños. No soporto su mudo interrogatorio, ladeo la cabeza, retiro el contacto visual. Siento un vínculo, un afecto inexplicable hacia él que no puedo dominar. Tengo la sensación de que va a reprochar algo que he hecho mal y no quiero que me regañe. “¿Dónde has estado metida?”, es la frase que me viene a la cabeza, la que en mi opinión desea gritar pero que no pronunciará por respeto.

Desde hace semanas todos se quejan o me reprenden. Ana siempre preocupándose por la alimentación. ¿Para qué querrá que coma por dos, si vomito por cuatro? Diego odia a su cuñado y nunca está de acuerdo con nada de lo que dice o hace. ¿Él se considera un ejemplo a seguir, cuando desconoce lo que es mantener un compromiso serio con una mujer? Pepe se queja de que nunca le llevamos a su nieto. ¿Y digo yo? ¿Quién lo mandó a mudarse a un pueblo perdido en el mapa? Fran..., Fran protesta por defecto: que si parezco un cadáver; que si ya no le echo una mano en la cafetería; que estoy inapetente; que si consiento demasiado al niño.

¡Lástima que no pueda pasarle la barriga y que él geste al bebé estos últimos meses! De paso, que dedique algo de cariño y tiempo a la educación del torbellino de nuestro primogénito.

Pero los comentarios que de verdad me afectan son los de Claudia.

Lamenta que no encuentre un hueco para terminar la carrera. Que no ejerza la profesión para la que, según ella, he nacido. Ya quisiera haberla visto en mi lugar. ¿A quién quiero engañar? Esto nunca le hubiese sucedido a Claudia. La he defraudado, me he convertido en lo que ella denomina una Escoba.

Sergio continúa sin hablar. Perturba su silencio, quiero que se vaya. ¿Es que no percibe el daño emocional que crea con su poderosa presencia? Claro que no es consciente, es ajeno al descoloque que causa en mi mente y corazón. Para él soy la camarera que le lleva sirviendo el desayuno los suficientes meses como para estar al corriente de si le gusta el pan tostado o recién horneado; la madre que se encuentra en el parque y que se puede fiar de ella cuando él no vigila a Junior, porque sabe que la señora de forma indirecta, sí lo controla.

En un momento dado, Junior se percata de quién es la mujer que está acostada en el suelo y corre hacia mí. Sé que va a abalanzarse solicitando un amoroso abrazo, así que le pillo al vuelo antes de que se tire sobre el vientre. Tengo los reflejos superdesarrollados, veo venir un posible golpe a kilómetros.

Nos abrazamos y besuqueamos sin parar de reír. ¡Qué cariñoso es el diablillo! ¡Qué bien huele! Su piel y su ropa han absorbido el perfume de su padre. El aroma trae a la memoria el recuerdo imborrable de cuando evitó que cayese de la escalera. Quiero pasar página y no puedo, la dichosa hoja se ha quedado pegada en el capítulo: por mucho que te lo propongas, nunca podrás desenamorarme de Sergio.

El susodicho se sienta en el césped, sin importarle manchar sus vaqueros claros de una carísima marca. Se ha puesto en paralelo mirando a las demás personas que disfrutan del parque en otoño. No me siento juzgada, así que, relajada, adopto su misma postura a la expectativa.

—¿Volverá a elaborarse bocadillos sonrientes en la cafetería San Lorenzo?

Sonrío. Es el único hombre que conozco capaz de ocurrírsele preguntas divertidas que rompan el molesto silencio.

—No sé si el humor permitirá que surja la creatividad.

—Sentía curiosidad por averiguar el motivo de tu ausencia estas semanas, ni siquiera hemos coincidido bajo el magnolio. Y no me he atrevido a preguntar por ti o por el pequeño.

—Te lo agradezco.

¿Alguien puede aclarar de qué galaxia es este hombre? Intuye en el

aprieto que me sitúa al pronunciar mi nombre delante de Fran. Su sensibilidad es abrumadora.

—Me alegra comprobar que estáis bien, que has dejado de trabajar en la cafetería.

—Es probable que retome el horario cuando me encuentre mejor y cese el malestar.

Su gesto de preocupación hace que sonría, cuando de verdad quiero llorar, llorar arropada en sus brazos. Pronto será evidente la causa que me ha impedido abrir la cafetería.

—¿Estás enferma?

—Estoy embarazada.

Sergio esquiva la mirada, se acaricia la barba, el repentino anuncio le ha pillado por sorpresa. Se queda suspendido en el limbo de sus pensamientos durante unos minutos. Sé que quedo fuera de ellos, que no significo nada en su vida, pero me gustaría saber qué encierra su cabeza.

—Se te ve desmejorada, triste. ¿Lo deseabas?

El silencio a veces puede interpretar cosas erróneas. Me digo mientras acaricio con la yema de los dedos las puntiagudas hojas del césped.

—Sergio. No pienses que soy una mujer egoísta e irresponsable que no ama a sus hijos.

—Jamás se me ocurriría —dice rotundo—. Sur. Decidir traer niños al mundo es sencillo. Acarrear con la responsabilidad que viene después es lo verdaderamente complicado e importante. No todas las personas están capacitadas para soportar esa tarea.

Me parece que habla desde su propia experiencia, aunque se asemeje bastante a la mía. Quizás necesita desahogarse al igual que yo.

—¡Tenía tantas aspiraciones! Nunca imaginé que la vida se precipitaría de este modo. En mis planes no encajaba ser madre a los veintidós años —confieso observando a los pequeños jugar con una pelota.

—¿Te arrepientes?

—Reconozco que no cambiaría a ese diablillo por nada en el mundo.

—No te rindas, eres joven. Todavía puedes alcanzar aquello a lo que aspiras. En mi caso, soy tan cabezotas que nunca pierdo la esperanza.

Chasqueo la lengua contra el paladar.

—No tengo anhelos, tengo obligaciones. Aun así, gracias por intentar levantarme el ánimo, por lograr que estos ratos sean agradables. Eres un buen amigo —respondo con una sonrisa.

—No hay de qué —contesta con los labios curvados hacia arriba. Guardándose para él sus misterios.

Falto a mi palabra, desengancharme de Sergio es imposible. Él contagia su positividad, su energía arrolladora. Esta vez sí quedamos para otra tarde de parque. Se suceden varias hasta que comienzo a abrir de nuevo la cafetería.

Capítulo 26

Ha sido un acierto concertar la cita con la ginecóloga el mismo día que cerramos el negocio por descanso. El frío ha entrado de repente este mes de noviembre y es desagradable andar por la calle a última hora de la tarde. A Fran le ha parecido perfecto encargarse del niño mientras ve el partido de fútbol, pues es una visita rutinaria del quinto mes de embarazo.

El padre de las criaturas sigue es sus trece, rechaza reformar o vender el piso de su madre. Por mi parte, tres cuartos de lo mismo, me niego en rotundo a vivir con los muebles de la difunta Magdalena. Que venga otro niño me concede un margen de actuación. Los hermanos compartirán dormitorio hasta que su padre cambie de opinión.

De camino a casa recibo una noticia que me llena de alegría, Diego y Claudia llegan dentro de tres días. Hace tiempo que no coinciden los dos en Madrid una larga temporada. Estoy deseosa de abrazarlos, de disfrutar de su compañía.

Cuando bajo las rejas de la cafetería, dudo un momento. ¿Entro a los lavabos o espero a llegar arriba? Con el frío y el peso del bebé, llevo un rato conteniendo las ganas de orinar. Al final decido aligerar la zancada y subir a casa. La puerta principal de nuevo está rota, la cerradura no hace el clic, pero mi meta está tan cerca que no giro la llave. No tardaré más de un minuto, calculo quitándome veloz los guantes y el abrigo.

Llego al arco que divide el salón y la cocina. Sergio mira unos dibujitos animados en la televisión, tumbado en la alfombra con la cabeza posada en el lomo de Nerón. Sonrío, imagino que dentro de poco serán dos chiquillos los que correteen por el apartamento. En el instante que recupero la intención inicial y primordial de dar un paso hacia adelante y llegar al aseo, Fran emerge del dormitorio. Tiene el móvil en la mano, lo sopesa, lo mira como si fuese el culpable o quizás la solución a sus problemas. Hasta que clava sus ojos celestes en mí, intuyo que seré la receptora de su ataque verbal.

En décimas de segundos repaso el día entero, busco cualquier error que haya podido cometer como para disgustarlo. No encuentro motivos, no merezco una regañina, ni siquiera le he sermoneado por no saber reparar la puerta de la entrada. Aun así, el corazón comienza a palpar descontrolado, los escalofríos tensan los músculos. Aguardo la bronca del siglo. ¿Me olvidé

de pagar a algún proveedor? ¿Algún arañazo en su venerado coche? Imposible, hace meses que dejé de conducirlo, me provoca estrés pensar que el pequeño pueda manchar la tapicería de su preciado automóvil.

Camina hasta ponerse delante, sus ojos vidriosos desaparecen del rostro al cerrar los párpados. Su gesto confunde. ¿Qué le sucede? ¿está enojado o decepcionado?

—Fran. ¿Ocurre algo grave?

—Cuéntame tú.

—Odio los rodeos. ¿Puedes ir directo al grano? Necesito ir al baño.

Alza la mano y me sujeta el brazo. Lo estruja y retuerce con fuerza, posicionándose como un ave rapaz sobre su presa. Muerdo los labios, reprimo el grito de dolor.

—No intentes burlarte de mí. —Se inclina, susurra lo que le consume—. ¿Sabes? No soy estúpido. He estado dándole vueltas, haciendo memoria, atando cabos. Y el resultado es que fue mucha casualidad que te dejase preñada en el primer error que cometí.

Tironeo, intento liberarme de su agarre.

—¿Te has vuelto loco? ¿Qué insinúas?

Sin esfuerzo me endereza, sus dedos se clavan como garras en el músculo y tendón.

—Dímelo a la cara. ¿Soy el padre de ese niño que crece en tu vientre?

—¿Qué tonterías dices, Fran?

Incrédula y sin poder controlar las lágrimas examino al hombre de mirada y voz desequilibrada. Miedo, siento miedo.

—¿Me tomas por imbécil? ¡No me mientas! Aquella noche me engatusaste con tu manera de desnudarte delante del espejo, con el sensual cepillado del cabello. Sabías que te espiaba, que no podría resistir la tentación de follarte en la ducha. Aprovechaste que no utilicé protección y me responsabilizaste del niño.

Definitivamente ha perdido el juicio. ¿Cómo es posible que dude, que reniegue de su hijo? Forcejo. Tengo que escapar de su agarre, lograr que razone. Consigo soltarme, dar unos pasos hacia atrás, casi llego a la puerta. Pero él es rápido, me agarra del cuello. Necesito alzarme de puntillas para respirar.

—Fran, te equivocas.

—¿Desde cuándo mantienes una relación con el tipo ese que acude a desayunar y juega con Sergio mientras tú le consientes y sonríes? —Escupe

amenazante con su fría mirada.

—Me ahogas.

Mis dedos son incapaces de doblegar su mano, noto la garganta seca y un dolor insoportable en la tráquea.

—¡Confiesa, zorra! ¿Dónde te metes ese desgraciado? ¿en la cocina o en los aseos?

—Suéltame. Jamás te he sido infiel —digo con un hilo de voz en el instante que mi espalda impacta con la puerta.

El desenlace sucede en cuestión de segundos, la hoja de madera se abre con el peso. Desesperada intento agarrarme al marco o al pomo buscando el equilibrio. Veo cambiar la expresión de Fran; de odio y rabia, al pánico absoluto. Él no logra retenerme, resbalo de su mano. Caigo de lado escalera abajo golpeándome con los punzantes escalones y derribando las cajas que encuentro al paso. Aún con la sensación de ingravidez marcando el ritmo del corazón, quedo tendida en el suelo.

Desorientada y dolorida, doblo el cuerpo. Cubro con la mano el vientre, la única prioridad es proteger al bebé. Me sostengo con el codo derecho y hago el amago de incorporarme, es imposible, el costado duele demasiado.

Nerón sigue en el piso de arriba ladrando a su dueño, que se ha quedado en estado catatónico. El animal desciende escalera abajo, solloza nervioso olisqueándome, intuye la gravedad de la caída.

—Sube y vigila a Sergio. No le pierdas de vista —doy la orden y él obedece.

Reprimo un gran alarido, dejo escapar un grito entre los dientes cuando un inmenso dolor atraviesa el brazo izquierdo. El quejido moviliza a Fran que baja de un salto los peldaños.

—¡No te acerques a mí! —chillo histérica y asustada.

El miedo y la adrenalina me otorgan fuerzas suficientes, retrocedo resguardándome en medio de unas cajas de botellas. Los envases de cristal vibran peligrosamente a ambos lados. Me hago un ovillo, temo que me atrape y saque de allí.

—Deja que te ayude.

—Estoy bien. ¡Vete! ¡Vete! No quiero que me toques.

Se lleva las manos a la cabeza, se tira del pelo. Duda, se ve acorralado, vencido y consciente de sus actos. Sus propios demonios le atormentan. Coge las llaves colgadas en la pared, quita la alarma de la

cafetería y se marcha en busca del modo de huir de él mismo.

La situación dramática no tarda en alcanzar su punto álgido. Sergio no cesa de llorar en el umbral de la puerta, Nerón ejerce de muralla entre el niño y la escalera. Estoy peor de lo que quise reconocerle a Fran y a mí misma. Necesito ir al hospital, que confirmen que el bebé está en perfecto estado. Y que de paso coloquen el hombro izquierdo en su lugar. Pero ¿cómo subir las escaleras o bajarlas si no puedo levantarme? Respiro hondo y pronto averiguo la solución, me arrastro por el piso, alcanzo el último escalón.

—Sergio, hijo —llamo tranquila, engullo el dolor—. Cariño, me oyes.

—¡Mami!

—Escúchame, cielo. Tienes que dejar de llorar, porque quiero que te sientes en el suelo y bajes los peldaños despacio. Muy despacio.

Contengo el latido del corazón el tiempo que tarda en cumplir la petición y llega conmigo. La maldita escalera jamás me gustó, opinaba que era una trampa mortal y desgraciadamente no me equivocaba.

Le atraigo con el brazo derecho, beso cada moflete enrojecido por las lágrimas mientras no me canso de felicitarle por ser el hombrecito más bueno e inteligente del mundo. Por supuesto también besuqueo a Nerón, por ser el guardián perfecto.

Ponerme en pie es un reto, noto el vientre rígido. No siento la cintura, me voy acartonando por momentos. Me niego a pensar lo peor, así que ignoro el mal presentimiento y estudio el modo de subir al apartamento. Necesito el bolso y los abrigos, pero flexionar las piernas o el cuerpo cuesta horrores. Además, debo mantener encogido el brazo, es como menos duele. Hago memoria de donde puse las pertenencias al entrar.

—Nerón. Trae el bolso. Corre. —No es la primera vez que le pido que alcanzase las cosas. Siendo un cachorro tuve tiempo suficiente para enseñarle a diferenciar los objetos—. Ahora el chaquetón de Sergio. ¡Vamos! Tú puedes campeón.

Río y lloro a la vez cuando descuelga el perchero de la pared. En cualquier otra ocasión hubiese puesto el grito en el cielo, hubiese regañado al travieso animal, en cambio ahora me lo como a besos. Cielos. Este perro es un bendito regalo de la naturaleza.

Con esfuerzo le coloco el abrigo al niño, el mío es misión imposible con el hombro dislocado. Las fuerzas van y vienen al igual que los calores y los calambres. Sin perder tiempo salgo a la fría noche de noviembre.

Aferro la manita de Sergio al costado, por lo menos él se ha

tranquilizado. Al cruzar la calzada una contracción me dobla por completo, tengo la sensación de que no me moveré nunca del sitio.

Gracias al cielo, los conductores de los servicios públicos que hablan o fuman a la intemperie, se percatan de mi mal trecho estado y acuden rápidos a auxiliar. Los tres hombres me reconocen de la cafetería, sus caras de espanto lo dicen todo. El corte en la frente debe tener un aspecto terrible, noto que la herida no cesa de sangrar. Les confieso la verdad, que he caído por las malditas escaleras y que voy al hospital. Eso último es evidente, lo han deducido ellos solitos.

Con cuidado consigo subir al primer vehículo de la fila, uno de los hombres se pone al volante y otro compañero no duda en montar con nosotros atrás. No hay palabras de agradecimiento, ni en un millón de años podré devolverles la ayuda que nos prestan.

Rafael, el señor que nos escolta, sostiene a Sergio e intenta tranquilizarnos. Oigo sus ánimos mientras escurro la espalda en el asiento cerrando las piernas. Es una sensación extraña, el instinto dicta que de ese modo retengo al bebé.

Trascurre unos minutos eternos hasta que el taxi frena en la puerta de urgencias. Bajo por mi propio pie y resoplando. Advierto humedecer los muslos y el pantalón. ¡Virgencita! Lo que faltaba, se me haya hecho pipí encima. Entonces sufro una contracción terriblemente dolorosa, ni siquiera identifico como mío el grito desgarrador que emito y provoca que caiga al suelo de rodillas.

En un instante se arremolina cantidad de gente alrededor, pero solo tengo oídos para mi hijo, que llora desconsolado al no entender nada de lo que le sucede a su madre. Alzo la cabeza en su busca, recomponiéndome para calmarle el susto. Entre las personas veo aparecer al hombre que amo en secreto. Nuestras miradas se encuentran durante unos segundos, no da crédito a lo que ve. Le cuesta reconocer que la mujer descompuesta que hay tirada en la acera, es la chica que él conoce. Reacciona, corre hacia donde estoy apartando gente a su paso. Se agacha a mi altura.

—Sur, ¿qué te ha sucedido? —No espera respuesta, se encarga de la situación—. Elisabeth sostén en brazos al pequeño y no le separes de mí.

La joven que le acompaña cumple la orden. El niño de inmediato estira las manitas, trata de hallar consuelo en los brazos de la única persona que distingue después de su madre. El hombre cubre su carita, limpia sus lágrimas, le dice unas palabras al oído y le besa la frente. Ese acto de afecto

es reconfortante, logra que me sienta mejor a pesar de los fuertes dolores. Después Sergio toma mi barbilla con suavidad y me escanea con detenimiento.

—Tienes una brecha bastante fea en la frente. —Baja la vista por el cuello, tatea el hombro y el brazo en cabestrillo. Percibe como fuerza la mandíbula y padezco en silencio—. Luxación en el hombro.

El cerebro dicta millones de órdenes al cuerpo, una de ellas sugiere que conteste a sus incertidumbres, que le diga la causa de las heridas. Es imposible, las cuerdas vocales no trabajan. Uno de los taxistas sí le aclara.

—Doctor. La joven nos ha comentado que se ha caído por las escaleras.

Alza una ceja, se guarda su propia valoración.

—Sur. ¿Confías en mí?

Muerdo los labios. ¡Qué si confío! Mi vida pondría en sus manos. Asiento con la cabeza. Él se posiciona correctamente, palpa con sus dedos la lesión del brazo izquierdo con delicadeza—. ¿Sabes? Eres la mujer más valiente que conozco.

Es una mentira piadosa con la que intenta darme aliento y le funciona. Por él soportaría los males del universo.

—La cabeza humeral se ha desplazado de su posición. Una lesión limpia, pero con seguridad la clavícula estará rota —determina.

Me brinda un beso en la cabeza, pide perdón antes de realizar un seco y preciso movimiento que emplaza el hombro en su lugar.

Otro grito desgarrador escapa de la garganta, el dolor atraviesa la espina dorsal y se concentra en la parte baja de la barriga. Aunque experimento un gran alivio en el hombro, me siento desvanecer en sus brazos.

—Doctor Heredia. La joven tiene empapado el pantalón y sangra, creo que se ha puesto de parto.

—¡Maldita sea! Un parto prematuro —gruñe preocupado—. Localicen urgente a la doctora Clara Rodríguez y díganle que voy al quirófano seis con una paciente de alto riesgo. Elisabeth. Sígueme con el niño, no me pierdas de vista.

Sus brazos me alcanzan sin esfuerzo, me estrecha contra su pecho. Seminconsciente percibo el vaivén de sus pasos acelerados por los pasillos del hospital, su lejana voz rogando que permanezca despierta. Intuyo su perfil, la angustia en sus ojos marrones.

Antes de perder el sentido miro más allá de su espalda, un descanso divino se apodera de la mente pues dejo a mi niño en las mejores manos. Las de un buen amigo.

Capítulo 27

He soñado con el alumbramiento del pequeño Sergio, la verdad es que ha sido una pesadilla dolorosa llena de detalles incoherentes.

Ladeo el rostro, a un costado de la cama hay un ángel de cabello oscuro. Nunca me cansaría de abrir los ojos y que él fuese lo primero que viese. Su rostro trasmite serenidad. Me entristece que su aspecto refleje el cansancio acumulado.

—¿Qué hora es? —pregunto a la vez que humedezco con la lengua los labios secos.

—Las dos y media de la madrugada —susurra, dirige la vista hacia donde poso la mía—. Lleva dormidito unas cuatro horas. Cenó y cayó fulminado.

—Sabía que se quedaba en buenas manos. Gracias, no sé cómo compensarte.

Nervioso se levanta de la silla, se peina el espeso cabello.

—¿Quieres un poco de agua?

—Sí, por favor.

Con la mano izquierda me ayuda a incorporar, acerca el vaso a los labios. Parece querer comentar algo y no logra que las palabras idóneas salgan de la boca.

—Sur...

—¿¡Dónde está!?! —interrumpo. Desesperada llevo la mano al vientre—. No ha sido un mal sueño, ¿verdad?

—Tranquilízate o despertaremos al pequeño —aconseja impidiendo que salte de la cama.

—El bebé, ¿dónde está mi bebé, Sergio?

La sensación de vacío se materializa y la dramática realidad es sobrecogedora. Las lágrimas comienzan a surcar por las mejillas. No necesito palabras, basta con leer en su expresión afligida.

Se sienta a la vera y me abraza con fuerza.

—Lo lamento mucho, Sur. Lo lamento de corazón. No pudimos hacer nada para salvarle la vida.

Besa mi cabeza, acaricia el pelo y espalda transmitiendo su pesar a la vez que reconforta mi alma rota. Le abrazo, desahogo el inmenso sufrimiento

en su pecho.

—Es injusto, esta vida es injusta. —El desgarró emocional es inaguantable—. Supe el instante en el que su corazoncito se paró, pero no quise creer que se estuviese despidiendo de mí, de este mundo.

—No te condenes, no eres responsable del accidente ni de su pérdida.

Guardo silencio, sí que soy culpable y me atormenta no haber cuidado de él. Me separo, vuelvo a recostar la cabeza en la almohada y abandono la mirada en el ventanal.

—Gracias por dedicarnos tu tiempo, por seguir aquí conmigo. Lamento que hayas vivido esta desgracia.

Percibo como cierra sus puños y se tensa. Se pone de pie, lleva las manos a los bolsillos de la camisa del uniforme y sin elevar el tono libera su preocupación.

—No dudes que si pudiese aliviar el sufrimiento que padeces, lo haría. Me considero amigo tuyo antes que médico. No podría descuidarte sabiendo que vives sola esta desdicha. —Vibra un matiz de coraje en su voz—. Sur, hemos intentado localizar a tu marido. Sin éxito.

Bajo la vista a las sábanas. “Mi marido”. Tan cierto es que desprecié su ayuda, como que ha preferido desaparecer en vez de presuponer que me ha podido ocurrir algo grave. En fin, hace tiempo que su ausencia dejó de disgustarme, inclusive la prefiero.

—Salió con unos amigos. Seguiré tratando de contactar con él, por algún sitio estará mi bolso y el móvil —digo con el propósito de esquivar sus preguntas.

—El hospital tiene el deber de comunicar que ha ingresado un paciente al pariente más cercano. Si tu marido no responde, debes facilitarnos otro número de teléfono. A tu ficha hay asociado un fijo, supongo que el de casa de tus padres, pero no está operativo.

—Cancelaron esa línea cuando se mudaron a un pueblo a las afueras de Madrid hace un par de años. No pienso llamarles ahora, no quiero asustarlos ni preocuparles.

—¿Algún hermano o hermana?

—Diego y mi tía Claudia llegan a España pasado mañana.

Toma aire, mira hacia la puerta, luego la regresa. Deja de controlarse a pesar de la pena que siente por mí.

—¡No le encubras! Denúnciale.

—No sé a qué te refieres.

Ríe sin ganas, con un toque de ironía dibujada en los labios.

—Sí sabes a lo que me refiero. Sur, detesto que intenten engañarme. Soy traumatólogo, entiendo un poquito de lesiones ¿sabes? Diferencio a simple vista las contusiones que son fortuitas a las que no lo son. Y las que muestras bajo la mandíbula y en el antebrazo, te las ha causado la fuerte presión de los dedos de una mano.

Me quedo en blanco unos segundos. Es peor enredar los hechos con mentiras, pero ¿qué respondo? Temo meterme en un lío porque lo sucedido es difícil de aclarar.

—Vale. Estás en lo cierto, discutimos. Pero él nunca pretendió dañarme.

—¿¡Desde cuándo asfixiar a alguien es un hecho insignificante!? — Ironiza furioso moviéndose por la habitación—. ¿Por qué no está aquí? ¿Por qué no te trajo al hospital? Ni se te ocurra justificarle. No digas algo así como: quiso sujetarme, hizo lo posible por salvarme de la caída.

Intenta averiguar si altero la historia acertando de lleno en lo acontecido. ¿Por qué no admito que tiene razón? Estoy confusa, no quiero cometer el error de acusar a Fran. Su violencia desencadenó la tragedia, pero si yo hubiese cerrado con llave, si hubiese llamado al cerrajero... ¡Quién iba a imaginar el fatal desenlace!

—Sergio, la caída fue posterior a la pelea. Como te he dicho, salí con unos amigos.

—¡Maldita sea! —exclama fastidiado y malhumorado. Apacigua sus ganas de gritar—. ¿De verdad pretendes que te crea?

—Sí. La puerta está rota, se abrió al apoyarme en ella.

Gruñe desesperado. Enfadado se inclina, asienta las manos en el colchón acortando la distancia entre nosotros. No me queda otro remedio que mirar esos expresivos ojos marrones que regalan cariño en vez de infundir miedo.

Confiesa. La contestación lógica y razonable que explica los moratones del cuello, del brazo y la posterior caída, es que te empujó contra la puerta mientras te agarraba de esa delicada zona. Debes denunciarle por malos tratos, posees pruebas suficientes de la agresión. Y yo las respaldaré ante un juez.

—Tú no harás nada —digo tajante. Si quiero conservar y proteger nuestra amistad, debe mantenerse al margen. Prefiero prescindir de su afecto a que nos separe los celos injustificados de Fran.

—Sí que lo haré, es mi deber y nadie me lo va a impedir.

—Sergio, negaré tus informes. No voy a incriminar a mi marido, bastante desgracia se ha ceñido sobre nosotros con la pérdida del bebé.

Incrédulo se rasca la barba.

—Entiendo. Le tienes miedo y le proteges.

—Te equivocas. Y te agradecería que no insistieses. No es asunto tuyo.

Cansada me tapo y encojo en el colchón. Durante unos segundos observa cómo le ignoro.

—De acuerdo. Dejaré que reposes, que llores la pena que te embarga y que te recompongas. Pero no me pidas que olvide. Si esto no ha sido una disputa puntual acabada en tragedia, daré parte a las autoridades.

Acto seguido se marcha disgustado.

Acaricio la barriga flácida, la que unas horas antes albergaba a mi bebé. Descargo un llanto amargo al recordar como esa tarde había reído con Gabriela la postura que Adrián mostraba en la pantalla del ordenador. Aún puedo oír su corazoncito latiendo, aún guardo en el bolso las fotos de la ecografía con su carita perfecta de un color anaranjado.

Sollozo hasta que el agotamiento me vence.

Una enfermera entra al amanecer, me toma la temperatura, cambia la bolsa del suero y revisa el goteo. Tras ella se presenta Elisabeth. La joven es encantadora, mediante juegos se lleva a Sergio. Le aseará, cambiará el pañal y le dará el desayuno mientras transcurre la visita del psicólogo.

Eduardo trata de que exteriorice los sentimientos, quiere ayudarme a afrontar el trauma por la repentina desaparición de mi segundo hijo. Ni siquiera asiento con la cabeza, nunca creí que un especialista de ese gremio parlotease tanto. Aconseja cantidad de cosas, su prioridad es que rechace la idea de que soy la culpable del fatal desenlace. Da igual, verdugo o víctima, jamás dejaré de llorar la muerte de Adrián.

Tras despedirse Eduardo, asoma Fran. Giro el cuerpo hacia el ventanal, no quiero verle. Es curioso, se ha levantado una mañana espléndida, con un sol radiante, sin embargo, la tristeza logra que me resulte un día siniestro.

—No me han permitido pasar. El psicólogo quería hablar en privado contigo —insinúa pretendiendo hacer creer que lleva la noche entera a la espera y desesperado por consolarme.

Que se haga el ingenuo es inútil a estas alturas. Teme que la policía

investigue, lo percibo. Intuye que el profesional habrá indagado con el fin de averiguar si soy una mujer maltratada. No anda descaminado, el colega del doctor Heredia, ha sacado el tema con sutileza. “Sur, se puede denunciar al agresor y rehacer la vida sin el sometimiento de nadie”.

Se sienta en el sofá con su llanto sigiloso, con su carga emocional acuesta. Al ver que sigo muda, empieza a excusarse. Busca arreglar lo imposible: recomponer una relación rota en miles de trocitos. Debemos sentarnos a dialogar, pero recién fallecido nuestro hijo y en un hospital, no. No me apetece.

—Tesoro. Tú sabes que...

—Guárdate las disculpas. Como de costumbre llegan demasiado tarde — digo sin prestarle atención.

Declina mencionar algo cuando Pepe y Ana acceden a la habitación con su nieto en brazos. De inmediato se comporta como el padre apenado que desafortunadamente debe enterrar a su hijo nonato y se encarga de dejar bien claro que he sufrido un desgraciado accidente. Omite referir dónde y qué ha estado haciendo toda la noche mientras su mujer padecía el fatal acontecimiento.

El día transcurre, el pequeño Sergio es el único que posee el poder de regresarme a la realidad. Le observo corretear por la habitación, jugar con unos y otros. El diablillo es la debilidad de los abuelos y las enfermeras, le consienten cualquier capricho. Pero la noche llega y tengo que separarme de él por primera vez en la vida. Le abrazo, nos cuesta horrores despedirnos.

—Sergio, no llores, debes ayudar a mamá. —Esas palabras captan el interés del pequeño—. Necesito que vayas a casa y cuides de Nerón, te echa de menos y quiere que le acompañes en su paseo diario. Mañana volveremos a estar juntos, ¿vale?

—Sí, mamá —Acepta los brazos del abuelo.

Pepe y Ana salen al pasillo, esquivo el beso de Fran girándome hacia el lado contrario. Nadie se hace una idea de la desolación que siento.

En el cristal se refleja la luz del puesto de auxiliares, alguna enfermera abre y cierra la puerta de la oscura habitación. Supongo que ha pensado que duermo. Esa sospecha dura unos segundos, el tiempo que mis sentidos distinguen a Sergio. Su mera presencia ayuda a descargar la tristeza, la impotencia que cargo en el corazón.

—Es tu día de descanso, no deberías de andar por aquí. Con el tiempo que me dedicaste ayer es suficiente, tiene un valor incalculable, jamás lo

olvidaré.

—Una vez leí en algún lugar, que el verdadero amigo es aquel que llega cuando todo el mundo se ha marchado. Me ha parecido buena idea ponerlo en práctica.

—Gracias, gracias por seguir siendo mi amigo.

Trago el nudo de lágrimas que se forma en la garganta. Me alegra que se le haya pasado el enfado. Él suspira resignado.

—Sur. Debes comer o no saldrás nunca de aquí.

—No me apetece —susurro acurrada entre las sábanas.

Hace oídos sordos a las pretensiones, enciende la luz de la cabecera y coloca la bandeja en la mesa auxiliar.

—Si no quieres que te muestre lo bien que me manejo dando de comer a Junior, ya puedes ir empezando tú solita —amenaza medio en broma, medio en serio.

—De verdad que no tengo hambre, me duele cada milímetro del cuerpo.

Continúo dándole la espalda, no quiero que me vea el rostro. La herida de la frente ha provocado un derrame en el parpado, estoy horrible por dentro y por fuera. Sin previo aviso y con sábanas incluidas, me alza en brazos. El impulso es tan incontrolado que nuestras bocas quedan a unos milímetros la una de la otra. Permanecemos un instante mirándonos, sin respirar. Le amo de tal modo que no sé definir las emociones que se alojan en el corazón al estar cerca de él.

—Perdona, he calculado mal el peso.

—Espero que tengas un buen motivo para semejante acto impetuoso.

Carraspea inquieto, sin apartar la vista de lo único que con seguridad no le asusta, mis labios.

—Sí, claro. Deseo enseñarte algo, pero primero debes cenar.

Me traslada al sillón y posiciona la bandeja de modo que alcance con facilidad los alimentos. Arrugo el entrecejo, la comida de hospitales no me gusta.

—Es una ensalada de pasta, un yogur y una manzana —informa del menú leyéndome el pensamiento—. ¡Venga! No disponemos de la noche entera.

Le miro recelosa, es bastante mandón, pero un mandón encantador.

Una vez acomodada en una silla de ruedas, cruzamos el pasillo, subimos dos plantas y atravesamos el ala norte hasta el área de oncología

infantil. Nunca he sido tan consciente de lo inalcanzable que es este hombre. El doctor Heredia es inteligente, jovial, positivo e involucrado con los demás. Soy testigo de cómo los compañeros le aprecian y los pacientes se alegran al verle.

Sergio cuenta las historias de cada uno de los niños y la de sus familias. Sin duda sus vidas se me quedarán grabadas en la memoria. En especial la de Samuel, la alegría e inocencia del niño se apagará pronto, no existe cura para su enfermedad. Aun así, Samuel sigue luchando, regala sus ocurrencias, su sonrisa desdentada. Y sus padres ríen con él.

De vuelta al ascensor, tapo el rostro con las manos y rompo a llorar.

—¿Cómo pueden mostrar a su hijo una entereza que no poseen? Deben estar destrozados por dentro. Van a perderle en pocos meses.

Sergio se agacha delante, coloca las manos en los reposabrazos. Sin tocarme siento su arropo.

—Sur. A su manera han asumido el desenlace que acontecerá sin remedio. Porque el milagro es improbable en el caso de Samuel y sus padres prefieren vivir los momentos buenos por pequeños y escasos que sean. Construyen los recuerdos que les servirán de consuelo el día que tengan que lamentar su falta.

—¿Por qué me has hecho participe de estos dramas? Hacerme ver como las enfermedades consumen a seres inocentes, es cruel. Has añadido más dolor a la desgracia que sufro.

—Te aferras a la parte negativa. La vida se compone de buenos y malos momentos, de la energía que desprendas dependerá la sanación de las heridas.

—Sí, tus palabras son conmovedoras, pero no me alivian. Por favor, llévame a la habitación.

Resopla, rehúsa comentar lo que le pasa por la mente. Le apena ver que su intento de reconfortarme no funciona. De reojo observo que se levanta, y al posicionarse detrás de la silla, noto el suave beso que posa en mi cabeza. Cierro los ojos emocionada con el gesto de cariño. La caricia es la guinda que me desgarrar el alma. Y las lágrimas de este pesar infinito siguen cayendo sin control el resto de la noche.

Capítulo 28

—Buenos días —saluda el psicólogo al entrar—. Vengo a recoger a la paciente, hoy daremos la sección de terapia fuera de estas cuatro paredes. Si lo desean pueden regresar dentro de un par de horas. Gracias.

Con una educación envidiable, Eduardo despacha a la visita en menos de un minuto. Incluso Fran obedece, a pesar de que se le nota escéptico con la técnica que emplea el doctor para ayudarme a superar el trauma vivido.

—Disculpe, tal vez le parezca grosera, pero no me apetece oír otra charla. Lo único que deseo es soledad.

—Sur, hasta que no vea mejoría en tu estado de ánimo, permanecerás hospitalizada —amenaza.

A regañadientes tomo asiento en la silla con ruedas, clavo el codo en el reposabrazos y oculto el medio rostro herido con la mano. Odio la sensación de incapacidad que genera el no poder moverme con agilidad.

Recorremos un largo pasillo, después otro y otro, por un instante desconozco si el ascensor sube o baja. Creo que Eduardo trata de despistarme en vez de soltar un discurso existencial. De repente accedemos a una sala repleta de enfermos, choca que haya dos payasos inflando globos. Cuando veo a Samuel y a sus padres, comprendo que ha sido una artimaña de Sergio. Y no me cabe la menor duda de que es cosa de él al verle aparecer con el uniforme dos piezas y la bata blanca de médico.

Agradece a su compañero el cometido realizado y pregunta:

—¿Qué tal te has levantado esta mañana?

—Mal.

—¡Fantástico! Escueta y sincera.

—¿Qué hago aquí otra vez, Sergio? —digo incapaz de levantar los ojos del suelo.

—Colaborar conmigo. Te necesito.

Sus palabras logran que eleve la mirada con timidez.

—¿Quieres que traumatice a alguien de por vida?

—Esa herida y ese ojo morado no te restan atractivo —contesta con una sonrisa que me corta la respiración. Sin percatarse del rubor que ha causado en mi cuerpo, señala a los espontáneos payasos—. Si te apetece les digo que te maquillen.

—No sirvo para nada, menos para alegrar el día a nadie. Quiero marcharme, por favor.

—Esfuézate un poquito por ellos; por mí. —Sin esperar respuesta me coloca una pelota de goma roja en la nariz—. ¡Anda! No seas gruñona y sígueme el cuento.

Toma el mando de la silla, nos desplaza casi al centro del salón. De inmediato somos el foco de atención de enfermos, auxiliares y familiares. La vergüenza se apodera del rostro acalorándolo en cuestión de segundos.

—Señoras, señores, niños. Gracias por acudir esta mañana. Soy el doctor Heredia, muchos de vosotros ya me conocéis, he tenido el placer de entreteneros alguna que otra vez con didácticas operaciones en vivo y en directo. —El público ríe la mentira, en sus demostraciones participan los vivases animadores que saludan con gestos de broma—. Hoy no voy a amputar la mano de nadie, vengo a presentaros a mi acompañante, quien os dará una clase magistral de pintura artística. Esta preciosa joven con nariz redonda y colorada se llama Sur. Posee un talento innato, el arte corre por sus venas y alcanza sus dedos creando magia sobre el pliego.

Le fulmino con la mirada, él sonrío satisfecho de haberme metido en un lío. Guiña un ojo y prosigue enredando el papel que voy a interpretar en la función. Es increíble que sea testigo de la faceta teatrera de este hombre.

—¿Queréis que os demuestre lo buena que es?

El sí es unánime, ensordecedor. Sergio gira la silla, le damos la espalda al público. A continuación, corre en busca del caballete, el lienzo y los lápices de colores que los cómicos asistentes tienen preparados. Sitúa el material de forma que pueda manejarlo sin su ayuda.

—¿Y qué pretendes que dibuje? —refunfuño.

—Algo sencillo, ahora lo verás.

Vuelve a ocultarse tras el improvisado telón que consiste en dos separadores de camas, asoma empujando un carrito cubierto con una sábana hospitalaria, sobre ella una maceta, con una flor de tela.

—Vale, el reto no es complicado.

—Genial. Esa es la conducta positiva que deseo ver en ti.

Dicho eso, desaparece tras los biombos sin que pueda protestar. ¡Será cobarde! ¡¿Me deja sola ante el peligro?!

De reojo observo que los niños están impacientes por ver si pinto bien o mal. Tardaré unos minutos en complacerlos, no quiero defraudarles, de algún modo me contagian su ingenuo júbilo.

En el tiempo que elijo los colores y trazo las primeras curvas del macetero, oigo risas contenidas. Inclino la cabeza porque de soslayo también he visto moverse el carro sin que nadie lo impulse.

Continuo a lo mío, hasta que vuelve a ocurrir; el macetero se desplaza al lado izquierdo, la imagen se desenfoca. Descubrir la faceta graciosa de Sergio logra que sonría como el resto de los espectadores. Pretende confundir, desquiciar a la maestra. De acuerdo, le seguiré el juego al simpático doctor Heredia.

Durante dos horas arrincono la tristeza al igual que el resto de los enfermos. Le dedico a Samuel una caricatura, el niño ríe a carcajadas al verse desdibujado en la lámina, corre a enseñársela a sus padres. Su felicidad me hace llorar, no soporto pensar que pronto esa alegría se apagará. Sergio me abraza sin ser consciente de que soy adicta a su desinteresado cariño.

—Gracias —susurro.

—Sur. Aún conservas un hijo maravilloso y sano que necesita a su madre al cien por cien. Debes luchar por ambos.

—Adrián, se llama Adrián. —Asiente, entiende de quién se trata—. Decidí su nombre cuando le vi la carita en la ecografía. Nunca entenderé por qué su destino estaba en las malditas escaleras, debí protegerle de un peligro que temía de antemano.

—Se puede prever los accidentes, disminuir el riesgo, pero nunca evitarlos por completo.

—Tienes razón, sé que saldré adelante, aunque una parte de mí siempre estará con Adrián. Lo único que necesito es tiempo para superar el duelo y ubicar de nuevo mi vida.

—Ten paciencia, y sensatez a la hora de tomar decisiones futuras.

Sergio no insiste en que denuncie a Fran, se limita a acompañarme en el silencio. Su generoso comportamiento serena mi espíritu destrozado por el malogrado destino de un ser amado.

Fran regresa con un ramo de flores que termina dejando sobre la mesa al notar el rechazo que albergo hacia él.

—¿Dónde está el pequeño? —pregunto ansiosa por abrazar al diablillo.

—Con tus padres.

Le miro desconfiada. Se ha esmerado en sacar partido de su atractivo. Se ha afeitado, aplicado su mejor loción y peinado como un chico bueno.

Lleva pantalones vaqueros, camisa blanca y una chaqueta que resalta sus ojos celestes. Le conozco, por lo menos eso creo, necesita redimirse y para eso precisa de mi perdón.

Recupero la posición anterior y le ignoro, deseo que el dolor que padezco me consuma hasta desaparecer. Recuerdo cada una de sus palabras, se clavaban como cuchillos en el corazón. Lo lamento. No estoy preparada para indultarle.

—Vete, por favor.

—Tesoro, pasaremos este bache. Saldremos adelante, te lo prometo.

—Ahora no quiero hablar.

Camina por la habitación dubitativo, nervioso. Vaticino lo peor, sus enfermizos celos han llegado demasiado lejos y puede que vayan en aumento.

—Sur. Si albergas la idea de abandonarme, no te lo permitiré.

—¿Has olvidado las cosas horribles por las que me has hecho pasar estos años? Estás loco si crees que voy a regresar contigo, ya he sufrido bastante. — Afronto lo inevitable, la ruptura definitiva.

—Volverás a casa. Volveremos a ser una familia.

—¿Es una amenaza? ¿Después de lo sucedido las otras noches, vienes a imponer tus deseos?

—Si es la única vía que me dejas. Sí. Te amo, no sé vivir sin ti. No consentiré que rompas nuestro matrimonio.

—Podría acusarte de agresión.

Ríe con cinismo, sus iris azules brillan triunfantes. Paralizada, le veo avanzar hasta la cama con la calma que oculta el demonio que cohabita dentro de él cuando las cosas no se tercián a su gusto.

—Pero ni lo has hecho ni lo harás. Porque sé que me quieres.

Cierro los ojos y exhalo. Hace mucho tiempo que comprendí que jamás estuve enamorada de él. Que me engatusó con mentiras, con falsas promesas, con un cariño que me daba y quitaba a su antojo.

—Estoy cansada de la amargura que me causa esta relación.

—Piénsalo bien. Ante un juez soy un hombre sin antecedentes, con una economía solvente. Al final sería tu palabra contra la mía. Y ambos sabemos que no tienes adónde ir, ni con qué sustentarte. Si me pides el divorcio. —Posa sus labios en mi oreja y derrama el veneno que contiene su discurso final—. Te quitaré la custodia de Sergio. No te permitiré verle nunca más.

Aparto el rostro, reprimo el sollozo. Entrelaza sus dedos con los míos,

sonríe con amabilidad a la enfermera que entra sin llamar. Finge su papel de perfecto y atento marido.

—Dentro de un rato nos vemos, tesoro.

Se despide con un cándido beso en la frente. Tardo un minuto en encerrarme en el baño y descargar el llanto y la impotencia que albergo. He sido una estúpida si alguna vez vislumbré una existencia sin Fran, él camina mil pasos por delante. Se ha desenmascarado, ha dejado bien claro quién es el verdugo y quién la prisionera. Me tiene en sus manos, mi niño es cuanto poseo en este mundo y nunca podría apartarme de su lado.

—Sur. ¿Estás ahí dentro? ¿Te encuentras bien?

Doy un respingo cuando Sergio llama a la puerta. Tengo que tapar la boca para que no oiga los espasmos incontrolados.

—Sí. Ahora salgo.

Calmo la respiración, lavo el rostro con agua fría, hago acopio de fuerzas y con la cabeza gacha paso por su vera y me acuesto tapando incluso la barbilla. Sergio observa con los brazos cruzados al pie de la cama, no comenta la actitud escurridiza y decaída.

—Vengo de reconocimiento, voy a realizarte unas radiografías. Veremos que tal suelda la clavícula.

Sin protestar bajo de la cama articulada, me siento en la maldita silla de ruedas. Fran logra que me considere insignificante. Roba de tal modo las energías, que soy incapaz de mirar a nadie y menos a un buen amigo.

Mientras espero fuera de la cabina de rayos a que Sergio termine de hablar con el radiólogo, divago inmersa en un universo lleno de estrellas y agujeros negros. La amenaza ha hecho que caiga en uno de esos pozos oscuros, no veo ninguna diminuta luz parpadear al final de él que permita hallar una salida al infierno en el que se ha convertido el matrimonio.

¿Cómo minimizar los daños colaterales que puede ocasionar la convivencia? No lo sé, tal vez...

—Sergio —le llamo a la vez que sujeto su bata blanca antes de que sobrepase el costado de la silla. Retrocede prestándome atención—. Necesito pedirte un favor.

—Habla en mi despacho. Allí no nos molestarán.

Voy tan ensimismada estudiando el modo de abordar el tema, que ni siquiera advierto que se sienta en una esquina del tablero de su escritorio a la espera de escuchar la petición.

—Tú dirás.

Nerviosa e insegura miro alrededor, a los muebles feos con los que decora la administración pública sus hospitales.

—Me gustaría hablar con la doctora que me atendió la otra tarde en el parto. Creo recordar que se llama Clara.

Él asiente.

—¿Tienes alguna molestia fuera de lo normal?

—No.

—Entonces, ¿Cuál es tu duda?

—Me es importante saber si puedo volver a quedar embarazada o el útero se dañó de manera irremediable. —Seco las lágrimas que resbalan por el pómulos.

El eterno arco ascendente de sus labios se borra de un soplo. Es demasiado expresivo. Sergio es como un libro infantil: letras grandes, textos fáciles de entender y dibujos que comunican con solo mirarlos. La propuesta le ha pillado de sorpresa.

A los pocos minutos, la ginecóloga Clara Rodríguez confirma que los órganos están en perfecto estado, que en un futuro puedo concebir sin problemas. Clara y Sergio aguardan mi reacción después del informe médico.

—No quiero más niños. ¿Podría someterme a una ligadura de trompas? ¿Sería posible solicitarla ahora mismo?

Clara se remueve en su asiento.

—¡Eres una mujer joven! Sabemos que ahora estás muy afectada, pero quizás dentro de un tiempo te apetezca intentarlo de nuevo y...

—Ya sé la felicidad que se siente al ser madre. Y también sé el sufrimiento que se padece al perder un hijo. Le aseguro doctora, que en ningún caso querré pasar por otro embarazo —miento, una vocecita en mi interior susurra que volvería a considerarlo si me lo propusiese el hombre al que amo en secreto. Como eso es imposible, porque el destino jamás nos concederá la oportunidad de estar juntos, prefiero ser precavida.

Sergio respira hondo, suelta el aire poco a poco.

—Por favor, Clara. Puedes dejar que hable unos minutos con Sur. Te avisaré si tenemos alguna duda.

—De acuerdo, localízame en la planta tercera si necesitas algo —dice según abandona el despacho.

—¿Me vas a contar que se te pasa por la cabeza? Es una determinación precipitada de la que puedes arrepentirte.

—Te suplico que no pidas explicaciones. Solo ayúdame.

Me estudia con detenimiento. Intento controlar el desconsuelo, muerdo los labios y desvío la vista de la persona en la que confío de una forma incondicional.

—¡Esto es increíble! —protesta molesto—. Ni vas a denunciarle ni te vas a separar de él. ¿Verdad?

—No, no voy a dividir la familia por una discusión.

—Maldita sea. ¿Tanto le quieres?

Incluso él se asombra de la pregunta que ha formulado. Me incorporo con ganas de gritarle que Fran podrá encarcelar mi cuerpo, someterme. Pero que al único hombre que amo y amaré el resto de la vida, es al que tengo delante.

Domino el arrebato, porque a lo largo de los años he ido extraviando demasiadas cosas en el camino como para alejarle con una confesión de sentimientos que no veré correspondidos.

—Te he pedido auxilio porque creo que eres un buen amigo. La muerte de Adrián es un trauma que ni en un millón de años voy a superar, así que, si no lo entiendes, dímelo y pido ayuda a otra persona.

Con la mano sana, aferro la bata al cuerpo y camino despacio a la puerta. Soporto a duras penas el dolor que siento en cada gramo del mal trecho cuerpo.

—Espera —dice mascullando algo ininteligible—. ¿Existe alguna posibilidad de que logre hacerte cambiar de opinión?

—No.

El malhumor le tuerce la expresión, hasta que al fin dice:

—De acuerdo. Colaboraré. Con la condición de que prometas que no mientes. Que serás feliz y que nadie te retendrá e impondrá nada que tú no desees. Además de que contarás conmigo si te hace falta.

—Gracias de nuevo, Sergio —respondo aliviada—. Aunque si algún día pido respaldo a alguien, será a mi madrina Claudia. Ella es la persona que podría abrirme las puertas de su casa.

No específico: del país donde resida en ese momento.

Los doctores Heredia y Rodríguez, hablan en privado. Sergio se despide cabizbajo. Odio que se enfade conmigo, odio haberle puesto en una posición comprometedora con el propósito de favorecerme de su privilegiado estatus en el hospital.

Clara y su ayudante me trasladan a un pequeño quirófano. Firmo unos papeles de consentimiento, a la vez que recibo información sobre la duración

del tipo de intervención. Al parecer es un método revolucionario, sencillo, rápido y con un alto grado de fiabilidad. La verdad es que presto escasa atención a Clara, habla con tecnicismos que no entiendo, ni estoy en condiciones de analizar la letra pequeña. Así que me dejo llevar por su experiencia, me dedico a asumir lo que ha ocurrido estos últimos años, en concreto los dos últimos días.

No es un arrebato de desesperación esta decisión, escapar de Fran será una lucha complicada. Sí, hago lo correcto. Soy sensata renunciando al inalcanzable sueño que supone Sergio Heredia y a un precioso bebé de ojos marrones como los de su padre. Se acabó vivir de las fantasías.

En el instante que regreso a la habitación, rompo en mil pedazos los papeles que me ha entregado Clara. Los empapo de agua y escondo el mazacote en el fondo de la papelera. Es triste, pero debo encarar el futuro nada prometedor.

Capítulo 29

Claudia revoluciona el hospital con su personalidad arrolladora. Con paciencia espero el turno de saludo. Contemplo la escena desde la cama. Toma en brazos al que llama su nieto, besa a su hermana, ignora a su cuñado y abraza a su querido Fran. Si ella supiese la doble personalidad de su adorado sobrino político, se llevaría la mayor decepción de su vida. Pienso con lástima, incapaz de estropear su tranquilidad. Después me regala su amor, sus reconfortantes besos. Sollozo en sus brazos, aspiro su aroma a violetas. La imaginación retrocede a la infancia; en el regazo de mi madre siento consuelo; en los brazos de Diego, protección; y en la envoltura de Claudia, libertad para soñar sin límites.

A la hora del almuerzo, el pequeño Sergio no quiere ir ni con su padre ni con los abuelos a la cafetería. Las enfermeras, encariñadas con el diablillo, le traen de cocina una bandeja con comida. Claudia, trastornada con los cambios horarios, prefiriere encargase de él y hacerme compañía. Entonces, de forma inesperada y sospechosa, aparece el doctor Heredia. Caigo en la cuenta de que en los días que llevo ingresada, ha eludido con mucha eficacia encontrarse con las visitas.

A Claudia se le desencaja la boca al verle. La altura de Sergio, su cuerpo bien proporcionado y sus atractivas facciones masculinas, la enmudecen. ¡Vaya! A Fran lo quiso para mí, pero al morenazo de sonrisa perturbadora lo hubiese querido para ella. Volteo los ojos cuando incluso tartamudea al presentarse. Que su “nieto” se abalance a los brazos del simpatiquísimo traumatólogo, la termina de dejar en estado catatónico.

—¿De qué conoce mi *nieto* a este encantador joven? —pregunta con descaro al recuperarse.

Cómo explicarle sin que su mente llegue a la acertada conclusión de que en silencio bebo los vientos por ese hombre.

—Señora, llevamos a nuestros respectivos hijos al mismo parque a jugar, son buenos amiguitos. —Aclara Sergio—. Aunque en realidad trato con este diablillo desde que es un bebé, también suelo desayunar en la cafetería San Lorenzo.

—¡Ah! Ahora entiendo las confianzas. —Ríe satisfecha con la información—. Es una suerte que sea amigo de mi sobrina, seguro que la

cuida de un modo especial.

—No le quepa duda, señora.

Ni siquiera permiten que participe de la conversación, enseguida congenian. A diferencia de Fran, Sergio se gana a Claudia de un modo elegante. Sin falsos halagos, ni invitaciones a propósito de conseguir una cita con su ahijada. Se revela un Sergio, muy tunante, sonsaca con habilidad cualquier dato sin esfuerzo y sin parecer un chismoso.

Porque no estoy en mis plenas facultades, sino diría que el señor Heredia realiza la ronda de visita con el fin de saciar su curiosidad. Por saber quién es la mujer a la que admiro desde pequeña.

Que Fran se quede en la cafetería, relaja. Que mis padres se encarguen de Sergio, tranquiliza. Que la pérdida de Adrián no sea suficiente tragedia para limar asperezas entre Pepe y su cuñada, entristece. A media tarde, cuando Claudia se asegura de que no tenemos compañía, escupe con retintín:

—¿Sabes que hay peor a una persona que no alabe alguna de tus virtudes?

—No —contesto agotada de oír los mismos reproches de toda la vida.

—Una que siempre te eche en cara los errores y nunca critique sus propios defectos.

—Algún día deberías contar que pasó entre vosotros. Es irracional que no os soportéis ni un minuto. Ya no soy una niña asustadiza, que no entiende que sucede a su alrededor. Las cosas se ven desde otra perspectiva cuando uno crece y forma su familia. Sé que Pepe posee un carácter huraño, que las discusiones han estado servidas en bandeja durante una etapa de la convivencia. Pero mamá se lo perdonó. Diego y tú, no. ¿Ninguno se percata que es Ana quien en realidad sufre vuestro conflicto?

Reflexiona unos segundos.

—Sur, nunca pasó nada puntual. Lo único que reprocho a Pepe Rivas es que no haya hecho feliz a mi hermana todos los días desde que se conocieron.

Se encoge de hombros y se acomoda en un pequeño sillón.

Así de simple. Después de guardarse durante décadas el secreto, revela que odia a su cuñado según la percepción que ha tenido de la pareja desde su punto de vista. ¡Hay que jorobarse! ¿Esta mujer no ha oído hablar de que las apariencias engañan?

—Madrina, Ana ha llorado cantidad de veces a consecuencia de las barbaridades que has lanzado contra su marido. Habría sido y sería más feliz

si le hubieses concedido la importancia que se merece ese pequeño gesto que se llama: cordialidad.

—Hija, es cierto que nunca me he puesto en su lugar, ni siquiera he valorado la posibilidad de que hiriese los sentimientos de mi hermana —dice cabizbaja.

Diego irrumpe como un ciclón en la habitación, nos pega un susto tremendo. El comandante de las fuerzas aéreas tira a un lado el macuto y el casco de la moto, me atrapa contra su pecho sin pensar que tengo los huesos dañados.

—¿Cómo se encuentra mi princesita? Cielo, lamento mucho lo ocurrido.

—Estoy bien, Diego, estoy bien.

—Dios mío, princesa. —Sus manos sujetan el rostro con delicadeza, sus ojos examinan apenados—. Con lo precavida que eres, ¿qué te pasó para caer por las escaleras?

—Me mareé y al apoyarme en la puerta...

Quiero ser convincente, pero la voz tiembla, busco otro objetivo que no sean sus pupilas. A mi hermano no se le escapan desapercibidos los minúsculos detalles, su velocidad enlazándolos es vertiginosa. Me inclina la barbilla hacia un lado, aparta el cabello y el pañuelo que tapa la garganta, fijándose en los moratones.

—¡El muy cabrón! —ruge con los ojos fuera de sus orbitas.

—Diego, espera. —Intento correr tras él, una punzada en el vientre me dobla por la mitad y caigo de rodillas—. Madrina, ¡detenle!, que no haga una locura, por favor.

Claudia no pregunta, corre tras su sobrino. No tarda en regresar exhausta por culpa de su dificultad respiratoria y sin él. Al borde de los nervios, temo lo peor.

—Imposible darle alcance. ¿Por qué tu hermano se ha ido poseído por mil demonios?

—Debes ir a la cafetería e impedir que se enfrente con Fran —la apremio. Ruego que a esa hora esté en el gimnasio y a ella le dé tiempo de actuar, de calmar a Diego.

—Hija, antes debes darme una idea, necesito saber a lo que me enfrento.

—Fran y yo discutimos la otra tarde. Él no..., de verdad fue un accidente.

Claudia contiene la respiración unos segundos, no sabe qué pensar. Seca las lágrimas que caen por mis mejillas antes de coger su bolso y el abrigo.

Dos horas y sigo inquieta, paseo por la habitación sin noticias de Claudia o Diego. Sin el documento de alta hospitalaria voluntaria que he solicitado a la enfermera. Intuyo que Sergio se opone a que abandone la clínica sin estar recuperada y de una forma precipitada. La decisión de marcharme es irrevocable, no pasaré la noche aquí. Menos sin averiguar si Diego ha cometido o no la mayor estupidez de su vida.

Percibo que la puerta se abre, giro deseando ver a mi traumatólogo preferido o en su defecto, a su compañero de turno. Descubro a Fran, con el pómulo derecho inflamado y el labio partido. Sollozo, nadie ha escuchado las plegarias, ha existido el temido enfrentamiento.

—¿Dispuesta a regresar a casa, tesoro? —Se toca la herida inferior con los dedos—. He de reconocer que mi cuñado tiene una buena izquierda.

Tiemblo al pensar que Diego haya salido peor parado, Fran practica boxeo desde hace años, sabe dónde golpear para dejar fuera de combate a su contrincante.

—Si le has hecho daño a mi hermano te juro que me las pagarás.

—No estás en condiciones de exigir nada —manda callar—. Si no pones de tu parte y vienes a casa conmigo, le denunciaré por agresión e injurias.

Destruiré su carrera militar, si le condenan, el ejército lo expulsará sin honores.

—¡Serás cínico!

—Elige.

—Desde luego el único que debería dormir entre rejas eres tú. ¿Acaso has borrado de la memoria como me trataste? ¿No recuerdas como me acusaste de engañarte con un hombre al que apenas conozco, que tiene mujer e hijo?

—Enloquecí de celos. Ese tipo no era la primera vez que hablaba contigo o jugaba con Sergio, lo confirmó Alejandro cuando le pregunté las otras noches.

—Eres un enfermo. Cualquiera lo hubiese ratificado, es uno de los muchos clientes asiduos a la cafetería que le hacen carantoñas al pequeño.

—En aquel momento no lo pensé, solo recordé cómo te miraba. Había complicidad...

—Había solidaridad con Joaquín y su nieta enferma, nada más — corto sus retorcidas fantasías—. Pero tú, estuviste a punto de asfixiarme sino llego a caer por las escaleras.

—¡Yo no quería dañarte! ¡Yo no maté a nuestro bebé! —Grita enojado.

—¿Ahora reconoces a Adrián como legítimo? —muerdo los labios empapados de lágrimas. Percibo de reojo como la puerta de la habitación se cierra, lamento que la auxiliar no interrumpa y sea testigo de la disputa.

—Superaremos el bache. Tendremos más hijos.

—Es increíble. ¿No hemos dado sepultura a Adrián y ya piensas en un sustituto?

—¡Joder! Es ley de vida seguir adelante.

—Pues destierra la idea. La caída fue tan grave que no podré concebir. Además, nunca volverás a tocarme, si me obligas lo contaré y te las entenderás con la policía. Recuerda que veré en tu rostro el de Adrián, el bebé que me arrebató tus momentos de irracionalidad. Así que podrás obligarme a vivir bajo el mismo techo porque me chantajeas con la custodia de mi hijo, pero solo aparentaremos ser una familia. No te hagas falsas ilusiones, has golpeado tantas veces mi corazón que ya no siente ni padece.

Permanece unos segundos en silencio.

—Puedo esperar a que sanen las heridas. ¿Sabes? Me hice cargo de la cafetería al fallecer mi padre porque una tarde, mientras me planteaba el futuro fumando un cigarro, te vi sentada en la terraza con tus amigos. Andabas entretenida dibujando algo en tu blog, ni te fijaste que te observaba. Cuando movías el cabello, tus rizos resplandecían con el sol del atardecer. Tu sonrisa me traspasó el corazón. La chica más bonita del mundo estaba a unos pasos de mí. Durante años tuve paciencia y el destino volvió a ponerte en mi camino, nos unía.

—Ni tuviste paciencia ni fue cosa del destino. Urdiste un plan, hiciste que interviniesen otras circunstancias que nos vinculase. Te entrometiste, apartaste a Ismael. Aprovechaste las carencias de una joven ilusa para embaucarla. En definitiva, engañaste respecto a quién eres de verdad porque se te antojó fastidiarme la vida.

—Es normal que ahora estés confundida.

—Si te hace feliz creer que el amor nos juntó por casualidad, es tu problema. El tiempo te demostrará lo desacertado que estás.

Capítulo 30

Tacho en el calendario la jornada de ayer, de paso la que corre, como si fuese posible avanzar rápido las agujas del reloj y que el tiempo trascorra en un abrir y cerrar de ojos. Hoy la melancolía me supera, los recuerdos son más presentes. No consigo olvidar aquella tarde en la que una enfermera me entregó el alta médica firmada por el doctor Heredia, sin imaginar que Sergio se esfumaría de mi vida como por arte de magia. Sin despedirse, sin dejar rastro en el hospital.

Estuve semanas buscándole con la mirada allá donde iba. Creía oír su voz, su risa contagiosa en cualquier cliente que de repente entraba en el bar. No sé cuándo la obsesión dio cabida a la desgarradora desesperanza. Hasta que, en algún momento indeterminado, deje de soñar con su mirada cálida color café, con sus tentadores labios, con cada línea perfecta que marcaba al sonreír. He dejado de llorar por un afecto que nunca fue correspondido, y aprendido a vivir sin el amigo que lograba alentar a la mujer creativa que luchaba por no consumirse en sus cenizas.

Salvo por la alegría que regala mi hijo, lo demás se apagó, los días pasan sin pena ni gloria. La sombra de la depresión me persigue, he endurecido el carácter al punto de no derramar una sola lágrima.

La relación con Fran es..., complicada. En un principio pensó que me trasladaba al dormitorio del pequeño para castigarle. A las semanas quiso proporcionarme espacio y comenzó a pasar algunas noches en el piso de su madre. Aún sigo sin ocupar su cama, y él no tiene residencia fija, va y viene cuando quiere.

Algunas noches se pasa ratos vigilando nuestro sueño desde el umbral del dormitorio. Ninguno de los dos podemos descansar, ninguno de los dos somos capaces de sentarnos y resolver las diferencias, sencillamente porque está obcecado en mantenerme a su lado.

Hace meses que encontró consuelo en brazos de otras mujeres. Sí, sacia sus necesidades con “amiguitas” que seduce en el gimnasio. Descubrí la infidelidad al lavar su ropa deportiva, hay fragancias y maquillajes que dejan huella. Recuerdo que suspiré, ni lloré ni sentí celos ni decepción. Simplemente suspiré y miré hacia otra dirección. Por el momento, no ha confesado su adulterio, tampoco ha tenido la satisfacción de ver que me

importen sus devaneos.

—Espabila. Quedan mesas que atender —ordena dándome un pequeño empujón al acceder a la cocina.

Esta mañana toca lidiar con uno de esos días torcidos en los que fija su atención en cada movimiento que realizo, en cada palabra que digo.

—Mi turno hace horas que terminó.

—¿Adónde vas? —Con la mirada me repasa y escruta por completo.

—Al colegio, debo recoger al pequeño.

—Cualquiera de las madres que pasan a diario por la calle podrían traer al niño.

—Lo que faltaba. Entonces sería “esclava” del negocio.

Suelta la bandeja de mala manera y me acorrala contra la encimera.

—No me provoques, no es buena idea cuando sabes que en el único lugar donde te quiero como esclava es en la cama. Estoy desesperado por recuperarte. Tesoro, ha pasado casi año y medio, desiste en tu empeño. Deja de condenarme y perdóname.

—Lamento que aún alberges la esperanza de que hallemos un equilibrio como pareja, es imposible a estas alturas. ¿Cuándo te darás cuenta de que no necesito eso que tú llamas cariño? —digo fría al igual que un témpano de hielo—. Ni siquiera como jefe valoras las horas que le dedico a la cafetería. Lo que empezó de forma desinteresada, lo has convertido en obligación.

—Creo que no te falta dinero en casa.

Rio con ironía. Se le olvida añadir que es un capital que él gestiona. Con disimulo controla si hago un gasto adicional. Si soy honesta, esa licencia de administrador supremo se la otorgué en el instante que fui a vivir con él. Supo y se aprovechó de que no me gustaba depender de un hombre y siempre estuve cohibida con tal de no derrochar para encargarse de las finanzas.

—Reconoce que la independencia económica supone una libertad que, de ningún modo, estuviste dispuesto a concederme. Nunca has querido que trabaje para otros en lo que realmente me gusta.

Me muevo a un lado y él cierra el camino.

—Que muestres estos arranques cargados de veneno, me enciende. — Esquivo su boca, aparto sus manos de las caderas.

—Franco. ¿He de refrescarte la memoria?

Retrocede despacio, la conciencia le hace reflexionar antes de cometer el error de sobrepasarse delante de la gente. Es un hombre inteligente, no se

fía de mi reacción, podría utilizar al personal como testigos. Intuyo que la tensa calma no durará, son demasiados meses, su paciencia se agota, su temperamento aflora con frecuencia. Anhela que me comporte en todos los aspectos como su mujer. Es contradictorio que yo sea su salvación y destrucción como persona.

De camino al colegio pido que al final de la tarde, las horas de deporte distraigan su mente y fatiguen su cuerpo.

Es extraño que no se duche en el gimnasio, pienso sentada en el sofá mientras Sergio y Nerón juegan en la alfombra. De reojo le sigo los movimientos. Suelta la bolsa de deporte en la entrada, abre la nevera, coge un zumo y accede al baño. A los pocos minutos sale con una toalla sujeta a la cintura y pasa al dormitorio. ¿Qué plan tendrá esta noche? ¿saldrá con el pijama o con ropa cómoda? La segunda opción es que subirá a casa de su madre a fumar o tal vez emborracharse. La novedad es verle vestido con el propósito de acudir a una cena formal.

—Mamá. ¿Papá trabaja esta noche?

—Sí, hijo —contesto con una de las mentiras piadosas que le cuento sobre las andanzas de su padre. A su corta edad es muy despabilado, es curioso, se interesa por cosas que a otros niños le pasan inadvertidas.

—Sergio. Papá a diferencia de mamá, se ve obligado a buscar en la calle lo que no encuentra en casa. —Fran sonrío al mostrar sus cartas. Le aparto la mirada con desinterés.

¿Qué pretende conseguir?, ¿un arrebato de celos? Ambos sabemos que es infiel y que lo mantengo en secreto.

—Puedes hacer lo que quieras, no metas al pequeño en tus líos.

Acepta el beneplácito, se coloca la chaqueta y se mira en el espejo de la entrada. Cuando creo que se marcha, oigo saltar varias veces las llaves de su coche en la palma de la mano. Mal asunto, su mente retrocede, le impide seguir avanzando lejos de mí. No tengo tiempo de reaccionar, en pocos segundos llega al respaldo del sillón que ocupo, me sujeta del cabello y tira hacia arriba. La brutalidad es tal, que no puedo reprimir el grito de dolor. Compenso la fuerza que ejerce subiendo los pies al sofá. Sergio se tensa al ver el rostro enloquecido de su padre, Nerón ladra con las patas apoyadas en el cojín del sillón.

—Manda a callar al maldito perro —ordena zarandeándome.

—Por favor, Sergio. Lleva a Nerón al dormitorio. —El chiquillo está paralizado, veo reflejado en sus ojos mi miedo—. Cariño. Ahora voy contigo.

Por favor, juega en tu habitación.

—¡Obedece, niño mal criado! —grita enojado.

Sergio da un respingo, corre a esconderse seguido de Nerón. Siento la respiración agitada de Fran en el cuello, su nariz por el borde de la mandíbula oliendo la piel.

—Estoy cansado de este juego, odio que me ignores y rechaces. Que no permitas que te toque de buena gana. Te quiero en mi cama, y si no piensas acudir por voluntad propia, vete despidiendo de Sergio y de todo lo que hasta ahora disfrutas. Contrataré al mejor abogado, reclamaré la custodia y te dejaré sin nada. ¡Quedarás en la puta calle!

Su beso es rudo, muerde los labios y la mandíbula al no ser correspondido. Su mano libre masajea los pechos sin piedad, desciende por el vientre, por debajo de la tela de los pantalones. Cierro las piernas, pero su puño forcejea con los muslos hasta hacerse hueco. Sus dedos encuentran mi sexo contraído por el temor a que lo fuerce. Asumo que no habrá oportunidad de preparación psicológica, atacará y saciará su deseo sin importarle las consecuencias.

Gracias al cielo me equivoco, es demasiado astuto como para enredarse en su trampa. Sede su presión y me empuja, caigo del sofá, golpeo la espalda contra el suelo. Antes de abandonar el apartamento se lleva los dedos a la nariz, furioso rompe a su paso una lámpara de cerámica. En el almacén se le escucha patear las taquillas de los empleados y maldecir a gritos.

Las lágrimas retenidas son imparables, saco el dolor y el sufrimiento acumulado durante meses, durante años. Sospechaba este desenlace, por mucho que pretendiese esquivarlo. Demasiado ha esperado para lanzar de nuevo la amenaza que con total seguridad cumplirá de no aceptar sus condiciones.

¿Por qué la demora? Porque he abusado de la compasión que le despertaba. Porque su sentimiento de culpabilidad tras el fallecimiento de Adrián no le ha dejado descansar. Pero, superado el duelo, todo tiene un límite, y ha llegado esta noche.

Seco el rostro con las mangas de la camiseta, respiro hondo mientras voy en busca de Sergio. Le encuentro dentro del armario, con su fiel amigo y sus juguetes. Se me parte el alma verle sollozar de miedo, un miedo que a su corta edad no entiende. Recuerdo la infancia, lo que sentía cuando me escondida a la espera de que el silencio y la calma regresaran después de las

disputas de mis padres. No comprendía a los mayores, ni la relación que entre ellos hubiese. Tan solo rogaba para que se reconcillasen o llegase Diego y salvase a su Princesita con su compañía.

Me arrodillo frente al único ser por el que daría la vida. Tiene la carita empapada, los ojitos rojos por el llanto. Trago las lágrimas antes de calmarle.

—Se acabó cariño. Sabes que papá y mamá a veces discuten, gritan fuerte, pero después se perdonan.

—Mamá, tú nunca gritas.

De niña, ¿cuántas veces repetí esa misma frase? Quizás menos de las que podría hacerlo Sergio si elijo continuar con su padre. Pepe posee muchos defectos injustificables, pero jamás ha levantado la mano ni a su mujer ni a sus hijos. Fran, conmigo, posee un impulso incontrolable que le cuesta dominar.

—Ven a mis brazos. —Le acojo y amparo contra el pecho. Balanceándole, beso su cabecita con el propósito de serenar su corazón—. Cuando naciste, prometí que siempre cuidaría de ti, que iba a procurar que fueses el niño más querido y feliz del mundo. ¿Sabes? Es hora de que cumpla ese juramento.

—¿Me llevarás a un parque de atracciones? —pregunta refregándose los ojos con las manos.

Rio la ocurrencia de este diminuto e inocente personaje.

—Ya veremos. Primero cenarás y a continuación te irás a la cama, que mañana hay clase.

Dudo entre llamar o no, compruebo por décima vez que el niño esté dormidito. Entonces pulso el botón verde, no hay vuelta atrás. La opción que he escogido no es fácil en ninguno de los aspectos, pero debo intentarlo, porque es lo que me dicta el corazón.

—Madrina. Necesito tu ayuda. Necesito desaparecer con Sergio sin dejar rastro.

—¡Cielo Santo! Ha llegado el momento. —La oigo toser tras la línea de teléfono, aún sigue resfriada—. No te preocupes. Os sacaré de España, aunque sea lo último que haga en la vida.

Su aprobación es reveladora e inesperada. Nunca desenmascararé a Fran, es Diego el único que da por seguro que fue su odiado cuñado quien provocó el accidente. No perdona que le diese otra oportunidad al que considera mi enemigo número uno. Pero estos meses Diego ha estado a su

manera pendiente de mí, a través del apego que le une a su sobrino.

—¿Sabías que acabaría huyendo de Fran?

—Hija, perdóname. Perdóname. Estuve tan ciega que no quise ver que jamás amaste a ese joven. Que él no es digno de ti. En vuestros comienzos le animé a seguir conquistándote, creía que te quería de verdad. Incluso con la oposición de Diego. Tu hermano siempre ha tenido claro que lo vuestro no funcionaría, que ese hombre no es de fiar. Y estos meses, algo dentro de mí comenzaba a darle la razón.

Tapo la boca, oculto las emociones. Claudia llora desconsolada acusándose de mi desgraciada relación.

—No tengo que absolverte de nada, madrina. Pretendías que fuese feliz al lado del que parecía el hombre ideal.

—Te fastidié la vida, involucrarme fue un error.

—No. No lo has hecho y ya hablaremos de este tema con tranquilidad, espero poderte ver pronto. —Es inevitable el gimoteo incontrolado—. Te confieso que sufro de un pánico terrible. Fran no es estúpido, me aterra que sospeche las intenciones. Que algo salga mal. Es complicado adivinar el futuro que puedo ofrecerle a Sergio en un país desconocido, pero sé que debo tomar ese camino.

Vuelve a toser de un modo preocupante. Quiero interesarme por su salud cuando recupera la voz.

—Sur, escúchame. Eres una joven fuerte, muy inteligente. Pon en marcha ese gran talento que posees: tu imaginación. Encuentra el modo de alejarte de él todo el tiempo que te sea posible. Mientras más horas de ventaja obtengamos, más difícil le será a la policía seguirte el rastro.

—Estoy bloqueada —digo soltando el aire.

—Pues despierta, porque mañana es martes y te llamaré indicándote el hotel en el que os alojareis el jueves, este fin de semana volareis con destino Sudamérica. Alguien de confianza dejará un paquete en la recepción a mi nombre; documentación, dinero y un teléfono móvil. Una vez aterricéis en México, un amigo se encargará de borrar vuestro rastro del mapa.

Aturdida tomo asiento. Cuesta ordenar y absorber los pensamientos, incluida esa información.

—¿Tan segura estabas de que te llamaría solicitando auxilio?

—Mi querida sobrina. Llevo demasiados años viajando de un lugar a otro sola. Te sorprenderías de las cosas que tengo planeadas de antemano sin que estén garantizadas de que se vayan a cumplir.

Sonríó emocionada, lloro de puro nervios.

—Nunca dejarás de sorprenderme. Te quiero madrina, te quiero mucho. Estoy deseando abrazarte, aunque solo sea para decirnos adiós.

—Y yo a ti, cariño. Confía en mí, en unos días nos veremos.

Hablar con Claudia es liberador, logra que despierte del letargo. Ha conseguido que vea con claridad que la tensión y la angustia en una relación normal de pareja, no son sanas. Nada de consentir más humillaciones. «No confundas, dependencia, con amor», dijo Diego una vez. Sin pensar siquiera que era su hermana la que se veía confundida con esos sentimientos.

Prefiero vivir en cualquier recóndito poblado de América del Sur, que permanecer una vida entera al lado de Fran. Dictamino mientras borro la llamada del registro del teléfono.

Horas más tarde opino lo mismo, pero con menos seguridad. La euforia ha dado paso a la incertidumbre. El plan de Claudia no saldrá bien. Ni siquiera se me ocurre la manera de esquivarle un par de horas sin que sospeche que tramo desaparecer de su vida. ¿Cómo voy a salir adelante en un país extraño con un niño pequeño? Eso, si consigo que la policía no me arreste por intento de secuestro.

Entonces sí que me quitará a Sergio y me pudriré en la cárcel.

Inquieta y sin conciliar el sueño, caliento un vaso con leche. Fran continua sin regresar de su descarada noche de esparcimiento, con suerte dormirá en el piso de su madre. Sirvo dos cucharadas de cacao y bebo el reconfortante líquido. El silencio reinante es el causante de que sienta vibraciones bajo los pies. Dejo de respirar, el único que puede andar por la cafetería como un dinosaurio bailando claqué, es Fran.

Concentro los sentidos, preparada para correr al dormitorio de Sergio en cuanto se disponga a subir las escaleras. Trascurren los minutos, alcanzo a distinguir el leve ruido que proviene de la zona donde se encuentra la barra, los licores. Identifico la voz de Fran, diferencio la risa exagerada de una mujer.

¿¡En serio tiene la desfachatez de traer a su conquista a casa!? Sin duda quiere que los descubra tonteando.

Convencida de que su provocación solo pretende avivar mis celos, bajo con sumo sigilo al almacén y entreabro la puerta lo justo. ¿Habrá mejorado su método de seducción desde que se propuso conquistarme años atrás? Tal vez me divierta escucharle.

La curiosidad mató al gato, la secuencia que presencio es...,

impactante. Fran está de pie con los pantalones bajados. Una mujer arrodillada en el suelo le proporciona un masaje mientras él le sujeta la cabeza y mueve la cadera para profundizar en su boca sin tregua. No tarda en cambiarla de postura, le insta a que se levante e incline sobre una de las mesas del comedor. No distingo quien puede ser la mujer que se sube la falda y se baja las bragas. Él se pone un preservativo y la penetra con dureza desde atrás. La mantiene pegada contra el tablero, le dirige palabras obscenas y degradantes. Ella disfruta, le gusta como la somete. Le excita el dolor que le provoca la mano que le golpea en la nalga.

Conozco a Fran, está frustrado, en su mente me imagina allí inmovilizada recibiendo sus embestidas, su dominación. Cierro los ojos con una determinación inquebrantable; las relaciones sexuales son maravillosas, no niego que la postura que ellos ejecutan sea placentera, pero si tengo que recibirla de manos de él, sería imposible gozarla.

Recojo la poca dignidad que me queda y tan discreta como bajé, subo al apartamento. Me acuesto con la certeza de que, si no arriesgo, si no rompo el lazo que nos une, la degradación será total. Él consumirá las fuerzas hasta que no me respete a mí misma. Así que pongo en marcha el cerebro e ideo y perfilo una escapatoria. En unos días Sergio y yo diremos adiós a nuestro pasado, a este presente que nos atrapa a los tres en un círculo vicioso.

Capítulo 31

Miro el reloj colgado en la pared, encima de la cafetera industrial. A duras penas esta mañana me he comportado con normalidad delante de Fran, de los camareros o de los clientes. Achaco la torpeza y los despistes a la falta de descanso. En realidad no miento, en absoluto he dormido la noche anterior. Y nadie lo discute al ver el aspecto ceniciento que luzco.

—¿Dónde está el jefe, Alex? —pregunto al encargado de barra.

—Fumando, allí en el recodo de la cocina —indica el lugar con el dedo índice.

—Gracias.

Paso los fogones y la lacena. La ventana del fondo, la que da al patio cerrado del bloque, permanece abierta para que el humo del cigarrillo siga el camino al exterior. Hace frío, así que cruzo los brazos ciñendo la rebeca al cuerpo.

—Fran. Voy a comprar algunas cosas antes de que salga el pequeño del colegio.

Vacía el humo por la nariz sin apartar sus ojos azules del ventanal. Le remuerde la consciencia desde que se despidió de su amante. Lo sé porque nos observó dormir a Sergio y a mí hasta el amanecer, por ese motivo no me mira a la cara. Como no se opone, hago el amago de girar a la vez que añado.

—He pensado sobre lo que pediste anoche. —Capto su interés reflejado en el cristal. Sin esfuerzo derramo una lágrima—. Ha sido muy duro superar la muerte de Adrián.

—Para mí también ha sido difícil —dice pasándose la mano por el rostro.

Le creo, no es un ser abominable. Las diferencias existen entre nosotros, conmigo es con quien le es imposible controlar el genio y encontrar un equilibrio. Con el resto del mundo interactúa como un hombre corriente.

—Tú, Sergio, el apartamento. El entorno me recuerda que él debería estar con nosotros. Siento que, si quiero empezar de nuevo, debo desconectar, aunque sea un par de días. —Alza una ceja, reflexivo entrecierra los ojos.

—¿Qué insinúas, Sur?

—Podríamos concedernos una escapa. Los dos, solos.

Pica el anzuelo, le atrae la propuesta de aislarnos. Verse implicado en

el proyecto de liberación le seduce.

—Si tus padres se hiciesen cargo de Sergio, nos marcharíamos este fin de semana.

—Podría preguntarles. Pero tendríamos que llevarlo al pueblo. Pepe no bajará a la ciudad por un capricho nuestro.

Asiente sonriente, conocedor de cómo se las gasta el gruñón de su suegro.

—Sur, perderíamos gran parte de la mañana del sábado y de la tarde del domingo, si tenemos que ir y volver a ese dichoso pueblo.

—Estás en lo cierto —encojo los hombros resignada—, en otra ocasión será.

—Espera, tesoro. Me apetece pasar a solas contigo cuarenta y ocho horas seguidas. Reservaría una habitación en cualquier hotel de las afueras de la ciudad, no tenemos porqué viajar lejos. Quizás si le insistiese a Pepe...

—Fran, olvidado. Sabes que el huerto ecológico le trae de cabeza, acabará convenciéndote de que te desplaces tú —le vaticino el final—. La única opción sería que llevase al pequeño mañana. Cursa primero de infantil, si pierde unos días de colegio esta semana y la que viene, no le afectará demasiado. Yo estaría de regreso el sábado temprano y el lunes que la cafetería permanecerá cerrada, podríamos ir a por él.

—¿Por qué tienes que pasar dos noches fuera? En coche son unas dos horas de ida y otras dos de vuelta.

—No pienso conducir tu vehículo, prefiero ir en autocar. Sé cuánto te enfadas si lo arañan y llevo demasiado tiempo sin manejarlo, seguro que lo siniestro sin querer en una de esas curvas que suben o bajan la montaña. Además, sería vergonzoso no permanecer un tiempo con mi madre después de semanas sin vernos, que menos que acompañarla un día entero.

—Sigo considerando que es excesivo cuando puedes salir temprano y volver a la tarde —protesta en voz baja.

—En serio, si estimas que no es buena idea, renunciemos a la escapada íntima.

—¿De verdad te haría ilusión?

Fija su mirada en la mía de tal modo que por un segundo creo que adivinará el propósito que escondo.

—Sería un comienzo —respondo sin tristeza ni alegría.

Aguardo dos calles para lanzar un suspiro de alivio. ¿Por qué los años de matrimonio no han sido igual de sencillos? Hemos planeado en cinco

minutos una romántica aventura, como una pareja deseosa de avivar el amor. Salvo que existe cuatro grandes inconvenientes: la memoria no borra que me violó en nuestra luna de miel; la piel muestra las marcas de su temperamento irracional; los ojos retienen su imagen fornicando con otra la noche anterior. Y lo más irreparable, aún duele en el alma que dieciséis meses atrás, delirase por culpa de los celos y despreciase a Adrián como hijo suyo.

He preparado una mochila con ropa de Sergio y una muda para mí, nada adicional que levante sospechas. Repaso la habitación, con todo el dolor del corazón tengo que abandonar mi único tesoro material, el maletín y los cuadernos de pintura. En el salón deposito la bolsa en el suelo y tomo el abrigo, Fran ayuda al niño a colocarse el suyo.

—Mamá. ¿Por qué Nerón no puede venir con nosotros?

La congoja me punza en el pecho, echaré de menos a Nerón. Me arrojo al lado de Sergio, ambos acariciamos al fiel amigo.

—Porque no le gustaría viajar en el autobús, estará mejor cuidado en casa y así hará compañía a papá.

Fran no le cuenta a Sergio que piensa llevar a su querido amigo a un centro para mascotas donde recibirá multitud de atenciones.

—Hijo, solo serán unos días. Allí en el campo habrá otros animales con los que podrás jugar. Te lo pasarás bien plantando y recolectando verduras con el abuelo.

Cruzo una triste mirada con Fran, él es ajeno a la inminente despedida, al adiós definitivo. Quiero llorar, incluso un destello de arrepentimiento atraviesa los pensamientos. Ni siquiera veré a mis padres por última vez, desapareceré sin abrazar a Ana o a Diego, sin limar asperezas con Pepe. En unos días seré una proscrita que huirá de la ley sin posibilidad de enmendar los actos. Y digo actos porque estoy convencida de que no es un error querer separarme de Fran, sino la maniobra que voy a emplear con el fin de conseguirlo.

En la cafetería saludo a Joaquín con un abrazo, él devuelve el reconfortante gesto. Le agradezco en silencio su apoyo.

Joaquín se hace el desconcertado al enterarse de que su ex jefe piensa trasladarnos en coche a la terminal de autobuses y se disculpa por presentarse sin avisar. Fran, a su pesar, sucumbe, cree que su antiguo empleado necesita realmente su ayuda.

Nos acompaña a la parada de taxis, allí me coge de la cintura y me

besa. Sus esperanzas saben a fracaso. Es repugnante que sus manos me toquen el cuerpo, que sus labios rocen los míos cuando ha mantenido sexo con otras mujeres.

En el instante que el servicio público se desvía de calle, introduzco la mochila dentro de una gran bolsa de tela que llevo oculta y busco unos accesorios.

—Sergio. Ponte la gorra y estas gafas de sol.

—¡Moolaan! —Grita alucinado. Rio con el dialecto callejero que ha adquirido el enano desde que comenzó el curso escolar.

—Si queremos que *moles* más, debemos poner del revés el abrigo. ¿Opinas que es buena idea?

—Sí. Mira mamá. ¿A que me parezco a papá? —dice mirándome con las gafas colocadas.

Asiento sin dejar de sonreírle, es comprensible que quiera agradar e imitar a su progenitor. Sé que arrastraré la culpabilidad toda la vida, su físico me recordará a Fran el resto de los días. ¡Cielos!, incluso frunce el ceño igual que él.

—Papá estará orgulloso de ti cuando te vea con esas pintas de chico malo. Aunque tardaremos un tiempo en volver, vamos a realizar una excursión larga tú y yo solos.

—Ya lo sé, mamá.

—¿Cómo lo sabes? —De repente temo que me haya oído hablar con Claudia sobres los planes a seguir, cualquier despiste podría levantar sospechas.

—Papá dice que la casa de los abuelos está muy muy lejos.

Exhalo despacio, noto como disminuye la tensión que he generado a la mínima incertidumbre.

—Sí, pasarán algunos días hasta que lleguemos donde los abuelos —susurro sin querer dar más señas. Iré improvisando a medida que los acontecimientos se produzcan y él pregunte.

Nos bajamos del taxi cerca del acceso a la terminal de autocares. Repaso con disimulo que ningún largo mechón de pelo se haya escapado de la gorra, cojo de la mano al pequeño y traspasamos las puertas. Caminamos al ala opuesta del edificio siguiendo a un grupo de excursionistas. A los pocos minutos abandonamos la estación. El pulso esprinta de nuevo, es ridículo que me sienta vigilada, ni siquiera soy oficialmente una fugitiva. Imagino que durante mucho tiempo tendré esa sensación de estar en caza y captura.

Rechazo continuar minando la consciencia, he tomado la determinación correcta, debo calmarme e ir mil pasos por delante de Fran.

A pocos metros, en la misma calle, entramos en una tienda de informática y tecnología. El dependiente no se sorprende de que el móvil que le muestro pueda rastrearse desde otro aparato, sin duda alguna el de Fran. En unos minutos, el informático desprograma el sistema de localización e impide que pueda volver a ser espiado con facilidad. Me aconseja tener cuidado con algunas aplicaciones que revelan detalles a los demás usuarios. Es sorprendente lo que ha avanzado la telefonía en unos pocos años, es un no parar de novedades constantes. Reflexiono al salir de la tienda.

Nuestro caminar es menos frenético, confío en haber roto uno de los lazos que me unían a Fran. A Sergio se le antoja un paquete de palomitas al pasar cerca de un quiosco. Agua cuando se lo termina. Y se para en seco al no poder aguantar las ganas de ir al aseo. ¡Menudo compañero de viaje! Apenas hemos avanzado cincuenta metros y ya hemos parado tres veces.

Alzándome de puntillas, busco un establecimiento donde pueda entrar a desahogarse y de paso tomarme una tila.

Quince minutos tardamos en regresar a la calle para retomar el propósito inicial. La acera se convierte en un hervidero de personas al ponerse en verde el semáforo de los peatones. Dejo de mirar al diablillo que salta feliz a la vera y elevo la vista con el fin de no tropezar con los demás viandantes. El corazón se me congela al fijarme en un hombre que hace aspavientos con los brazos en mi dirección y cruza en diagonal la carretera interfiriendo en la marcha de los coches.

Capítulo 32

El tipo se aproxima deprisa, esquivo a la gente a su paso. Es de complexión delgada, su pelo corto se aprecia de color castaño muy claro.

Lleva unos vaqueros azules, unas deportivas blancas y una sudadera negra, viste igual que Fran esa mañana. Paralizada por completo, aprieto la manita de mi pequeño. En la cabeza no paro de repetirme que es Fran. —Es él y nos ha encontrado—. La silueta comienza a desvelar detalles, y a un par de metros, la ceguera que solo me permite visualizar la imagen de Fran, desaparece. El joven pasa de largo y yo suelto el aire que retenía de un modo exagerado. A quién llamaba con desesperación el hombre, no era a mí.

Rápido alzo en brazos a Sergio y me dirijo a la parada de autobuses de líneas urbanas. Debo continuar con el plan sin entretenerme ni bajar la guardia. Sigo evitando edificios que dispongan de cámaras de seguridad. Nos internamos en las aglomeraciones; en la multitud resulta sencillo pasar desapercibidos.

El hotel es pequeño, posee un estilo colonial acogedor. Tal y como Claudia prometió, la habitación está reservada y pagada por adelantado. Paso el resto de la tarde mirando el reloj y la pantalla del teléfono mientras Sergio, ignorante de lo que su madre pretende llevar a cabo con su vida, juega por la novedosa estancia con su inseparable avión de combate. Regalo de su ídolo, modelo a seguir y padrino. Entre sobrino y tío existe un vínculo de sangre fuerte e invisible pese a que no se ven todo lo que quisiesen, ambos comparten una afinidad increíble por la aviación.

La alerta suena una vez, es un aviso de Ana. Con la mano en el pecho, corro al baño, me siento al borde de la bañera y abro el grifo. El tono de llamada no tarda en ambientar la estancia.

—Fran.

—Hola, tesoro. ¿Qué tal el viaje?

—Bien, aunque cansados.

—¿Qué andas haciendo?

Cierro los ojos, es la prueba de fuego.

—Fran, he escuchado a mi madre hablar contigo. Sabes que estoy en el piso de arriba bañando a Sergio. —Hay unos segundos de silencio—. ¿Por qué tengo la sensación de que desconfías de mí?

—No lo hago, te lo prometo.

Deseo gritarle que es un mentiroso, que llama a casa de sus suegros por la sencilla razón de cerciorarse que estamos con ellos.

—Entonces, espera a que regrese el sábado y comencemos de nuevo.

—Sur. Sé que a veces me comporto mal, que te agobio, que no te valoro lo suficiente. —Exhala con pesadez—. Pero te quiero, es insoportable

llegar a casa y encontrarla vacía, sin ti. Se harán eternas las horas que pases fuera.

Los remordimientos afloran, le voy a arrebatarse su única familia. No verá crecer a su hijo, no envejeceremos juntos y es probable que jamás sostenga en brazos a sus nietos. Me obligo a recordar por qué necesito huir de él desesperadamente. Siempre ha manipulado mis emociones, se hace el débil cuando rebasa los límites morales y físicos, consigue por medio de mi condición pacífica y conciliadora que acceda a sus peticiones y le perdone. Me atrapó, mendigué su cariño cuando el amor debe ser desinteresado. Pero ya no soy capaz de mirar hacia otro lado y liberarle de la culpa. Demasiados golpes acaban por abrirte los ojos y endurecerte el corazón.

—Piensa que cuando regrese nos dedicaremos el uno al otro.

Le oigo resoplar antes de aceptar.

—Te llamaré mañana, cuando termine de ver locales con Joaquín. No sé qué mosca le ha picado ahora al viejo, dice que quiere montar un negocio con uno de sus hijos y me ha pedido consejo.

Nada más lejos de la realidad, le entretendrá para que no tenga el arrebatado de subir al coche y presentarse en el pueblo.

—Vale. —Cuento hasta cinco—. ¡Espera Fran, no cuelgues!

—Dime, tesoro.

—Si te saltase el contestador, no te alarmes. Por la tarde llevaré a Sergio de excursión, está ilusionado con montar a caballo y cerca de aquí hay unas caballerizas donde dan clases ecuestre y paseos al aire libre. Quizás no haya cobertura en la llanura y esté sin línea un par de horas.

Esa noche tampoco puedo dormir, los nervios me consumen.

La mañana siguiente resulta eterna. Pregunto mil veces en la recepción por el paquete que debo recibir a nombre de Claudia, ningún mensajero realiza la entrega. Desde la cabina del vestíbulo marco cada hora el número de mi madrina, el mensaje que escucho es el mismo: lo siento, devolveré la llamada en el momento que sea posible.

A las siete de la tarde la angustia me sobrepasa, sigo sin noticias y sin los billetes de avión. El hospedaje se encuentra pagado otra noche, pero intuía que deberíamos estar viajando a México, ganando tiempo y kilómetros. Cada minuto que transcurre, más se complica la cuartada. Si Fran descubre las intenciones, ningún poder divino me librará de su furia.

¿Cancelo el plan o abandono el país por mis propios medios antes de que sea demasiado tarde? Es difícil decidir.

El sándwich de Sergio se me escurre de la mano, por suerte lo atrapo en el aire. Al enano le divierte el gesto tembloroso de su madre. De la risa, enseña un trozo de pan con jamón masticado. Le beso la cabecita y bebo un trago largo de gin-tonic. Llevo sin apetito muchos días, pero en este instante necesito algo fuerte que baje el grado de inquietud, que borre la negatividad y permita fluir el ingenio.

Llevo la mirada a la zona de admisión del hotel, paseo la vista por el mostrador y la pierdo en las puertas abatibles de cristal. Las correderas se abren, entra una pareja bien vestida. Parecen ejecutivos de una gran compañía. La mujer lleva el cabello rubio recogido en una perfecta cola de caballo, él un corte moderno con tupé. Ambos con elegantes abrigos negros que no les alcanzan las rodillas. Concluyo que ninguno rebasa los treinta y cinco años y que mantienen un romance secreto. Eso último lo invento como distracción.

Mientras ella se dirige a la recepcionista, el hombre se eleva en toda su altura, que calculo no supera el metro setenta y cinco, e inspecciona desde el vestíbulo hasta la diminuta cafetería donde estamos sentados Sergio y yo. Un estremecimiento me recorre de pies a cabeza cuando posa sus ojos en nuestra mesa. De inmediato agarro la mochila y el bolso, dispuesta a alzar al niño en brazos y salir corriendo. Mil pensamientos me asaltan, el que cobra mayor fuerza es que unos inspectores han dado con nuestro paradero.

El tipo avisa a la mujer, camina decidido en nuestra dirección. El pánico me bloquea, las piernas quedan ancladas en el suelo, noto el corazón latir en la sien y el mundo resquebrajase en pedazos. No hay solución, en pocas zancadas se posiciona a medio metro de la mesa.

—La estábamos buscando.

—¿Quiénes son ustedes? —pregunto a la vez que aferro las piernas de Sergio a mi cintura. La mujer aparece tras su compañero, porta un maletín que antes me pasó desapercibido.

—Señorita Rivas. Tranquilícese, hemos acudido porque así Claudia lo estipuló.

Los miro reticente, aunque oír el apellido de soltera significa que dicen la verdad. La mujer respira hondo, sin duda lleva la voz cantante.

—Lamentamos llegar tarde, es que venimos desde bastante lejos y no queríamos preocuparla de antemano. Sur, él es mi hermano Ricardo, yo soy Nuria. Por favor, sería conveniente hablar en su habitación. —Niego con la cabeza. Ella entiende la desconfianza—. Estamos al tanto de su deseo de

separarse del señor Franco Ponce y venimos con la intención de cumplir ese encargo. En este maletín traigo un paquete que he de entregarle. En privado.

Los cuatro subimos al ascensor, Ricardo le hace carantoñas a Sergio y este ríe con el juego. Nuria no aparta sus ojos color miel del suelo, su incomodidad es palpable, no le agrada el cometido que le han asignado.

—Esperaba una valija con billetes de avión y documentación falsa, sin que nadie se implicase personalmente —murmuro con desasosiego. Nuria se gira hacia mí, percibo que le doy pena.

—Ricardo y yo hubiésemos hecho encantados las cinco horas de camino que nos separaban con tal de traerte esos papeles.

—¿Qué ha sucedido? ¿Por qué mi madrina ha cambiado el método de fuga?

—En breve lo sabrás.

Les invito a pasar a la habitación. Nuria y Ricardo permanecen de pie en la entrada mientras busco un canal de dibujos animados en la televisión que entretenga al pequeño. Después me siento en una de las sillas frente a una mesita auxiliar. Los hermanos se adueñan del sofá de dos plazas que tengo delante. Nuria apoya el maletín en la mesa y lo abre. Se concede unos segundos antes de tantear dentro y sacar una carta que me transfiere en el acto.

—Cuando leas el contenido y estés preparada. Resolveremos tus dudas.

Entrecierro los ojos, acepto el sobre dirigido a mi atención, pronostico que no me va a gustar lo que halle en el interior. Con cuidado despliego la hoja que lleva impresa la pulcra letra de Claudia, la comienzo a ver borrosa por culpa de las lágrimas. Parpadeo con el objetivo de enfocar mejor el texto.

Querida sobrina; si estás leyendo estas líneas, es que mi momento ha llegado y me ha sorprendido fuera de España. No te alteres ni estés triste, por favor. Es un desenlace previsible teniendo en cuenta mis achaques de salud y cuál ha sido mi intensa trayectoria laboral. Los lugares que visito, la mayoría de las veces carecen de medios en todos los aspectos, y soy consciente del riesgo que corro. Por ese motivo siempre he sido precavida y me he anticipado a lo que el futuro podía deparar. Así que, de esta misiva se habrá hecho cargo mi gran amigo y abogado el señor Arturo Balbuena, o en su defecto, alguno de sus hijos.

Miro a los dos extraños que me acompañan. Sin lugar a titubeos sé que son los hijos de ese letrado. Con un nudo de lágrimas en la garganta,

continúo leyendo en silencio.

He confiado en el bufete de abogados Balbuena durante muchos años. Llevan las finanzas, que ahora pasan a ser tuyas como heredera de mi legado. Sur, modifiqué mi última voluntad el día que abandonaste el hospital tras perder a Adrián y regresaste con Fran. El hombre que debió quererte y protegerte, en vez de ponerte una mano encima. Sé que no le amas, y si recibes esta carta es que todavía no te has decidido a plantarle cara a ese desgraciado, ni le has pedido el divorcio. Ahora tienes el poder que necesitas, así que prométeme que te dejarás aconsejar por estas personas a las que aprecio como familia y que velarán por ti como si la ayuda te la brindase yo misma. Te quiero mi pequeña, y quiero que seas feliz. Eso también debes prometérmelo.

Leo y releo una y otra vez su memoria. Es imposible, y aunque lloro desconsolada, no creo que Claudia esté muerta. No puede haber fallecido, así, de repente.

—Nuria y yo lo sentimos mucho. Te trasmitimos nuestras condolencias — dice Ricardo, al tiempo que su hermana seca las lágrimas con disimulo.

—Gracias —respondo sin saber cómo reaccionar a la inesperada y doliente noticia—. ¿Cuándo?

—Sucedió anoche, aunque nos hemos enterado esta mañana. Debes saber que mi padre se encuentra con ella, no estaba sola. Repatriará sus restos, en unos días podrás despedirte de Claudia antes de que sea incinerada.

Tapo el rostro con un pañuelo, enseguida se empapa, la congoja es infinita.

—Restó importancia al constipado que padecía para no alarmarme, ¿verdad?

—Sur, Claudia era una luchadora, pensaba recuperarse de la infección. Hace tres días, cuando le llamaste, dio orden de vender sus posesiones; joyas, propiedades, etcétera. Tenía decidido encontrarse con vosotros en Latinoamérica.

—¿Quería renunciar al sueño de envejecer en su casa de Málaga para ser una fugitiva como yo?

Saber sus pretensiones, constatar el amor que nos tenía, me provoca un intenso dolor en el pecho. Nuria aprieta mi mano como consuelo, con esfuerzo consigo tragar el nudo de lágrimas.

—No hubiese sido feliz sabiendo que tú y Sergio andabais por el

mundo ocultándoos de la justicia sin ella poderlo remediar.

—Quiero que vuelva, sin mi tía nada tiene sentido.

¿Por qué Dios me arrebató a los seres que amo cada vez que intento avanzar un paso? Quizás debería conceder la custodia de Sergio a Fran, así nada dañaría a mi pequeño.

—Lo siento. Si estuviese en nuestra mano o en la de mi padre, te aseguro haríamos de abogado del diablo para devolvértela con vida. Sin embargo, su fallecimiento cambia las cosas. O sea, las devuelve casi al principio, cuando escribió esta carta. —Nuria señala el papel que aún aferro en los dedos—. Tú siempre has sido su heredera universal, salvo que en estos últimos meses ha modificado un detalle.

Seco las mejillas con ambas manos, sin querer arrugo la carta.

—¡Nada de eso me interesa! Por favor, váyanse. Necesito estar a solas.

Nuria se levanta metida en su papel de letrada defensora.

—Ahora no lo entiendes. Pero, quieras o no, vamos a cumplir la última voluntad de Claudia. Mi padre se lo prometió y así se hará.

—¿Qué pidió mi madrina? —La curiosidad logra que concentre la mente y la mirada en los hermanos.

—Que no heredes hasta que no estés legalmente divorciada del señor Franco Ponce. Y en ese punto, es donde entramos nosotros.

Rio sin ganas. Es surrealista lo que estoy viviendo, no quiero nada salvo a mi tía.

—Fran no firmará la separación sin antes quitarme a Sergio y enviarme al infierno.

—Eso lo veremos —insinúa Ricardo torciendo la comisura del labio a un lado. Su hermana le devuelve el gesto cómplice y me dedica su atención de nuevo.

—Sur ¿Qué temes perder? Confía en nosotros, sigue las pautas que te marquemos y serás libre. Si no me equivoco, tu marido no tardará en llamarte. ¿Qué excusa inventarás? Las mentiras tienen las patas muy cortas, acabará averiguando que tramabas algo para alejarte de él. ¿Entonces qué harás?

Me desplomo en el sillón. Tiene razón, el castillo de naipes se ha desmoronado y por si acaso lo dudo, el móvil suena tal y como ha predicho la abogada.

—Fran me matará por intentar jugársela.

—No te rindas, podemos ganar la batalla —insiste Nuria con una sonrisa en los labios y la mano extendida solicitando que le entregue el aparato—. Por ti, por Sergio, por Claudia.

Su seguridad y tranquilidad es contagiosa. Además, lo único que me apetece es cobijarme bajo las mantas y llorar la ausencia del ser querido e idolatrado. ¡Cómo echaré de menos a mi adorada madrina!

—Toma el móvil, es tuyo —digo entregándole el mando de lo que será el resto de mi vida.

Nuria, dispuesta y sin pensarlo, descuelga.

—Buenas noches, Señor Ponce. Soy la letrada Nuria Balbuena. No, la señora Rivas no puede atenderle, es más, no volverá a responder a este teléfono. ¿Cree que estoy burlándome de usted, señor Ponce? Verá, en... —Nuria mira a Ricardo, que después de apartar la vista de la pantalla de su iPad, le indica con los dedos alzados—, dos minutos, un compañero le hará entrega de una citación y la consiguiente demanda de divorcio.

Tiemblo cuando la voz de Fran resuena tras el micrófono del pequeño aparato. El miedo me provoca una ansiedad terrible, creo que el corazón estallará en mil pedazos dentro del tórax. Estoy firmando la cadena perpetua de una pesadilla, no dudará en encerrarme en la cárcel o en un manicomio.

—Señor Ponce, ¡no es necesario que grite!, le oigo perfectamente. Claro que está en su derecho de presentarse con un abogado, ambas partes queremos llegar a un acuerdo que evite ir a juicio.

La letrada ríe con el desplante de Fran, que cuelga muy muy cabreado.

—¿Es cierto que teníais previsto actuar sin mi consentimiento?

Los Balbuena se encogen de hombros mientras recogen y guardan sus equipos informáticos, incluido mi teléfono. Nuria aclara.

—Bueno. Hemos trabajado duro a contra reloj, teníamos la esperanza de que no te negaras a concederle el último deseo a Claudia. Nuestro compañero Cristian aguardaba fuera de la cafetería San Lorenzo el permiso para entregar la notificación.

Cierro los ojos, acepto que no hay vuelta atrás.

—Espero que mi madrina no estuviese equivocada y ustedes sean excepcionales en su oficio. Porque de lo contrario, Fran me destruirá sin contemplaciones.

Capítulo 33

Nos trasladamos del hotel a un amplio y lujoso apartamento propiedad de la familia Balbuena. Transcurren dos días en los que apenas he abandonado el dormitorio de invitados. Agradezco la amabilidad y hospitalidad de Nuria y Ricardo. Agradezco que respeten el duelo evitando sacar a relucir el tema del divorcio y la herencia. La única petición por su parte es que mantenga el paradero desconocido, lo que equivale a ninguna llamada y a que el fallecimiento de Claudia permanezca en secreto.

Ni siquiera su hermana Ana lo sabe aún.

La madrugada del lunes despierto sobresaltada, las pesadillas me asfixian. Siento que vivo una macabra broma del destino. Soy incapaz de aventurar los acontecimientos venideros, me encuentro estancada en la pena. Estoy en pausa, tal vez porque en ese estado sufro menos.

Tapo a Sergio que duerme con la serenidad que le otorga su inocencia. Sin hacer ruido voy al salón. La vivienda es bonita, decorada con gusto y ubicada en un barrio selecto de Madrid. Por inercia camino hasta la gran vidriera tapada por metros y metros de cortinaje, pronto amanecerá.

—Hoy será un día de sombras y luces. Lo que no significa, que te impida ver un nuevo comienzo. —Nuria descorre las pesadas telas del ventanal en su totalidad—. Sur, no vuelvas a mirar por una rendija, te limita la visión. Así nunca descubrirás lo bello que es el mundo que hay ahí fuera.

—Es..., a lo que te acostumbras —susurro.

—Pues cambiemos eso. Si estuviese aquí Claudia. ¿Qué te diría?

Que la nombre provoca que broten lágrimas y trague con dificultad.

—Ella es auténtica y alegre. Odia escarbar en el pasado, aunque a veces no le quede otro remedio. Nuria. Hago esto por ella, no porque tenga la energía necesaria para enfrentarme a Fran.

—¿Sabes? Estoy especializada en divorcios, he negociado cientos de ellos. Te entiendo y sé que tu marido jugará con tu debilidad, que son los sentimientos, vuestro hijo, etcétera. Está en tus manos flaquear o no.

Una verdad como una catedral, utilizará su encanto y buenos propósitos con la idea de arrastrarme a su terreno.

—¿Y qué me recomiendas?

La sigo a la cocina donde se dispone a preparar café.

—Paciencia. Necesitas tiempo para recuperarte del revés que has sufrido. Fuerza para afrontar los acontecimientos y cambios que se avecinan. Ahora crees que tus perspectivas son limitadas, pero puedo garantizarte que no.

—Es difícil ser positiva con el caos que se aproxima.

—Te aconsejo que en el momento que lleguemos al despacho, bajo ningún concepto te separes de Ricardo o de mí. Te sentirás confundida, emocionalmente echa un lío con todo lo que vas a escuchar. Pero si entramos en guerra, no le brindes al enemigo datos relevantes. ¿Serías capaz de permanecer en silencio, oigas lo que oigas? —Extiende el brazo, acepto la taza de café con leche.

—Créeme. Soy más observadora que charlatana —confieso. Presiento que esta mañana caeré a un abismo donde los problemas se multiplicarán.

—Bien, me gusta que mis clientes sean pacíficos. La mayoría de los hombres o las mujeres no tienen claro qué ha fallado en su vida en común. Poco a poco se vuelven individuales, egoístas. Y un buen día, los defectos pesan más que el amor. La balanza de la tolerancia explota, salta por los aires. Tú me entiendes: si antes le dejabas pasar un eructo y reías con el lapsus, ahora lo criticas e incluso te dan nauseas besar esa boca maloliente.

Sonrío con el gesto de mano que realiza, pues se lleva dos dedos a la boca e imita una arcada.

Me siento cómoda charlando con Nuria, no la concibo una abogada capaz de utilizar las confidencias privadas que haga de Fran. Apuesto a que busca por sus propios medios la información necesaria para defenderse del contrario.

—A pesar de sus defectos llegué a amarle.

—Te entiendo, hay instantes significativos en la relación que impiden que siga creciendo o viviendo esa llama pasional.

—¿Por qué me siento culpable?

—Porque te ligó a él sesgando tu libertad. Te aseguro que esa aflicción se modificará cuando dispongas de una composición de imágenes y situaciones que desconoces y que han marcado tu matrimonio estos años. Por cierto, tengo un regalo para ti que logrará levantarte el ánimo. —Desvía la conversación, corre a su dormitorio y regresa con una bolsa—. Trae buena suerte estrenar una prenda al iniciar una nueva etapa.

—Gracias —digo sosteniendo un favorecedor jersey color rosa. El obsequio me llega al alma—. Nuria, no deberías haberte molestado.

—Escúchame. Date una ducha, despeja ese nubarrón mental que se cierne sobre tu cabeza y prepárate, porque dentro de un par de horas voy a romper esas cadenas que arrastras por el purgatorio.

Hago acopio de su entereza. Nuria es el estereotipo de mujer que se come el mundo con su inteligencia y belleza. Engaña con su aparente frialdad, pero al conocerla se desvela lo encantadora y buena amiga que puede llegar a ser.

A las nueve menos veinte de la mañana, Ricardo aparca frente al colegio de Sergio. Cristian, el detective que trabaja para el gabinete Balbuena nos espera en la puerta. Doy orden a dirección y a la maestra de que nadie, y mucho menos su padre, puede recogerle sin mi consentimiento. Cristian se queda vigilando fuera de las instalaciones por si acaso Fran aparece antes de la reunión. Nosotros vamos al bufete de abogados donde haré frente al destino.

El inmenso edificio de oficinas impresiona. La distancia de esquina a esquina es inmensa. En su interior creo empequeñecer, todo alrededor rezuma elegancia, sabiduría, poder. Mis acompañantes caminan con firmeza, dominan la situación como dioses en el Olimpo. La autoestima se desploma al subsuelo cuando en el ascensor comparo los zapatos de elevadísimo tacón de Nuria, con mis botas planas pasadas de moda. La abogada se ve radiante con su traje de chaqueta, el cabello recogido en un moño italiano y un maquillaje sutil que realza sus mejillas y sus ojos.

Ladeo la cabeza y cierro los parpados unos segundos, disimulo el pánico que me embarga. ¿Cómo voy a tener suerte si soy una don nadie? Fran me aplastará con un dedo.

Una vez accedemos al vestíbulo del gabinete, una legión de abogados y secretarios nos abordan, saludan con cariño a los hermanos Balbuena. Descubro que, junto a su padre, son socios mayoritarios del bufete, pero hace tiempo que no ejercen en Madrid, sino en Málaga, donde residen.

Entro con Ricardo en una sala de reuniones vacía, destacan los muebles clásicos, las doce sillas talladas y la mesa ovalada de madera de roble en el centro. Nos sentamos lejos de la puerta, ponemos de por medio el macizo tablero.

Inquieta, observo como el abogado instala su portátil y deja a mano varias carpetas cerradas. Nuria se ha quedado conversando con sus colegas mientras espera a que Fran y su letrado lleguen. Por la hora que es, no tardarán en aparecer, pienso mientras repaso la estantería repleta de tomos

ilustrados, enumerados y fechados con un siglo y medio de antigüedad.

Doy un respingo al percibir como el pomo gira y la puerta se abre. Ricardo, al intuir que deseo saltar por la ventana, posa una mano en mi hombro.

—Tranquila, has elegido el camino idóneo.

Asiento, sin creer en el final feliz que promete su sonrisa serena.

Nuria es la primera en pasar, tras ella el representante de Fran, un hombre de mediana edad, cabello cano y abultada barriga. Es imposible no fijar la mirada en el que sigue siendo mi marido, en su traje de chaqueta y en sus inquisitivos ojos celestes. Se le ve atractivo y, triunfador. Intimida su presencia, parezco un desecho a su lado, con los viejos vaqueros y una chaqueta descolorida que cuelga del respaldo de mi asiento.

Ricardo se inclina sobre la mesa, estira el brazo para saludar al letrado que se presenta con el nombre de Gonzalo, tardo en levantarme e imitar el gesto. Estratégicamente los hermanos me han alejado de Fran y me flanquean, evitan que se acerque y salude con algún tipo de roce.

—¿Dónde está Sergio? —pregunta desabrochándose los botones de la chaqueta, sentándose frente a mí.

¿Por qué la distancia que nos proporciona el mueble me es insuficiente? Casi puedo sentir el calor que desprende con cada movimiento.

—No se preocupe señor Ponce, su hijo se encuentra dónde debe estar, en el colegio —responde Nuria.

La ignora, como al resto de desconocidos reunidos en la sala.

—Estás preciosa pese a que se te ve cansada. Ese suéter te favorece, resalta tu exquisita piel blanca.

Bajo la mirada, sus halagos guardan un fin: que desista de llevarle la contraria.

—Señor Ponce, creo que los presentes estamos de acuerdo con usted. Sur es una joven muy bonita, necesita pocos complementos para verse bella. Algunos consideramos que, si la hubiese cuidado y alabado de esa manera la gran mayoría de los días de su convivencia, no estaríamos ahora aquí interpellando el divorcio.

La abogada recibe una ojeada glacial de Fran.

Tesoro. Te quiero, no te imaginas cuánto te he echado de menos estos días. Aún podemos solventar las diferencias en casa, sin que se meta nadie de por medio. Dime que sí y pagaré las costas de estos profesionales de inmediato.

—Le rogaría que no intente manipular a mi cliente con afectuosas palabras —advierte la letrada.

Es admirable el modo en que Nuria adquiere las riendas del asusto. Fran sonrío, descansa la espalda en la silla.

—No voy a firmar esos papeles. Sur, nunca te daré el divorcio.

Se oye un carraspeo. Gustavo ve oportuno poner sobre la mesa los deseos de su cliente.

—Señora Ponce. Seguir adelante con la demanda nos obliga a reclamar la guarda y custodia del hijo que tienen en común.

Aprieto los labios, no me gusta que usen a Sergio como moneda de cambio.

—¿Y qué van a alegar? ¿abandono de hogar? —Se jacta Nuria—. Señores, no están en posición de amenazar. Les rogaría que reconsideraran los puntos propuestos, las condiciones son inmejorables, señor Ponce. Se lo puedo asegurar.

Suena desafiante y así lo percibe Fran. Gustavo se remueve en su asiento mientras separa las hojas de la solicitud de divorcio. Una vez localiza lo que busca en el documento, lee las cláusulas.

—Veamos. Exigen la guarda y custodia total de Sergio Ponce Rivas y de la mascota de la familia, un perro llamado Nerón.

—Estás loca si piensas que te voy a conceder lo que pides —escupe con los ojos entrecerrados—. Podrías llevártelo fuera del país sin mi consentimiento, no os volvería a ver.

—Es cierto, no hay ninguna ley que le exija notificar o requerir el permiso del padre para llevárselo de viaje. —Añade Gustavo—. Además, contemplan en el apartado uno punto tres, que el señor Ponce no podrá disfrutar de su hijo ni días concertados ni fines de semana ni en vacaciones. O sea, nunca, hasta que el chaval tenga la edad suficiente como para decidir por él mismo. Que consideran será a partir de los doce años.

—No mal interpretemos. En el apartado tercero punto dos, se le garantiza que, si cumple lo acordado, una vez al mes o cuando el padre lo solicite con antelación a este gabinete, no se le negará que pase unas horas con el niño.

—Bajo la vigilancia de otro adulto —bufa Gustavo bajándose las gafas y mirando por encima de las lentes—. ¿Han perdido la cabeza? Mi cliente jamás firmará este enredo de requisitos. Le perjudican, le tachan de sociópata peligroso. Este hombre no va a acudir a un psicólogo y a clases de

terapia de autocontrol con el fin de obtener permiso y de ese modo disfrutar de su hijo. ¡Ni siquiera sabrá dónde van a vivir, el colegio al que acudirá o la manera de comunicarse con la madre! ¿La señora qué es? ¿una testigo a la que haya que proteger?

Ricardo levanta los ojos del portátil.

—Son dos inocentes, por eso velaremos su seguridad y sus derechos.

Apoyo los codos en la mesa, tapo el rostro con las manos. ¿Por qué llegamos a los extremos? En realidad, no deseo huir y apartar a Fran de su hijo, solo quiero que entienda que lo nuestro como pareja no tiene futuro. Sin embargo, Ricardo y Nuria le creen capaz de utilizar al pequeño como instrumento con el que dañarme. Respiro hondo y como he prometido, soy prudente, sigo en silencio y escucho. Más tarde, si creo conveniente modificaré las cláusulas.

—¿Por qué se ha tensado, señor Ponce? —se interesa Nuria—. ¿Le remuerde la conciencia o no le ha sido muy sincero a su abogado?

Fran se incorpora en el asiento, se inclina amenazante.

—¿Quiénes son ustedes para juzgarme como mal marido y padre? —Desvía su mirada hacia mí—. Tesoro, esto se te escapa de las manos. No rompas la familia.

¿Qué familia? En sus pupilas se puede leer: no te lo perdonaré con facilidad.

—Señor Ponce. Si tuviese que elegir entre su hijo y su esposa. ¿Con quién se quedaría? —Cuestiona la abogada ante las miradas atónitas de los presentes—. ¡No es una pregunta tan descabellada! No le pido que salve la vida de uno u otro, lo único que me gustaría saber es a quién de los dos echaría más de menos.

Durante unos segundos es observado por cuatro pares de ojos, permanece mudo, por lo que Nuria continúa.

—Es un hombre conocido en su barrio, sus padres también lo fueron. Muchos vecinos comentan que usted estaba impaciente por casarse con la señorita Sur Rivas y su madre por ser abuela. ¿Sabe a la conclusión que he llegado tras contrastar información? —No espera respuesta—. Que usted quiso concederle el capricho a su madre, pero su verdadera obsesión era y es su esposa. La llegada de un bebé la uniría a usted con un nudo irrompible. Reconozca que de ella es de quien no puede desprenderse.

—Letrada. Está delirando. —Defiende Gustavo levantándose enérgicamente—. ¡No siga por esos derroteros o tendremos problemas!

—Entonces oigamos algo por boca del señor Ponce que cambie el concepto que poseo de él. ¿Tiene reparos en contarnos cómo vivió el nacimiento de Sergio? Debió de ser una experiencia única y maravillosa asistir al parto y coger a su primogénito en brazos por primera vez.

¡Vaya! Los hermanos traen los deberes bien hechos. Fran y yo nos sorprendemos, salvo Gustavo, que se queda descolocado porque la pregunta surge sin venir a cuento.

—Coincidió con la muerte de mi madre —se excusa.

—¡Oh! Lo lamento. ¡Qué tremenda y horrible casualidad!

Sin embargo, Ricardo no lo siente en absoluto e insiste.

—Díganos. ¿Ha estado en la mayoría de los acontecimientos importantes de Sergio? ¿Le lleva al parque, juega con él o participa de su educación? ¿Conoce a su profesora del colegio o su pediatra? ¿Dónde estuvo la tarde noche en la que su embarazada esposa cayó por las escaleras y perdió a su segundo hijo?

El rostro de Fran ensombrece, da un silencio por contestación a las preguntas.

—¡¡Señor Balbuena!! No le consiento que difame al señor Ponce bajo ningún concepto.

Nuria se cansa, mide las fuerzas con su contrario.

—Haga que su cliente firme el acuerdo de divorcio. Sur no le pide repartición de bienes, manutención o compensatoria. Quiere su libertad y la de su hijo.

Seamos sensatos y profesionales, debemos mediar, conseguir que la pareja se reconcilie. ¿No ven que son jóvenes que se quieren? —Gustavo abre los brazos señalándonos a Fran y a mí.

Desde luego el hombre no tiene ni idea de nuestra relación e implora con las mejores intenciones.

—De no ser por las buenas, iremos a juicio por las malas —sentencia Nuria.

Nerviosa, enderezo la espalda. ¿Cuándo me extravié que no he visto venir la tensión que allí se ha generado? Fran espera que opine, como no reacciono, se levanta y planta las manos en la mesa. Por un segundo creo que se deslizará por el tablero con el propósito de escarmentarme. Asustada arrastro la silla hacia atrás.

—Pues si mi querida esposa, así lo estima oportuno, nos veremos delante de un juez.

—Regrese con nosotros y siéntese, señor Ponce. —Alza la voz Ricardo—. Antes de abandonar la sala le interesará conocer nuestro argumento. Porque las exigencias cambiarían, y le prometo que para un tribunal no tendrá desperdicio ninguno de estos alegatos.

Receloso vuelve sobre sus pasos, permanece de pie al igual que los tres letrados. Yo soy incapaz de moverme del asiento, deseo desaparecer. Nuria le guiña un ojo a su hermano, noto que son cómplices de un secreto que pronto compartirán.

—Ricardo además de licenciado en derecho penal, es detective privado. Y no es porque sea familia, pero es el mejor sabueso que conozco. —Informa Nuria. Después toma asiento, pone cara de consternación mientras coge mi mano—. Sur, lamento que tengas que enterarte de esto, Ricardo y yo hubiésemos preferido mantenerlo oculto. Aunque, en vista de que el señor Ponce no colabora, es preferible que los informes salgan a la luz en estas circunstancias. ¿Preparada, o necesitas unos minutos?

—Adelante, acabemos con esto cuanto antes —digo sin prestar atención a la penetrante mirada azul que estudia mis expresiones.

Las carpetas viajan de Ricardo a su hermana, quien abre la primera. Tranquila ojea un documento, aptitud que desespera a Fran.

—Seguro que semejante disparate ha sido idea de tu hermano Diego, nunca me ha aceptado. Te habrá minado la cabeza hasta que ha conseguido ponerte en mi contra, ¿no es cierto? Tu padre se decepcionará, al igual que le ocurrirá a Claudia cuando se entere.

—Deja a mi madrina en paz —murmuro con rabia.

—No sé por qué te sigo el juego. —Increpa señalándome con el dedo.

—Bonita palabra con la que comenzar, “juego”. ¿Le gusta jugar a las cartas habitualmente, señor Ponce?

—Expongan rápido o nos marchamos —advierde Gustavo a Nuria.

—De acuerdo. —Ella extiende unas hojas a su colega—. Vaya leyendo esto mientras su cliente nos cuenta si durante estos años le ha sido totalmente honesto a su esposa.

El aludido gruñe.

—¿Va a convertir un desacierto puntual en una montaña de infortunios con la finalidad de poner a mi mujer en contra? ¡No soy un ludópata por jugar un par de veces al póquer!

—Sur, ¿sabías que le gusta acudir a las casas de juego?

Confusa, elevo las manos. Él resopla fastidiado.

—En el viaje de novios, uno de sus amigos comentó que participó y apostó en alguna que otra timba privada. Según Fran, eso quedó en el pasado.

—No entraré en detalles sobre estos últimos años. Fuisteis de viaje a las Islas Canarias y os hospedasteis en un casino de lujo, ¿verdad?

—Sí.

—¿Tienes constancia de que tu marido apostó y ganó una cantidad nada despreciable de dinero en aquel lugar? Puedo decirte la noche exacta que se organizó...

—No sigas, por favor —corto con una súplica.

Me falta el aire unos segundos, los ojos escuecen por culpa de las lágrimas. En la memoria se repiten recuerdos de aquel fin de año, incluso uno que borré por completo; la ficha de casino tirada en el suelo de la suite. ¡Le pertenecía a él!

—Tesoro, existe una explicación. Cierto que he apostado en contadas ocasiones, pero como a ti nunca te interesó el manejo del dinero...

Es consciente que ha dicho una estupidez, ambos sabemos qué sucedió aquella noche como para no mencionar el premio conseguido a lo largo de la convivencia. No importa el dinero, duele las mentiras estiradas en el tiempo.

Ricardo lee mis pensamientos.

—No te equivocas, te ha engañado sin remordimientos. Gestiona cuentas privadas a nombre de una sociedad, donde él es el administrador único. Sur, apuesto a que tampoco te ha mencionado que posee, aparte del negocio, del apartamento aldaño a este y la vivienda que heredó de sus padres. Otra vivienda en Madrid. Muy bien arrendada, por cierto. —Realiza un gesto de felicitación con la mano que Fran ignora a propósito.

Incrédula miro la dirección donde se sitúa la propiedad secreta, se emplaza en un buen barrio a diez minutos de la cafetería San Lorenzo. Dejo caer la espalda en el tullido respaldo, incapaz de evaluar con palabras al hombre con el que estoy casada.

—Este tiempo hemos vivido en un pequeño y sombrío apartamento encima de la cafetería.

—Tesoro...

—¡No vuelvas a llamarme así! —Grito histérica haciéndole retroceder pese a la considerable distancia que nos separa. El calor de las lágrimas cubre las mejillas, se aglomeran en la garganta —. No me importaba, estaba bien para nosotros dos, nunca necesité más. Pero con Sergio comenzó a ser

insuficiente, él necesita espacio, tiene muchos juguetes. Y si hubiese nacido Adrián...

—Propuse trasladarnos al piso de mi madre.

—Sabías que odio ese lugar, los recuerdos que hay en él. Maldita sea, incluso guardando una pequeña fortuna ponías pegos y trabas. Te negabas a reformarlo.

Seco el llanto con las yemas de los dedos. El silencio se instala en la sala, cada uno alcanza sus conclusiones. Gustavo es el primero en reponerse de los reproches.

—Oigan. Que mi cliente ha ocultado información a su cónyuge tendrían que demostrarlo con papeles y pruebas. Cualquiera podría ver que él no desea el divorcio ni se niega a compartir sus bienes, porque sigue enamorado de su mujer.

—¡Ja! —me jacto. Es ridículo lo que escucho.

Vayamos despacio, punto por punto. Acabamos de poner en la mesa el poder adquisitivo que tiene la familia. Aunque uno de sus miembros lo desconociese. —Puntualiza Nuria—. ¿No guarda otras confesiones, señor Ponce?

Entrecierra los parpados, deja esa rendija por donde sus ojos celestes brillan como luceros.

—No.

—¿Su esposa sabe que ha estado casado con anterioridad? —Haciéndose la sorprendida al igual que yo, reparte otras hojas grapadas.

—¡Joder! ¿Esto qué es? La Santa Inquisición.

Sujeto la prueba inequívoca de la existencia de un enlace anterior, un acta de matrimonio y otro de divorcio. El descubrimiento me marea, no doy crédito.

—¿Contesta usted al punto número dos, “confesiones de alcoba”, o lo hago yo?

Contiene la rabia, aprieta los puños a los costados.

—Era joven cuando cometí el error, duró unos meses.

Nuria gira su silla, se inclina a modo de cuchicheo. Su expresión se entristece al ver que tengo los ojos desorbitados de la impresión y no soy capaz de pestañear.

—En resumen. Se enamoró de una chica que ejercía de Gogó, unos años mayor que él. La trató como a una reina, se gastó una fortuna, lo que ganaba lo invertía en ella. Le costeaba las operaciones estéticas, ropa, fiestas

exclusivas, etc. ¡Se casaron en las Vegas! Qué más se puede añadir. —Simula discreción tapándose medio rostro con la mano—. No obstante, reconozco que el matrimonio fue fugaz.

Es surrealista, inverosímil. Alucino saturada de información. Observo unos segundos a Nuria, a Ricardo, a Gustavo y a “mi querido y gran desconocido marido”. Fran aparenta menos edad de la que cumple en realidad. ¡Cielos! Quizás ahora la diferencia de años no es notable, pero cuando yo sufría la inocente adolescencia, él era un hombre curtido por el ambiente nocturno de las salas de fiesta.

Le imagino con veinticuatro o veinticinco años, lejos de las garras de su madre, la siempre omnipresente Magdalena. Un chico atractivo, comiéndose la noche mientras dirige una discoteca renombrada, con poder y la cartera a rebosar de billetes. La creatividad me alcanza a dibujar en la mente, y a su lado, a una mujer espectacular de piernas largas, cintura estrecha, pechos grandes, labios generosos..., muy llamativa ella, contoneándose como una pantera en celo. No es de extrañar que un hombre joven quiera retenerla en su cama para dar rienda suelta a su revolucionada testosterona.

Pienso en Claudia, en la vara con la que media al sexo masculino. En las primeras y segundas relaciones en pareja. Me da un ataque de risa que nadie espera. Si Madrina estuviese en la sala, no saldría de su asombro y estaría maldiciendo en latín. El estado de ansiedad mezclado con los datos es un cóctel perfecto que casi consigue volverme loca.

—¿La primera Escoba, la segunda Señora? —Cuestiono al notar como nace la crispación—. Maldita sea. ¿Quién cojones ha invertido los papeles conmigo? ¿No debía ser la segundona, la mejor valorada?

—Tú no eres una segundona.

—¡Claro que no! Y no se trata de tu opinión o la de los demás. El problema está en que no me di a valer y te aprovechaste de ello. He sido la ilusa confiada que creyó en tu amor, que te ha respetado, que te ha dado hijos, que ha trabajado sin recibir nada a cambio y luchado por una relación que me ha causado más daño que satisfacción. Desde el primer instante has engañado. ¿Por qué, Fran? ¿Por qué me elegiste a mí en vez de a una de las chicas que beben los vientos por ti? ¿Por qué antes de la boda me dijiste que nunca habías adaptado tu vida a la de otra mujer?

—Fue una mentirijilla. Tú eres el sueño de cualquier hombre: una mujer inteligente, bondadosa y, muy bonita. Te quiero, temí asustarte con mi

pasado.

—¿Ese es el motivo por el que me has ido cortando las alas para que mis aspiraciones no progresaran?

Baja la mirada, toma aire por la nariz mientras fuerza la mandíbula.

—¿Crees que soy tan imbécil de no advertir que jamás has sentido por mí, lo mismo que yo por ti? —increpa impotente con la mano extendida—. Constantemente he tenido miedo de perderte. Ni en un millón de años te hubieses fijado en un tipo como yo. Con tu talento nunca habrías permanecido a mi lado.

—Cierto que al principio te rechazaba por la insistencia. Cierto que lo nuestro fue tan... forzado, que dudaba de mis sentimientos. Pero hubo un momento en el que empecé a enamorarme de ti. Fran, mis aspiraciones no nos hubiesen separado. Tú te encargaste de estropearlo aquella noche en la que... —Mantengo la compostura a pesar de que las lágrimas se desbordan—, comencé a tenerte miedo.

Meditabundo agacha la cabeza. Retroceder y cambiar el pasado es imposible, pero nunca es tarde para reconocer y aceptar los errores. Gustavo, ajeno a nuestras vivencias, vuelve a mediar por su cliente.

—Letrados, de verdad que no sé adónde pretenden llegar. ¿Quieren provocar el odio de la señora Ponce hacia su marido?

Más papeles salen de la carpeta que Nuria sostiene.

—Le aseguro que Sur no le guarda rencor a su marido. Lo único que desea es que se acabe la farsa vida que llevan, por eso nos ha contratado. Señor Ponce. Dice amar a su esposa, sin embargo, no ha tenido reparos en serle infiel en diversas ocasiones. La última vez, la semana pasada. ¿Cómo tuvo el descaro de llevar a su ligue bajo el mismo techo que su familia?

Pillado por su indiscreción, se refriega las manos en la cara.

—Tesoro.

—No vuelvas a llamarte, *tesoro* —repito con un gruñido al identificar a la mujer de las fotos. Es Sabrina, la peluquera pirómana.

—Sur sospechaba de su afer, como comprenderá su dignidad la obligó a ponerse en contacto con nuestro gabinete, de ahí que nosotros hayamos investigado. Nos puso demasiado fácil descubrirle en plena faena —dice Ricardo encubriendo a la verdadera persona que los ha contratado.

Un sobre marrón con la etiqueta de un centro hospitalario me llama la atención. Antes de leer la letra negrita, Ricardo lo desliza por la superficie de la mesa y topa con los dedos de Fran. La seriedad reina junto a una incómoda

tensión que me eriza la piel.

—Ábralo si siente curiosidad. En el encontrará las pruebas que determinarán el divorcio. Le aseguro señor Ponce que no deseamos verle entre rejas y sin nada. Pero un tribunal no tendrá compasión cuando le demostramos que su esposa, salvaguardando la presunción de inocencia, ha podido vivir un infierno estos años de matrimonio.

Derrotado se sienta en una silla y sustrae la documentación, que incluye radiografías y algunas fotos en las que me reconozco. Su abogado alza las manos al cielo, se las lleva a la cabeza. Manifiesta la imposibilidad de defender lo indefendible.

—Franco. Hablemos en privado —solicita Gustavo bastante preocupado.

Ricardo los acompaña a otra sala que les concederá privacidad. Nuria, pasados un par de minutos, va en busca de su hermano.

Vacilante, rodeo la mesa y agarro los informes. Lo primero que busco y leo es el nombre del médico que los realizó. Ahí está, el doctor Heredia. El traumatólogo, el amigo, el hombre del que sigo enamorada y que desapareció partiéndome el alma. A su manera ha velado por su paciente en la distancia y el tiempo, como le aseguró a Claudia. Lloro en silencio de la emoción. Los sentimientos se remueven y afloran, aún oigo su risa varonil y contagiosa. Sin privarme más tiempo, proyecto en la mente su atractivo rostro con claridad.

No me atrevo a cuestionar cómo han llegado los documentos confidenciales a manos de los hermanos Balbuena. Me limito a sollozar cuando veo las fotos donde se distinguen las marcas de los dedos de Fran en la garganta y brazo. Aparezco dormida, llena de cortes y moratones.

El testimonio del traumatólogo es revelador. Indica: se aprecian síntomas de violencia y forcejeo. Que las lesiones que se advierten en las costillas nueve y diez, se produjeron con anterioridad a la caída actual, que según la paciente ha sufrido en las escaleras de su hogar, la cual dio lugar a un parto prematuro de su segundo hijo. El bebé por desgracia nació sin vida. Las conclusiones demuestran, bajo su criterio, que las viejas contusiones sanaron con lentitud y dificultad por la falta de tratamiento y tal vez reposo. Según su experiencia, las causó un fuerte golpe o caída lateral contra un objeto anguloso. Finaliza indicando que se intentó localizar al marido de la paciente o algún familiar sin resultado.

En definitiva, el doctor Sergio Heredia, redactó una valoración la noche que ingresé en el hospital. Aportando no solo su testimonio, sino el de

otros compañeros que me atendieron y la versión de los taxistas que me socorrieron. Uno de ellos especifica que vio salir a Fran minutos antes del domicilio. En resumidas cuentas, las señales indicaban que existía riesgo de ser una mujer maltratada por su marido.

Doy un respingo cuando Nuria entra como un huracán en la sala de reuniones y me abraza mostrando una felicidad sincera.

—Señorita Rivas. Vuelve a ser una mujer soltera.

Capítulo 34

Cuesta asimilar la noticia, ni por un segundo festejo el nuevo estado civil. Siento el sabor del fracaso y miedo, mucho miedo. ¿Ahora qué? ¿Sabré vivir sin Fran, lejos del ambiente al que estoy acostumbrada? Del amparo de mis padres pasé al abrazo de un marido posesivo. ¿Cómo voy a apañármelas en esta nueva etapa?

Nuria me cede su antiguo despacho. Se me parte el corazón comunicarle a Ana que al día siguiente se celebra una misa en memoria de su hermana pequeña que ha fallecido de un infarto mientras dormía. Ana, desconsolada, llora rota de dolor. Cuando se recupera de la congoja, la remato contándole los datos del inminente divorcio. Pepe no sale de su asombro, pero su concepto de Fran cambia al contarle a grandes rasgos la otra cara de Franco Ponce. Acepta la resolución y la orden de preservar el anonimato de nuestro paradero.

Los hermanos Balbuena me acompañan al colegio y a la cafetería San Lorenzo. Reconforta que no se separen de Sergio o de mí, aún no sé con exactitud lo que nos deparará el destino escrito por Claudia.

Mientras Ricardo se encarga de trasladar a Nerón y nuestras pertenencias al monovolumen de su propiedad. Nuria hace el gran favor, como abogada y amiga, de estar presente cuando Fran se despide de su hijo. Sentirse observado le cohibe, de lo contrario no dudaría en exagerar su pena con el fin de lograr que me sienta más culpable, más miserable, más ruin y la peor persona del mundo por romper “la familia”. Bien sabe el cielo, que para esa tarea me basto solita. Es un consuelo que el pequeño asuma sin llantos que por un tiempo no verá a su padre, se demuestra que Fran necesita trabajar en la relación que mantiene con su primogénito.

A Diego le es imposible llegar a tiempo al sepelio en memoria de Claudia, acuden mis padres, Nuria, Ricardo y Arturo Balbuena. Gracias a este agradable señor, Madrina se halla con nosotros y descansará en paz en su casa. Es patente el lazo afectivo que unió a Claudia y Arturo, adivino que es el hombre por el que eligió Málaga como destino donde envejecer. ¡Cielos! Incluso a Pepe le aflige la muerte de su más férrea enemiga. Y es que por mucho que se odiasen, nunca se desearon mal alguno.

Arturo Balbuena, reprime la triste emoción que le embarga por la

desaparición de su amada y en privado saca dos cartas de su chaqueta, una se la entrega a Ana y otra a mí.

—Las escribió horas antes de su fallecimiento. Estoy convencido de que presintió el final.

—Gracias. —Guardo la misiva. Leeré su despedida cuando encuentre el valor necesario para decirle adiós—. Eres muy amable, ha sido una suerte que te encontrases a su vera, que no estuviese sola.

—Sur —dice con dificultad pues la pena le ahoga—. Si te parece iré a recoger sus cenizas y partimos de inmediato a cumplir su última voluntad.

—Claro, enseguida me reúno con usted y sus hijos.

El hombre se aleja secándose el borde de las pestañas con un pañuelo blanco. Ana no deja de mirarle con una triste sonrisa en los labios.

—Se le nota afectado de verdad.

—Sí.

—Si la tuviese delante la mataría con mis propias manos. ¿Cómo ha podido morir ahora que se enamora de un “señor” como Dios manda?

Las dos echamos a reír y a llorar a la vez. Nos abrazamos, va a costar admitir su pérdida. El no disfrutar de su compañía los años venideros.

—Mamá, debo marcharme.

—Mi niña, ve tranquila. Tomate tu tiempo, sana las heridas y sigue cuidando de mi nieto. Aquí nadie dirá dónde estáis, te lo prometo.

Subo a la furgoneta con la inseguridad que me produce el giro y la velocidad que ha tomado mi vida. Sujeto con fuerza la vasija que contiene los restos de Claudia. Arturo se acomoda al otro lado de la silla de seguridad que ocupa Sergio.

—No me andaré con rodeos —dice al cabo de unos minutos—. Creo que es absurdo acudir a mi despacho si disponemos de cinco o seis horas para hablar del testamento. Sur, como ahijada de Claudia eres beneficiaría de la propiedad de Málaga, de sus cuentas bancarias y del montante del seguro de vida. Es una cantidad que te permitirá vivir con comodidad incluso después de que decidas y resuelvas tu futuro.

—Es injusto, mi vida solucionada a cambio de la suya. —Miro el tarro de cerámica que reposa en el regazo, las lágrimas caen y resbalan por su tapadera.

—El desenlace fue repentino, y es su deseo.

—¿Quería que me instalase en su casa y cumpliera su sueño?

—Le gustaría que hagas de ella tu hogar, pero podrás venderla cuando

creas oportuno. Respeto a sus ilusiones, depende de ti si deseas hacerlas tuyas.

—Muy típico de Claudia prever los detalles. —Sonrío con amargura.

—Era una mujer maravillosa. De las que disfrutan sin dejar ningún cabo suelto, de hecho, pensó en su nieto Sergio. —Acaricia el rostro dormido del pequeño—. Quiso que lo matriculase en un colegio privado, se incorporará a las clases tras las vacaciones de Semana Santa.

A las seis de la tarde entramos en la capital de la Costa del Sol. El nombre que se le atribuye no acompaña con el tiempo, el cielo está encapotado y ha llovido. Aunque enseguida entiendo por qué a Claudia le fascinaba la ciudad. No es por sus barriadas, calles o edificios; hay algo en el aire que enamora.

Nuria va citando los nombres de las zonas por donde circulamos hasta llegar a nuestro destino. El barrio se llama, la Malagueta. Inhalo con codicia el olor a mar. Pienso que esa particularidad que se escapa a la vista y al tacto, debe ser la causa que perturba los sentidos del viajero.

El coche sube las ruedas delanteras en una rampa que cruza la acera, esperamos frente a un portón de hierro a que este se abra a un lateral. Desde los asientos traseros aprecio las lindes de la parcela. La valla, mitad ladrillo mitad reja de hierro, se halla forrada de un extremo a otro de frondosas buganvillas. Lo que hace imposible para aquel que pasee por el estrecho camino peatonal, ver el interior de la propiedad y viceversa. También hay un arco cubierto por esta planta que corona una puerta de una sola hoja.

Cuando el vehículo aparca dentro de la finca y bajo con Sergio en brazos, la barbilla me tropieza con el suelo. ¡Esta casa señorial no puede ser la ruina que compró Claudia años atrás!

—¿Estáis seguro de que no os habéis equivocado de dirección?

La risa de Ricardo se escucha detrás nuestra. Nuria se planta a la vera, al igual que lo hace Arturo y la obediente mascota que nos acompaña.

—La reforma y restauración ha merecido la pena, ¿verdad? Su arquitectura colonial es magnífica. Me encanta como han quedado los pórticos con las mallorquinas, y el interior, a pesar de que le quedan algunos retoques, te sorprenderá —explica Nuria.

—Te prometo que ya estoy asombrada con solo ver la fachada —digo admirando lo que nos rodea.

La extraordinaria casa posee anexo un garaje, es una construcción nueva. Sonrío al recordar que una vez le dije que la imaginaba conduciendo

un descapotable, con el sol iluminando su melena canosa al viento. Muerdo los labios, rechazo la nostalgia para seguir el recorrido de la fachada. Cuenta con un porche donde colocar dos sillas, con el espacio que ocupa la furgoneta y los metros de terreno que hay delante, Sergio y Nerón disfrutarán mucho de ese pedacito de patio.

—Sur. ¿Qué haces ahí pasmada? ¿No pensarás permanecer fuera con la humedad que cae?

—Nuria, comparado con Madrid, esta temperatura es divina.

Se encoge de hombros y sube los escalones con una de mis maletas en la mano. La señora que aguarda en el rellano de la entrada, servicial, se la retira y se encarga de ella.

—Has lo que te apetezca, es cosa tuya si quieres ser la comidilla de los vecinos. Porque no sé si te has dado cuenta, pero la mitad de tu parcela está expuesta a la indiscreción.

—¡Qué exagerada eres! Desde que nací he vivido en pisos sin terrazas donde el sol nunca entra por las ventanas y vecinos metomentodo que les basta con poner la oreja en la pared si quieren seguir la conversación. Esos edificios del otro lado de la calle no impedirán que goce de este rincón.

—Ay, que simpática. Pues estoy deseando averiguar qué hará cuando descubra el jardín posterior, el que mira al paseo marítimo —le comenta a su padre y a la mujer que nos sonríe—. Sur, ella es Ruth. Se ha encargado de acondicionar la casa para vuestra llegada, también vendrá algunas mañanas a realizar las tareas de limpieza.

Miro extrañada a Arturo, que lleva en silencio la mayor parte del trayecto.

—No es un lujo, es una asistencia que a partir de ahora te puedes permitir —dice él con gesto afectuoso.

Triste, porque no es el modo en el que me hubiese gustado visitar la propiedad, saludo a Ruth.

En el interior, Sergio señala con su dedito el alto techo. En el vestíbulo cuelga una lámpara de cristales que refleja la luz en las paredes y el suelo, crea un juego de brillos y sombras de colores hipnotizador. La amplia cocina combina la madera de roble, con el acero inoxidable de los aparatos electrodomésticos. El horno encastrado invita a preparar decenas de pasteles. El acogedor salón, con sus alfombras, tapices, cuadros y objetos de diferentes lugares del mundo, añora tanto como yo a la mujer que adquirió todo aquello en sus viajes.

Seco las lágrimas con los dedos, me emociono al ver como Arturo escoge un lugar privilegiado y orienta la urna con los restos de su amada mirando al mar. Le otorgo la intimidad que necesita, ordeno a Nerón con un gesto que espere tumbado y acompaño a Nuria a la planta superior.

—Sur. Aquí arriba hay cuatro dormitorios y dos baños completos, uno dentro de la suite principal —informa bastante familiarizada con la vivienda—. Comprenderás que la habitación que iba a ocupar tu madrina es la única amueblada por completo, las otras tres ni siquiera están pintadas como debiesen. Claudia quería encargarse en persona de los colores y las telas. Pero nosotros hemos mandado comprar una cama para Sergio mientras eliges como decorársela.

¿Qué puedo decir o pedir? No merezco este regalo, Claudia es la que debería disfrutar los frutos de su trabajo.

—No sé cómo agradeceros la ayuda que me brindáis.

—Nos bastará con que seas feliz aquí. —Acaricia mi brazo con una mano, con la otra abre la puerta del dormitorio principal, paso dentro sobrecogida—. Es romántica, ¿verdad?

—Sí, mucho.

Sergio se echa al suelo, se quita los zapatos antes de correr hacia la cama con dosel, vestida con un edredón blanco de diminutas flores bordadas y cojines de colores llamativos. Me fijo en las vigas de madera del techo, la edificación conserva la elegancia de lo antiguo con un toque moderno, como es el suelo de cerámica color avellana.

—Asómate a la ventana si quieres convencerte de que te encuentras en el lugar correcto.

Intuyo que no se equivoca, de inmediato, con los sentidos hambrientos de conocimiento, despliego las dos puertas de palillería. Poso las manos en la barandilla de hierro mojada por la lluvia.

—Esto es, ¡maravilloso! Se puede ver, oler y sentir la playa —digo deslumbrada por el bello paisaje que muestra el mar cubierto de nubes oscuras. El pequeño se hace un hueco entre nosotras ansioso por mirar. Comienza a lloviznar, pero no me importa que se moje el cabello.

—¡Mamá, césped! —Grita loco de contento sacando la mano por entre los barrotes.

—Ya veo hijo. Tía Claudia nos ha dejado un jardín precioso para que juegues en él todos los días. Que no llueva y esté mojado como hoy —especifico al pequeño terremoto.

«Volver con Fran a cambio de retroceder en el tiempo y salvar la vida de Claudia. ¿Dónde hay que firmar?». Imploro en silencio.

—Sur. A ella no le hubiese gustado verte llorar. Siempre hablaba de ti con orgullo, eras su niña, la artista de la familia. Si permites que dé mi opinión, creo que ese taller tipo invernadero que ves adjunto al garaje. — Ambas miramos la estructura de aluminio y cristal que sobresale en el jardín —. Lo construyó pensando en ti.

—Un estudio donde dar clases privadas de pintura y restauración.

—A tipos atractivos menores de cincuenta años —puntualiza. Logra que ría y llore. Espera unos segundos a verme recompuesta—. Será mejor que baje y nos marchemos. Mi padre necesita descansar.

—Sí, debe estar agotadísimo. Perdona por los quebraderos de cabeza que os he dado —digo de corazón. Nuria suspira, relaja los hombros.

—Hagamos una cosa. Prométeme que esta noche dejarás de pensar y sentirte culpable hasta de respirar. Da un paseo con Sergio y Nerón, relájate con un baño de sales, cenad algo de lo que Ruth haya preparado, e iros a la cama exclusivamente a descansar. Mañana pasaré temprano a recogeros, compraremos lo que te haga falta y almorzaremos en el centro de la ciudad.

—Parece un plan tentador, pero no me apetece. No quiero molestar, ni entorpecer tu trabajo, ni condicionar tu tiempo.

—¡Bah! No digas tonterías. Como socia del bufete puedo permitirme unos días de vacaciones antes de Semana Santa. Y como amiga quiero enseñarte Málaga, vuestro nuevo hogar.

Obedezco a Nuria en todo menos en eso de mantener la mente en blanco. Toca procesar los cambios, y la tarea, por optimista que pretenda ser, llevará su tiempo. A Nerón debe ocurrirle algo parecido, desde que se despidieron los Balbuena, anda inquieto. El paseo no le ha tranquilizado, lloriquea en cualquier parte de la casa que tenga salida al jardín.

—Olvídate. No voy a concederte el capricho de inspeccionar el césped encharcado de agua y barro. —El animal pone la enternecedora carita de pena—. Esta vez de nada te valdrá, pequeño embaucador.

Acabo de recoger la cocina, apago el televisor y cojo en brazos el cuerpecito laxo de mi hijo con intención de subirle a su dormitorio. La habitación está desangelada, las paredes blancas, una bombilla en el techo. No hay ni una mesita de noche donde colocar su carrusel de estrellitas de colores. Prefiero acostarle en la cama grande conmigo, no quiero que la primera noche que pasamos en la casa, se despierte y se sienta solo en un

lugar extraño.

Dedico media noche a suspirarle al techo. El clima se solidariza con mi pena y el viento comienza a soplar con fuerza. De madrugada llueve sin dar tregua. Como no consigo dormir, me cubro con una rebeca, agarro la carta que dejé en la mesita de noche y bajo a la cocina. Nerón se lamenta con cada trueno que suena.

—Vamos a ver, ¿pero a ti qué te pasa? —pregunto a la mascota poniéndome a su altura—. ¿La edad o el nuevo cambio de ambiente? Por favor, no digas que echas de menos a tu dueño.

El fiel amigo lame la mano como si quisiese que olvidase semejante absurdez, pues prácticamente lo he criado y cuidado yo. Tras acariciar su peludo lomo, me dispongo a servir un café con leche. Con la taza entre las manos y la carta en el bolsillo camino por el salón, bajo los cuatro escalones que comunican con el garaje. La tarde anterior no me atreví a pisar aquellas dependencias, si cada rincón de la casa contiene la esencia de Claudia, el estudio-taller removerá las mismísimas entrañas de la nostalgia.

Jamás imaginé que daría de bruces con un antiguo descapotable. La risa se vuelve carcajada. Desde luego Claudia tomó nota de las ridículas sugerencias de una joven, que, por aquel entonces creía en los cuentos con final feliz.

Deslizo los dedos por la carrocería del Escarabajo gris. Pienso que será un milagro si la reliquia arranca. Llego a la zona destinada a las clases de manualidades. Con la cantidad de cristaleras, la iluminación natural es fantástica incluso con un amanecer ceniciento como el que está dando lugar.

Calculo que tiene un aforo de diez o doce alumnos. Hay una mesa fija de trabajo en el centro. En los laterales, largas encimeras con fregaderos, tornos, hornos y todo tipo de utensilios imprescindibles para trabajar cada materia que Claudia, como profesora de arte hubiese querido instruir. Cuento siete caballetes plegados en una esquina y dos cajas de lienzos, deduzco que los pinceles y acuarelas se guardan en los cajones o bajos de los muebles. Doy por seguro que ha adquirido para su uso privado los mejores pigmentos del mundo.

Coloco la taza en la isla de piedra y me siento al lado. Suspiro y despliego la segunda carta que en menos de una semana he recibido de madrina.

Mi querida ahijada; en este momento en el que escribo estas líneas, puedo imaginar tu precioso rostro. Sé que procuras contener el llanto. ¡No te

permiso tristezas! De lo contrario, mis ilusiones de qué habrán servido. Tarde o temprano uno de mis viajes sería con billete de ida, más largo de lo habitual. Y lo mío iba a ser tuyo, así que no hay motivo para lamentaciones. En unos días llegarás a preguntarte muchas cosas, cómo: ¿Por qué no compartes con Diego la herencia? O ¿Cómo llegó a mi poder el informe médico? Te responderé que, a tu hermano, a pesar de su negativa porque no deseaba nada, le entregué en vida su parte; una colección de pinturas y esculturas que está expuesta en la galería de un amigo. El sobre hospitalario me lo hizo llegar de forma confidencial, aquel joven traumatólogo llamado Sergio. Desconozco su contenido, prometí que se utilizaría si alguna vez te decidías a pedir ayuda. Demostró ser un buen amigo el apuesto doctor Heredia.

Aprieto la carta contra el pecho y confieso en voz alta.

—Amo a ese hombre desde el primer día que le escuché reír y le miré a los ojos. Lamento que nunca pueda agradecerle en persona que velase por mí día y noche en el hospital. Que siga presente más allá del tiempo y la distancia. Madrina. Se marchó sin despedirse, sin dejar señal alguna.

Sur, hija. He sido feliz en cada etapa de la vida y aunque mi historia no venga a cuento, esa misma sensación de plenitud, es la que siempre he querido para ti. No vivas mi sueño porque te sientas en deuda conmigo. El dinero de los ahorros y del seguro, te permitirá cubrir gastos y subsistir cómodamente hasta que averigües qué quieres hacer con tu nueva vida. Además, te doy permiso para que vendas la casa. Estudia otros proyectos con los que te sientas identificada y realiza tus propias fantasías. “Eres muy joven aún para dar clases de pintura a unos viejos”. Adivino a que estas palabras te han hecho reír, eso es, suelta lastres. Recupera la sonrisa, la frescura que te caracteriza, y busca el amor verdadero. No importa el tiempo que tardes, deja que tu corazón abra las puertas cuando llegue. Y vuelvo a pedirte disculpas, mi niña. Siento que te empujé a los brazos del hombre equivocado, uno que no te merece. No me lo perdonaré hasta que oiga tu risa allá arriba en el paraíso. O quizás allí abajo, pagando mis errores. Bueno, en esto de la eternidad ya veré desde que punto comienzo el camino. Te quiero, Sur. Nunca lo olvides.

Doblo la hoja y examino el taller de un lado a otro, exhalo un largo suspiro. Duele en el alma la pérdida de otro ser querido, ese sentimiento no desaparecerá con facilidad. Pero sé que Adrián y su tía abuela se han reunido allá donde las almas nobles disfrutaban en paz. Es un delito continuar

lamentándome, carezco de poder para cambiar la historia y devolverles la vida. Claudia me ha concedido otra oportunidad, no tengo que huir de Fran, o por lo menos de la justicia española. Ahora poseo una extraordinaria casa, dinero en el banco y un, coche. Sería un insulto no cuidar de aquello por lo que ella ha luchado, mientras sano las heridas y encuentro a la auténtica Sur Rivas.

Capítulo 35

Un trueno retumba en el horizonte, Nerón aparece como un rayo, pega el hocico empapado de agua en la puerta del estudio que accede al jardín. Se alza aquí y allá nervioso.

—Te has vuelto loco si crees que te voy a permitir retozar ahí fuera después de haber devorado el desayuno.

El perro lloriquea, araña la puerta con la pata. Siento que quiere decir o señalar algo. Un escalofrío me recorre la columna vertebral. ¿Habrá alguien en el exterior? Temerosa busco algún objeto contundente con el que amenazar al posible intruso y me acerco a Nerón. Ruego al tempestuoso cielo que nadie haya saltado la valla, moriría del susto, pues estoy acostumbrada a vivir en bloques de pisos con multitud de vecinos a los que poder pedir auxilio.

La incesante cortina de agua apenas permite ver a través de los cristales, aunque la parcela al ser rectangular y diáfana no dispone de muchos sitios donde alguien pueda esconderse: o se cobija en la terraza cubierta de la derecha o en la copa del árbol que domina el centro del jardín. Un día de relámpagos es poco recomendable refugiarse entre las ramas del viejo ficus. Repaso el porche, está vacío. Sigo la línea de los arriates que adornan el muro; rosales, jazmines, buganvillas, setos con margaritas.

—¿Podrías permanecer quieto? Me va a dar un patatús por tu culpa —

regaño a Nerón que anda desesperado queriendo mirar por encima del poyete —. Eres capaz de aprender a hablar con el fin de describir lo que deseas que inspeccione, ¿verdad?

Gimotea con el cuello inclinado.

Resignada, subo a la encimera de rodillas. Necesito averiguar que oculta el espeso matorral que hay debajo del ventanal. Nada, entre las sombras que aún esquivan la luz del alba y la limitada posición, es imposible apreciar si las flores de la mata que hay pegada a la pared son naranjas o amarillas.

—Sin paraguas y unas botas de agua, desde luego no piso el césped. Nos limitaremos a asomar la nariz por una rendija de la puerta.

Descorro las dos cerraduras, giro la llave y Nerón se encarga de empujar la puerta con tanta fuerza que me lleva por delante y caigo de bruces en el suelo. Antes de aterrizar bocabajo, la lluvia me empapa hasta los huesos.

—Ven aquí. —Intento sujetarle la cola, pero se mueve rápido y se me escurre de las manos. Llega a su objetivo, olisquea y ladra al tupido arbusto. Resignada voy con él. —¿¡Qué es lo que quieres enseñarme con tanto interés!?

Clavo las rodillas en el suelo e inspecciono donde nace el tallo del arbusto. Tengo que agudizar la vista para adivinar qué diablos se protege del frío y del aguacero en aquel lugar.

—¡Cielo santo! —exclamo retirando el cabello mojado del rostro—. Dos gatitos pequeños.

Sin pensarlo introduzco la mano entre los tallos, con delicadeza saco los cuerpecitos de los mininos, les cobijo entre el pecho y la rebeca. Cuando me aseguro de que podemos regresar a casa porque la camada es de dos, aparece Sergio en escena.

—¡Pero, hijo! ¿No te das cuenta de que llueve, vas en pijama, sin zapatillas y sin paraguas?

El granuja ríe encogiéndose de hombros.

—Mamá, he escuchado ladrar a Nerón y creía que necesitaba ayuda.

Niego con la cabeza, soy incapaz de regañar al insensato de mi niño. Temo que perdonaré las mil travesuras del pilluelo de ojos celestes y sonrisa picarona.

—Entremos en casa o atraparemos un resfriado de mil demonios — propongo con urgencia instándole a correr dentro del taller.

Secos y cambiados de ropa trasladamos a la cocina, bien arropados en sus toallas, a los gatitos. Mientras Sergio bebe un chocolate caliente, me dedico a dar un poco de leche a los felinos. Con paciencia, utilizo una jeringuilla de medicamentos infantiles para que ingirieran el líquido. Apenas abren las boquitas con maullidos mudos.

—Mamá. ¿Morirán?

—Pues... —Suelto el precario instrumento amamantador y voy a preparar un café bien cargado. Sergio hablaba poco, pero siempre que lo hace su inteligencia y curiosidad superan su corta edad—. Están débiles cariño. Tal vez lleven días sin que su madre les cuide, porque ella haya sufrido un accidente. Recuerdas que cruzar la calle sin mirar es peligroso, ¿verdad?

—Sí.

Tomo asiento a su vera, le aproximo los bultitos, le enseño como debe encargarse de ellos.

—Hagamos una cosa. No pensaremos que van a fallecer, sino que los alimentaremos y protegeremos como lo haría su madre. Por si ella aparece y desea llevárselos —digo una alternativa piadosa en caso de que suceda un desgraciado desenlace—. Sergio. Un día que estos dos mininos nos acompañen, es un día que debemos estar agradecidos por la felicidad que nos regalan.

La mente vuela en el tiempo, son palabras del doctor Heredia, él logró mitigar el inmenso dolor que me causó la muerte de Adrián. Es increíble que su terapia la haya vuelto a aplicar con la desaparición de Claudia.

—Voy a conseguir que sean muchos días, crecerán tan grandes como Nerón.

Alzo las cejas y recuesto la espalda en la silla.

—Cariño, si eso fuese posible, buscaría a su madre antes de que estos dos, jugando, nos coman de un mordisco.

Echamos a reír, me emociona la escena que protagonizamos. Sergio acaricia las cabecitas peludas de los gatitos, ilusionado con su nueva responsabilidad de adulto. El ángel guardián, permanece atento con el cuello estirado y las orejas alerta. No dudo que Nerón vigilará a las tres criaturas, ya son sus cachorros. La armonía surge de forma natural en la cocina, se respira calma. Entonces el timbre suena y Sergio da un respingo apartándose de los gatos, no es consciente de que mi corazón también se ha acelerado a mil por hora. Le acaricio el moflete y le entrego el nido hecho de toallas.

—Mamá confía en ti, sé que atenderás bien a las fiercillas mientras

voy a abrir la puerta. Debe ser Nuria. Prometió que vendría temprano para llevarnos de compras.

Sonríe, relaja las facciones y sigue observando a los indefensos animalitos mientras come unas galletas.

En efecto, en la puerta exterior se encuentra la abogada. Se cubre bajo un paraguas blanco, viste de forma informal; unas botas, unos vaqueros azules y una cazadora. La melena rubia y lacia la hace parecer una veinteañera a sus treinta y cuatro años.

—Buenos días. ¿Habéis desayunado? Traigo unos churros riquísimos.

—Jamás se desprecia un dulce que sabe y huele delicioso. Ahora mismo caliente chocolate.

Nuria se lleva las manos a la cabeza cuando Sergio, contentísimo, le muestra el paquete que ronronea.

—¡Vaya!, la familia se amplió durante la noche.

—Sí. Había un regalito en el jardín. —Sonríe al verla calibrar la situación.

—Dicen que los perros y los gatos no se soportan.

—Nerón es diferente, los protegerá hasta que les busquemos un hogar. De hecho, gracias a él han sido rescatados.

—¿Estás segura de que la madre los ha abandonado?

—Ha debido de sucederle algún percance. Míralos. Están flacuchos y débiles de no haber amamantado desde sabe Dios cuando. Además, un día de lluvia como el de ayer y hoy los habría cobijado con el calor de su cuerpo, ¿no crees?

—Supongo —murmura mientras observa a los dos bultos que aún deslizan la pancita por el suelo—. ¿Niñas o niños?

—La parejita.

—Seguro que el macho es el que parece estar hecho de recortes. —
Sonríe perversa.

—No te equivocas.

—La naturaleza es inexorable. ¿Cómo es posible que a la hermana le conceda de patas a cabeza un pelo gris que apetece acariciar, y a él le ponga unas orejas y una cola que cualquiera diría que son postizas? ¡Qué pasó! ¿El ángel encargado de pintarle se quedó sin tinte o era daltónico?

No puedo evitar reír las ocurrencias de Nuria. Porque en realidad, tiene razón. Si no sucede un milagro y muda la pelusa negra que cubre esas partes de su anatomía, el pobre animal va a poseer una belleza peculiar.

—Si sobreviven, ¿me ayudarás a encontrarles quien los adopte?

—Puede que alguno de mis clientes extranjeros se los quede, a los ingleses les gusta mucho los gatos. A menos que les tomes cariño y decidas quedártelos —insinúa convencida de que no será capaz de darlos—. ¿Tienen nombre?

—Si salen de esta situación los llamaremos Mila y Gros.

Rompemos a reír durante unos segundos. Nuria suspira risueña.

—MilaGros. Muy bueno, sí señor.

Lllaman al timbre, miro extrañada a la abogada, es evidente que no esperamos a nadie.

—Sur, ignoro quien puede ser, pero no tengas miedo.

Recelosa, pulso el botón del porterillo y por la mirilla veo quien entra al patio delantero. Descorro el cerrojo en menos de dos segundos.

—¡Diego! —Le abrazo deseosa de recibir su afecto—. ¿Cómo has sabido dónde estábamos?

—Conocía la existencia de la propiedad.

La felicidad no me permite pensar demasiado, le sujeto de la mano y le arrastro al interior donde su sobrino corre alegre a los brazos de su tío.

—Diego. Ella es...

—Nuria Balbuena.

Acaba la frase por mí. Mira fijamente a la atractiva abogada mientras ella mantiene la cabeza gacha y los brazos cruzados.

Estos dos se conocen bastante bien. Pienso.

—Creo que será mejor que me marche, querréis ponerlos al día de lo acontecido estos días. —Se aparta del umbral donde está apoyada y dispuesta a no permanecer ni un minuto más en la casa, se coloca el abrigo—. Diego. Lamento mucho la pérdida de Claudia.

—Gracias. Gracias por todo lo que habéis hecho por mi tía y por mi hermana.

—No hay de qué —dice distante y profesional.

Sigo los pasos resolutivos de Nuria hasta la calle.

—Te considero una buena amiga. No molestas en absoluto si deseas quedarte.

Ella sonrío.

—Sur, os he cogido cariño a Sergio y a ti, nos veremos con frecuencia.

—¿Entonces sigue en pie ir un día de estos de compras?

—Sí, cuando quieras quedamos. —Baja los escalones y se gira—. Mandaré a una empresa especializada para que instale un sistema de televisión, así sabrás quién toca el timbre antes de abrir la cancela.

—Te lo agradezco.

De regreso compruebo que Diego permanece pensativo mientras su sobrino le cuenta la historia de los dos gatitos.

—¿Desde cuándo sabías que Claudia poseía esta casa?

Inclina la cabeza y curva los labios con pesar.

—Me facilitó la información el día en que se empeñó en regalarme su colección de arte privada.

—¿Qué relación habéis tenido tú y Nuria? ¿Te la presentó madrina en el despacho de abogados?

—No. Nos conocíamos con anterioridad. Solo puedo decirte que ambos supimos que estábamos emparentados, porque coincidimos en un almuerzo con Claudia y Arturo. Salimos un par de veces más y después ella se vino a Málaga. No nos hemos vuelto a ver hasta hoy.

Su expresión indica que miente. Intuyo que es una historia larga de contar y que la simpática letrada le marcó el corazón.

—Da la impresión de que entre vosotros se quedó algún asunto pendiente. Estos días que vas a permanecer aquí, busca el modo de conversar con ella. Se te nota a leguas que te gusta demasiado.

—Sur, solo es un conflicto interno. Nuria no siente nada por mí, lo dejó bien claro.

—¿Quién lo iba a imaginar? Diego Rivas al fin cae en las redes de Cupido. —Gruñe malhumorado, así que prefiero no bromear con sus sentimientos—. Estoy muy contenta de que estés con nosotros.

—Mi pequeña, princesita. —Sus dedos acarician mi rostro y recogen un mechón de pelo tras la oreja—. Perdóname. No debí enfadarme ni distanciarme de ti cuando le concediste otra oportunidad a ese... —Con la mandíbula prieta mira a su sobrino, controla la furia que le inspira el padre del pequeño.

—Nunca sentí esa ausencia de la que te culpas, porque no le has fallado a Sergio, que es quien importa. Te adora, ¿lo sabes?

—Y yo a él.

—Diego. Es hora de poner en práctica el consejo de nuestra madrina, miremos hacia delante y superemos el daño que el pasado nos hizo.

Capítulo 36

Es el último lunes de marzo, iniciamos la rutina después de una Semana Santa inolvidable. No la recordaba mejor, parece imposible que las venideras puedan superarse. Porque durante diez días he tenido a mi vera cuanto necesito para ser feliz, a dos de las personas que más quiero en este mundo; a mi hijo y a mi hermano. El tiempo acompañó, Sergio ha jugado por primera vez con la arena de la playa y las hermandades malagueñas no han mirado al cielo con la incertidumbre de si les iba a caer un aguacero o no. He quedado cautivada con la vibrante ciudad y con su acogedora gente. Las charlas hasta altas hora de la madrugada con Diego han sido terapéuticas. Pasar la tarde con Nuria tomando un café es una costumbre de amigas que no deseo volver a perder. Me siento como una niña ilusiona que descubre el mundo de nuevo.

La magia ha regresado a los dedos y la inspiración a la mente. He retomado el viejo bloc de dibujo junto a los carboncillos. Ser consciente de que nadie ni nada impide que dibuje lo que quiero, me conduce al estudio a cualquier hora del día o la noche. En lienzo he plasmado un retrato del hombre al que jamás podré borrar del corazón.

Qué habrá sido de Sergio Heredia.

—Hijo. Deja a los gatitos en su canasta y cierra el lavadero, vamos a llegar tarde a tu primer día de colegio. Para colmo hemos vuelto al invierno, llueve y hace frío —me quejo por el cambio drástico de temperaturas.

—Quiero quedarme en casa cuidándolos, no quiero ir a un cole nuevo donde no tengo amigos.

Volteo los ojos. ¿A quién podrá echar de menos en su antiguo centro? Desde que entró en infantil nunca jugó con los demás compañeros, es un niño bueno e inteligente, pero bastante solitario.

—En este harás otras amistades, te lo aseguro —digo comprobando que no olvido nada antes de marcharnos.

—Es un rollo —protesta cruzándose de brazos como un chico mayor—. Yo pilotaré aviones como mi padrino. ¿Crees que alguna vez me subirá en uno de ellos?

—Sergio, en esas aeronaves no sube cualquiera, hay que estudiar mucho y para eso debes acudir al colegio. Sino pregúntaselo a tu tío cuando

regrese.

—¿Volverá pronto?

—Quién sabe, puede que nos visite antes de lo que imaginamos.

Diego se ha mantenido cauteloso en lo referente a su relación con Nuria. Tengo la corazonada de que se plantea solicitar algún cambio en el ejército.

Miro el reloj. Nuria me indicó donde se sitúa el colegio, pero no me atrevo a circular en coche por una ciudad que no conozco bien. Y menos un día lluvioso. Es mala idea cuando llevo tanto tiempo sin conducir.

—Llegaremos tardísimo si caminamos hasta la parada del autobús de línea, mejor vamos en taxi. ¿Te parece?

Bajamos del servicio público cuando la marabunta de padres abandona el colegio tras dejar a sus retoños. Sujeto fuerte el paraguas, el bolso, la mochila y la mano de Sergio mientras cruzamos por el paso de peatones. Se ha formado un caos circulatorio de autocares, coches en ambas direcciones y conductores desesperados por incorporarse a la calzada porque es probable que lleguen tarde a sus puestos de trabajo.

Voy tan concentrada esquivando los posibles peligros, que al llegar a la acera no me fijo que un todoterreno que pretende salir de su estacionamiento acelera con la mala fortuna que la rueda trasera, la cual se sumerge en un charco, derrapa y me salpica entera.

—¡Ten más cuidado, imbécil! —grito horrorizada al ver como la matrícula con los números del demonio se aleja presuroso y deja mis vaqueros moteados de barro. Al ser consciente del vocabulario empleado, advierto al atento hijo que me observa con la boca abierta—. Esa palabra solo la pueden decir los mayores cuando están muy muy enfadados, ¿entendido?

—Sí, mamá.

Una mujer ríe extendiéndome unas toallitas húmedas con olor a polvo de talco, elevo la sombrilla con el fin de ponerle rostro a la dueña de la mano.

—Intenta limpiar esas manchas, si secan te costará quitarlas.

—Gracias —digo aceptándolas.

—Si conocieras al responsable de semejante tragedia no lo catalogarías con ese adjetivo desdeñoso.

—¿Te refieres al imprudente que va al volante de ese coche?

—Desde luego. Te informo que es uno de los padres más atractivos que acuden a este colegio. Su hijo e Ingrid son compañeros de clase. Te confieso que amo a Jorge, pero ese tipo posee un halo de misterio que a las

madres nos trae locas.

—Lo que tiene es poca vergüenza, que menos que haberse disculpado.

—¡Si no te ha visto, mujer!

La desconocida sonrío, echa a andar hacia el centro educativo a la vez que empuja y encamina la sombrilla de su hija, que debe ser de la misma edad de Sergio. Llama la atención como la joven de ojos negros y nariz chata, mueve la melena de un lado al otro de su redondeada cara. ¿Cuándo perdí la sensual manía de tocar el cabello de ese modo? Ni lo recuerdo, hace años que lo recojo de cualquier forma de día y de noche.

—A todo esto. Me llamo Elvira, ¿y tú?

—Sur. Sí, tal y como suena.

—Curioso nombre —contesta cediéndonos el paso al pabellón infantil —, encaja con tu físico. Y te preguntarás: ¿por qué? Pues porque al escuchar la palabra sur, pienso en imágenes relajantes como el mar, los atardeceres anaranjados, etc. Vamos, que aparentas ser una joven pacífica y soñadora con esos rasgos angelicales.

El comentario es absurdo y gracioso, sonrío igual que ella.

—Pocas personas han dicho algo ingenioso de mi nombre.

—Tienes un aspecto dulce, aunque declaro que he hecho semejante comparación porque se nota que eres nueva y quiero caerte bien. Anda. Te ayudaré a encontrar la clase de tu hijo. A ver, dime, pertenece a los Patitos, los Pollitos o los Gorriones.

—Puerta tres, profesora Emma.

—¡Genial! Otro Gorrión como Ingrid.

Al entrar en el aula y examinar a la “bandada de pájaros mocosos”, caigo en la cuenta de que entre ellos se halla el hijo del desquiciado conductor que me ha puesto de barro hasta la cintura. Que Dios me libre de cruzar una palabra con semejante descerebrado.

—Sur. ¿Podrías facilitarme tu número de teléfono? Necesito añadirlo al expediente de Sergio —solicita la maestra al ver que, justa de tiempo, me despido del pequeño.

—Yo también pensaba pedírtelo. —Elvira saca de su abrigo el móvil para anotarlo—. Te añadiré al grupo WhatsApp que creamos a principio de curso las madres y padres de la clase.

Carraspeo, tengo terminantemente prohibido registrarme en las redes sociales, aunque el nuevo contrato telefónico pertenezca a Diego. Mi

hermano está obsesionado, desconfía de Fran, aún no cree que haya firmado el divorcio por las buenas. Teme que no respete el periodo de distanciamiento si encuentra el modo y el medio de insistir para que regrese con él. ¿Pero cómo puede localizarme? Fran no es espía profesional, si evito colgar fotos en la aplicación nada me delataría.

Aun así, respeto su deseo.

—Elvira, apunta el número, pero de momento no quiero compartirlo con el resto de los padres. Tal vez regrese a Madrid.

Emma acepta la actitud distante sin sorprenderse.

—Es lógico, le tomarías apego a muchos de estos “padres Gorriones”.

Reímos. Agradezco que no me hagan sentir un bicho raro y antipático incapaz de relacionarse con los demás.

Del colegio voy directo al centro de la ciudad. Leo el nombre de la clínica privada donde tengo la cita, compruebo que la dirección es la correcta.

—¿Es necesario que me realice la analítica? —pregunto a Nuria que está al otro lado de la línea.

—Sí.

En este tema, a mi entender, la abogada se ha pasado de cruel en su afán de hacer sentir a Fran culpable, miserable y rastrero. Considero exagerado que haya demandado unas pruebas de enfermedades venéreas.

—Es absurdo, estoy segura de que ha sido precavido en sus relaciones extramatrimoniales, y si a eso le añadíamos que no hemos practicado sexo desde que perdí a Adrián, pues no hay nada que temer.

—Ser malvada es parte del trabajo. El resultado es uno de los requisitos indispensables que nos permitirá establecer un régimen de visitas.

—Le he arrebatado la posibilidad de disfrutar la infancia de Sergio — lamento.

Noto a Nuria distraída, tarda en responder, lo que permite que avance atenta a lo que me rodea. Freno en el pasillo camino de la sala de extracciones, creo que he oído una voz familiar proveniente de una de las consultas. Pongo mis sentidos alerta a la vez que escucho a Nuria.

—Sur, es indiscutible, sufres los coletazos de una relación tóxica. Se llama Síndrome de Estocolmo. Si en algo coincido con tu hermano, es que tu ex se ha buscado este desenlace. Apuesto a que él no sentiría remordimientos si estuviese en tu lugar. Por su bien y por el vuestro, Fran debe aprender a valorar el tiempo que dedique a su hijo. La primera lección es: calidad antes que cantidad.

—Deseo que cumpla lo estipulado, no le guardo rencor. Quiero que forme parte implicada en la vida de Sergio. —Miro a un lado y a otro, no sé por qué el corazón me late deprisa—. Nuria, intuyo que te entretengo, después hablamos.

Repaso de nuevo el pasillo, compruebo que ha sido una confusión provocada y recreada en la mente, nadie me es conocido. Sacudo la cabeza y reanudo la marcha. En cuanto llegue a casa guardo los retratos de Sergio Heredia, he de superar los problemas, afrontarlos, no refugiarme en ilusiones pasadas.

Tras la ducha y la cena, me tumbo en la cama con mi pequeño parlanchín. Desde que lo recogí del colegio no ha parado de contar como es su nueva maestra y las cosas que ha hecho en clase. Se repite como un anciano senil, aunque no importa, está contento, se ha adaptado fenomenal. En cambio, yo no he pasado una mañana tan divertida. Con las fiestas y la compañía de Nuria y Diego, no noté los cambios, pero al verme sola..., he echado de menos el ajetreo de la cafetería San Lorenzo.

—No sé qué hacer de ahora en adelante —murmuro con la mirada extraviada en la lámpara. Me aburriré si no logro marcar unos objetivos o alcanzar un sueño.

—Mamá.

—Dime, cariño.

—¿Puede venir mañana mi mejor amigo a casa? Quiero que conozca a Nerón, a Mila y Gros.

Sonrío como cada vez que oigo los nombres de los gatos.

—Fíjate. El primer día de clase y ya tienes un “mejor amigo”. Hasta este momento no le habías mencionado. ¿Se puede saber su nombre? —El pequeño se sube en mi abdomen.

—Se llama como yo, Sergio.

—¿De verdad?

—Sí —dice asintiendo con la cabecita.

—¡Qué casualidad! Debe ser que lo bueno abunda.

—Mamá. Quiero que venga mañana a merendar.

¿Cómo decirle que es precipitado sin ponerle trabas que le desanimen a socializar?

—Cariño. Aún no conozco a los padres de tus compañeros, ni ellos a mí. Tengo que averiguar si los papás de tu colega quieren que su hijo venga a

casa de una desconocida.

—Él dice que puede venir cuando digas. Que le dejarán venir. — Cosas de críos, pienso. ¿Qué padres descerebrados permitirían que su indefenso retoño se quede a cargo de una extraña? —. ¡Por favor, mamá!

Estos niños nacen sabiendo persuadir, el mío, me conquista sin remedio.

—¿Te parece bien si le invitamos otro día? Debo indagar si su madre está conforme en traerlo a casa.

Doy por seguro que al día siguiente habrá desaparecido las ganas de que su amigo venga a jugar.

Es jueves y nada más lejos de la realidad. Después de darle excusas durante la semana, lo primero que me entrega al tocar el timbre que pone fin a la jornada escolar, es un papel con un nombre y un número de teléfono escrito.

—Cariño. ¿Cómo has conseguido esta información?

—La profe Emma. Sergio y yo le hemos dicho que necesitas hablar con sus padres.

—¿Qué sabiondos sois los dos ¿no?

Releo la nota de su maestra de infantil. «La señora se llama Farah». Busco con curiosidad entre los niños y madres que abandonan el colegio.

—¿Quién es tu nuevo amigo?

—Él no está aquí. Le recogen más tarde.

Deduzco que acude a clases extraescolares, así que guardo la nota y nos vamos. A eso de las seis de la tarde, decido complacer el deseo de Sergio y marco el número de una línea fija.

—¿Buenas tardes, es usted Farah?

—Sí.

—Oiga, mi nombre es Sur, la madre de Sergio. Imagino que no le sonaré de nada. Es que recién llegue a la ciudad y aún no nos...

—¿La madre de Sergio?

Miro la pantalla del móvil al caer en cuál es el malentendido.

—No, no, no. Perdona la confusión, he querido decir que soy la madre de un compañero de Sergio, que también se llama Sergio. Quizás su hijo le habrá hablado de su nuevo amigo.

—Ah. Sí.

Arrugo el entrecejo, creo que su español es bastante precario y la estoy haciendo un lío.

—Bueno, en fin, la razón de la llamada es porque los niños han hecho buenas migas, y le prometí a mi hijo que invitaríamos a merendar al suyo, si usted está de acuerdo.

—Debería consultarlo con su padre. ¿Tiene su número de móvil?

—Pues no.

¿Por qué me manda a hablar con el padre de la criatura? Desconcertada espero a que dicte los dígitos y de igual modo aguardo a que el señor, descuelgue su teléfono. Temo que el tipo sea un manipulador como lo fue Fran conmigo, yo no daba un paso sin que él lo supiese con antelación. Su influencia fue tan sutil que llegué a ver normal su dictadura.

—Diga —contesta un hombre con voz ronca.

—Buenas tardes, perdone que le moleste. ¿Es usted el padre de Sergio?

Se escucha el sonido de las patas de una silla arrastrar por el suelo y mucho jaleo de fondo, incluso la voz de alguien amplificadas por un micrófono.

—¿Le ha pasado algo a mi hijo?

—No. Está bien. Supongo —susurro con la boca seca de los nervios. Necesito zanjar el tema lo antes posible, así que pregunto rápido—. Oiga, soy una de las madres de la clase. Sé que no nos conocemos, pero me gustaría, sino ve inconveniente, que una tarde trajesen a Sergio a merendar a casa.

—¿Y cuándo sería eso?

—Pues...

—¡Mañana, mañana, mañana! —Grita el diablillo tirándome de la rebeca. El hombre hace el amago de reír, después estornuda ruidosamente.

—Perdón, he agarrado un resfriado descomunal. —Se disculpa—. Oiga. Estoy en mitad de una convención y me reclaman. Le facilito el número de casa, y dígame a Farah que para estas cosas puede encargarse ella. Esta mujer a veces se pasa de prudente.

«Claro, como no tengo problemas, interfiero en los suyos con su esposa».

—No se moleste, ya lo he anotado en la agenda.

Permanezco un instante descolocada mientras veo saltar de alegría a Sergio por el salón seguido de su fiel mascota. Las conversaciones han sido breves y precipitadas, algo extrañas. No me he presentado como es debido al padre del compañero. Bueno, ¡qué más da! Con quien voy a tratar es con la señora. Entre nosotras nos entenderemos.

Farah viste unos pantalones oscuros y un jersey de cuello alto bajo una camisa abrochada casi por completo. No cubre el cabello con un velo, sin embargo lo recoge por completo dejando al descubierto su cara limpia de maquillaje. Pese a su atractivo, me parece algo mayor para ser la madre de una criatura de tan corta edad, pero como hoy día todo es posible, ni lo discuto.

Sonrío al ver que el niño, al igual que el mío, tampoco ha querido desprenderse del disfraz con el que esta mañana en clase celebraron el cumpleaños de un compañero. El pequeño lleva pintado de azul el pelo, un ojo negro simulando un parche y en la mejilla una gran cicatriz de color rojo. El simpático pirata, a pesar de tener la misma edad que su colega, le saca tres dedos de altura. Nunca he visto tan emocionado a Sergio, que veloz le presenta a Nerón y lo lleva junto a los dos gatitos que aún no son capaces de abandonar el cajón.

—¿Le apetece un té, un café? —pregunto invitándola a pasar dentro de casa.

—Si tiene té verde lo prefiero.

—Creo que en la despensa hay un buen producto. Mi tía Claudia entendía bastante, era aficionada a esa bebida.

La señora se gira y mira los maceteros que flanquean la entrada principal.

—Si me permite cortar un poco de yerbabuena, puedo prepararlo yo misma.

Farah consigue que saboree un té exquisito, gracias al toque marroquí que le proporciona. Por contra, logra que me sienta incómoda en mi propia casa. No es una gran conversadora, se empeña en limpiar los cacharros utilizados y en no perder de vista a los chavales para que no hagan una travesura. Achaco la servicial forma de actuar a la diferencia de culturas, imagino que con el tiempo adquiriré confianza.

A la hora de despedirnos, el chiquillo se desprende de la mano de su madre, se abalanza y me abraza las piernas.

—Gracias señora —dice educado.

Su sonrisa y la muestra de afecto me tocan el corazón, reavivan antiguas vivencias. Agachada a su altura le beso la frente.

—No hay de qué, cielo.

Se marcha feliz mientras hago memoria y excavo en el pasado.

Intento estudiar los rasgos del pequeño bajo la capa de pintura de su rostro. Antaño otro chiquitín de menor edad se lanzaba a mis brazos sin previo aviso para recibir un beso en las regordetas mejillas. Es extraño que evoque al hijo del doctor Heredia, aquel bebé nada tiene que ver con el niño de esta señora. Si bien su risa me resulta...

Maldita sea. El recuerdo del hombre que ocupa mis fantasías me ha vuelto paranoica.

Capítulo 37

Emma espera en el aula, saluda con un formal apretón de mano mientras habla por teléfono. Indica que tome asiento en una de las sillas verdes, tamaño mini, que usan sus alumnos los Gorriones. Coloco el abrigo y el bolso en una de las mesas a juego con las sillitas, acomodo el trasero como lo hubiese hecho *Blancanieves* en la morada de los enanitos: con cuidado de no caerme del modo más absurdo.

Mientras observo a la docente pinchar en un tablero de corcho los dibujos de sus discípulos sin dejar de conversar con quien supongo es un compañero de trabajo, me pregunto qué hago aquí. Solo ha pasado una semana del comienzo escolar y Emma ya me ha mandado llamar urgente.

Compruebo el reloj. Faltan veinticinco minutos para el término de las clases extraescolares. La apremiante petición de la profesora ha hecho que recurra a la ayuda de Nuria, que amable se ha ofrecido a acompañarme tras hacer un hueco en la agenda de la tarde. En este momento ejerce de cuidadora, Sergio y ella se encuentran en el parque contiguo al centro educativo. El fin es que hable sin interrupciones con la tutora.

Que Emma siga sin cortar la llamada y que despliegue una paciencia infinita al reponer y ordenar el material en los sitios adecuados, en vez de abordar el asunto que requiere mi presencia, me pone nerviosa. Recuerdo los años de estudiante, con la edad de Sergio los maestros imponen un rato largo cuando uno comete alguna travesura.

De inmediato rechazo que se haya metido en algún lío, él no es un revoltoso con malas ideas. Pero..., si fuese posible, ¿qué tipo de trastada planearía el enano? Ahora que lo pienso, al preguntarle por qué su señorita quería hablar conmigo, él se metió las manos en los bolsillos del pantalón y encogió los hombros diciendo: no sé, mamá.

Es oficial, el “no sé”, es sospechoso.

La profesora mira la hora, no cabe duda de que esperamos a alguien. Dejo de frotar las manos en el pantalón y elevo un dedo dispuesta a interrumpir y preguntar si el diablillo se ha peleado con otro compañero. De repente la puerta empapelada de poster educativos se abre de golpe y una voz falta de aliento interrumpe.

—Perdonen la demora. Me ha sido imposible acudir a la hora

acordada.

Emma ladea la cabeza y suspira de esa manera que cualquier mujer entiende sin necesidad de palabras. Es inevitable, tengo que averiguar quién inspira los sueños eróticos de la maestra entrada en la madurez. Agradezco estar a escasos centímetros del suelo, porque un terremoto sacude mi cuerpo al contemplar la perfecta percha que eleva a lo divino un traje de chaqueta azul oscuro. El tipo nos da la espalda, verifica que la puerta queda cerrada.

Bajo la mirada antes de que se gire, siento que encojo por segundos y me vuelvo invisible. Soy consciente que, sin maquillar, con los vaqueros gastados y una rebeca demasiado grande para mi estatura y compleción, carezco del aspecto adecuado para tratar con padres de alto nivel adquisitivo. No me adapto al estatus que mi tía impuso al matricular a Sergio en un colegio privado.

Emma tira el móvil en la mesa, se deshace en saludos y halagos con el recién llegado. De reojo repaso las largas piernas del hombre, subo por los botones de su chaqueta, por la corbata azul de rombos blancos, y con timidez me fijo en el rostro del desconocido. Quedo petrificada en el acto. Él se percata de la insignificante mujer que permanece sentada tras el escritorio de la profesora.

—¡Cielo santo! —Atónito se lleva la mano a la cabeza, despeina el cabello que luce largo y ondulado—. ¡No puedo creer que seas tú!

—La sorpresa es mutua —digo con un hilo de voz y el corazón impactado. ¿Es posible lo que ven mis ojos?

—¿Se conocen?

Sergio Heredia ignora a Emma, le basta un par de pasos para que tenga que elevar la barbilla al techo si quiero ver su hermoso rostro poblado por una cuidada barba. Tal vez espera que me levante y le dé los dos besos de rigor, pero no puedo mover un músculo, ni controlar el sonrojo. Su personalidad atrayente sigue intacta, incluso aparenta más seguridad en sí mismo.

Perdona mi nula reacción, se desabrocha los botones de la chaqueta mientras recoloca sin esfuerzo el diminuto asiento contiguo y se sienta a mi vera.

—¿Qué haces en Málaga?

—Resido aquí.

—¿Desde cuándo?

—Tres semanas más o menos —titubeo incapaz de recordar los días

exactos.

—¿Está el pequeño Sergio contigo? —Asiento y él sonrío—. Qué cosa tan ilógica acabo de decir. Eres su madre y es evidente que el motivo por el que hemos sido convocados esta tarde son nuestros diablillos. ¿No es así, señorita Emma?

—Pues sí, señor Heredia —corroboró ella.

—Sur. Tienes que contarme un montón de cosas —propone inclinando la cabeza.

El movimiento desplaza un mechón de su largo flequillo hacia un lado de la frente. Retengo el aliento, quisiera rozar con los dedos el bello de su mandíbula, después peinar su espeso e indomable cabello.

—Claro, cuando quieras —sonrío aturdida por un sinfín de emociones. Se muestra entusiasmado de verme, aunque nada comparado al amor que yo siento por él.

—Pues díganos, Emma. ¿Qué ha hecho de nuevo mi Sergio?

—¿Tu niño se llama Sergio? —pregunto casi con un chillido agudo—. Siempre te has referido a él como Junior.

—Hhmm. —Busca la explicación en la pizarra electrónica que hay detrás de la maestra—. Su madre para diferenciarnos comenzó a llamarle así.

Entonces me percató, la triste realidad golpea de frente, zarandea mi inestable mundo sentimental.

—Tu nariz sigue congestionada, aunque ya no sueñas ronco.

Sus ojos marrones cargados de pestañas negras tardan unos segundos en comprender, se le ilumina el rostro con una gran sonrisa. ¿Por qué es tan condenadamente atractivo?

—Cuando el enano me contó que la mascota de su amigo respondía al nombre de Nerón, lo consideré una casualidad. Al hablar por teléfono el otro día, pensé en lo familiar que me resultaba tu voz. —Incrédulo frunce los labios—. Me negué a soñar con la remota posibilidad de que precisamente tú, estuvieses tan cerca nuestra. Es una coincidencia increíble que sin saber siquiera quiénes éramos, invitases y acogieses con afecto a Junior.

Bueno, también invité a tu esposa. ¡Vaya chasco! Mejor no pienso ni en su mujer ni en su vida íntima. Idealicé a Sergio, necesité hacerlo para sobrevivir a la relación con Fran. En este instante urge enfrentar la decepcionante situación, a pesar de que sigue siendo un buen hombre, con un magnífico aspecto físico, no es el príncipe azul que idolatré.

—Perdonen que me inmiscuya, si es cierto que llevan tiempo sin

tratarse, es evidente que sus hijos están destinados a ser buenos amigos. — Sergio y yo atendemos a Emma interesados—. ¡Créanme! Esos dos en menos de una semana, son como uña y carne. Niños inteligentes y nobles, pero lo que no se le ocurre a uno se le ocurre al otro, como si fuesen gemelos. Esta misma mañana no han tenido otra ocurrencia mejor que esconderse en la hora del recreo. ¡Imagínense el susto que me he llevado cuando no los he visto en la fila y no los hallaba por ningún sitio!

Sergio emite una carcajada contagiosa que me provoca un centenar de cosquillas en la piel. Está para comérselo a besos con la simpática imagen que regala. Un hombre sugestivo, alto y elegante, en una clase de párvulo, con las piernas encogidas porque, entre la sillita y la mesa casi de juguete, él ocupa todo el espacio.

—Hace años que le dije a Sur que esos dos traviesos se llevarían de maravilla.

—Tiene razón —segundo sin saciar la curiosidad de la tutora—. ¿Por qué se han ocultado? ¿No habrán intentado escaparse del recinto?

La profesora toma aire, se ajusta la entallada chaqueta que lleva por encima del gran pañuelo que abriga su cuello. Intuyo que del sermón no nos libra ni un milagro.

En efecto, recibimos una charla constructiva que finaliza en el instante en que una monitora que imparte las actividades extraescolares asoma en la clase y se despide de Junior hasta el día siguiente.

Sin la pintura en la cara y con su color de pelo natural, comparte los rasgos de su progenitor. El chiquillo abraza a su padre con efusividad, llevan días sin verse. A continuación, sin esperarlo, recibo un beso en la mejilla de sus pequeños labios. Los gestos tiernos y espontáneos de este niño siempre han desarmado mis defensas.

Caminamos hacia la calle en silencio, unos pasos por detrás de Junior, que salta sorteando las terracotas rojas de la acera. Sergio sigue pensativo, resguarda sus manos en los bolsillos del pantalón. Sin esperarlo se echa a reír con ganas, descolocándome por completo.

—Vaya rapapolvo nos ha soltado Emma, ¿no crees?

—Desde luego se ha despachado a gusto —digo preocupada.

—Sur, es normal que hagan travesuras. Que quieran saltar esa reja y jugar a la pelota con los mayores. En mi opinión es más divertido estar ahí, que aquí. —Señala el patio de los alumnos de primaria y después el jardín infantil.

—Tendré que comenzar a idear como un chico. Hasta hoy todo ha sido sencillo, pero es cierto que Sergio empieza a demandar otro tipo de actividades más guerreras.

—Antes hacíamos un buen equipo —recuerda parando la marcha—. En el parque nos repartíamos las tareas; tú les enseñabas a pensar por mediación de las manualidades y yo estimulaba sus habilidades motoras con el ejercicio físico.

Agacho la cabeza y subo la cremallera del abrigo. No sé qué pretende al evocar viejos tiempos, nuestra amistad no es la misma y no quiero malentendidos, aunque le pongamos buena voluntad. Por mi salud mental debo olvidarle. ¡Maldita sea! Es doloroso revivir sentimientos imposibles. ¿Por qué hemos tenido que volver a cruzarnos? ¿Claudia tendrá algo que ver en esto? Es posible, aunque lo dudo. Una cosa es controlar los acontecimientos previsibles y otra las emociones ajenas.

—Ha llovido mucho desde aquellas tardes placenteras. Además, tal vez regrese a Madrid dentro de poco.

—¿Sigues casada? —Interroga serio.

—No.

Deja escapar el aire y una sonrisa torcida. Juraría que controla la alegría que le suscita la noticia. Aunque no sigue indagando sobre el tema, se limita a retomar el camino en dirección al vehículo que desea abrir su pequeño. Está aparcado delante del utilitario de Nuria, frente a los columpios. ¡Hay que fastidiarse! El todoterreno con la matrícula del demonio que me puso perdida de barro la semana anterior, pertenece al hombre misterioso que anda a la vera. Ahora comprendo por qué la mitad de las madres de la clase de infantil suspiran por Sergio, incluida Elvira. Es cierto que guarda un aire enigmático que lo hace irresistible.

La abogada llega hasta nosotros al vernos.

—Nuria. Te presento al doctor Heredia. Sergio, ella es una buena amiga —digo al notar que ninguno se conoce, por lo menos en persona.

—Encantada —murmura la rubia impresionada con el seductor que le saluda con dos besos.

—El placer es mío. —Sergio frena sin esfuerzo a los dos pilluelos que corren alrededor nuestra—. Vaya, te has convertido en un hombrecito. Seguro que cuidas muy bien de tu madre.

La expresión de asombro de mi hijo es inequívoca, se ha tensado de pura emoción. Sé que aun habiendo pasado muchos meses desde la última

vez que se vieron, recuerda al señor trajeado que le sonríe con afecto.

— Sergio!  Mamá, es Sergio!

Alza los brazos para que  el le coja, de inmediato sus deseos son concedidos. Se funden en un fuerte abrazo lleno de felicidad. Oculto las lágrimas que asoman sin previo aviso. El vínculo que siempre tuvieron no tiene explicación lógica.

—Vas a necesitar ponerle apodos, de lo contrario será un caos cuando necesites comunicarte con ellos.

Logro recuperar la compostura al recibir el codazo de Nuria. De los tres chicos, el adulto ríe la observación.

—Si os parece, por eso de que soy el mayor, seguir  llamándome Sergio. Estos dos jóvenes pueden elegir como quieren que nos dirijamos a ellos.

—Yo pido ser Obi-Wan Kenobi.

Decide rápido el que se apellida Heredia. Reímos la ocurrencia del chiquillo.

— Hay que ver la imaginación que tienes, hijo! Lo sensato es que te volvamos a llamar Junior, es más fácil de recordar y pronunciar.

Se encoje de hombros, sin pataletas acepta la observación de su padre y sigue correteando.

—Sur. Tengo libre algunas tardes de esta semana, podría recoger a los niños y llevarlos de paseo si te parece bien.

Ni que decir que se gana la efusividad de los chavales, y eso que creía que jugaban sin prestarnos atención. Negarme en este momento es una grosería.

—De acuerdo. Llama cuando te apetezca lidiar con los dos Gorriones.

—Pues hasta pronto entonces. —Se despide Sergio.

Una vez arranca su coche y desaparece calle abajo, Nuria rompe el silencio.

— Por qué no le has mencionado que soy tu abogada? Ese hombre es tu mecenas. Gracias a su testimonio escrito, a su palabra de forense, Fran accedió a darte el divorcio.

—S  que merece todas las muestras de gratitud del mundo. La cuestión es que no era el momento ni el lugar para hablar de ese tema. Bastante impactante ha sido topar con  el en la misma ciudad. En el mismo colegio donde acuden nuestros hijos.

Quizás nunca encuentre la oportunidad de recompensarle su apoyo

desinteresado.

—Ricardo atiende mis citas de esta tarde. Podríamos ir de compras. La miro de reojo. ¡En serio cambiamos de conversación!

—No me apetece, quizás otro día.

—Sur. Me consta que, si un hombre te invitase a salir, no tendrías prenda decente que ponerte.

—Nuria. Está casado.

—¡No! —grita alucinada—. Hubiese puesto los pies en agua hirviendo segura de que es un tipo separado y sin compromiso.

—Pues te hubieses quemado hasta los muslos. Tu olfato experto en detectar divorciados se ha equivocado. ¿Qué edad le calculas?

—Treinta y pocos años.

—Jamás adivinarías que paradigma de mujer le gusta a ese hombre.

—Sur, no permitas que especule a mi libre albedrío. Ve directa al grano y cuéntame.

Nunca dudé de que a su lado habría una señora Heredia, así que no albergué ilusiones, pero es desesperanzador saber que ni entraba en el canon de belleza que le estimula la vista.

—Su esposa, Farah, puede superarle en un par de décadas. Al doctor Sergio Heredia le van las mujeres maduritas.

Silba asombrada.

—Qué suerte la de esa señora. Hay que reconocer que el traumatólogo es un bocado bastante apetecible.

—Sí. Sería una mentirosa de no darte la razón.

Capítulo 38

La madrugada del sábado me envuelvo en una cálida manta y me asomo al balcón del dormitorio con el móvil en las manos. De la noche anterior tengo llamadas perdidas del doctor Heredia. Muy a mi pesar, ni contesté ni contestaré a sus mensajes. Bastante difícil es sobrevivir en una burbuja asfixiante donde la ansiedad, la tristeza y la baja autoestima hacen los días apáticos y las noches llenas de desánimo.

Deslizo la espalda por la pared, me siento en el suelo sin apartar la vista del cielo. Deseo correr a la playa, zambullirme en el mar en calma y que las ligeras olas de la superficie bailen en la piel mientras nado sobre el imponente azul oscuro hacia el anaranjado crepúsculo matutino. El alba, cada vez más luminoso, se refleja en la inmensa pantalla. Nace un espléndido día de abril, el bonito paisaje quedará grabado en la retina decida o no hacer las maletas y retornar a Madrid.

Una vocecita susurra en la cabeza: «Ten paciencia, no desesperes. No te precipites, lograrás superar el pasado. Algún día podrás mirar cualquier rincón de esta casa y sonreír al recordar a Claudia. Mantener una cordial conversación con Fran sin que mil emociones contradictorias te envenenen la sangre. Olvidar el amor que sientes por Sergio Heredia. En definitiva, reconstruir la vida e ilusionarte».

Reflexiono sobre ello durante el paseo rutinario que se merece Nerón. Los tres jugamos despreocupados en la orilla de la playa. Las risas de mi hijo son de lo más convincente, Málaga nos ofrece el calor que necesitamos si queremos volver a empezar. No obstante, tengo que solventar un pequeño problemilla. ¿Cómo procedo para que los amiguitos conserven el afecto, sin que precise tratar con Sergio adulto?

Es imposible urdir una estrategia, el conflicto se materializa en persona y toca al timbre de casa después del almuerzo.

La traidora mascota perruna pasa como un rayo a mi vera, baja las escaleras de la entrada y se prodiga en muestras de afecto hacia el traumatólogo y su hijo en el camino de acceso. Dispuesta a encarar las circunstancias con la verdad por delante, me planto bajo el porche con los brazos cruzados. La altura me confiere un aire de superioridad, marca las distancias. Les concedo un par de minutos, tiempo en el que me deleito

escuchando la risa contagiosa de Sergio y admiro su armonioso cuerpo. Por última vez, pues estoy dispuesta a no seguir sufriendo por un amor inalcanzable.

—Junior. ¿Quieres ir con Nerón al jardín trasero? Tu amigo juega en el césped con los gatitos.

El niño suspende la algarabía de caricias, sale corriendo lleno de vitalidad, rodea la casa por un costado con Nerón pegado a los talones. Las piernas me tiemblan en el instante que su padre borra la sonrisa de su boca.

—Sur, he intentado ponerte en contacto contigo.

Abandona la postura agazapada a la vez que, con una sensualidad innata, se aparta el cabello del rostro con los dedos de una mano.

—Si no te he respondido será porque existe una buena razón.

—¿Estás molesta porque haya decidido venir a interesarme por vosotros sin avisar?

—Es evidente que sí. No lo considero oportuno.

Se coloca las manos en la cintura del pantalón vaquero, vacila un momento pues le choca el cortante recibimiento. Tras esos segundos de desconcierto, no tarda en recuperar la determinación, camina seguro y sube dos escalones. La respiración se me altera con la aproximación, está a medio metro, puedo mirarle a la cara sin elevar la barbilla. El aroma de su gel de baño despierta los sentidos, los deleita, los narcotiza.

—Sur. ¿Se puede saber qué he hecho para merecer este frío recibimiento?

—Bien. Abordaré el tema porque creo que tenemos suficiente confianza. No es correcto que vengas a mi casa sin la compañía de tu esposa —acusó valiente.

—¿Cómo dices?

—Pues lo que has escuchado. Considero que es una falta de respeto, ella puede crearse una idea equivocada de nuestra amistad. Debes marcharte. Deja a Junior un par de horas, él no me molesta en absoluto. Pasa la tarde con Farah, podrías llevarla de compras o al cine. —Acompañó la dolorosa sugerencia con un gesto desdeñoso de mano.

Eleva una ceja, luego muestra un extraño brillo en los ojos junto con una sonrisa socarrona. Sin previo aviso sube otro escalón, rodea mi cintura con su brazo derecho mientras su mano libre me sujeta la nuca. Pega nuestros cuerpos y me besa en los labios con una pasión arrebatadora. El contacto es rápido, como el chispazo que prende la mecha. Quedo aturdida, con los dedos

clavados en su pecho y con un sofoco que no para de crecer. A él en cambio le hace gracia su desvergonzada conducta.

—Debo informarte que puedo besarte si me apetece y sin sentir remordimiento alguno. Ya no estás casada y yo soy soltero, no existe ningún compromiso que lo impida.

Dicho lo cual me suelta y entra en casa.

Permanezco unos segundos levitando al filo del escalón, jadeante, con la adrenalina disparada por las nubes y sin poder creer lo que acaba de suceder. De repente no reconozco al hombre insolente que pasea por el salón observando cada detalle de la decoración, es como si hubiese estado reprimido durante años.

—Di por sentado que era tu esposa. —Froto la nuca, aún noto el calor de sus dedos en la zona.

—¿La señora que cuida de Junior cuando trabajo? —Ríe a carcajadas.

—Bueno, nunca se sabe de quién puede uno...

—¿Enamorarse? —Se acaricia la barba, aguanta la risa guasona—. Aprecio mucho a la señora Tafili, pero hasta ese punto no.

Me siento avergonzada, ridícula. Solita saqué conclusiones erróneas en vez de saciar la curiosidad preguntándole.

—Sur. Jamás he estado casado, ni siquiera con la madre de Junior.

Esquivo su mirada, no estoy preparada para confidencias sobre su vida privada. Necesito marcar una gruesa línea entre nosotros o saldré perjudicada. Él no es consciente de que ha perturbado mi mundo con el beso. Ha regalado el roce sin maldad alguna, como el que ofrece chocar la mano a un colega y rápido se la quita, sin mayor pretensión que reírse un rato con la broma.

—Sergio. Referente al pasado. Nunca tuve la oportunidad de agradecerte todo lo que hiciste por mí. Y por Soraya, la nieta de Joaquín. Cuando me enteré de que habías costeado su rehabilitación, no estabas, te marchaste sin decir adónde.

—Con la familia de Joaquín fui generoso. Contigo obré como me dictó el corazón.

Me gustaría que sus palabras encerrasen un mensaje romántico, pero soy sensata e interpreto algo así como: en aquellas circunstancias hubiese hecho lo mismo por cualquier paciente que se viese desamparada.

Sin previo aviso los chiquillos entran como un vendaval desde el jardín por la terraza del salón. Relajo los músculos aliviada con la

interrupción.

—¡Mamá, mamá! ¿Podemos hacer muñecos de barro en el estudio?

—Sí, claro. ¿Dónde están Mila y Gros? ¡¿No habréis dejado a los gatitos desprotegidos bajo el Sol?! —Reprendo. De inmediato corren a por la gran canasta de la que aún no son capaces de escapar los pequeños felinos.

—¿Le habéis puesto a unos gatos el nombre de Mila y Gros?

—Es una larga historia. —Sonrío y él devuelve ese maravilloso gesto que le hace inconfundible e irresistible.

Mientras acondiciono la mesa de trabajo y preparo la arcilla roja que los niños moldearán, observo a Sergio. En ningún momento ha cuestionado la peculiar belleza de Gros, sostiene con cuidado a ambas mascotas en un brazo. Ríe con los intentos de estas por trepar a su hombro. Con disimulo me toco los labios, aún noto el tacto de los suyos, el cosquilleo del bello de su barba en la piel. Suspiro cuando se pone a caminar por el amplio estudio. No hay quien haga del corazón una piedra, él irradia un magnetismo difícil de ignorar.

Distraída sigo sus pasos hasta que se detiene delante de un bulto apoyado en la pared tapado con una tela blanca, de inmediato les entrego las piezas de terracota a los niños y corro a detenerlo.

—Eso es privado, Sergio.

Lanzo la prohibición demasiado tarde. Sin ningún comedimiento se atreve a alzar la tela que cubre los cuadros. Llevo las manos a la cara, no quiero ver su gesto de espanto. ¡Dios, qué horrible impresión sacaré de mí!

—Si no te conociese, diría que andas un poquito obsesionada conmigo.

—Yo... —Abochornada agacho la cabeza—. Es imposible explicar por qué al instalarme aquí necesité dibujarte tal y como te recordaba. Seguirías pensando que soy una perturbada mental.

Inexpresivo, se inclina y susurra al oído:

—Cuando te vuelvas a sentir inspirada puedo posar desnudo las horas que hagan falta.

Conocía su faceta graciosa y tunante, pero el novedoso lado insolente, enciende mi cuerpo con un calor excitante que nunca he experimentado antes. El desvergonzado se aparta riendo, anda hacia la cochera. Desde luego él juega con ventaja, no sé encajar su aptitud provocadora.

—Sur. ¿Puedo saber cómo has terminado en Málaga, en esta preciosa

casa colonial y con este clásico descapotable? —Deja de acariciar a Mila y Gros para rozar con la yema de los dedos la carrocería del Escarabajo.

—Todo esto se lo debo a mi madrina.

—Recuerdo bien a tu tía Claudia, una señora encantadora. ¿Cómo se encuentra? ¿sigue viviendo en Sudamérica? —El silencio le preocupa—. ¿Sur?

—Murió de forma precipitada hace unas semanas —susurro.

—Lo lamento mucho —dice apenado atrayéndome contra su pecho. Besa mi sien con cariño.

Hubiese permanecido la tarde entera envuelta en el consuelo que ofrece su abrazo. Retirarme es una sabia decisión. Seco las lágrimas con los dedos.

—Quisiste conocer a Claudia antes de entregarles los informes médicos, ¿verdad?

—Sí. —Confiesa acomodando a los gatitos en la caja—. En cierta ocasión dijiste que a la única persona que pedirías ayuda sería a ella. El mismo día que la vi en el hospital busqué la oportunidad de presentarme. Después le pedí que guardase el paquete, que lo mantuviese en secreto. Por si acaso necesitabas de un amigo que te abriese la puerta con la que pudieses recuperar la felicidad.

—Gracias.

—No las merezco. —Me estudia unos segundos e intuye lo sucedido—. Es triste que hayas tenido que recurrir a la documentación.

—Fue clave a la hora de conseguir el divorcio. —Miro hacia el final del taller, los niños se hallan entretenidos y no escuchan la conversación. Junto las manos, tapo la nariz y las lágrimas que se deslizan por las mejillas—. Nuria lo utilizó como último recurso, Fran jamás me hubiese entregado la custodia de Sergio. Durante años he vivido una mentira. Un falso interés. ¿Te puedes creer que ocultó que estuvo casado una primera vez? Es inentendible, juraba que me quería, pero a ella la trató como a una Señora y a mí como una Escoba.

—De ese desgraciado puedo imaginar cualquier cosa —gruñe entre dientes—. Con sinceridad, me alegro de que seas una mujer libre.

—Sergio. ¿Por qué desapareciste de la noche a la mañana sin despedirte?

Sus ojos marrones se pierden en algún punto del suelo.

—No tuve el valor suficiente para decirte adiós. Sur, sin querer os

escuché discutir. Sé el motivo por el que ese tipejo perdió la cordura y se puso violento contigo aquella fatídica noche. Estaba celoso, celoso porque creyó que le habías engañado conmigo. Tenía dos opciones: o interrumpía y asumía las consecuencias de mandar al otro barrio a ese imbécil, o me marchaba sin perjudicarte.

Me noto palidecer, la sangre deja de circular por las venas, desciende a los pies.

—Gracias al cielo elegiste la sensata.

—Tomé la decisión más difícil de mi vida. Me vi impotente, nadie corroboraba que fueses una mujer sometida y golpeada por su marido. La testigo principal se empeñó en negarlo —reprocha.

—Cuando nos enfadábamos éramos verdaderos expertos en mantener las apariencias.

—Era arriesgado alejarme sin darte la protección que sentía que necesitabas, pero no podía protegerte las veinticuatro horas del día. Y estoy convencido de que habrías corrido más peligro si me hubiese quedado cerca de ti.

—Ya no hay que lamentarse —digo sobrecogida. Sé lo duro que es mirar hacia otro lado por el bien de la persona a la que amas. En su caso por una amiga a la que aprecia.

—Cierto. Porque el destino nos ha vuelto a reunir, así que olvidemos el pasado. —Con energía propone—. Chicos, hace una tarde fantástica. ¿Os gustaría dar un paseo en el descapotable?

—¡Valeee! —cantan a dúo.

Los niños abandonan las manualidades y corren junto a nosotros. Me encanta la espontaneidad de este hombre, la facilidad que posee para invertir una corriente negativa en aire positivo. ¿Se deberá a que siempre muestra una preciosa sonrisa en los labios?

—Tu plan es impensable —rechazo—. La única sillita de seguridad que tengo continúa en esa caja. —Señalo el bulto.

—¿Todavía no has conducido esta maravillosa máquina? —pregunta con incredulidad.

—Ni he puesto en marcha el motor. Hace bastante que no conduzco, me da miedo accidentar el coche de mi madrina. —Ríe con ganas, cosa que me indigna—. ¿Te burlas de mí?

—Eso nunca. —Intenta retomar la seriedad, no lo consigue, el brillo de sus ojos le delata—. Voy a guiarte, necesitas perderle el temor.

—No. ¿Y si lo estrellase?

—Claudia agradecerá que lo enviemos directo al desguace espacial dedicado a coches de su época. —Eleva un brazo al techo e imita el despegue de un cohete con el otro. A los niños les divierte el gesto—. Después, si hace falta, te recompondré los huesos.

Encima de cachondeo.

—Sigo sin verlo claro.

—Escucha. Mientras traigo la sillita de Junior e instalo los dos asientos de seguridad en esta bonita y cuidada antigüedad. Tú y los chicos vais y os laváis las manos. De camino enjuágate esa preciosa cara, te has restregado el barro rojo por ella y pareces una india Arapajó.

Los enanos al seguir el camino del dedo de Sergio que señala mis manchurriones y comprobar que está en lo cierto, ríen con exageración. Por un instante permanezco desconcertada y avergonzada. ¡Vaya pintas debo tener desde hace rato! Este hombre me confunde de tal manera, que ni siquiera me he percatado de que su camiseta negra se ve manchada por mi culpa. Sonrío consciente de que se ha controlado todo el tiempo con la intención de que no pasase un momento embarazoso.

Al principio me cuesta disfrutar de la conducción, pero gracias a la paciencia de Sergio los miedos desaparecen. Consigo sentir el sol en la piel y el aire bailar con mi pelo casi al ritmo de la música que suena en la radio. Demuestra ser un excelente copiloto y un gran guía turístico. Bordeamos la costa de Torremolinos, Benalmádena, Fuengirola..., así hasta llegar a Marbella. De regreso paramos a cenar en una hamburguesería que regenta una familia amiga de él. No oculta el toque socarrón recién revelado, sus halagos logran sacarme los colores y calentar la sangre a base de sofocos.

Nos despedimos bajo el arco de buganvillas. Cada uno sostiene en brazos el cuerpecito dormido de su hijo, tardamos en pronunciar un simple: nos vemos mañana. Ambos sabemos que nadie ni nada impedirá que repitamos la aventura. Por mi parte estoy deseándolo, a su lado me relajo, olvido el sufrimiento. Soy sencillamente feliz.

La vida es un misterio; desperté desilusionada y me acuesto abrumada de emoción gracias a la maravillosa tarde que he pasado con el hombre del que llevo años enamorada.

Capítulo 39

Los días siguientes coincidimos a la entrada del colegio. No sé cómo, pero con la excusa de que los niños son grandes amigos, terminamos organizando algún pasatiempo juntos o por separados con el fin de entretenerles. A menudo se apunta Elvira e Ingrid. La última no se queda atrás a la hora de jugar a lo bruto con sus compañeros. Ingrid es una buena influencia en el grupo, es atrevida a la vez que juiciosa. El equilibrio perfecto.

El viernes, como de costumbre, recojo al peque antes del almuerzo. Una preocupada Emma me comunica que Junior se ha quejado durante las dos últimas clases, aunque su estado no es febril se le nota enfermo. Comenta la maestra, que ha rechazado participar en los juegos, y eso es raro en él.

Al igual que ella, intento localizar a su padre o a Farah, ninguno responde al teléfono. En un arrebato de compasión, le escribo un mensaje a Sergio y me hago cargo de la situación. Junior descansará en casa, y si empeora le trasladaré al hospital.

Recibo respuesta al cabo de una hora.

—Gracias, gracias por cuidar de Junior.

—No es necesario que te disculpes, ni que te reproches nada, doctor Heredia. Eres un buen padre que solo realizaba su trabajo —digo restándole importancia—. Además, hubiese dicho poco a tu favor si llegas a guardar el móvil en el bolsillo mientras operas en el quirófano.

—Debí realizar un desvío a la centralita de la clínica.

—Tranquilízate. Ha sido un cúmulo de coincidencias las que se han propiciado para que Junior acabe en mis manos. No creo que debas abandonar tu puesto, tampoco que convenga despertarle de la siesta.

—¿De verdad no tiene fiebre?

—No, está algo constipado y muy cansado. Le sentará fenomenal dormir. —Por unos segundos creo que la línea se ha interrumpido—. Sergio, ¿sigues ahí?

—¿Cómo puedo agradecértelo? —Pregunta con voz suave.

—Lo hago encantada, quiero mucho a ese diablillo. Puedo encargarme de él cuando haga falta.

Le oigo exhalar, no comenta el pensamiento que le cruza por la mente.

—Entonces, iré a recogerle cuando acabe la ronda de visitas.

—Aquí estaremos —digo con una sonrisa en los labios y la habitual impaciencia por verle encogiéndome el estómago.

Las predicciones son acertadas, Junior despierta con energías renovadas y un apetito voraz. Pasamos el resto de la tarde en el estudio, entre juegos y risas los niños aprenden a mezclar pigmentos puros con los que sacan diferentes tonalidades de colores mientras sus vasijas de barro se cuecen en el horno. Se hallan absortos, creen que hacen magia.

Suena el timbre, miro el reloj. Las horas han pasado volando sin percatarme de que debería estar preparando la cena. Desde que Sergio y Junior han regresado a mi vida, no controlo ni cuento el tiempo minuto a minuto.

Acciono el mando que abre la puerta del garaje, de ese modo Sergio accederá directo al estudio. Al alzar la cabeza y verle aparecer, se me olvida respirar. Sus ojos marrones y su encantadora sonrisa provocan que las pulsaciones se detengan o disparen sin orden alguno.

—Espero que te gusten las flores poco pretensiosas —dice extendiendo el brazo con el ramo de margaritas.

«Me gustas tú, nada en este mundo puede empequeñecer el corazón tan grande y bondadoso que posees, Sergio Heredia».

—Me encantan, son preciosas —agradezco sonrojada.

Acaricia y besa la cabeza de su hijo. El pequeño sigue demasiado concentrado en la tarea que tiene entre manos como para prestarle atención a su padre, así que el doctor me acompaña a la cocina donde se desprende del abrigo.

—Sospecho que el niño me ha salido muy listillo, con la señora Tafili no se divierte tanto.

Sonrío con la mirada puesta en el colorido ramo de margaritas que sin perder tiempo introduzco en un jarrón lleno de agua. Percibo como le llama la curiosidad una de las cartas que he recogido esa mañana del buzón.

—Da la impresión de que conoces esa clínica privada.

—Así es, Sur. Ejerzo en ella.

—Pensaba que disponías de un cargo fijo en los centros hospitalarios del estado.

Los sentidos no me fallaron unas semanas atrás, le sentí, oí su voz desde el pasillo. Debía encontrarse en alguna de las consultas que tenían las puertas cerradas.

—En Madrid asumí un puesto temporal debido a un compromiso, el contrato se alargó en el tiempo porque... En fin, en este momento soy jefe de traumatología y director de este centro. —Desliza los dedos por el membrete—. Si no es mucha indiscreción. ¿Por qué te hemos enviado esta carta?

—Para notificar algo de lo que estaba segura. —Noto como su gesto se relaja—. Son los resultados de unas pruebas de sangre. Descartan cualquier enfermedad viral.

La mirada de Sergio, la confianza que inspira, merecen una explicación más extensa. Se me ocurre una idea y tengo el impulso de hacerle partícipe. Ya nadie me impide o pone trabas en mis decisiones.

—Voy a utilizar el calor del horno para cocinar pizza. ¿Te apetece quedarte a cenar? Te contaré la rocambolesca historia del divorcio.

Durante unos segundos temo que rechace la invitación, casi me arrepiento del atrevimiento.

—Cómo despreciar semejante banquete aliñado con un buen relato.

Sonrío como siempre que él está cerca o se adueña de mis pensamientos. Señalo la nevera, de inmediato abre dos cervezas frías mientras preparo las pizzas que meteré en el horno del estudio.

Los niños cenan y se acomodan en los sillones del salón donde ven dibujos animados. Nosotros continuamos charlando amablemente en el comedor.

—Sergio, nunca creí posible este giro que ha dado la vida —confieso capaz de nombrar a Claudia sin llorar—. Es doloroso saber que los restos de Madrina se encuentran en esa urna, cuando aún seguía siendo una mujer vital y llena de inquietudes. Ella deseaba vivir en Málaga, en esta casa. Conducir ese descapotable y dar clases de manualidades en ese fantástico taller que acondicionó con todo lujo de detalles.

—Podrías buscar el lugar idóneo donde Claudia se sienta libre, y continuar sus pasos —aconseja.

—La primera sugerencia es interesante, he rondado esa idea. La segunda... Recuerda que no terminé Bellas Artes. —Bebo un sorbo de vino—. Temo que no poseo las cualidades adecuadas que me permitan desempeñar esa labor. Siento que mis técnicas han quedado desfasadas.

—Eso es imposible, seguro que te subestimas. —Se incorpora, se dirige a la cocina y regresa con unos papeles en la mano—. Llevo un par de días en los que busco el momento idóneo para entregarte esto. Sur, todavía estás a tiempo de prepararte y presentarte a las dos asignaturas que te

quedaron pendientes.

Incrédula, sujeto el folleto informativo de la escuela de Bellas Artes de Málaga y la inscripción. Se me empaña la vista a pesar de que he prometido no llorar. Este hombre pertenece a otro mundo, su sensibilidad es abrumadora.

Insiste de nuevo con una ternura increíble.

—Sería un buen comienzo si quieres encontrarte a ti misma. ¿No crees?

—¿De verdad piensas que sería capaz de estudiar nuevamente?

—De lo que te propongas. Además, en lo que necesites cuenta conmigo.

—Gracias por confiar en mí. Lo consultaré con la almohada.

Espero que ese cómodo objeto de descanso se ponga de mi parte y cumplas tu sueño —dice sin apartar la mirada. Su atracción logra acalorarme, carraspeo de puro nervios.

—Me temo que se ha hecho bastante tarde.

Se echa las manos a la cabeza al comprobar la hora y cerciorarse de que los niños se han dormido en el sofá.

—Maldita sea, soy un irresponsable.

—Deja que esta noche duerma en la cama supletoria que hay en el dormitorio de su amigo. Está lloviendo y no conviene que se enfríe.

—No quiero abusar de tu generosidad.

—El ofrecimiento es mío, no has pedido nada.

—¿Estoy a tiempo de demandar un hueco en tu cama? —Sonríe travieso.

Le empuja suave en el hombro dirigiéndole hacia la salida. Debo acostumbrarme a sus coletillas descaradas si quiero mantener en secreto los sentimientos y así no poner en peligro nuestra camaradería.

—Déjate de bromas.

Se gira de imprevisto y choco con su pecho. Por un instante sus misteriosos ojos se oscurecen, tiene el poder de nublar la mente, no consigo averiguar qué discurre por su cabeza. Su boca a escasos centímetros hipnotiza, deseo que me tome en sus brazos, saborear sus labios, acariciar su piel.

Nada de eso sucede, Sergio recupera el sentido del respeto y da un paso atrás.

—Mañana los recogeré temprano, pasaremos un entretenido día de

chicos. Has planes con tus amigas si te apetece, te mantendr  informada de lo que organice con los dos hombrecitos.

Capítulo 40

A través de las cristaleras distingo a Nuria caminar por la calle peatonal, su melena rubia y su porte esbelto no pasan desapercibidos. Saluda alegre al desfilarse por delante del escaparate del restaurante.

—¡Vaya, vaya, vaya! ¡Qué sorpresa que al fin hayas propuesto ir una tarde de compras! —dice Nuria al darme un cariñoso abrazo.

—No me queda otro remedio, necesito tus consejos de estilo. La ropa que cuelga del armario está como se suele decir: pasada de moda.

—Desfasada, Sur, desfasada. También deteriorada y dos tallas más grandes de lo que tu cuerpo precisa. Chica, tienes cuatro prendas y cinco son informales.

—¡Qué exagerada eres! No voy echa un despojo —protesto con dignidad alisándome la camiseta.

—Dime que estoy equivocada, que fue ayer cuando te compraste esos pantalones.

—¿Qué hay de malo en utilizar sudaderas y vaqueros? No pasan de actualidad y son cómodos.

¡¡Por favor!! Llevas rebecas y abrigos que ni mi abuela Begoña a sus noventa años se colocaría. Una cosa es vestir *vintage*, otra parecer una momia.

—No te pases —gruño.

Nuria se echa a reír. Enfadarme con ella es imposible, posee la virtud de ser desagradable, sincera y graciosa al mismo tiempo. En menos de un segundo voltea los ojos, reconozco que tiene razón, que debo quemar alguna que otra prenda de décadas pasadas. Enseguida retoma el tema por el que la he invitado a almorzar.

—Veo que has modernizado el corte de pelo, te favorece.

—Gracias. Esta mañana he visitado a un estilista que me ha recomendado Elvira.

—¿El traumatólogo es el responsable de que quieras renovar el aspecto?

A Nuria no le escondo nada, ya conoce los sentimientos que guardo hacia Sergio. Llevo los dedos de la mano izquierda al nacimiento del cabello en la nuca, enredo un mechón ondulado y lo estiro, su largo alcanza la altura

del pecho.

—En el sentido que tu supones, no. Él aprecia los detalles, a veces comenta cuánto me favorece la melena suelta o el brillo de labios. Pero no le atraigo como mujer, es su espontánea forma de ser, así que sería ridículo ilusionarme con sus halagos o frases provocadoras dichas sin segunda finalidad. Tengo que empezar a valorarme, arreglarme sin pretender gustarle.

—Estoy contigo, es la decisión más inteligente que las chicas podemos tomar. No obstante, ese hombre merece que trates de conquistarlo con ropa sofisticada y sexy.

—Eres incorregible, nunca se me ha ocurrido tal cosa. —Rio a la vez que niego con la cabeza.

—Pues deberías intentarlo. ¡Dios! Es que no dejo de pensar que vuestra historia es impresionante.

—Sí. Es de ciencia ficción.

Sitúa su mano en mi antebrazo.

—No. Es de novela romántica, hacéis una bonita pareja. Sur, os conocéis desde hace años, la vida os acercó, os separó y os volvió a unir. Ese hombre apareció y estuvo en una etapa difícil de tu vida, eso debe encerrar un significado. Quizás, no sé, el destino es caprichoso cuando se lo propone.

—Nuria. Sergio no está enamorado de mí. Me considera su amiga y me conformo con eso. Aprecio bastante su apoyo, siempre lo he hecho. Él logra que supere cualquier circunstancia. Y día a día llevo mejor el divorcio, no echamos de menos Madrid.

—Entiendo. El niño se ha adaptado bien, se ha vuelto a encariñar de los Heredia.

—Sí. La semana pasada llegó a casa eufórico, gritaba que el papá de Junior le había enseñado a montar en bicicleta. El otro día, le hizo memorizar unos pasos de baile, reí y me divertí viendo como el enano imitaba al cantante favorito de Sergio. Acabamos los dos bailando por todo el salón con la música al máximo volumen.

La letrada ríe a carcajadas.

—Daría cualquier cosa por ver al doctor Heredia mover la pelvis a lo Elvis Presley.

—Y yo—secundo a sabiendas de que es bastante cómico cuando se lo propone—. El caso es que, gracias a ese hombre sonreímos. Incluso me ha animado y convencido. ¡Voy a licenciarme en Bellas Artes!

¡Eso es estupendo! —exclama sorprendida.

—También he decidido emprender el sueño de Claudia; daré clases en el estudio. Pintura, restauración... En fin, lo que demanden los alumnos.

Nuria aplaude contenta.

—Es la mejor noticia que podría escuchar. Ese hombre es digno de mención y de un brindis. Por conseguir que hayas encontrado la fuerza, la inspiración y el camino en este mundo.

—Eres un poco melodramática. ¿Te he comentado alguna vez que te va que ni pintado el oficio de abogada?

—Sí, muchas —Asiente feliz.

Al cabo de unas horas admito que Nuria posee un talento especial para elegir un vestuario completo de primavera-verano en una sola tarde. Es agotador, pero práctico, ya no tendré que preocuparme por la ropa hasta dentro de otra década. Por lo menos.

La invito a tomar un refresco en casa, ella acepta encantada. Sergio no tardará en llegar con los niños y Nuria quiere consultarle sobre un dolor en el codo que no remite. Reacia a ir a los hospitales, proclama cantarina desde la cocina que es una suerte tener un médico en la familia.

Cuando dejo las bolsas en el dormitorio y bajo las escaleras, soy consciente de que Nuria no se encuentra sola. Identifico el macuto y el casco de Diego en el suelo del recibidor. Adivino que el comandante de las fuerzas aéreas españolas ha utilizado sus llaves para entrar, pillando por sorpresa a la bella abogada. La curiosidad me empuja, camino de puntillas hasta asomar al umbral sin ser vista por la pareja. Soy testigo de una escena de película.

—Contigo quería yo hablar. —Gruñe enfadado mientras acorrala a la joven entre él y la encimera—. ¡No vuelvas a ignorar mis mensajes!

Por sorpresa le sujeta el rostro con sus grandes manos y la besa. Desde luego, Diego no ha permitido replica alguna. Bueno, durante unos segundos. Como cabe esperar, en cuanto se aparta unos centímetros, Nuria le asesta un guantazo que retumban las paredes. Llevo las manos a la boca. ¡Qué carácter el de la rubia!

—Y tú no vuelvas a tocarme, salvaje. Aún me duele el codo de la última vez que pusiste tus manazas en mi cuerpo.

El bruto hace caso omiso, la besa de nuevo con más fogosidad. Esta vez la “gata” cae bajo la influencia del “león”, se abraza a su cuello y profundiza el contacto. ¿Qué tira y afloja habrán mantenido en el pasado que todavía existe fuego entre ellos? ¡Qué bien han guardado el secreto los muy...!

Muerdo el labio, no quiero que me oigan reír, pero en ese mismo instante suena el timbre pegándome un susto de muerte. Grito con los nervios electrificados. Los tortolitos se apartan lo justo y sonrían, Nuria avergonzada y Diego orgulloso de mostrar en su cara la huella que ha dejado su vasto poder de seducción.

—Espero que me contéis la historia.

—¿Con pelos y señales? —Se horroriza mi..., ¿cuñada?

Elevo la vista al techo, tampoco necesito conocer sus jueguitos sexuales capaces de lesionar los huesos de la joven.

—Con un resumen es suficiente.

Giro dándoles la espalda, presurosa abro a Sergio y a los chicos.

Descanso el hombro en el quicio de la puerta que separa la despensa de la cocina. Observo la tierna mirada que Diego le dedica a Nuria, quién deberá mantener en cabestrillo el brazo izquierdo unos días; a los niños jugando con Nerón y sus aviones de combate; a los independientes Mila y Gros correteando una tras el otro. Fijo la vista en el cocinero oficial de la improvisada cena, una oleada de bienestar recorre el pecho cortándome la respiración. Tengo delante lo único que anhelo, un ambiente hogareño con personas a las que amo y que, a pesar de sus diferencias, se respetan entre ellos. Ruego que nunca falte este sano bullicio en casa, aunque el príncipe encantador no pase de ser mi mejor amigo, necesito nutrirme de su energía positiva.

Ando hacia él y sin privarme de acariciar su costado con la palma de la mano le entrego la lata de conservas que ha pedido. Me dedica una de sus sonrisas traviesas a la vez que remueve la salsa a fuego lento. Le abrazaría fuerte. Le besaría el hombro, el cuello, cada centímetro de su marcada mandíbula. Degustaría sus labios y mordisquearía su lengua hasta que jadease.

Semejante osadía rompería la magia porque le pondría en un apuro, así que mejor prosigo actuando como su pinche de cocina y le obsequio con una cerveza bien fresquita.

Cuando Nuria se levanta con el propósito de atender una llamada de Ricardo. Diego aprovecha para despejar una duda que le ronda la cabeza.

—Sergio. Tu pronunciación confunde, no pareces andaluz.

El aludido ríe, relaja los hombros al apoyarse en el respaldo de la silla.

—Pues soy malagueño de sangre y de corazón, aunque he de

reconocerte que vivido una gran temporada en el extranjero con la familia.

—¿Tus padres emigraron por motivos de trabajo?

Que Diego indague es genial, todavía me cohíbe averiguar cosas de la vida de Sergio. Subsisto de lo que él quiere contar, que por regla general es nada, pues siempre acabamos comentando cosas referentes a los niños.

—Sí. Mi padre es cirujano maxilofacial, le ofrecieron dirigir una innovadora clínica en Australia, con perspectiva de futuro aquí en Málaga. Mi madre no se lo pensó dos veces y nos marchamos con él.

—¿¡Australia!?! —Noto como la boca se me desencaja de la impresión, eso no lo había mencionado ni por casualidad—. Qué lejos queda ese continente. ¿Consiguieron establecerse aquí o siguen allí?

—Los Heredia siempre alcanzamos lo que nos proponemos tarde o temprano. Somos persistentes y nunca perdemos la esperanza —insinúa con la mirada sesgada puesta en mis labios entreabiertos—. El problema es que cuando ellos regresaron, mi hermano Víctor y yo estudiábamos nuestras respectivas carreras, así que preferimos continuarla en las universidades que nos habían concedido las becas. Después Víctor marchó por un tiempo a Canadá y yo aterricé en Madrid.

—Qué coincidencia. Hace unos años se rumoreó que un joven especialista español, llegado de Australia, se encargó de tratar las lesiones de varios deportistas de primera división. De la técnica que empleó en sus intervenciones, las cuales fueron claves para una rápida recuperación. Si no recuerdo mal, se apellidaba... Vaya ¡Cómo no he caído antes!

Sí, ¡vaya descubrimiento!

—Tampoco es para alardear, puse en práctica lo aprendido.

Sabía que es un hombre inteligente y fascinante, pero su humildad es increíble. El traumatólogo Sergio Heredia resulta ser una eminencia de renombre en su campo: el esqueleto humano.

El regreso de Nuria desvía el tema de conversación, su expresión taciturna indica que porta una mala noticia. En el instante que la miro, lo que he temido, esperado y rogado para que no ocurriese, se confirma. Es cierto, si queremos apreciar la felicidad debe suceder algo desagradable que amenazase con robarla. Estoy cansada de aprender esa lección.

—El abogado de Fran se ha puesto en contacto con el gabinete. Pregunta si hay la posibilidad de que su cliente vea al niño.

Diego se crispa, contamina la atmosfera de negatividad.

—¡De eso nada! No permitiré que ese tipo desestabilice de nuevo la

vida de mi sobrino.

—Han pasado dos meses. El señor Ponce cumple lo acordado, y no exige, solicita. A pesar de que Sur sabe cuál es nuestra opinión al respecto, creo que la elección depende de ella —aconseja Nuria.

Siento que me falta el aire, noto como la seguridad que he palpado estas semanas se evapora. Temblorosa coloco la mano en la rodilla de Sergio, el calor de su palma reconforta.

—Debéis perdonarme —susurro sobrecogida. Incapaz de mantener la compostura corro a esconderme en el dormitorio, bajo las sábanas, como cuando era pequeña.

Sumida en un millón de incertidumbres percibo en el colchón el peso de Diego al sentarse. Acaricia mi cabeza y parte del hombro.

—Sergio y Junior se han marchado. Nuria se encarga de acostar al mocoso.

Parpadeo, derramo las lágrimas sobrantes, agradezco la comprensión que han tenido conmigo. Diego exhala pesaroso.

—No cedas a sus peticiones. Castígale por el sufrimiento al que te ha sometido, por las mentiras que te ha contado.

—¿Crees que devolviéndole el golpe se borrará el pasado y seré más feliz? —Pregunto, pues su opinión me concierne. Él lo medita unos segundos.

—Sabes que no —dice con honestidad—. Pero lo justo sería que padezca el aislamiento que se ha buscado. Estoy convencido de que ese hombre acata las reglas con el único objetivo de ganar la batalla. Desea ablandar tu corazón, manipularte de nuevo.

—Soy consciente de lo lejos que he llegado y cuánto ha costado conseguirlo. No voy a caer otra vez en sus redes. Se lo prometí a Claudia. —No rebate la fuerza de voluntad—. He considerado que, si Fran quiere hablar conmigo, es hora de dar la cara. No puedo esconderme eternamente.

—No viajarás a Madrid con el pequeño. Te lo prohíbo —ordena tajante.

Se me escapa una sonrisa.

—Más bien pensaba ponerme al teléfono si fuese necesario.

—Entonces, dame permiso. Ya que a partir de ahora soy un civil cualquiera sin empleo, quiero hacerme cargo de Sergio este fin de semana, y los que hagan falta. Nuria y yo no le perderemos de vista, te lo prometo.

—¿Visitareis a mamá y a papá en el pueblo?

—Si es tu deseo, llevaré al nieto a que vea a sus abuelos.

Resignada, asiento con la cabeza.

—No puedo privarle de la compañía de su padre ni de sus seres queridos.

Admiro tu bondad. —Sonríe cariñoso—. Nunca dejarás de ser mi princesita.

Jura el héroe secando con su dedo las lágrimas que caen por el perfil de mi nariz.

«Una princesa rota que cada vez que pretende recomponerse, otro golpe la quiebra», pienso con los ojos cerrados y las emociones estancadas en el pecho.

Capítulo 41

Acomodo a Nerón en el maletero del coche de Nuria y abrazo de nuevo a mi niño, es duro despedirse. Nunca nos hemos separado uno del otro más de un día, y aunque sé que se tomará el viaje como una aventura junto a su idolatrado tío, de un modo egoísta quiero que me eche de menos. Tanto como yo voy a añorarlo a él.

Al perder de vista el paragolpes trasero del vehículo, me encierro en el estudio. La angustia sobrepasa los límites permitidos para mantener la sensatez, así que pongo música que interfiera en los pensamientos nocivos.

Vago por el taller sin inspiración alguna, hasta que el alma se libera del cuerpo y comienzo a hilvanar ideas. Dibujo sin descanso unos bocetos, paso la noche tallando la primera pieza en madera.

Al día siguiente un pálpito me despierta de súbito. Desorientada compruebo que aún sigo en el estudio. Me quedé dormida en el diván que utilizarán los modelos en las clases de pintura avanzada. Ansiosa por respirar aire fresco, corro a la ducha donde me desprendo de los restos de viruta y pigmentos que manchan la piel y el cabello. No tardo en deambular por las calles de Málaga. Absorbo la diversidad artística que la ciudad ofrece. Visito el museo Pompidou, en Carmen Thyssen, el histórico museo Picasso y por último el Jorge Rando. Al atardecer, cuando los más rezagados abandonan la playa después de un espléndido día, me siento en la arena como lo hago cuando saco de paseo a Nerón. Con la diferencia de que ni hijo ni mascota juegan en la orilla.

Siento que llega el momento, y este no se hace esperar. La línea segura que Nuria ha preparado para ponernos en contacto irrumpe en la calma. No hay marcha atrás, debo afrontar los miedos.

—Hola, Fran.

—Sur. —Alarga cada letra en un susurró. Muerdo los labios, quiero odiarle y no puedo.

—¿Cómo te encuentras?

El amago entre lamento y risa se cuela con sutileza en la línea.

—Voy tirando.

Tapo la boca, trago el llanto. Soy más consciente que nunca de la soledad que padece. ¡Cielos! Me había propuesto dos cosas: nada de

debilidad, nada de culpabilidad. Dios es testigo que quise sentir su cariño, que tuve la esperanza de que regresase el amor por él. Soporté sin obtener el resultado deseado, fue a peor con el paso de los años y sus constantes altibajos emocionales. Ambos sabemos que al final la convivencia fue desagradable.

—¿Qué tal se comporta Sergio?

—Bien. Tenemos un hombrecito muy guapo e inteligente, ¿verdad?

—Sí. —Ignoro su tentativa de estrechar el círculo que nos emparenta—. Y crece rápido como las setas.

Ríe un segundo antes de suspirar.

—Hasta ahora no me había percatado de lo adulto que es Nerón, no posee la energía que le consumía de joven. El guardián ya no soporta largas carreras, se cansa con facilidad.

Cierro los ojos preocupada.

—Debí avisar a Diego, te hubiese advertido de que el animal solo necesita pasear y jugar unos minutos. Nunca le saqué a correr como hacías tú al principio y perdió la costumbre de resistir un ejercicio intenso.

La última frase me arrepiento de pronunciarla, suena a recordatorio, a su escasa colaboración en las tareas del hogar mientras vivíamos bajo el mismo techo. Encaja el golpe con deportividad.

—No te inquietes, Sergio ha demostrado ser el verdadero dueño de Nerón; cuida de él mejor que nadie. —Hace una pausa, le oigo encender un cigarrillo. Intuyo por donde continuará la conversación—. También ha contado que tiene dos gatos, que los salvaste...

—Fran —interrumpo—. Sergio te relatará infinidad de cosas, descubrimientos que vaya adquiriendo en su día a día, en su vida, pero no esperes que sacie tu curiosidad más allá de lo que concierne a él.

—Capto el mensaje. Perdí los derechos: nada de demandar ni recibir reportes. Lo siento. Joder. Es que no sé cómo decirte que ansiaba que fueses tú quien le trajese. Te echo mucho de menos, tesoro.

Quedo muda, acabo de olvidar las respuestas que pensaba darle llegado el caso.

—Sur. Estas semanas he cumplido con lo estipulado en las condiciones del divorcio. He acudido a terapia con un psicólogo y estoy dispuesto a continuar. No confiaba que fuese de ayuda, pero el tipo ha conseguido que vea las cosas en las que me he equivocado.

—Me alegro de que comprendas que intentar atar al ser que amas es

injusto e insano para la relación.

—Concédeme otra oportunidad. Por favor, perdóname —suplica.

—Lo siento —exhalo en un murmullo—. Soy capaz de perdonar, no de olvidar.

Lloro en silencio. Le costará aceptar la realidad, aunque ruego que, con paciencia y tiempo lo consiga.

—Te quiero, Sur.

—Si me quieres como yo a ti, lo demostrarás a través de nuestro hijo. Fran, cuando le miro te veo reflejado en él. Reúne lo mejor de los dos, y eso hace que te quiera de un modo especial. Sergio es tu verdadero tesoro. No le falles y te regalará unos instantes de incalculable valor durante toda la vida. Necesitamos encontrar la estabilidad por su bien, por nosotros, que somos sus padres.

—¿Por qué no podemos hallarla juntos? Haremos con el dinero lo que quieras, viviremos en la propiedad que desees. Me esforzaré por cambiar, no volveré a ocultarte nada.

No voy a regresar. Mudarnos de casa no arreglaría el daño. El matrimonio se rompió.

—Lograré recomponerlo. Olvidarás el pasado y crearás en el futuro.

—¿Recomponer? —Aprieto los labios de impotencia—. La relación sufría una infección mortal. Se puede alargar la vida, pero no recuperar el tejido descompuesto. Estábamos condenados al fracaso desde el primer día. ¿De verdad deseas deteriorarte en el camino?

—Como de costumbre, sutil. —Ríe sin ganas—. Gracias por no restregarme que incluso te fui infiel. Gracias por aconsejar que supere lo nuestro y me enamore de otra mujer. Una nueva ilusión equivale a una relación sana, ¿no es así?

Imagino con nitidez la pose y el rostro de Fran en este momento. Con una mano sostiene el móvil en su oreja izquierda, enseña una sonrisa irónica mientras sus ojos celestes enfocan el punto exacto de la calzada donde acaba de tirar la colilla para que la rueda de cualquier coche la aplaste. Duele ser la verdugo, pero debo colgar si no quiero que la conversación se desmadre y comencemos a lanzarnos reproches que no benefician ni al pequeño ni a nadie.

—Cuídate Fran. Cuídate mucho e intenta ser feliz.

Rodeo las piernas con los brazos y apoyo la cabeza en las rodillas, nada impide que solloce a gusto después de oírle decir adiós. Entonces una

sombra se posa delante, con desgana miro quién tapa los últimos rayos del atardecer.

Sergio Heredia me observa erguido, con los puños ocultos en los bolsillos. Viste una camiseta blanca, una bermuda con estampado camuflaje, y pisa descalzo la arena. Su cabello oscuro y ondulado baila al son de la suave brisa, algunos mechones se pasean seductores por delante de sus inescrutables ojos marrones. Más lágrimas emergen sin control, debo parecerle la mujer más patética e insegura del mundo.

Extiende su brazo derecho, solicita que sujete la mano que me elevará sin esfuerzo. La contemplo unos segundos antes de aferrarme a ella.

—Dime que no te marcharás a Madrid —dice serio—. No retrocedas el camino andado. Significaría una derrota, sería un desastre.

Percibo la angustia en su voz, me gustaría comunicarle que no me voy a ninguna parte. Se anticipa, coloca sus manos en mis mejillas, con delicadeza limpia las gotas saladas que las bañan. Cierro los ojos derretida con la suavidad de su tacto.

Noto como se inclina, su inconfundible fragancia le delata. Su flequillo me acaricia la frente, la brisa lo enreda con mi pelo. El suave cosquilleo que provocan con su baile me eriza la piel. Sergio hace que flote en un mundo donde las agujas del reloj se paran y solo exista él.

—Sur. Estoy enamorado de ti desde aquella mañana que entré en la cafetería San Lorenzo y te vi escondida detrás del pasaplatos. Fuiste la causa de que aceptara el cargo en el hospital aquel mismo día. La responsable de que continuase en el puesto más tiempo del estipulado porque deseaba verte todas las mañanas. Te quiero con locura, de un modo inexplicable. Si regresas a la capital, te juro que enumero las estrellas del firmamento para no perderte el rastro. Te seguiré eternamente allá donde vayas. Pero dime que algún día me concederás la oportunidad de amarte, o de lo contrario moriré de tristeza.

Conmocionada abro los ojos, es increíble que haya desnudado su alma y yo sea la receptora de sus anhelos e inquietudes. Reprimir la mía sería un error, debo sincerarme. Aproximo los labios, su boca alimenta mi trabajosa respiración.

—Llegaste a mi vida dándole el sentido que nunca tuvo. Fuiste el amigo, el ángel de la guarda..., el amante con el que soñaba en secreto. Sergio, no puedo concederte el corazón. Te pertenece, me lo robaste con tu sonrisa y lo atrapaste con el brillo de tus ojos. Yo misma te lo entregué en un

plato, ¿recuerdas?

La confesión le da libertad, atrapa mi cintura con sus brazos y me besa sin temor. No demoro en pasar las manos alrededor de su cuello, en enredar los dedos en su espeso cabello. Saboreo su lengua, que juguetona crea una explosión de placer que electrifica las terminaciones nerviosas. Jadeo, exprimo al máximo la falta de aire. No quiero separarme, ni que sus labios dejen de acariciarme la boca.

—¿De verdad has revelado tus sentimientos? —Cuestiona inseguro.

—Te conformarías con saber que eres mi inspiración. Que he fantaseado contigo dormida y despierta. Que te he dibujado en papel de día y de noche.

—No sigas, por favor. —Enseguida descubro el motivo del ruego, las palabras le han estimulado—. Aunque cueste horrores despegarme un centímetro de tu precioso cuerpo, debo alejarme. De lo contrario tendré que arrastrarte al agua y calmar la presión que me provocas en la entrepierna cada vez que estas cerca o pienso en ti.

Rio nerviosa, excitada con la descarada amenaza. Sergio comienza a resoplar mientras camina de aquí para allá masajeándose la nuca. No consigo aplacar la inyección de adrenalina que acelera el corazón. La felicidad hace que me tiemblen las piernas y la razón quede suspendida en una nube de algodón.

—Es sorprendente lo que acaba de suceder. Debo estar delirando — digo con la vista perdida en el suelo. Sergio para de moverse, me alza la barbilla, le asoma una sonrisa traviesa.

—También siento que es una alucinación. En este instante hasta me parece que he estado haciendo el imbécil demasiado tiempo. Debí confesarte mi amor hace mucho.

—Olvídalo. No hubieses encontrado ocasión y lugar más maravilloso que este.

—Tenemos cosas de las que hablar. ¿Paseamos?

Entrelaza sus dedos con los míos, los besa con sensualidad electrificando las fibras nerviosas.

—Sí. —Acepto con el estómago efervescente de la emoción.

—Sur. ¿Por dónde deseas que empiece a resolver tus dudas?

—¿Cómo sabes que las tengo?

—Es difícil de explicar. Tus gestos, la intuición..., una mezcla de todo.

—Antes has dicho que te enamoraste al verme.

—Y no te he mentado. Quedé hechizado por completo.

Escuchar de nuevo su declaración de amor, me gusta, quiero gritar de alegría.

—Por aquel entonces recién concebisteis a Junior.

—Sur. Tú no fuiste el origen del fracaso entre mi pareja y yo. Reconozco que me enamoré de ti, que fuiste el empujón que necesitaba para instarme en Madrid. Sin embargo, procuré lo imposible por no defraudar a nadie.

—De eso doy testimonio, siempre has sido respetuoso conmigo. Eres un hombre con un gran sentido de la lealtad —trago la aprensión, los celos que envenenan mi mente cuando pienso en su vida sentimental—. Cuéntame. ¿Por qué la relación con la madre de Junior no funcionó?

—Resumiré la historia, así entenderás donde yacía nuestros problemas. —Presiona mi mano unos segundos, ordena sus recuerdos—. Se llama Virginia. Nos presentó una amiga en común porque ella quería aprender español. Durante unos meses mantuvimos encuentros esporádicos. No me tomaba a las chicas en serio los primeros años de universidad y creía que ella tampoco a los chicos. Pero sin saber muy bien cómo sucedió, acabó mudándose a vivir conmigo, al apartamento que compartía con Víctor. Al poco dejó la carrera que estudiaba porque quería ser actriz. La apoyé, era su sueño. Así que mientras ella se presentaba a infinidad de castings, finalicé la carrera y acepté un puesto en un prestigioso hospital de Sídney. Al cabo de unos años planteé romper la relación, no íbamos al mismo ritmo, no teníamos las mismas metas. Virginia no aceptó la separación, ni mi intención de trasladarme a Madrid. Pensó que tal vez en España podríamos recomponer lo nuestro. Sin meditarlo aparcó su fallida profesión y decidió que quería ser madre. Yo no tenía claro que un bebé nos devolviese la pasión, que fuese lo que en realidad necesitábamos, pero... sin ninguno saberlo, ya estaba embarazada.

—¿Qué pasó? —La curiosidad me mata—. ¿Por qué no está al lado de Junior si lo deseaba con ganas?

Con toda la naturalidad del mundo, pasa su mano por mi espalda, me resguarda en su costado mientras seguimos pisando las refrescantes olas que alcanzan la orilla.

—No encajó su llegada al mundo, y un buen día dijo que no soportaba más, que se marchaba a cumplir su sueño antes de que fuese demasiado tarde.

Me entregó la custodia de Junior y desapareció.

Frena el paso, nos miramos a los ojos. Cantidad de momentos encajan a la perfección.

—Ahora sé por qué te veía triste y distraído.

En su expresión se refleja el dolor de aquel duro trance.

—Sur. A veces sentía que era el causante de que la relación no funcionase, sobre todo desde que me enamoré de ti. No puse lo suficiente de mi parte, ocupabas los pensamientos día y noche —se lamenta—. Por eso te pido que no te crees un concepto erróneo de Virginia. Es una buena chica, lo único es que aún no ha madurado.

Tarde. No soy la indicada para opinar, pero la he tachado de alocada, caprichosa y bipolar. Más que nada, porque tuvo la suerte de cruzarse en la vida de un hombre maravilloso, y la muy tonta, en vez de valorarlo, le abandona.

—La sombra de la culpabilidad también estuvo presente en mi cabeza, solo se disipaba cuando comprendía que eras la luz que me guiabas en el camino. Sergio, sin saberlo, nos hemos apoyado y animado para sobrevivir a las circunstancias que nos habían atrapado.

—Cierto. Las tardes en el parque fueron una terapia. Tú fuiste el soporte, la ilusión. ¡Joder! Te busqué durante días por los jardines del parque con la esperanza de encontrarte y oírte decir que te habías divorciado de tu marido porque sentías algo por mí.

—En cambio la noticia que recibiste fue la inesperada llegada de Adrián.

—Aquello dolió como una puñalada. Quise marcharme, borrar de la mente. No pude, seguí abrigando la esperanza de que os separaseis.

Giro hacia la orilla, no quiero que me vea llorar. Él me abraza por detrás y besa la sien. ¡Sus gestos de cariño resultan tan familiares! Reconforta su proximidad, no la temo, la deseo.

—Sergio. Él nunca me hubiese dejado marchar con facilidad. Conocerte ayudó a que no cayese en la autodestrucción, en la absoluta dependencia emocional de Fran.

—Debiste contármelo. El peor momento de mi vida fue cuando te vi arrodillada en el suelo de urgencias y te desmayaste en mis brazos la noche que perdiste al bebé. Aún entonces pensé que podría traerte a Málaga, conmigo. Hasta que...

—Mencioné que regresaba a casa con mi marido.

Capítulo 42

Bajo del coche a los dos amiguitos, llegamos tarde a casa de Sergio. Repaso el atuendo de los hombrecitos y sonrío; pantalones cortos y camiseta con estampados deportivos. Son los *street boys* más pasotas y guapos del universo. Desde la noche anterior estoy a cargo de Junior, su padre debía madrugar para acudir a una conferencia en Barcelona, así que gustosa me ofrecí a ejercer de madre adoptiva.

Desde que nos revelamos los sentimientos en la playa, hemos avanzado poco en la relación. Lo que significa que aún no hemos hecho el amor. Nos besamos y acariciamos como adolescentes, a escondidas, con las hormonas revolucionadas, y con miedo a que nos descubran. Sí, descubiertos por nuestros hijos. Considero que soy la única culpable de que el acto no se haya consumado. Las ocasiones han existido, mas todo es contradictorio. Porque estoy segura de que le amo con sus virtudes y defectos. Y le deseo con una lascivia desconocida antes. Pero no me atrevo a dar el paso definitivo, siento vértigo, pánico. Acostarnos implica que se generen otras decisiones, otros cambios. Como contarles a los niños, como vivir juntos. El inconveniente no es lanzarnos a esa aventura cuando el amor es fuerte y verdadero. Por mi parte, tanto, que temo perder el control de los sentimientos y que eso perjudique la recién estrenada libertad.

Sergio comprende que necesite tiempo para creer que lo nuestro es real. Acepta actuar con discreción, las caricias disimuladas, los besos robados. Quiere que entienda que él jamás absorberá mi espacio, que respeta la privacidad. Es consciente de parte del trauma que arrastro del matrimonio con Fran. Aunque no le he contado por las cosas horribles que pasé, prefiero no entrar en detalles.

Pero la caballerosidad y paciencia tiene un límite, la fogosidad de Sergio se nota a flor de piel. Con cualquier roce resopla o refunfuña. Incluso en ocasiones le escucho murmurar una protestar del tipo: ¡Surr! Me vas a matar.

Gruñe, piensa que no le oigo. Por supuesto, sus arrebatos de autocontrol me hacen reír, despiertan a la mujer apasionada que llevo dentro y que comienza a sufrir las consecuencias del celibato cuando él me mira con deseo.

Los tres salimos del ascensor, enseguida abro la puerta del apartamento, Junior corre a encender las luces. Entonces muchas voces exclaman:

—¡Sorpresa!

Del susto inicial paso al asombro total al verme rodeada. Diego es el primero en darme un abrazo, después Nuria, Ricardo, Elvira y Jorge, el marido de esta. Sergio es el último, con su eterna sonrisa en los labios me regala un beso en las mejillas. Noto cuánto le duele mantener las apariencias.

—Feliz cumpleaños, preciosa.

—Gracias —digo apenas con un hilo de voz—. Hace años que no celebro este día. Ni ningún otro —reconozco avergonzada.

—Pues conmigo se festejará todo lo que acontezca, y si no hay nada, nos lo inventaremos. Los Heredia somos de reunir a la familia y a los amigos en cualquier evento. ¿Podrás soportar que me gusten los deportes y quiera llenar la casa de gente cuando se jueguen las finales?

Prometí no ceder a las peticiones de otro hombre, pero a él soy incapaz de negarle nada, y eso es peligroso.

—Apuesto a que haces divertido cualquier juego.

—Nena, que no te quepa la menor duda de que hago muy amemos los ejercicios que practico —insinúa con descaro antes de pellizcarme el trasero y alejarse.

Un súbito bochorno me prende el cuerpo, ni siquiera beber la cerveza de un trago baja los grados que he alcanzado en el transcurso de la cena. Y ese acaloramiento no tiene perspectiva de mejorar si Sergio sigue provocándome con sus descuidados roces, con sus miradas furtivas. Es definitivo, las hormonas han despertado, están en pie de guerra y necesitan ser calmadas.

Sofocada, huyo de la terraza donde estamos sentados. Voy a la cocina en busca de otra bebida fría y algo de intimidad. Sergio no tarda en encontrar un pretexto para acompañarme. Impacientes nos besamos y tocamos por encima de la ropa. Llevo las manos a su rostro, ataco sus labios con los míos. Es un deleite acariciar el contorno de su mandíbula de ese modo íntimo.

—¿Por qué te has rasurado la barba y te has cortado el cabello?

—Porque va haciendo calor.

—Atractivo y bromista, eres un encanto de hombre.

Sonrío, me fascina su sentido del humor, no le abandona por cansado que esté, como es el caso. Sus ojeras muestran el madrugón que se ha dado

esta mañana, las horas de viaje, la extenuante conferencia.

—Si a mi chica le gusto peludo, mañana mismo me dejo crecer el bello. Aunque pienso que ya es hora de disfrutar de tus besos sin el obstáculo que origina la barba, así no dañaré tu delicada piel cada vez que no pueda controlar la pasión. —Vuelve a inclinarse, gustosa abro los labios y recibo su lengua.

Un golpe seco nos separa de un susto. El gesto inexorable de Diego da escalofríos. ¿Cómo se tomará el descubrimiento que acaba de presenciar?

—Veo que los amores secretos de los hermanos Rivas se desvelan en las cocinas.

—Te prometo que pensaba contártelo.

—Sur. Hace días que lo sé.

Miro a Sergio, él se encoge de hombros.

—Estoy de acuerdo en esperar a que estés preparada para explicarle a los niños el afecto especial que nos tenemos. Pero somos adultos, es ridículo ocultárselo a los demás.

Expulso el aire de golpe. Diego intuye el mal talante, retrocede cobarde sobre sus pasos y desaparece. Descolocada e indignada, me dispongo a salir de allí.

—¡Surr! —advierte que no debo marcharme sin hablar. Freno sin encararle—. Vamos a discrepar multitud veces. Estás en tu derecho de enfadarte conmigo, pero no te largues sin discutirlo. ¿Por qué te molesta que Diego lo sepa?

—Deberías haberme consultado. Tuvo que enterarse por mí, no por ti —suelto con furia contenida cuando él se pone delante.

—¿Qué importancia tiene quién se lo haya dicho? ¿No crees que le habría disgustado más que no confiásemos en él? Además, sucedió sin premeditarlo, consideré que solo yo podía aclararle las intenciones que tengo contigo. Soy el único que puede describir cuánto te quiero.

Bajo la vista, en concreto al punto donde la camisa de lino se cierra en su pecho. Es un alegato razonable. Diego aprecia a Sergio, sentimiento que jamás albergó por Fran. El gesto honrado y natural del malagueño le corona como el mejor cuñado del mundo.

—¿Qué será lo próximo que hagas sin informarme antes?

—Besarte.

Sin vacilación me arrincona y cumple su dulce amenaza. Sus argumentos persuasivos son convincentes, el enfado se diluye como el miedo

a discutir nuestras diferencias.

Me emociono al soplar las velas de la tarta que pone en la mesa Nuria. Es inevitable, guardo en la memoria la última vez que quise celebrar mi cumpleaños. Fran destrozó las fiestas señaladas, la ilusión por conmemorar incluso las navidades. Sergio me besa la mejilla, sana la herida, disipa la tristeza descorchando una botella de champán. Deseo repetir este momento los años venideros, junto a él y los amigos. Elvira me entrega el regalo que ella y su marido han escogido.

—Sur, no sé cómo han llegado tus niños de la Granja Escuela, pero a Ingrid, casi la meto directa en la lavadora.

La niña que juega con sus dos amigos bajo la mesa nos mira con cautela. Le guiño un ojo a la preciosidad que viste de rosa.

—Pues, al principio he pensado que en vez de ser ellos los que han alimentado a los animales, han sido los animales quienes le han tirado los macarrones con tomate a ellos. —Reímos, no puedo dejar de hacerlo mientras desenvuelvo el paquete—. Gracias a los dos, es un bolso precioso.

—Ahora que lo mencionáis —recuerda Sergio—. Te deje a Junior ayer tarde. ¡En su mochila no le puse ropa para la excursión! Ni me acordé. Sur. Dime que lograré eliminar las manchas de su camiseta favorita.

—Me temo que, en esta ocasión, aunque he subsanado parte de los daños con cantidad detergente. Soy portadora de malas noticias.

Se pasa ambas manos por la cara.

—¿Él sabe la gravedad del desastre?

—Sí. Dice que no le importa ponerse la camiseta con un agujero así de grande —indico con los dedos el tamaño del estropicio. Imposible no reír con la expresión de sorpresa del traumatólogo.

Hablar de la Granja Escuela despierta en los niños gran interés, salen de su escondite y narran sus aventuras. Es entretenido oírlos, hasta que mi hijo pregunta:

—Mamá. ¿Qué son las ubres?

—¿Ubres?

Mentalmente repaso el diccionario con demasiada lentitud, el resto ríe sin ningún disimulo. Fulmino con la mirada al malagueño, también a mi queridísimo hermano. ¡Se van a enterar estos dos graciosos!

—Ingrid. ¿Me prestas tu libreta y un lápiz? —Solicito dispuesta a salir del apuro. Bajo la atenta mirada de los tres niños hago dos bocetos—. Imagino que hoy habréis visto una vaca o una cabra parecidas a las del

dibujo, ¿verdad?

—Sí. —Afirman vivaces.

—Estas “bolsas” que les cuelgan aquí debajo, contienen leche con la que alimentan a sus crías. Son las ubres de las que vuestra profesora os ha hablado.

Resoplo de alivio, quedan satisfechos con la explicación. Y con la curiosidad saciada se marchan al dormitorio de Junior a jugar.

—Felicidades. Has salido airosa del atolladero.

—Yo diría que he superado la prueba con nota —contesto con sorna al propietario de la sonrisa más persuasiva del planeta.

—Es cierto —dice dirigiéndose a los presentes con su cautivadora voz—. Hace unos meses, Junior, me puso en un aprieto bastante más bochornoso. Mis padres celebraron un almuerzo al que acudieron algunas personalidades influyentes que no conocía. Estando en uno de esos distinguidos corrillos, Junior sorteó la vigilancia de las monitoras que mantenían distraídos a los niños y llegó corriendo, extendió el brazo para señalar mi entrepierna y gritó: papá, papá, ¿tu pito suena?

Desencaja la boca, a Nuria y a Elvira les sucede lo mismo. Los hombres rompen a reír.

—¿Y qué contestaste? —Se adelanta Ricardo a la expectación de los demás.

—Cometí un grave error. Le di alas cuando no se me ocurrió otra cosa que soltar un: «Pero ¿¡qué dices hijo!?» Entonces Junior se explicó: «Papá, me han dicho que los hombres tenemos “pito”, y el mío debe estar estropeado porque no suena».

Todos sueltan unas risas salvo yo. Fran en una situación similar le hubiese dado un coscorrón sin lamentarlo después.

—¿Le regañaste?

—¿Tú qué crees? —Reprende con la mirada.

Me avergüenzo de haberlo puesto en duda siquiera, ha demostrado durante años que es un padre excepcional e incomparable.

—Que reíste a carcajadas.

—Exacto. Le tomé en brazos y le comuniqué que el mío tampoco funcionaba.

Capítulo 43

Poco después de medianoche, los invitados se despiden. Termino de recoger los juguetes del salón mientras Sergio acuesta a los niños.

—Han caído rendidos. Hasta mañana no darán quehacer.

—Tú también debes de estar agotado.

—Sur, siéntate.

Obedezco, aliso las inexistentes arrugas de la camiseta y ocupo un extremo del sofá. Le observo moverse por la habitación. Cambia el estilo de música, elige una melodía relajante y envolvente con letra romántica. Sirve dos licores y se acomoda a mi vera. El pulso se dispara al ser consciente de la fuerza de su presencia, de que al fin estamos solos. Choca su vaso con el mío, felicitándome en silencio. Bebo un sorbo, más sedienta de sus labios que de cualquier líquido.

—Tengo un regalo para ti, cumpleañera.

—Esta noche me has obsequiado con una maravillosa fiesta sorpresa, con eso me conformo.

—Nena. Todo lo que pueda ofrecerte es poco. —Del cajón de la mesita auxiliar saca una caja alargada. Llevo la mano al pecho, creo que moriré de un infarto—. Acéptala por favor. No desprecies un detalle escogido con mucho cariño.

—No merezco...

—¡Surr!

Sonrío. ¡Pero qué bien suena la erre en sus labios! Con manos temblorosas tomo el estuche acolchado en terciopelo gris. Dentro, extendida en su largo, una pulsera de oro. Los eslabones son pequeñas estrellas y de cuatro de ellas, a una distancia simétrica, cuelga la misma inicial. Una de las S, es de mayor tamaño y guarda una diferencia. Emocionada, toco su relieve.

—Pedí al joyero que la diseñara. Creo que es una maravillosa coincidencia que nuestros nombres empiecen con la misma letra.

—Esta letra guarda una diferencia, lleva una A engarzada. —Las lágrimas resbalan y caen en la cajita al comprender su significado.

—Te representa a ti y a Adrián. Sentí la necesidad de recordarle. Él siempre vivirá en nuestra memoria.

—Me encanta, es sencilla. Es hermosa.

Intuye mi deseo, con delicadeza me la coloca en la temblorosa muñeca derecha.

—Confieso que he tenido cientos de anillos y colgantes en la mano. Pensé que una alianza de compromiso lo verías inapropiado. Algo precipitado —dice con una mueca de fastidio—. Si tengo que ser honesto, tuve miedo al rechazo. Y descarté los collares, porque considero que, si quiero que te acuerdes de nosotros a menudo, a no ser que te nazcan ojos en la barbilla o te incorpores un espejo en la mano, lo mejor es que lleves la joya en un lugar donde puedas admirarla en cualquier momento.

—Es lo más valioso que me han regalado nunca, porque sé que lo has escogido de corazón.

—Sur, hay dos niños y un hombre que te quieren con locura. Te has convertido en nuestro mundo, la estrella a la que queremos seguir.

Imposible borrar la sonrisa pese al llanto. Es incalculable el amor que le proceso. Sergio tiene una belleza interior que se refleja en su rostro, ahí radica el misterio de su atractivo.

—Gracias, gracias por existir y ser tal como eres. —Trago el nudo de felicidad que pugna por ahogarme—. Gracias por entrar aquella mañana en la cafetería San Lorenzo, por no dejar de acudir durante años con una preciosa sonrisa dibujada en los labios. Gracias por evitar que cayese de la escalera cuando estaba embarazada, y cuidarme cuando tanta falta me hizo al perder a Adrián. He tenido la suerte de cruzarme en tu vida, de conocerte, de amarte aunque fuese en silencio. Gracias a ti los días fueron llevaderos, porque a pesar de la monotonía que me embargó cuando te marchaste, no murió del todo la ilusión.

—No soporto verte llorar —dice sujetándome la barbilla—. Daría media vida con la condición de reescribir nuestro pasado, de hacerte feliz el resto.

Impulsada por el deseo y afecto incondicional, subo encima de sus piernas. Beso su rostro desde la sien hasta la boca, donde susurro mientras él jadea.

—Te quiero. Eres mi sueño hecho realidad, seré tuya ahora y siempre.

—¿Estás segura? Podemos esperar, organizar una velada romántica. Tú y yo solos sin niños que duerman en el cuarto contigo.

—¿De verdad serías tan caballeroso? —Muerdo y saboreo su labio inferior.

—Si sigues tentando y acariciándome de este modo apasionado. No.

Todo lo contrario, te haré el amor aquí mismo.

Le desabrocho los botones de la camisa sin dejar de besar su cuello. El olor de su piel mezclado con el perfume que utiliza es el coctel perfecto que potencia su sensualidad.

—Es mi cumpleaños, y tú el regalo ideal.

Sergio me sujeta las nalgas con fuerza y se incorpora. Rodeo su cintura con las piernas sin dejar de besarle. Veloz camina a la privacidad de su dormitorio, la paciencia se nos acabó. Nos desnudamos el uno al otro deprisa, ansiosos por tumbarnos en la cama y continuar besándonos.

—Sur, pídemme cualquier cosa menos que contenga las ganas que siento de ti. Creo que voy a estallar antes de darte placer —susurra posicionándose encima, entre las piernas. Su boca se desliza de la clavícula al seno izquierdo, arquea la espalda de puro gusto cuando lame y succiona el pezón.

—Llevo años lista para recibirte, mi amor. Rozarme y arderé contigo.

—Voy a buscar un preservativo. ¡Maldita sea! Sé que tengo una caja por ahí guardada, pero no recuerdo el lugar.

—Quizás, ¿en la mesita de noche? —Río divertida con su repentina desesperación.

—No pueden estar ahí. Nunca he traído ligues a casa y no soy un tipo promiscuo. Una vez intenté conocer a una chica, creí que me ayudaría a olvidarte y no fue así —informa refunfuñando mientras su memoria intenta averiguar donde ha podido colocar los profilácticos.

—Tranquilízate. —Hago que me mire, aproximo los labios a los suyos—. Lo que acabas de decir es lo más bonito y romántico que una mujer puede escuchar del hombre al que ama.

—¿Qué la lleva esperando años porque no hay otra como ella?

—Sí. Conoces mi historial médico mejor que nadie, y yo confío en ti. Necesito sentirte sin barreras de por medio.

Sin dudarle uno nuestros labios, me arroja con su cuerpo y se introduce lento acariciándome las zonas sensibles y receptoras. Cientos de noches he fantaseado con este instante, la realidad es incomparable a la imaginación. Sergio consigue que llore al notar su calidez, su afecto abrazándome con suavidad. Oír su voz susurrando bonitas palabras de amor y sus gemidos sensuales, me provocan una oleada de calor imparable. Y movernos al compás sincronizados como un único ser, logra que alcance la plenitud. Soy incapaz de dominar el orgasmo, las convulsiones se

intensifican, no cesan. Él es mío, lo impensable se ha hecho realidad. Por fin el hombre de mi vida es quien me acompaña en este maravilloso baile, en esta increíble escapada a la liberación.

—Te quiero —le digo al oído mientras alcanza el éxtasis.

Sergio permanece unos minutos mimándome con ternura, después se tumba a un lado del colchón. Apoyo la cabeza en su pecho, él me abraza y pega a su costado. Sigo con la respiración agitada y en una nube perturbadora. El cúmulo de sensaciones que guardo me hace suspirar de felicidad.

Por un instante fijo la vista en el cuadro tamaño folio que hay en su mesita de noche.

—Es asombroso que conserves ese dibujo tuyo y de Junior.

—Jamás me desprenderé de él, incluso estaría simpático tener un retrato suyo en cada etapa importante. Ese granuja crece demasiado rápido, a veces cuando llego a casa después de un par de días sin verle, tengo la impresión de que me he perdido un gran avance en su vida.

El comentario es inocente, dirigido al sentimiento de culpabilidad monoparental. Seguro que ni siquiera ha tenido en cuenta que soy la autora del boceto, por lo que tomo nota de su deseo.

—Eres un fantástico padre. Junior no siente las ausencias, las cubres de sobra cuando estás en casa. —Tiro de la sábana en un intento de cubrir la desnudez.

—No te tapes, debes acostumbrarte a mostrar tus encantos delante de mí sin pudor.

—He cumplido una edad en la que es preferible ocultar los defectos.

—¿Te consideras una mujer mayor y ni siquiera has alcanzado la treintena? —Pregunta con guasa sin dejar de besarme la cabeza y acariciar la espalda.

—Bueno, insegura. Si me miras se multiplica esa sensación. Has llegado a verme con un aspecto lamentable.

—Ven aquí —anima a que suba a horcajadas sobre su pelvis. Sus largos y suaves dedos de cirujano comienzan a realizar círculos en las caderas en sentido ascendente—. La vulnerabilidad también esconde su morbo.

—¿Te excitaba aquellos días en los que estuve ingresada rota en pedazos?

—No, ni mucho menos. Aunque no niego que me gustaba ser el que te recomponía. Quien te sujetaba la mano para que conciliases el sueño. El

que lo vigilaba. El que mitigaba el dolor con un abrazo. Me hacía sentir importante en tu vida. —Su palma abarca el rostro, cierro los ojos y disfruto de la caricia—. Por supuesto, hubo alguna que otra ocasión en la que te hubiese besado.

—Claro —digo nerviosa al recordar cual—. Los pijamas hospitalarios son lo último en tendencia erótica. Que eche a temblar la lencería fina porque tiene sus días contados.

Sergio se echa a reír. Sonrío de la emoción, es un sueño vivir la fantasía que supone tenerle en privado solo para mí.

—De eso nada. Larga vida a los encajes y al satén —reivindica—. ¡Para que se lo coman los gusanos, que lo vean los cristianos!

—¿De verdad no te importa que una mujer lleve vestidos ceñidos y luzca escote?

—Sur, una mujer debe ponerse aquello que le haga sentir bien por dentro y por fuera.

Le miro escéptica. Trato de encontrar la trampa.

—¿Y cómo te gustaría que vistiese tu chica?

—Con prendas que marquen tu bonita figura. Estoy a favor de las camisetas holgadas y mangas por debajo del hombro, pero también te quedarían bien las ajustadas de tirantes y las minifaldas.

—Nunca he sido atrevida, ni siquiera en la adolescencia.

Pienso que para una vez que lo fui un poquito, el resultado no pudo ser más desastroso.

—Me refiero a que insinúes, a que hagas trabajar la imaginación. No a que caigas en la vulgaridad. Cosa que dudo llegue a sucederte a ti, con el buen gusto que posees.

—Ah. Alcanzar el equilibrio idóneo.

Pasea el dorso de la mano por mi pecho, los estimula.

—Sur, eres un valioso trofeo, si no puedo restregar tu belleza en su máximo potencial a los demás, ¿para qué he esperado merecerte?

—Qué embaucador eres. —Rio, paso las uñas por sus pectorales. Con las yemas de los dedos acaricio su abdomen, la fina línea de bellos que cae de su ombligo.

—Es cierto, eres preciosa te pongas lo que te pongas. Y ni te cuento si estás desnuda. Tienes una piel delicada, una cintura estrecha, unos pechos deliciosos, unos labios apetecibles...

Sello sus estimulantes palabras con un beso, es un provocador. Que

me venere como si fuese una diosa refuerza mi autoestima. Y vuelve a humedecerme de un modo indecente. El muy sinvergüenza sonríe al notarse mojado por mi culpa, palpa con sus dedos el área que genera el incesante jugo. Jadeo con el perturbador contacto, su manera de masajear es enloquecedor.

—Ser el responsable de esta exquisita lubricación, me excita mucho.

—Lo noto.

Me eleva lo justo para introducir en mi estrechez la dura prueba que evidencia que dice la verdad. Le acojo con deseo, penetra tan profundo que logra que arquee la espalda hacia atrás. Encajamos a la perfección, estamos creados el uno para el otro. Muevo las caderas al ritmo que marca con sus manos puestas en mis nalgas. Hacemos el amor despacio, el placer es sobrenatural. Absorbo su esencia, grabo y disfruto cada caricia, cada abrazo, cada beso, cada segundo que nos dedicamos.

—Por favor, quédate. Duerme conmigo el resto de la eternidad.

Repito descansando el hombro en el umbral de la puerta de su casa. Desnudo de cintura hacia arriba desprende sensualidad y virilidad a partes iguales.

—No me pidas eso la primera noche.

—De acuerdo, no insistiré. Aguardaré a que estés preparada —dice resignado.

Suelto las bolsas con los regalos en el suelo, le abrazo y le doy un impresionante beso de buenas noches antes de acceder al ascensor. En el instante que se cierran las puertas, me miro en el espejo; ojos brillantes, mejillas rosa pasión, labios rojos e hinchados. Y el corazón desbocado porque por él circula pura adrenalina. Ensancho la sonrisa, me siento ligera, viva, eufórica. Desinhibida.

Salgo del complejo residencian bailando, cantando y girando de alegría. Si alguien pasea a estas horas por la calle y se fija, pensará que estoy chiflada. Pero me importa un rábano, soy la mujer más feliz del planeta y necesito gritarlo hasta quedar afónica.

Capítulo 44

Málaga se ve invadida de turistas en pleno mes de julio. Según los vecinos, esto no es nada comparado con lo que se concentra en agosto. Supongo que soy de las pocas personas que no se queja de la imposibilidad de colocar la toalla en la arena de la playa, apenas piso fuera de casa, llevo semanas inmersa en los estudios y en el proyecto que emprenderé en septiembre.

Sirvo otra taza de café mientras memorizo el tema del libro. Imposible, he despertado incapaz de retener dos frases seguidas. Que Diego se llevase el miércoles a su sobrino y a Nerón, tiene sus ventajas, dedico muchas horas a la licenciatura. Y otras tantas a meditar en la relación que mantengo con Sergio; cuando ese hombre se cuelga en la cabeza, me desconcentro.

De repente recuerdo que Nuria en esta ocasión no ha viajado con los chicos, al parecer sufre indisposición. Marco su número de teléfono preocupada por su salud.

—¡Buenos días, cuñada! —Sonrío, hacía años que deseaba decir eso—. ¿Qué tal te has levantado esta mañana?

—Peor que ayer.

—¿Lloras?

—No. Bueno. Sí.

—Te recojo dentro de diez minutos y vamos al médico —propongo alarmada.

—Sur, no cuelgues —llama al otro lado de la línea—. La enfermedad que padezco me la he buscado solita. Ya tienes una idea de los meses que dura.

—¡Estás embarazada! —Exclamo asombrada.

—Y asustada. Fui valiente al admitir que quiero a tu hermano y un hijo suyo. Ahora me siento una cobarde.

—¿Por qué? Compagináis a las mil maravillas.

—Sí. Nunca creí que a la edad que tengo y habiendo vivido sin pareja toda la vida, un hombre aguantase mis manías, ni yo las de él.

—¿Se lo has contado a Diego? Claro que no, que estupidez. No se habría ofrecido a llevar a Sergio con Fran sabiendo que su chica padece

semejante indisposición.

—Sé que se volverá loco de contento con la noticia, solo hay que ver como cuida de su ahijado para intuir cuánto desea una criatura creada por él.

—Se pegará a ti como un imán, es protector por naturaleza —le advierto y río al imaginar la situación.

—La existencia se complicará con la llegada de un bebé; el trabajo, las salidas nocturnas... Se acabará la libertad. Quizás se apague el amor.

—Alguien me dijo hace unos meses: no mires por una rendija, te limita la visión y no descubrirás lo bello que es el mundo. Te aseguro que le amarás tanto, que no concebirás un universo sin ese pequeño e inocente ser formando parte de vuestra vida. —Se echa a reír, rebatir su filosofía es complicado—. Ten presente que la familia estará a vuestro lado.

—Gracias por tu optimismo, eres una buena amiga.

—Y seré una excelente tita.

El porterillo de la calle suena, interrumpe las risas. Nos despedimos antes de mirar en el visor el aspecto de quién llama. Bajo el arco de buganvillas hay una elegante señora que parece recién salida de la peluquería.

—¿Es aquí donde se darán clases de manualidades?

—Sí, no se ha equivocado de dirección.

Observo a la señora caminar salvando la distancia que nos separa, a su madurez se mantiene atractiva y sonrío de oreja a oreja.

—Deduzco que usted debe ser la profesora, la responsable de difundir estos panfletos. —Alza el colorido papel que lleva en la mano.

—Pues sí —digo impresionada con el efecto que ha tenido el reclamo. Fue ayer cuando dejé en algunos comercios cercanos los folletos con los datos de la academia.

—Veo que no es muy habladora.

—Discúlpeme. —Extiendo el brazo a modo de saludo—. Me llamo Sur Rivas.

—Amanda. —Con ambas manos toma la mía en un gesto afectivo—. Reconozco que me has impresionado, esperaba encontrarme con otro tipo de mujer.

Le dedico una leve sonrisa sin tomar como un insulto su comentario. Pulso el mando a distancia del garaje y la invito a pasar al estudio. La señora lo curioseará todo con la mirada, no me pasa desapercibido el punto que le llama la atención. Es discreta, procura mantenerse en el mismo sitio.

—¿En qué clase estaría interesada?

—¿Clase?

—Pintura, cerámica, o restauración de pequeños muebles. Son las actividades que voy a impartir.

—¡Ah, sí! Perdona, es que me he distraído con ese retrato de padre e hijo.

Es magnífico, una verdadera obra de arte.

—Falta terminarlo, pero gracias.

—¿Podría ver otros trabajos que estén acabados? —Solicita impaciente. Ya sabe, es la presentación perfecta. Como alumna me ayudaría a decidir...

—Señora, no es necesario que dé explicaciones, está en su derecho de pedir referencias antes de invertir su tiempo y dinero.

Le entrego las carpetas de dibujos y destapo los demás cuadros. De inmediato fija la vista en dos de ellos, ni siquiera se atreve a tocarlos.

—Me ha convencido, sus dedos demuestran que es una joven con una sensibilidad exquisita.

—Amanda, menos el inacabado, quédese con el que quiera. Se lo regalo.

Se le desentaja la mandíbula, tartamudea unas palabras sin sentido hasta que se echa a reír.

—¿Cómo lo has adivinado?

—Iré por orden. Sergio ha heredado su inconfundible sonrisa; los ojos se le han salido de sus orbitas cuando ha visto el lienzo; y ha dado por seguro que son padre e hijo.

—El amor de madre me ha delatado. —Amanda se sienta en el diván mucho más relajada—. Necesitaba conocer a la mujer de la que mi niño se ha enamorado. Vi uno de estos panfletos en su casa y no dudé en presentarme como aspirante a discípula.

—La primera impresión no ha sido buena, ¿verdad? Tal vez me imaginaba bellísima, convencida de sí misma y con una carrera prometedora. —Suspiro, porque considero que es mejor dejar las cosas claras y las distancias marcadas entre nosotras—. Señora, debe saber que carezco de grandes cualidades. Que soy divorciada. Que tengo un hijo de la edad de su nieto y un exmarido que a la menor oportunidad me amargará la vida. Entiendo que no me desee como nuera, pero no venga a chantajear con el propósito de que deje a Sergio, porque no podría. Le quiero, soy adicta a él, a su espontaneidad, a su alegría, al amor gratuito que regala. Es un hombre

muy especial y lucharé por su amor cada segundo que él me permita.

—¡Por favor, hija! ¿Qué impresión te doy como suegra que te has puesto a la defensiva? —Amanda se incorpora con los brazos abiertos y me atrapa entre ellos—. Nunca podría cerrarte las puertas del corazón si le amas de ese modo. Escucha pequeña, estaba intrigada con el cambio que se ha producido en Sergio. Él es muy reservado con su vida privada, tardó en contarnos que la madre de Junior se había marchado. Cuando le ofrecimos ayuda, la rechazó. Decidió cuidar a su hijo como padre soltero y con toda la responsabilidad que eso conlleva. Desde hace unos meses es otro hombre, ha costado sudores sonsacarle el motivo de su felicidad. Y si no me presentaba aquí esta mañana, la inquietud me hubiese hecho explotar.

Su ímpetu logra hacerme reír. Creo que nos llevaremos bien.

—Amanda, ¿Le apetece un café?

—Claro que sí, hija.

Necesito pasear después de que Amanda se marche, caerle en gracia me ha descolocado, es una grata novedad. Sin preverlo llego a las puertas de la clínica donde trabaja Sergio, titubeo antes de entrar y preguntar por el doctor Heredia. Espero en el vestíbulo a que asome por cualquiera de los pasillos. ¡Santo cielo!, como me excita verlo con la indumentaria que utiliza en el quirófano. Sin nada que ocultar me estrecha contra él en mitad de la sala, delante de los pacientes.

—Hola.

—Hola —respondo cuando separamos un centímetro nuestros labios.

—Dime que solo vienes a decir que estás bien.

—Te echaba de menos y he pasado a saludar.

—¿No te basta con oír mi voz por teléfono? —Bromea travieso.

—Dos días es demasiado tiempo. Y el fin de semana sin verte se abría echo eterno. —Recibo otro delicioso beso que resulta corto, casi gruño como protesta.

—Ven, te presentaré a mi equipo.

—No quiero entretenerte, se te acumulará el trabajo.

—Dispongo de unos cuarenta minutos. El siguiente paciente lo atenderé después de que almorcemos algo ligero en mi despacho.

Le sigo, qué remedio, separarme de él cuesta horrores.

Los compañeros son encantadores, pero no veo el momento de que nos quedemos a solas. Calculo el tiempo que nos resta al acceder a la oficina de dirección, vacía de administrativos a esa hora.

—Se nota en el moderno mobiliario que es un centro privado.

—En el sabor de la comida también se aprecia la diferencia.

Señala las bandejas que ha traído el servicio de cocina. De inmediato nos sentamos alrededor de una mesita auxiliar. Sin apetito remuevo una y otra vez la ensalada.

—Esta mañana he conocido a tu madre. —Casi se ahoga con el buche de agua. Acudo veloz a darle unos golpecitos en la espalda—. Lo siento, he pensado que andarme con rodeos es una tontería.

—¿Amanda se ha presentado en tu casa? —Asiento con la cabeza—. ¿Qué pretendía averiguar?

—Lo que cualquier madre, con quién se acuesta su hijo. Ha sido divertido, trató de pasar por una posible alumna.

—Es bochornoso. Discúlpala, desconoce lo que es el sentido del ridículo.

Sonrío, su incredulidad le obliga a tirarse del pelo de un modo gracioso.

—Sergio, eres igual de original que tu madre. Actuáis como os dicta el corazón sin pensar las consecuencias. A ella le ha resultado insólito que estos años atrás no le hayas pedido ayuda para cuidar de Junior y de pronto una extraña forme parte de vuestro día a día.

—Entonces, ¿no te molesta que mi familia meta las narices donde nadie los llama? —pregunta sentándome en sus piernas.

—En absoluto.

—¿Qué opinas de Amanda?

—Me cae genial. Gracias a ella he cerrado una clase de pintura creativa.

—¡Vaya! Has fichado a su club de amigas. Pequeña, te irá bastante bien la academia, te lo aseguro. —Ríe dándome un beso.

El disfrute a los pocos segundos torna en un calor asfixiante. El cuerpo me pide más que morder su lengua. Anhele tocar su piel desnuda y no es el lugar apropiado donde sobrepasarse, en cualquier momento alguien podría pegar a la puerta. Salto de su regazo y encamino hacia la salida.

—Debemos despedirnos, he quedado con Nuria a las cuatro y voy tarde.

—Sur. —Coloca una mano en la puerta impidiendo que pueda abrirla, con la otra acaricia mi hombro—. No mientas con el pretexto de esquivar los instintos. Me sucede lo mismo, no puedo pasar días sin tu compañía. Me

disperso, acabo pensando en cómo huele tu cabello. En cómo se amoldan nuestros cuerpos cuando hacemos el amor.

—Por favor, no avives la lujuria. Me basta con verte unos minutos, con besarte.

—Nuestra mente pone los límites, decide lo que está bien o mal. Si sales por esta puerta, ni tú podrás estudiar, ni yo conseguiré concentrarme cien por cien en el trabajo.

Pego la frente en la madera, respiro despacio en comparación a la velocidad con la que corre la sangre por las venas. Reflexionar es cosa imposible, así que me vuelvo y le beso.

—¡Al diablo con el decoro!

Sergio me desabrocha el short, este cae al suelo sin esfuerzo.

—Me encanta la ropa de verano, ¡es tan práctica! —susurra satisfecho de tenerme desnuda en pocos segundos.

La risa es contagiosa, no somos nada discretos. Tapa mi boca con la suya cuando exhalo al recibir el consuelo que demando de forma rápida e intensa sobre su escritorio. Logra que el acto de saciar la apetencia sexual no parezca sucio y mundano. El amor que transmiten sus besos y caricias eleva el sexo a lo divino.

Sur, son fantástico los encuentros de cinco minutos bajo la tensión del: ¿Nos pillarán? Pero va siendo hora de dedicarnos un tiempo, nada de abandonar la cama de uno u otro de madrugada.

Paso los brazos alrededor de su cuello, esta postura, una vez vestidos, es decente para cualquiera que acceda al despacho sin esperar a ser invitado.

—¿Qué propones? Tienes a Junior a tu cargo, hará preguntas si me ve en casa sin su amigo Sergio.

—Pues estoy pensando que Amanda se aburre demasiado, este fin de semana debería ejercer de abuela.

Capítulo 45

La claridad aún tenue me desvela, giro entre los brazos de Sergio. Dormido se arrima, no permite que escape del refugio de su pecho. La experiencia de pasar la noche juntos me gusta, su seguridad no solo envuelve el cuerpo, me fortalece el alma. Con él estoy viviendo una segunda juventud, me brinda la oportunidad de disfrutar de aquello que nunca sentí por un hombre; la ilusión de arreglarme y recibir sus halagos; el cosquilleo al intuir que pronto llegará a casa y quedar sin palabras al verle cada día más atractivo; la emoción por ir a cenar solos y pasear agarrados de la mano sin necesidad de romper el silencio; percibir el deseo constante que sentimos el uno por el otro. Cosas que a simple vista son insignificantes y que ahora valoro y cuido con mimo.

Memorizo sus facciones serenas inducidas por sueño, faltaban en mi repertorio. Despacio y con sigilo le dejo descansar. Cubro la desnudez con el camisón y corro al estudio. La inspiración es más fuerte que nunca, las ideas surgen, se engranan entre sí y cobran sentido. Olvido que las agujas del reloj se mueven, ni siquiera me percató de que está de brazos cruzados observando lo que hago.

—¿Cuánto llevas ahí parado?

—Dos piñas y una ardilla.

Río con la contestación que equivale a unos diez minutos.

—Tienes permiso para interrumpir, sabes que no me molesta en absoluto.

—He sido incapaz de moverme, tu manera de trabajar hipnotiza.

—Bonito cumplido, gracias.

—En serio, nena. Te felicito. Si no fuera porque te he visto cincelarlas, diría que son reales.

No se atreve a tocar las piezas que todavía siguen sin barnizar. Se limita a abrazarme por detrás y mirar por encima del hombro después de besarme el cuello.

—Te presento a Norte, Este, Oeste y Sur. Chicas, chicos, este maravilloso hombre que nos acompaña se llama Sergio.

La teatralidad con la que los presento le hace reír.

—¿Para qué son los cuencos, las piñas y las cuatro simpáticas

ardillas?

—Sé dónde quiero que descansa Claudia. Así que he creado estos recipientes especiales que albergarán sus restos. Que a su vez irán dentro de las figuras que he tallado en madera. Que a su vez instalaré en el árbol del jardín.

Durante unos segundos se rasca pensativo la barbilla.

—¿Es mi mente retorcida, o algo no cuadra? Si introduces las cenizas ahí y fijas las esculturas en las ramas del árbol, cualquier contratiempo como lluvia abundante o viento huracanado, puede ir llevándosela.

—De eso se trata —digo besando su mejilla, orgullosa de que haya captado la finalidad de la obra tan rápido—. Mi tía no puede quedarse en la urna. Era libre, odiaba verse encerrada. Por ese motivo escogió Málaga, adoraba el mar y la luz que inunda la ciudad. Sergio, me hiere en el corazón desprenderme de lo único físico que queda de ella. Claudia debe elegir si quiere viajar con el viento de poniente o de levante. O si le apetece quedarse en casa, al resguardo del árbol.

El llanto consume las palabras, temo que piense que estoy loca de remate. Insta a que me levante del taburete y le mire.

—No es ningún disparate. Duele perder a un ser querido, duele dejarlo marchar. Lo que pretendes es precioso, te ayudaré a que poco a poco tu madrina vuele en las cuatro direcciones o permanezca en la sabia del tronco. Apuesto que de él nacerán tallos fuertes y sanos.

Indiscutible, este hombre es un ser celestial enviado a iluminar mi camino.

—Sergio. ¿Ocultas algún defecto que me pueda enfadar o irritar?

—Cuando me lo propongo, soy tan insistente que a la gente le resulto un pelmazo. —Pasea los dedos por mis muslos, eleva el dobladillo del camisón por encima de las caderas—. Y cuando tengo apetito y no estás al lado, me vuelvo insoportable.

—En ese caso no me arriesgaré a sufrir tus quejas, iré a preparar café y algo de comer.

Veloz impide que le rebase. Se inclina, sus labios rozan los míos.

—Aunque es irrechazable el bocadillo de jamón y queso fundido que elaboras, eso puede esperar un rato.

La fogosidad de Sergio es arrolladora. Entre risas y besos consigo librarme de su agarre, corro fuera de su alcance. Miro atrás lo justo para ver que apoya las manos en la mesa de trabajo e inclina la cabeza hacia delante.

—¡Sur! Da por seguro que te atraparé y comeré hasta que grites de placer, así que no me enfades y regresa aquí —amenaza siguiéndome el juego.

El cosquilleo que siento con sus palabras me pone en movimiento, vuelo en busca de un escondite que él no tardará en encontrar.

Cojo en brazos a mi diablillo, me lo comería a mordiscos. ¡Cuánto le he echado de menos estos cuatro días! El mocoso se revuelve cansado de que le atosigue a él y a Junior a base de achuchones.

—¡Mamá, que ya soy mayor!

—Hijo, créeme. Cuando de verdad seas mayor no te importará que una mujer se pase el día besuqueándote. —Ríe Sergio subido en las ramas del árbol.

—No te distraigas, grandullón. Si caes de esa altura te harás bastante daño.

—Descuida, bajo enseguida, casi he terminado.

Suelto el aire contenido en el instante que tira las herramientas al césped y salta con agilidad al suelo sin sufrir rasguño alguno. Miro la copa del ficus, sonrío orgullosa. Las ardillas y las piñas parecen corretear felices por él.

Sin tu ayuda nunca hubiese quedado igual de bonito. —De reojo observo que los niños desaparecen dentro de casa, lo que me permite abrazar y besar a Sergio con libertad—. Gracias, te quiero.

—De nada, ha sido un placer ayudarte —ronronea alargando la caricia de nuestros labios.

—¡Mamá, mamá! Han llamado al timbre.

Sobresaltada me despego antes de que los chiquillos se asomen a la terraza y nos pillen en actitud cariñosa. A Sergio le molesta que aún mantenga las apariencias, lo leo en sus ojos.

—Voy a abrir, seguro que son Diego y Nuria.

—De acuerdo, mientras comprobaré que el encendido funcione correctamente.

He organizado una pequeña celebración a la que acudirá la familia Balbuena, incluido Arturo Balbuena. Es un homenaje a Claudia, o mejor dicho a las “Luces”, las que dejan este mundo y las que regresan en forma de inocente criatura como la que crece dentro del vientre de Nuria.

Saludo a Arturo, a Ricardo y a Nuria, dejo para el final a Diego. Me

lanzo a sus brazos, comienza a dar vueltas como si continuase siendo su princesita de diez años.

—Enhorabuena, hermanito.

—¡Voy a ser padre, Sur! Voy a ser padre.

Llora de alegría. Creo que ni cuando pilotaba aviones de combate ha sentido una emoción tan grande. Le cuesta calmarse, y yo recuperarme del mareo.

—Le vendría genial una cerveza —insinúa con descaro Nuria. Quiere que hable con Diego en la cocina, lejos de ella.

—Estáis en vuestra casa. —Les invito a pasar.

La familia Balbuena se dirige al jardín, donde cenaremos. Sergio a cuidado al máximo cada detalle, ha vestido el ficus con bombillitas blancas y ha seleccionado una serie de canciones que sin duda contarán con exactitud los sentimientos de cada uno. Deseo que recordemos esta noche de un modo especial, atenuar la tristeza con júbilo.

—Déjala respirar. Nuria requiere mimos, no a un pesado que la siga a todas partes.

—Le he pedido matrimonio. En Madrid le compré un anillo, sin olerme ni por asomo la noticia que me tenía reservada —dice siguiéndome los pasos.

—¿Y?

—Y tú sabes la respuesta antes de que se lo propusiese.

—Pues sí, para qué te voy a mentir. Es abogada especializada en divorcios, cuando tú vas ella viene de vuelta. No lo tomes como un rechazo, te quiere, aceptará el compromiso en el instante que asuma el cambio drástico que ha dado su vida.

—Espero que no te equivoques. —Pensativo, niega con la cabeza—. Es una mujer imprevisible, ella puede decidir que quiere un hijo mío sin consultar, pero no permite que le pida matrimonio sin avisarle. Las sorpresas pierden la gracia cuando se comunican de antemano, ¿no crees?

—Ese carácter independiente es lo que te atrae de Nuria.

—Pues sí, para qué te voy a mentir —repite mi frase—. Con ella siento la ingravidez al igual que si pilotase un F18. —Coge a Gros con una mano y lo mira con detenimiento—. Este gato debería llamarse Frankenstein, al pobre lo crearon a parches.

Rio, piensa igual que su pareja.

—Nuria y tu guardáis mucho en común, fijo que estaréis unidos la

vida entera.

—Sur.

—Dime.

—¿Sientes que si convives con Sergio de algún modo traicionas a Fran?

—Deduzco el motivo de la pregunta —digo sin perder la sonrisa—. No, no considero que le traiciono. Le respeté hasta el día que nos separamos legalmente. Ahora tengo derecho a rehacer mi vida con el hombre al que amo.

—Me alivia oírte decir que no te cohíbes por temor a defraudar a alguien. Porque debes saber que una mujer reside con Fran desde hace unas semanas.

Asiento levemente, dedico unos segundos a saborear la cerveza que sujeto en la mano.

—Sabrina será una buena influencia para él, estoy convencida.

—¿Cómo sabes quién es?

—Intuición femenina.

—Te engañó con ella, ¿no es cierto?

—Sí. Sabrina siempre ha sido una sombra en nuestra relación. A diferencia de Sergio, ella fue una realidad tangible para Fran.

Temo que quiera averiguar más datos del pasado amoroso de su cuñado y comience a despotricar de él, así que sujeto una bandeja con bocaditos salados y camino hacia el salón.

—Princesita. —Giro decidida a saciar su curiosidad—. ¡Voy a ser padre! —Exclama lleno de júbilo.

Sonrío agradecida de que desvíe el tema con el propósito de no ensombrecer mi estado anímico y por consecuencia se arruine la reunión.

Tomo asiento bajo el ficus, en el regazo de Claudia. Aguardo a que Sergio acueste a los niños en sus camas. La noche es perfecta, sin nubes en el cielo. La luna ilumina el mar que se escucha de fondo romper en la playa. He pensado bastante en la pregunta de Diego. Es innegable que hubo un tiempo en el que me sentí culpable de amar a un desconocido, pero al reencontrarme con ese hombre, el corazón supo que no era ningún extraño. Fran sí resultó un completo anónimo. ¿Cómo es posible que no viese más allá de mis narices? Estoy segura de que Sabrina capeará mejor el genio de Fran, ella no se amedrenta con facilidad.

Noto la presencia de Sergio, baja la escalera del porche con

determinación. Es un hombre que sin pretenderlo irradia seducción. Desprende la atracción creada por el conjunto de nobleza, valores y porte recio.

Prometo encontrar el equilibrio, puedo entregarme a él en cuerpo y alma sin perder la identidad.

—Señorita, ¿me haría el honor de bailar esta canción conmigo? — sugiere extendiendo la mano.

—Jamás le negaría esa bonita invitación, caballero. —En silencio me abrazo a su cintura, pego la cabeza a su pecho y sigo los suaves pasos que marca al ritmo de una canción lenta. Permanecería ceñida a su cuerpo toda la eternidad.

—Una velada emotiva.

—Y romántica.

Es tarde, debería marcharme —susurra con los labios enterrados en mi pelo.

—Sergio, quédate esta noche.

Le sujeto de la mano, se deja conducir al dormitorio. Allí enciendo varias velas con olor a vainilla, le desnudo con lentitud. Beso y acaricio su piel desde los labios hasta su cadera, sus gemidos me guían. Arrodillada le hago el amor, le confieso que el protagonista de mis fantasías es él. Que satisfacerlo estimula mi ego femenino. He perdido el miedo a avanzar en nuestra historia. He descubierto a la mujer que en realidad soy y quiero mostrársela.

Al día siguiente, el ruido de la puerta al abrirse nos despierta. Los niños entran como un vendaval y se tiran con nosotros en la cama.

—Te lo dije, Junior. Te dije que los había visto besarse en la boca.

—Papá. ¿Es verdad que sois novios?

—Sur, estos jovencitos necesitan que les resuelva sus dudas, así que vamos a mantener una charla de hombres mientras preparamos el desayuno.

Con una sonrisa en los labios me besa, sale de la cama, se coloca el pantalón vaquero y se lleva a los dos niños a la cocina. Le concedo su tiempo, feliz remoloneo un ratito en la cama. Luego me ducho y bajo con ellos.

Contemplo la escena a cierta distancia. Mis tres chicos colaboran en las tareas; uno alimenta a las mascotas, otro se encarga de tostar las rebanadas de pan y el mayor exprime las naranjas. Conectan mejor que los miembros de una misma familia, afianzan la sensación de hogar que tanto temía se viese perjudicada.

—Reconozco que he sido una alarmista. No se han tomado mal la relación.

—Junior sabe que su madre existe, me encargo de recordárselo a menudo. Además, tú no eres una intrusa en nuestra vida, al contrario. Y Sergio ha entendido que no voy a ocupar el puesto de su padre.

—Me alegro de que haya más ventajas que inconvenientes.

—No te haces una idea del beneficio que le van a sacar los dos personajes a que seamos pareja —dice buscando beber el zumo de mi boca—. Hemos avanzado al nivel: nos vamos de vacaciones a un parque temático como una familia cualquiera.

—Has perdido la cabeza —digo riendo, aunque mi mente grita: ¡Bien, nos vamos de vacaciones!

Capítulo 46

Es veinte de diciembre. Hago con los niños una parada en el apartamento de Sergio a la hora de la merienda, la semana anterior dejé olvidados unos zapatos que me harán falta pasado mañana. Esa noche acudiremos a una cena benéfica que celebra la Dirección de la clínica por navidad. Cielos. Desde que empezó el mes, nuestra vida social ha sido movidita, jamás pensé conocer a tanta gente en tan poco tiempo.

Recojo el correo del buzón y subimos a la sexta planta.

Mientras ellos comen unas galletas, guardo en una maleta ropa de padre e hijo. Podría decirse que residen en casa con nosotros, pero nunca hallamos el momento de sentarnos y hablar seriamente de vivir juntos. Sergio no para entre el hospital y las convenciones. Yo, ¡licenciada en Bellas Artes!, dirijo una academia que funciona mejor de lo esperado. El caso es que cuando disponemos de un ratito, y no acudimos a algún evento, preferimos consumirlo en el resarcimiento familiar o personal en vez de realizar la mudanza definitiva.

—Estoy cansada de actuar como un nómada, una noche aquí, tres allí. Si a Sergio le apetece, cuando se acaben las clases y tengamos vacaciones navideñas, organizamos la casa y trasladamos sus pertenencias.

El planteamiento hace que recuerde que Fran ha solicitado ver al pequeño el día de Navidad. Aún lo estoy meditando, me cuesta negarle el deseo. Al cruzar el pasillo de un dormitorio a otro, oigo la voz de una mujer, ni es Farah ni proviene de la televisión. De inmediato voy a ver quién habla con Junior en la entrada.

En el recibidor se encuentra una mujer que identifico enseguida, no sé por qué me embarga la sensación de que he vivido en un maravilloso globo que acaba de explotar.

Junior permanece quieto, sin reaccionar. La imagen que atesora de ella gracias a la foto que hay en su mesita de noche, le desconcierta. Cuando Virginia pretende alzarlo con el fin de abrazarle, él se esconde detrás de mí.

Está mal que lo piense, pero le siento más mío que nunca y me enorgullece ser su referencia protectora.

—Veo que no sabes quién soy. —Sonríe dolida.

Me muerdo la lengua con la finalidad de no soltarle un par de cosas

con las que se le caería la cara de vergüenza.

—La reconoce, solo le desconcierta el color del cabello. Lo llevaba corto y oscuro en la última instantánea que le envió hace... ¿seis meses?

—Perdón, usted debe ser la *babysitter*, ¿cierto?

¡Genial! Me confunde con Farah. En realidad, que considere que soy la niñera no me ofende, de ese modo averiguaré que intenciones trae. Porque su aparición inesperada es de lo más intrigante, al igual que alarmante.

—Sí, claro. Entre por favor.

Se incorpora, pasea por el salón estudiando hasta el mínimo detalle. Cojo en brazos a Junior, le beso el moflete y lo mando a jugar con su amigo a los video juegos.

—¿Es compañerito del colegio? —Señala en la dirección del sofá.

—Y mi hijo.

—Es estupendo que sean amigos. —El brillo de sus ojos refleja falsa felicidad—. ¿Sergio está en casa?

Mal augurio el que no le haya llamado por teléfono, eso indica que quería sorprenderle en la única dirección que posee de él.

—Le toca trabajar de tarde.

—¿Volverá pronto?

Pues como que no, guapa, porque irá directo a nuestra casa.

—Debería de contactar con él, no soy la indicada para informarle de su agenda.

—Quería darle una sorpresa.

—Entiendo.

No mostrarme parte implicada, cuesta horrores, por lo que camufló las ganas de echarla dándole la espalda y accediendo a la cocina. Ella me sigue, deposita el bolso en la encimera y se sienta al lado de este en vez de usar una silla.

—Quería ver a mi hijo, pasar las navidades con él.

—No tiene por qué darme explicaciones.

—¿Cree que su padre me facilitará el camino? Llevo años sin tratar con Junior.

Jamás lo hiciste, bruja. Le abandonaste cuando era un bebé que solo demandaba afecto y cuidados.

—No sabría decirle.

—Supongo que usted es la persona indicada para asesorarme. Trabaja para él, ha criado a Junior desde que se trasladaron aquí, a Málaga —dice

abriendo la nevera y sirviéndose un refresco.

Sus confianzas, aunque las realice sin maldad, molestan. Ahora tengo total garantía de que Sergio no mintió sobre Virginia, es una mujer imprevisible, inestable. Añadiría caprichosa e inmadura pese a las experiencias que ha vivido. Espero cualquier excentricidad de ella y eso me aterra.

—¿En qué podría ayudarla?

—Quiero recuperar a mi familia, el amor de mi chico, el cariño de Junior. Me he dado cuenta de que es el hombre de mi vida, siempre quiso mi felicidad.

Desencajo el hueso inferior mandibular de tal modo que la barbilla bien podría rozar el fregadero.

—Ha tardado años en descubrir que el malacitano vale su peso en oro como persona y compañero —susurro a la ventana que tengo delante.

Virginia sigue a lo suyo, sin percatarse de que mi relación con Sergio va más allá de cuidar a Junior.

—Si me diese otra oportunidad, no dudaría en complacerle en lo que haga falta. Incluso podríamos aumentar la familia. Haría lo que fuese por demostrarle que he cambiado, que he madurado.

Respirar se complica, dejo de escucharla. Un hijo. Nunca podré darle un hijo. Él intentó convencerme de que era un error la operación, que podría cambiar de idea algún día y desear un embarazo. Rechacé su recomendación y me arrepiento muchísimo de ello. Debí imaginar que la vida es una gran caja de casualidades en constante movimiento que logró que mis sueños se hiciesen realidad.

—Escuche, Virginia. No lo interprete como una grosería, pero considero que debería marcharse. Vuelva cuando esté él, por favor.

La actriz y modelo permanece un instante descolocada. Cuando por su expresión creo que ha captado que estoy enamorada de su ex hasta lo indecible, reacciona.

—Tiene razón. Ha sido una tontería pedirle consejo, usted es su empleada, no su amiga.

Se despide de Junior prometiéndole regresar al día siguiente, sin sospechar que mi estado de ansiedad se debe a su aparición en escena.

Mantengo los nervios a raya, procuro infundirme ánimos. Sergio no va a caer en las garras de su expareja, él me quiere, lo demuestra cada día.

Es absurdo engañarme, la sombra del pasado está ahí, ella fue quien

rompió, tal vez él aún sienta algo por la madre de su hijo. Luego están mis propios demonios, conmigo nunca ampliaré la descendencia. ¡Cuánto me gustaría sostener en brazos un ser creado con el amor que nos regalamos cada noche!

Al colgar los abrigos y ver que Sergio viene a saludar con su preciosa sonrisa iluminándole el rostro, las manos me tiemblan, el correo y los panfletos publicitarios caen al suelo esparciéndose aquí y allá. Ambos nos agachamos a recogerlo, entonces es cuando leo el membrete en uno de los sobres. Es de un hospital australiano, no es la primera vez que recibe una carta de ese centro.

—Cariño, ¿estás bien?

—Sí.

—Te noto un poco inquieta. Y algo despistada.

—No sucede nada preocupante, de verdad. —De reojo veo que se guarda la carta en el bolsillo trasero del pantalón.

—Mientes fatal, suelta eso que ronda la cabecita, pequeña.

—Sergio. Te ha llamado... —Inspiro y exhalo con pesar —. ¿Te ha llamado la madre de Junior?

—No, ya sabes que hace meses que no sé nada de ella.

—Pues se ha presentado por Navidad, en tu apartamento.

Su expresión de escepticismo consigue hacerme reír un segundo. O quizás es la inseguridad lo que provoca ese acto reflejo.

Como si oyese que ha sido nombrada, Virginia le llama al móvil. Me dan ganas de llorar cuando su cantarina voz saluda en inglés a un todavía perplejo Sergio. Para ella es como si no hubiese pasado el tiempo, como si no hubiese tomado un montón de decisiones erróneas. Como si aún fuese la Señora de la casa. A Virginia ni se le cruza por la cabeza que Sergio ha podido rehacer su vida con otra chica. Y si lo ha hecho, tiene el convencimiento de que nada se interpondrá en sus aspiraciones.

Permanecer de pie contemplando la escena, imaginando nuestro final, es una tortura. Necesito mitigar la dolorosa presión que albergo en el pecho. Subo al piso superior, en la ducha puedo pensar, descargar la angustia con tranquilidad.

Él llega poco después hecho una furia, camina por el dormitorio preso de la ira.

—Esa mujer no tiene derecho de irrumpir sin avisar en la vida de Junior. Le dejé bien claro que nada de jugar con los sentimientos del niño.

—Es comprensible que desee pasar tiempo con él, es su madre.

—Cuando el chaval le tome cariño volverá a desaparecer. Te lo garantizo sin miedo a equivocarme.

—Sergio. ¿Y si supones mal? ¿y si viene dispuesta a quedarse? —
Sigo aplicando la crema en las piernas, no ve que lloro en silencio.

—Me trae sin cuidado lo que ahora le dicte el corazón, no permitiré que desestabilice su mundo de golpe porque a ella le apetezca. —Su dedo índice enfatiza sus palabras, su enojo.

Siento que su historia con Virginia a grandes rasgos es muy parecida a la mía con Fran. Nuestros ex nos enredaron y entramos en un bucle diseñado a sus medidas del que a cada uno le costó lo suyo salir. ¿Debería confesarle lo que sé, meter leña en el fuego con el fin de avivar su enfado? No. No soy capaz de desvelar los planes de reconquista de esa mujer. Quiero mucho a Junior como para privarle de la compañía de su progenitora.

—Creo que te precipitas juzgándola. Facilítale el acercamiento estas vacaciones navideñas antes de sentenciarla.

—¿Medias a favor de una mujer egoísta? ¿Me pides que le dedique tiempo de nuestro tiempo? —Pregunta como si me hubiese vuelto loca—. Definitivamente, no.

—Sergio. —Espero a que su mirada se encuentre con la mía—. He decidido que pasaré la Nochebuena en Madrid, con mis padres.

La noticia, lo que ella implica, le enmudece de indignación. Se da media vuelta y sale escalera abajo disparado. A través de la ventana le veo anudarse fuerte los cordones de las deportivas, echarse por encima la capucha de la sudadera y emprender la carrera dirección al paseo marítimo.

Sin esperanzas de que venga a cenar, recojo la mesa. ¿Cómo arreglaremos nuestro primer desacuerdo? ¿Cómo le hago entender que necesito alejarme? Sería muy doloroso presenciar el intento de Virginia de recuperarle. E impedirlo no recae en mis manos, le corresponde a él resolver la situación, de su elección dependerá el curso de la relación que Junior mantenga con su madre.

Miro dentro del cubo de basura antes de volcar los restos de comida. ¿Quién habrá tirado papel en este contenedor? Estudio la forma retorcida, lo cojo con dos dedos y lo examino. Es la carta que he traído esta tarde de su apartamento. La ha roto en pedazos, ni siquiera la abrió y leyó.

Al oír que el dueño del hallazgo se aproxima, lo dejo caer de nuevo al cubo con cuidado de que no se estropee o manche.

Noto que el enfado se ha esfumado cuando me abraza por detrás.

—Sur. Anhelaba unas navidades en familia, contigo, con los niños.

Es la disculpa perfecta a su comportamiento brusco.

—Deseo lo mismo, pero lo tenemos complicado, ¿no crees?

—La historia de los padres separados.

—Sí, la otra parte opinará de igual modo.

—No quiero que vayas a Madrid, ni que veas a tu exmarido sin estar yo contigo.

—Solo estaré fuera un par de días. Será Joaquín el encargado de tutelar a Sergio. Fran no sabrá que estoy allí con mis padres, en el piso que posee Arturo Balbuena en la capital.

—Eso no me tranquiliza nada, el pequeño puede contárselo sin querer. Te acompañaré.

—No. Correré el riesgo, te prometo que estaré acompañada en todo momento, ¿vale? Debes solucionar el asunto de Virginia.

«Por favor, no permitas que se interponga en nuestro amor», le pido sin palabras. Oculto cuanto me afecta la repentina aparición de esa mujer.

Capítulo 47

Son las diez de la mañana y es veinticinco de diciembre. Joaquín, mi entrañable Joaquín, acaba de recoger al pequeño Sergio. Le llevará con el padre hasta después del almuerzo.

Me tumbo en el diván del dormitorio con el portátil apoyado en las piernas y la carta pegada a trozos con celo que rescaté de la basura a un lado del reposabrazos. Permanezco unos minutos mirando como nieva en Madrid.

La cena de la noche anterior estuvo entretenida, ni por asomo llegué a la ciudad creyendo que haría un gran descubrimiento. Pepe es otro hombre, está feliz, ilusionado con su prospero huerto ecológico. Su alegría se refleja en mi madre, Ana se muestra como una mujer más joven y activa. Saber que disfrutan de un nuevo comienzo como pareja, alivia la pena que genera la distancia que nos separa.

Enciendo el ordenador, tengo el inglés escrito algo oxidado y necesito la ayuda del traductor online si quiero averiguar con exactitud que pone la carta. Desdoble la hoja y comienzo a teclear. Cierro los ojos a los pocos minutos, suspiro abatida al comprobar que no andaba equivocada, que entendí a la primera el significado del texto. El consejo directivo de un reconocido hospital australiano desea con fervor contratar al doctor Sergio Heredia. Le ruegan que ponga un precio a su salario. Vamos, le entregan un cheque en blanco con el fin de que trabaje para ellos en la clínica y como profesor en la universidad. Y él rechaza negociar su valía una y otra vez.

Ana entra sigilosa, aún va ataviada con el pijama y la bata. Se acomoda a mi vera en el sofá creando ese vínculo madre e hija que a menudo echo en falta.

—¿Ya se ha marchado mi nieto?

—Sí, hace un ratito que Joaquín pasó a por él y a por Nerón.

—Sur, mi niña, pronto no tendrás que ocultarte. Da la impresión de que Fran ha superado lo vuestro. Sé por las vecinas del barrio que vive con la hija de Rebeca, la peluquera, en el piso de Magdalena.

—Diego me informó de ello a final de verano, mamá. Le deseo toda la felicidad del mundo.

—Entonces ¿Qué es lo que te preocupa? ¿Es por ese joven con el que sales y que aún no conozco? —Coloca su mano en mi antebrazo—. Cosa que

arreglaré en un par de semanas, te lo prometo.

—¿Piensas viajar a Málaga? —pregunto asombrada.

—¡Pues claro! Por excelente que sea la cosecha que haya plantado tu padre, esta primavera y este verano pienso pasar una temporada con mis nietos.

Sonrío, verla tan resuelta es una grata novedad. Ana ha soportado durante años el mal carácter de Pepe, parecía saber de antemano que el viejo cascarrabias evolucionaría como persona en la madurez.

—Sí, el desvelo lo provoca él.

—Tu hermano habla fantástico de él, le trata de cuñado, ¡imagínate! Dice que te quiere con locura, que es como un padre para mi nieto.

—Quiero enseñarte quien es Sergio Heredia, el hombre del que me enamoré perdidamente una mañana en la cafetería San Lorenzo y consideré un amigo durante mucho tiempo.

Accedo a mi cuenta de correos y descargo dos videos, uno recién recibido que apenas he visto por encima. Primero le muestro el que grabamos la noche de Luces. Mi madre llora y ríe con el bonito homenaje que le dedicamos a su hermana Claudia. A continuación, pongo el que Sergio ha mandado esta mañana de Navidad. Reímos a carcajadas, va vestido de Santa Klaus y hace un poco el payaso. Sin duda Diego le ha ayudado a grabar la secuencia donde se le ve colarse en casa la noche anterior y poner bajo el árbol de navidad regalos para todos.

Cuando mi pequeño vea esto saltará de alegría. Le hará creer en la magia de estas fechas —dice secándose las lágrimas con los dedos.

—Gracias a Dios que no se lo he enseñado antes de marcharse. Se habría desesperado por regresar a casa y abrir los regalos con su amigo Junior.

—Es un joven extraordinario este doctor Heredia.

—Sí, no te imaginas cuánto.

—Temes perderle, ¿no es así?

—Siempre he sido insegura y Fran se encargó de minar mi autoestima. No sé qué ocurrirá con nosotros, la expareja ha regresado con la intención de recuperarle, y esta carta también es un reclamo que puede llevárselo de mi vera. —Le muestro el maltrecho documento.

—Hija, ese hombre no es como el manipulador de Fran. O como el indeciso de tu padre, que ha tardado una eternidad en luchar por aquello que quiere. Este chico tan atractivo ya ha elegido su camino y la mujer con quien

recorrerlo.

—No podré darle otros hijos en un futuro.

—¿Él te lo ha pedido o eres tú la que se lamenta?

—A veces imagino los rasgos que podría tener esa maravillosa criatura y lloro de pena. ¿Por qué siempre tomo malas decisiones?

—Sur, cuando comenzaste a salir con Fran, sospeché que no era el hombre ideal, pero no me atreví a transmitírtelo con claridad por miedo a equivocarme. ¿Sabes cuánto me arrepiento de no haber puesto alguna pega?

—¿Qué ibas a saber! Es injusto culparte, fui yo quien debió seguir la intuición, no éramos compatibles como pareja.

—Eso ha cambiado, es hora de que luches por aquello que merece la pena sin mirar cuánto cuesta conseguirlo ni el tiempo que lograrás mantenerlo.

—Es un sabio consejo mamá.

Pienso en ella y su historia de amor con mi padre. A su manera se han compensado, todo lo que entregó Ana demás, Pepe se lo está devolviendo con creces. Tal vez en agradecimiento por soportarle casi una vida entera.

—Pequeña, recuerda que tu madrina y yo estamos orgullosas de ti — dice besándome la frente.

—¿Qué te escribió en su carta de despedida?

—Que querer mucho a una hermana no significa que no puedas hacerle daño.

—Al fin reconoció que encarar a Pepe, te hería más que defendía.

—Hija. Hizo lo que su conciencia le dictaba, porque yo cometí el error de no sentarla y hablar con ella de mis sentimientos.

—¿Eso habría limado asperezas entre ellos?

—No lo sé. Lo que importa es que siempre me quedaré con el tormento de no haberlo intentado.

En el trayecto que realizamos en el AVE, le pregunto varias veces a mi hijo si se lo ha pasado bien con su padre, si está contento con los regalos. Vamos cargados, los abuelos y Joaquín se han declinado por el material educativo, Fran se ha gastado un dineral en equipo y juegos electrónicos.

Contesta que sí, sin mucho entusiasmo. No quita los ojos de la pantalla del portátil, donde repite una y otra vez el video que mandó Sergio. Para su inocente cabecita es la prueba de que papá Noel existe, y trata de adivinar qué contienen las cajas que hay a los pies del árbol navideño que decora nuestra casa.

Según lo poco que le sonsaco y lo que me ha contado Joaquín, deduzco que no se ha sentido cómodo con su padre y cierta compañía femenina. Sabrina se ha metido de por medio, la intrusa pese a intentar ganarse su aprobación no ha conseguido que el pequeño salga de su recelo. Me tranquiliza que la peluquera acepte a mi hijo con afecto. Quién iba a decir que la vería como una aliada. Sonrío de oreja a oreja. Estoy feliz, entre la presencia de ella y el silencio del pequeño, Fran no se ha enterado de nada referente a mi vida privada.

En la estación nos esperan Sergio y Junior, me lanzo a los brazos del moreno deseosa de morder su sonrisa. Los nervios se multiplican a media que nos aproximamos a casa. Temo la contestación que puedo recibir cuando vea la sorpresa que le tengo preparada. Bueno, lo que he mandado organizar a los ayudantes de Santa Klaus en mi corta ausencia.

Diego y Nuria, “los elfos cómplices”, nos esperan en el salón. Los mayores nos entregamos los presentes mientras los verdaderos protagonistas de estas fechas se tiran al suelo y comienzan a abrir los regalos. Los gritos de alegría no se hacen esperar, unas preciosas tablas de snowboard se adueñan de la conversación. Enseguida encuentran el folleto del hotel de Sierra Nevada donde nos hospedaremos en fin de año. Hasta Nerón salta y ladra loco de contento.

Aprovecho que Diego les explica unas lecciones básicas de esquí a los diablillos, para coger la mano del increíble hombre que hace realidad los deseos aún no deseados.

—Ven conmigo. Quiero enseñarte algo.

—¡Qué bien! Otro regalito, y con toque picante. —Se refriega las manos sin dejar de subir los escalones.

—Calla perverso. —Intento darle un tortazo que esquivo riendo.

En la planta superior, le invito a abrir la puerta del tercer dormitorio. Queda un instante parado, sus ojos no dan crédito a lo que ven.

—Está decorada con los colores preferidos de Junior. Con la colcha de la guerra de las galaxias que pidió en su carta a los reyes magos —dice dirigiéndose a la lámina que hay colgada en una de las paredes—. Es increíble. Has plasmado otra etapa de nuestra vida.

En ella aparecen él y Junior jugando a revolcarse en la arena de la playa. Sucedió el otoño pasado, sentí un palpito que hizo que me fijase de nuevo en la sonrisa magnética que poseen padre e hijo.

—Sí. He pensado que cada cinco años os haré entrega de un retrato.

Dependerá de la inspiración, pero confío en que crearemos una composición divertida y entrañable. A no ser que quieras vendérselo a tu madre. Ha ofrecido un dineral, sube la cantidad cada vez que me niego a desprenderme de él.

Sonrío, Amanda es un desastre como alumna en las clases de acuarelas, pero es encantadora como suegra.

—Ni loco aceptaría su dinero. Sabes que es un recuerdo especial, como te dije significa mucho para mí. Gracias.

—En realidad el cuadro no es el motivo por el que hemos subido. Como ves he pensado que va siendo hora de que Junior disfrute de su propio espacio privado. Te quiero Sergio, os quiero mucho y me gustaría que formásemos un hogar.

Su mirada me intimida, como decline la oferta me traumatiza de por vida.

—¿Pretendes que cierre o venda el apartamento?

—En condiciones normales te aconsejaría que lo alquilaras, pero imagino que, si Virginia decide quedarse, no podrá costearse un lugar donde residir.

—Si ella se encontrase en tu situación, no sería tan generosa.

Se aproxima despacio, acorralándome contra la pared.

—No es agradable, estoy celosa a rabiar. Hago el esfuerzo porque jamás me interpondré entre vosotros tres.

Sus manos me toman el rostro, su beso es pasional, exigente, muerde y lame los labios provocándome un calor intenso. Baja los brazos rozándome los costados, coloca sus palmas en las nalgas y de un impulso me eleva. Enrosco las piernas en su cintura y los brazos en el cuello.

—Antes de decirte que sí nos mudamos, debes saber que me he besado con Virginia.

Retiro la boca, corto la caricia. Soy capaz de estrangularle a él y a la zorruna de su ex.

—Sur, no te enojas conmigo, por favor. Fue ella la que se lanzó, pero por un segundo no supe reaccionar.

—¿Qué significa eso, Sergio? —Ríe al notar las llamas del rencor en las retinas.

—Que eres a la única mujer que amo y deseo.

—¿Cómo frenaste a la fiera dispuesta a recuperarte? —La desconfianza sigue impresa en la pregunta.

—No fui yo, Junior lo vio todo y furioso comenzó a gritarle que no besase a su padre. Que la única que puede hacerlo eres tú, mi novia.

—Ese es mi chico —respiro feliz y aliviada.

—Virginia se ha marchado. Ha prometido mantener un contacto más fluido con Junior para que la conozca y se cree un lazo afectivo. Hasta que él no esté dispuesto a pasar tiempo con ella, no regresará.

—Triste, es muy triste.

—Sí, muchísimo —contesta con la sonrisa torcida—. No he dormido de la pena que me causa. —Busca pegar su boca a la mía, pero se encuentra la mejilla.

—Sergio, debemos parar, nos esperan en el piso inferior.

Resopla, me suelta en el suelo a regañadientes.

—Se me hará eterno esperar a la intimidad del dormitorio para sentir el placer que me produce tu cuerpo desnudo unido al mío.

Rio ruborizada.

—Eres un embaucador al que me es imposible rechazar.

—Lo sé —dice travieso a corta distancia de mis labios—. Nena, me toca entregarte el regalo. Diego y Nuria vigilarán a los niños durante un par de horas.

En un abrir y cerrar de ojos vamos sentados en su coche.

—¿Adónde me llevas?

—En unos minutos lo sabrás.

Cruzo los brazos delante de un viejo bloque de apartamentos. El bajo del edificio está tabicado con ladrillo y cemento mal enfoscado, se lee en letras negras “no fijar carteles”. A los pisos superiores le han arrancado las ventanas y lijado la fachada.

—Un edificio en obra. Interesante.

—En el centro de la ciudad.

—Un edificio en obra, en el centro de la ciudad —repito mirando el tránsito que nos rodea.

Sergio ríe conocedor de lo que se trae entre manos.

—En unos meses habrá finalizado la reforma, aunque eso, es lo menos relevante. Lo que quiero mostrarte está casi concluido.

Me ciñe a su costado y cruzamos la vía. De su abrigo saca una llave, abre la cerradura de la puerta de aluminio que protege de intrusos el bajo del inmueble. Se adentra, a oscuras se mueve por el lugar. Sacudo un escalofrío al pensar que es probable que nos ataque una rata y resisto pegadita a la

puerta.

—¡Ay! ¡Maldita sea! ¿Quién habrá puesto esto en medio? —Se queja al dar un traspié.

—¿Te encuentras bien? ¿Te has caído? —Entrecierro los parpados con el afán de localizarle.

—No, no te preocupes.

—Cariño, de verdad que no necesito que intentes impresionarme. Haces que todos los días sean especiales, de hecho, son las mejores navidades que he pasado en la vida.

De repente oigo el ruido de un generador ponerse en funcionamiento y unos focos iluminan el local. Deslumbrada tapo el rostro con las manos, parpadeo, acostumbro las pupilas a la luz. Al desaparecer las estrellitas que revoloteaban en las retinas recupero la visión por completo. Observo que el espacio es enorme. Las columnas que sostienen el edificio apenas estorban a la vista. El suelo y las paredes son de color claro, parece que el Sol brilla allí dentro.

Confusa, inclino la cabeza y miro a Sergio.

—No sé qué decir.

—Di que le ves mil posibilidades.

Sin tiempo que perder cierra la puerta, saca de un bidón dos copas y una botella de vino espumoso. La descorcha, sirve y me entrega una. Como un autómatas brindo, le doy un sorbo al mismo tiempo que camino hacia el centro del local. Herramientas, solería y sacos de cemento crean una isla en mitad de la nada. Lloro de alegría al percatarme que fantaseo con la futura apertura de una galería de arte. Mí galería de arte.

Giro noventa grados, localizo a Sergio sentado en la pila de sacos de arena que hay sobre el palé de madera, no pierde detalle de mis gestos. Necesito tragar las emociones con un poco de alcohol. Esa sensación de amor infinito se aloja en el pecho y el estómago de forma efervescente.

Ubico las copas en el suelo cuando estoy frente a él, con las manos abarco el contorno de su mandíbula, con los dedos delinear sus facciones. Sus ojos marrones me derriten con la calidez que transmiten.

—Pones demasiado difícil expresar con palabras la gratitud y el amor que siento por ti.

Sus brazos envuelven mi cintura, sus dedos se marcan con suavidad en el dorso.

—Demuéstramelo como mejor sabes, con tu cariño, con tus caricias.

Le beso, lento, suave. Se deja caer despacio hacia atrás llevándome con él. El deseo fluye enseguida, natural. Sin prisas nos vamos desnudando, con los labios unidos y las manos mimando el cuerpo del otro. Es magia lo que experimento al tocar su piel, al saborearla, al tenerle dentro. Se mueve a un ritmo pecaminoso, incitándome a arañar su espalda, a exprimir sus nalgas, a rodearle con las piernas he impulsarme para recibir sus embestidas. La luz traspasa los mechones de su oscuro cabello, ilumina su perlada piel por el esfuerzo de retener el placer. Es un hombre irresistible, quiero que me haga suya una y un millón de veces y lo grito sin miedo.

Sergio se perturba al verme desinhibida, le domina el animal que lleva dentro. Me aprisiona contra los sacos y arremete con fuerza sin parar de besarme. Es una posesividad indescriptiblemente gratificante, llena de cariño. Me siento como un delicioso manjar en boca de un gourmet, que, a pesar de su impaciente apetito, sabe apreciar el rico sabor de su plato favorito. Se origina una nueva corriente de necesidad, alcanzo el orgasmo y él se abandona al éxtasis conmigo. Con los últimos jadeos nos gira con cuidado y soporta mi peso.

—Sur, ¿te he hecho daño? Este colchón no es nada cómodo.

—Es un poco duro y se clavan las esquinas de los sacos en el costado, pero es soportable. Creo que es preferible hacerlo aquí, que, por ejemplo, la parte posterior mi coche. —Le beso, muerdo su maravillosa risa.

—Podríamos probar en otra ocasión...

—Ni pensarlo, eres demasiado grande, además no imagino un lugar más idílico que este.

—Mentirosilla. Has echado de menos la confortable suite de un hotel. —dice ciñéndome a su pecho. Emite un apetecible calorcito del que no deseo separarme nunca.

—Nada es comparable a la isla que hemos improvisado. Es como nuestro refugio secreto.

—Entonces no nos desharemos de la estructura, le añadiremos un par de mantas hasta que acabes de decorar y poner en marcha la galería.

—Perfecto. Será el pedestal donde poses desnudo durante las horas de inspiración.

—Hhmm. Eso suena a que tendremos juegos eróticos y tal vez algo perversos.

—Y divertidos —insinúo al quedar sentada a horcajadas sobre él—. Pienso utilizar tu cuerpo como un valioso lienzo donde plasmar mis

sentimientos hacia ti.

—¿Me realizarás un tatuaje aquí? —Señala por encima del pezón izquierdo.

—Puede. Ningún centímetro de piel quedará libre de color. Y al día siguiente volveré a empezar hasta acabar en esta zona. —Llevo la boca al sitio exacto donde le hago jadear de placer.

Capítulo 48

Es curioso, es la décima mañana que abro los ojos a las siete en punto con las energías a tope recargadas y con excelente buen humor. Con mucho cuidado me siento en la cama dispuesta a comenzar la jornada. Sonrío al ver el rastro de prendas masculinas tiradas por el suelo y el estado desastroso de las sábanas. Evidencian el fantástico saludo que recibí la noche anterior después de unos días sin vernos.

—Nena. ¿Adónde vas tan temprano?

—A pasear a Nerón antes de que despierten los niños.

Esta semana te has encargado tú de las tareas del hogar, déjame unos minutos y me levanto. Preparé el desayuno y llevaré a los chavales al colegio.

—No tengo sueño, sigue durmiendo lo que te apetezca. —Le doy un beso rápido y me incorporo.

—Normal que no tengas modorra, últimamente a las diez de la noche caes inconsciente en el sofá.

—¿Será porque vivo con personas a las que adoro, pero que a veces me dan ganas de estrangular? Mis tres Sergio, son tres trastos.

Sonríe aletargado sin abrir los parpados.

—Lo siento, cariño, reconozco que te damos mucha guerra. Te recompensaré, lo prometo.

—Lo sé.

No puedo evitar adorarle, de domingo a jueves ha viajado por diferentes ciudades por motivos de trabajo y aun así se preocupa de compensar su falta en casa.

Me agacho, recojo la ropa de mi fogoso amante del suelo. Confieso que, aunque sean incansables y saquen de quicio la paciencia, me desvivo por él y los diablillos.

El rato de esparcimiento que le dedico a la fiel mascota por la orilla de la playa es valioso. Medito relajada sin que nadie moleste alrededor. Es triste que Fran no vea a su hijo desde hace meses, los Reyes Magos le trajeron al propietario de la cafetería San Lorenzo una sorpresa que aún no ha asimilado, y conociéndole, tardará en digerir. Según las últimas noticias, ha sido padre de una niña.

Fran abandonó la terapia, cosa que alarmó a Nuria y Ricardo. Su

preocupación los llevó a investigar su rutina durante semanas. Han concluido que no hay nada sospechoso, su conducta entra dentro de los parámetros normales teniendo en cuenta cómo se comportó conmigo. Pero yo sé que guarda las apariencias, que detrás de las horas que pasa fumando y bebiendo en el apartamento que compartíamos de casados, se oculta un reconcome. No lo supera, es incapaz de mirar a su primogénito sin sentir que ha fracasado. Siempre tuvo en mente reconquistarme, Sabrina significaba un pasatiempo. Un pasatiempo que se volvió en su contra. No me equivoqué al pronosticar que ella sería mi mejor aliada. Primero se coló en su cama, después en su casa y en el instante en que él bajó la guardia, se quedó embarazada. Ironías del destino, las tornas han cambiado y Fran no es quien maneja los hilos de su relación.

Al regresar del colegio compruebo que Sergio sigue en el dormitorio. No sé qué me llama más la atención, si el hecho de que va semidesnudo o el bollo de chocolate que se está comiendo mientras contesta sus correos electrónicos.

—¿Te apetece un bocado? —ofrece al intuir que le mordería por un trocito.

—Es incompresible que disfrute de los dulces con una gula desmedida — digo degustando con deleite el cacao derretido—. ¡Por el amor de Dios!, desde el viaje Moscú-Roma he engordado cuatro kilos que no puedo perder por culpa de esta maldita glotonería.

—Sin contar que hace dos fines de semana en Francia te pusiste morada de panecillos de mantequilla con mermelada.

—Vale, no sigas recordándome los excesos. Admito que entre el verano con mi madre cocinando en casa, los espetos de sardina, los *pecaitos* fritos y las escapadas sorpresas tú y yo solos, me he pasado cantidad consumiendo calorías. Pero no me arrepiento en absoluto. —Le abrazo eufórica, beso su pómulo marcándolo de chocolate—. Ha sido romántico, maravilloso conocer lugares distintos, su gente y su cultura. Has hecho realidad otro de mis sueños: conversar con el hombre al que amo en una de las terrazas con vistas al Sena después de nuestra visita a los museos.

Sergio aparta el portátil y me sienta en la mesa, se cuela entre mis piernas contagiado de la emoción.

—A mí también me ha encantado, contigo he descubierto otra interesante manera de viajar. Eres la mejor guía de arte del mundo. Sin ti hubiese entrado a los lugares, pero no habría apreciado la belleza de la

historia en su totalidad.

—Y no negaras que por las noches soy bastante más entretenida.

Aproximo la cadera al borde del tablero, me excita que la única prenda que le cubra sea el bóxer. La mínima rebeldía en su entrepierna se hace visible enseguida, se abulta y estira la tela.

—Tu entusiasmo es un estímulo añadido, podría aventurarme a decir que prefiero contemplarte desnuda en la cama que por ejemplo..., acudir a una final de *Champions*.

Reímos, es un bromista encantador y provocador. Desliza despacio el tirante del vestido, sus dedos lo bajan sin esfuerzo. Jadeo al intuir que sus labios besarán mis senos, los siento llenos, sensibles al tacto de su lengua.

—No me hagas suplicar, cariño. —Impaciente llevo su endurecido miembro por debajo de la falda y le advierto—. Ni se te ocurra acabar dentro, tengo consulta de ginecología y me avergonzaría que en las pruebas aparezca muestras de semen.

—Qué exigente se ha vuelto mi reina —ríe, acomete sin demora fundiéndome en sus brazos—. Te complaceré como gustes y cuanto quieras, mi señora.

En la ducha saltan chispas de nuevo, en cuestión de sexo, que el apetito haya aumentado de forma alarmante a ninguno nos preocupa. En mi caso ha sido un descubrimiento la fogosidad que puedo llegar a experimentar con Sergio. El deseo es constante, él me enciende con solo una mirada.

Lo que sí consigue borrarle la sonrisa es leer por accidente en su correo electrónico, la contestación que escribe en referencia al último reclamo que ha realizado el hospital australiano. Sergio se muestra agradecido, halagado, y a pesar de su rechazo, se denota en su contestación que está tentado con la propuesta.

Duele que este asunto sigamos sin mencionarlo, hace más de un año de la primera carta. En realidad, temo romper la magia y ver una relación frágil que no soportará los planes a largo plazo. Porque de eso se trata, vivimos el presente, no hablamos del futuro juntos, ni recordamos que no puedo darle otros descendientes.

De reojo observo como se arregla la camisa delante del espejo del tocador. Debo ser valiente, necesito saber de sus labios por qué esconde ese secreto.

—Cariño. ¿Alguna vez has pensado que tu carrera se puede estancar si te quedas aquí en Málaga?

—No.

Su despreocupación me irrita.

—Eres un reconocido traumatólogo, en tus viajes enseñas y aprendes cosas nuevas. Tal vez te gustaría aceptar otro puesto de más prestigio y notoriedad.

—¿A qué viene eso? ¿Necesitamos más dinero para ser felices?

No, claro que no —digo con la cabeza gacha, aún me abruma su generosidad.

Desde que residimos bajo el mismo techo, ingresa gran parte de su sueldo en mi cuenta privada, por no hablar de la cantidad indecente de euros que depositó para cubrir cualquier gasto adicional. Sergio no ha mantenido en secreto su patrimonio. Es tan espléndido que se hipotecó con el fin de adquirir el local que me ha cedido sin ánimo de lucro para abrir la galería. A veces pienso que si contrajésemos matrimonio, no exigiría la separación de bienes. Como yo no dudaría en devolverle su dinero en el caso de romperse el amor.

—Sur. Está claro que ambos confiamos en la gestión y buen uso que haces del efectivo. Dime. ¿Qué sucede? —Su seriedad intimida.

—Admiro que no seas codicioso.

—Pero...

—No ocultes que tu carrera avanzaría mucho en Australia.

—¿Desde cuándo lo sabes?

—Desde navidades.

Sus brazos cruzados se abren y me envuelven contra su pecho. Los temores se disipan.

—Recibo ofertas con frecuencia de Alemania, Inglaterra, Canadá o Estados Unidos. Y me gustaría seguir recibéndolas, es señal de que sigo siendo uno de los mejores en mi especialidad.

—No deseo ser un obstáculo en tus aspiraciones.

—Cariño, eres cualquier cosa menos un impedimento, soy tremendamente dichoso, mi hogar se encuentra donde tú estés.

Sonrío, es un adulator nato.

Entramos en la clínica desde el parking privado. Sergio se ha empeñado en acompañarme hasta la sala de espera de ginecología. Estoy inquieta, creía que su apretada agenda concedería el espacio que necesito. Debería haber acudido a otra clínica donde él no conociese a los facultativos.

Me veré en un aprieto si se entera del motivo por el que he venido.

—Nena, si quieres entro contigo en la consulta. Puedo retrasar la cita con la señora Escalante, por mucho que me empeñe, sus huesos no van a rejuvenecer como por arte de magia.

—Prefiero asistir sola, gracias —contesto tomando asiento.

—Como quieras.

Permanece unos segundos desconcertado con mi actitud distante, luego continua escalera arriba, hacia su despacho.

La doctora que me atiende se llama Meryem. La he escogido a ella por su expediente académico, su experiencia y porque hemos coincidido en varias ocasiones. En definitiva, me inspira confianza.

—Sur. Cuéntame en qué puedo ayudarte.

—Pues verás..., ya sabes que soy madre ¿verdad?

—Sí. —Alza las cejas y la comisura del labio—. Es popular la reputación de Zipi y Zape.

—Veo que les precede su fama —digo sin saber dónde esconderme.

—No te avergüences de ellos. Por desgracia los médicos vemos a muchos niños enfermos sin ganas de jugar, para variar es gratificante comentar la vitalidad de esos dos personajes tan guapos y simpáticos.

—Tienes razón, son dignos de mención.

—Aclarado ese asunto. ¿Cuál es tu inquietud?

—Con él tuve un parto sin complicaciones, pero hace casi tres años que sufrí un aborto con cinco meses de gestación. Esa es la causa por la que necesito información. —Nos miramos cuando levanta la vista del teclado—. Solicité una esterilización y me gustaría averiguar si es posible invertirla.

—Es delicado ese tipo de intervenciones en mujeres jóvenes. Existe un alto porcentaje de arrepentimiento.

—Me advirtieron. Las circunstancias eran complicadas y asumí el riesgo.

—Comprendo. —No añade comentario y se lo agradezco—. ¿El tipo de cirugía que te practicaron fue mediante la histeroscopia?

—Creo que sí, porque carezco de cicatrices.

—¿Crees que sí?

Muerdo el labio inferior, lo último que quiero es confirmarle que soy imbécil total.

—Meryem. Es una historia de la que no deseo entrar en detalles. Extravié los documentos y no solicité duplicado en Madrid antes de

instalarme en Málaga.

—¿Ningún compañero te ha hecho un seguimiento desde entonces?

—No. —Temo que agregar cualquier excusa empeoraría su concepto de mí.

—Efectuaré un diagnóstico y después seguimos con la conversación.

En ese momento pegan en la puerta, de inmediato entra el que faltaba para enredar la situación. A ver cómo le explico a la doctora que a este hombre le pedí ayuda y con él quiero concebir un hijo.

Como sé el protocolo, corro al baño donde aspiro y espiro aire destensando los músculos. Es tarde para anular la revisión, he de desvestirme, cubrirme con una bata desechable y salir.

El silencio impera en la consulta. Es un momento, por lo menos en mi caso, que soy la única que mantiene una postura... incómoda, en el que no me apetece conversar animadamente. Meryem se dispone a investigar en qué estado se encuentra mi órgano reproductor. Miro a Sergio, permanece a mi lado con los brazos cruzados mirando la pantalla con curiosidad. Lo de ser médico lo lleva en la sangre, le interesa aprender cualquier peculiaridad del cuerpo humano. Sonríe cuando abre con exageración sus preciosos ojos marrones.

—Para ahí, Mery.

En milésimas de segundos aparta a la ginecóloga y ocupa su lugar. Poso la vista en el techo.

—¿Podrías estarte quietecito y no interferir? —le regaño—. Eres traumatólogo, es incómodo que seas tú quien maneje ese cacharro.

—¡Pero qué pudorosa es mi mujercita! —Se burla cariñoso a la vez que se coloca unos guantes de látex—. Mery, ¿nos puedes dejar solos unos minutos?

—Claro —dice asombrada con el giro que ha dado el reconocimiento rutinario. Y es que la inesperada visita de su jefe nos ha descolocado a ambas.

Un minuto después, deja de manejar el teclado del ordenador y de auscultarme las entrañas.

—Sur. Nunca seguiste las recomendaciones de Clara, ¿verdad?

Me siento juzgada, así que aparto la mirada llorosa de la suya.

—Destruí los documentos y olvidé aquel infierno. Hoy día no estoy orgullosa de lo que hice, debí escucharte. Fue un error someterme a la ligadura de trompa, pero quien iba a adivinar que nos encontraríamos de

nuevo y corresponderías al amor que te proceso.

Las lágrimas caen a borbotones en un lateral de la camilla. Él me sujeta la barbilla y pide que le mire.

—Jamás te expusimos a tal operación, no estabas en condiciones de decidir tu futuro. —Confusa cierro los ojos—. Perdóname, me tomé la libertad de pedirle a Clara que te colocase un novedoso implante subdérmico con hormonas suficientes para prevenir el embarazo durante tres años. No sospechaste nada porque fuiste anestesiada por completo.

—No sospeché nada porque me dolía todo el cuerpo después de la caída. Y porque confiaba en ti.

—Ni en un millón de años imaginé que recuperada la coherencia no vigilarías con la ayuda de un profesional el implante. Clara te recalcó que debías chequearte cada seis meses.

Su voz es la de alguien bastante preocupado.

—Entiendo. Se ha deteriorado y ha ocasionado algún desastre irreparable.

¡Por Dios qué sentimental!, no puedo parar de llorar. He sido fértil y por culpa de la dejadez de nuevo espero el peor de los diagnósticos. Sergio suspira, odia verme triste, intuyo que dirá una tontería con el propósito de hacerme sonreír.

—Escúchame, cariño. Lo tenía todo calculado, vale. —Mira la hora en el reloj que le regalé en su cumpleaños—. Sabía que serías mi mujer desde que te cogí al vuelo cuando ibas a caerte de la escalera estando embarazada de Sergio. Así que me propuse que tal día como hoy, a las once y once de la mañana, debías sorprenderme con la noticia de que voy a ser padre.

De lo absurda que suena su incongruencia, rio, espurreo el líquido salado que cae en los labios, aunque no se corta el incesante lagrimeo. Al no conseguir tranquilizarme se pone serio, abatido señala la pantalla, muestra la mancha que veo a la perfección e identifico como un bebé. Lloro más si cabe esperar, es incomprensible que a mi pequeño Sergio le negase ese derecho al verlo la primera vez, y a este ser con forma de habichuela hasta le imagine un rostro. La culpabilidad y la felicidad luchan en el corazón.

—Nena —llama visiblemente afectado—. Te quiero con locura, si no estás preparada lo entenderé. Sé cuánto has sufrido, no tenemos por qué ampliar la familia.

Incorporo medio cuerpo en la camilla y le abrazo. Corresponde el gesto a la vez que me mece y besa la sien.

—Quiero a esta personita mucho antes de su existencia. El motivo de la revisión era intentar invertir la operación y proponerte concebirle.

—Pensé lo contrario —suspira aliviado—, que no deseabas quedar en cinta.

—Sergio, lloro de pura felicidad. Esperaba un fatal desenlace. ¡Cómo iba a sospechar que tramaste semejante intervención con tal de que no cometiese una locura! ¡Dios mío! Esta criatura abarca todo el amor que siento por ti.

—No sabes el peso que me quitas de encima. Porque estaba por arrodillarme y rogarte que siguiésemos adelante con el embarazo. Estoy deseando verle la carita y acunarlo en los brazos. —Entrecierra los parpados y frunce el ceño—. Sur. ¿Sabes lo improbable que es, que el futuro padre se entere del feliz desenlace antes que la propia madre?

La ocurrencia es graciosa, descargamos la emoción con risas y lágrimas.

—Desde luego, es anecdótica. No sospechaba nada, te lo prometo. Me encuentro genial, vigorosa, con apetito. Créeme si te digo que serás papá de una niña.

La tensión desaparece de los hombros de Sergio, da paso a una alegría desmedida, une nuestras bocas y me alza en volandas.

—Una niña. Una niña tan bonita e inteligente como su madre —dice complacido—. Esta noticia hay que celebrarla como se merece; con una fiesta por todo lo alto.

Capítulo 49

Acaricio, dibujando círculos, la abultada barriga. Imagino que el desasosiego y la incomodidad que siento se debe a que espero con impaciencia la llegada de Diego y su sobrino.

—¡Dios! Lo he pasado genial, pero a estas alturas anhelo regresar a casa cuánto antes.

—No creo que se demoren demasiado. Fran ha estado alejado mucho tiempo, no puede pretender que el niño se integre en su vida sin pasar por un periodo de adaptación. —Nuria sopla la papilla que come la pequeña Rocío.

—Eres una madraza estupenda, y una abogada malvada. —Ríe, le encanta su doble personalidad—. Padre e hijo se han comunicado por teléfono, el contacto nunca se perdió por completo.

—Sur, en el instante que ha solicitado verle no has objetado impedimento. Debiste retrasarlo, que no se acostumbre a abrir la boca y que le concedas el deseo. He sido generosa otorgándole unas horas de visita.

—En eso te equivocas, no he cedido a su petición porque él lo exija, he accedido porque teníamos programado pasar estos cuatro días en Madrid con los abuelos de los niños.

Gruñe, le cuesta dar su brazo a torcer.

—Vale, reconozco que hemos matado dos pájaros de un tiro.

—Aquí estamos. Cuando queráis nos ponemos en carretera —vocifera Diego desde el vestíbulo.

Sergio y los niños le siguen, bromean entre ellos, cantan una canción que les inspira bailar arrastrando los pies por el suelo.

—La alegría que desprende este hombre es contagiosa. —Nuria ríe, Rocío aplaude y mueve sus diminutos hombros al ritmo de la música.

Coloco las manos en el vientre y sonrío.

—Hija, gracias al cielo que aún no ves a tu padre y hermanos hacer el payasito.

Los tres me abrazan, la sensación de malestar se disipa en gran medida al tener a la familia reunida conmigo.

—Cariño, he guardado las maletas en el coche, si salimos en breve llegaremos a eso de las ocho a Málaga —susurra Sergio en el oído.

—¡¿Qué tarde!?

—Habrás que parar a comer, las fieras no perdonamos el almuerzo y tú necesitarás estirar las piernas unas cuantas veces.

—Debimos venir en tren y alquilar un turismo aquí.

—Fue idea tuya viajar de esta manera.

—Lo sé, y ahora me arrepiento. Con tal de llegar a casa y tumbarme en el sofá realizaría el trayecto sin detenernos un segundo.

—¿Es que no te encuentras bien? —Interroga con la mirada.

—Me quejo de vicio. —Le beso con ganas, bebo de su energía, la necesito—. ¡Qué son cinco o seis horas de viaje para una mujer embarazadísima! ¡Nada! Vosotros id sacando los coches del garaje, recógeme en el kiosco que hay en la esquina, voy a comprar algunas revistas que me entretengan o duerman de aburrimiento.

Repaso la estantería repleta de publicaciones semanales, decidir es difícil, así que me guio por las portadas que atraen a la vista. Al escoger la segunda, me envuelve una nube de humo que procede del motorista que acaba de colocarse detrás. Al oler el tabaco, me tensó, evoco el aroma familiar de la marca de cigarrillos. «Es imposible que sea él. Es imposible que se él». Con recelo, y algo asustada, miro de reojo.

—Creí que nunca volvería a verte. Estás bellísima..., embarazada.

Fran se halla a poca distancia. Sus ojos celestes, fríos como el acero, permanecen fijos en mi abultado vientre.

—Has perseguido el coche de Diego.

—Buena deducción, tesoro. En moto es sencillo seguir el rastro y pasar desapercibido. —Señala el vehículo de dos ruedas con un dedo. Todo el tiempo ha estado observando bajo el casco sin que me percatase de su presencia—. Iba a marcharme cuando te he visto bajar esas escaleras.

—¿Qué pretendes, Fran?

—Quería comprobar con mis propios ojos que nuestro hijo no ha mentido al decir que pronto tendrá otra hermanita. —Se muerde los labios, es inconfundible el tormento que le corre por las venas.

—No tengo por qué darte explicaciones.

Dejo de mala manera las revistas con la intención de buscar la protección de Sergio. Fran me atrapa el brazo a la altura de la muñeca. El miedo me paraliza, ni se me ocurre forcejear.

—Me dijiste que quedaste estéril tras la caída.

Le miro, su rostro entristece por segundos, le es imposible soltarme. Atrapados en la historia de nuestra fallida relación no prestamos atención a lo

que sucede alrededor. De la nada aparece Sergio y le agarra del cuello.

—Suelta a mi mujer o con solo presionar un poco te dejo paralizado por completo.

Fran reacciona lento al descubrir quién es el hombre que le amenaza con un temple que impone. La visión se le empaña, su mente viaja al pasado sacando conclusiones, unas erróneas, otras ciertas. ¿Cómo explicarle que el cuerpo no le fue infiel, sin confirmar que el alma sí?

—Te prometo que jamás te traicioné, la vida nos volvió a cruzar por casualidad.

—Y el Espíritu Santo se encargó de devolverte la fertilidad —bufa con desprecio—. Lo teníais todo calculado.

Al instante Sergio le sujeta la camiseta a la altura del pecho, le acerca para que oiga su ultimátum.

Te ha contado la verdad. Ahora olvídala de una vez por todas. Dedícate a cuidar de tu mujer e hija.

Violento trata de quitarse a Sergio de encima. Lo único que consigue es recibir un puñetazo certero que le hace tambalear.

—Señor Ponce. —La voz de Nuria capta su interés—. Su conducta se puede interpretar como acoso a mi cliente, no le conviene agravarla con una pelea.

Fran realiza un barrido con la mirada, hay testigos que corroborarían lo sucedido, la kiosquera sería el principal. Derrotado se limpia la sangre de la boca, se sube en la moto y se incorpora al tráfico arriesgando su vida y la de los demás.

En estado de shock avanzo unos metros, me siento en un banco de piedra. Los viandantes continúan su camino, Nuria va con Diego que se ha encargado de distraer a los niños lejos del percance. Sergio, con la adrenalina disparada y el cabreo a flor de piel, no deja de moverse de un lado a otro.

—Tenemos un problema, ese tipo sigue sin superar lo vuestro, es obsesivo —dice preocupado.

—Le ha sorprendido descubrir que estoy embarazada, que seas mi pareja.

—Sur, es evidente que lleva una temporada maquinando cómo averiguar tu paradero, de lo contrario, ¿a qué viene comprarse una moto y perseguir el coche que traslada a su hijo?

—No me hará daño, no es el hombre peligroso que os imagináis. —Masajeo la barriga, el encontronazo me ha provocado un fuerte dolor en el

bajo vientre.

—Cariño. No me aterra el enemigo que ataca de frente, sino el cobarde que traiciona por la espalda.

—Necesita tiempo. —Tapo el llanto con una mano.

—¿Tiempo para qué? ¿Para que averigüe que además del tipo que desayunaba en su cafetería, soy el médico que demostró tus lesiones? El causante de que se viese obligado a firmar un divorcio que no deseaba, con un acuerdo nada favorable. Ese hombre nunca asumirá que tú y yo fuimos amigos antes que amantes. Si quieres que le demos tiempo, se lo concederemos, pero lejos de aquí.

—¿Qué significa lejos de aquí? —Intuyo su respuesta, se me encoje el corazón de pena.

—Nos mudaremos a Australia, mientras más distancia, más tranquilo estaré.

—Debe existir otra solución, Fran lo asimilará, no podemos marcharnos. En Málaga hemos creado un hogar, tengo ilusiones. ¿Qué pasará con mis clases, con la galería que pronto abriré?

Se agacha, descansa una rodilla en el suelo. Con los dedos de la mano izquierda seca mis lágrimas, con los de la derecha acaricia la barriga con ese amor infinito que proporciona cariño, alivio y seguridad.

—Te quiero, haría cualquier cosa por ti, con la condición de no ponerte en riesgo.

—Tampoco permitiría que te sucediera nada.

—¿Ese tipejo conspirando contra mí? Le faltan agallas.

—No me refiero a eso, sigo pensando que Fran entrará en razón.

—Vale, puede que esté equivocado y no sea un mal hombre, pero no confío en su temperamento impulsivo. —Sonríe sin ganas recogíendome un mechón de cabello tras la oreja—. No solo estamos nosotros, también debemos velar por nuestra hija. Tú la cuidas ahí dentro y yo os defiando aquí fuera. Comprende que necesito proteger la integridad de los bienes más preciados que poseo, que son mis hijos y la madre de estos. Si para ello debemos abandonar Málaga por una temporada, lo haremos.

—¿Y si no estoy de acuerdo?

—Te secuestraré —sentencia mirando hacia un lado y levantándose al mismo tiempo.

Viajamos en silencio, los niños se entretienen viendo películas en el DVD o durmiendo. El “te secuestraré” ha quedado suspendido en el aire,

reconozco que tiene su gracia el comportamiento drástico a la hora de querer resolver el problema. Sergio es un hombre de carácter, por lo que en ocasiones no es capaz de dominar esa pizca de posesividad. Con él he aprendido la diferencia entre celos e interés. Cuando te importa una persona se lo demuestras sin pisar su espacio y autoestima.

Soy afortunada, muchas mujeres no tienen posibilidad de librarse de sus asfixiantes parejas, de sus maltratadores. Y la que lo consigue, pocas veces la vida le brinda la oportunidad de disfrutar de un amor idílico y sincero que las haga creer de nuevo en el amor.

Diego me ha ayudado a vislumbrar hasta donde llegan los sentimientos de Sergio. En realidad, se ha ido de la lengua, dice que el malagueño lleva tiempo acariciando la idea de pedirme matrimonio, que incluso guarda el anillo de compromiso, pero no se atreve por temor a que me sienta presionada. La sombra de mi relación con Fran le cohíbe y debo remediarlo, aunque desconozco cómo.

Conduce disgustado porque aún no me he pronunciado al respecto de huir a otro continente, por eso ni sonríe ni habla. El encontronazo es reciente, debemos meditarlo con calma. Además, me cuesta pensar con claridad, el dolor se ha trasladado a la espalda, permanecer sentada en la misma postura durante horas es incómodo en mi estado. Él se percata del malestar.

—En la siguiente salida hay una estación de servicio, pararemos, así podrás ir al aseo.

—Cariño, prefiero que continúes, solo descansaré cuando me tumbe en el sofá y ponga los pies en alto.

—¿Soportarás una hora de trayecto?

Coloca la mano derecha en mi pierna, el roce disuelve la incertidumbre, disminuye los miedos a los cambios y la punzada que me hace remover en el asiento. Merece que le reconozca cuanto le quiero, aunque deberá ser más tarde, cuando nuestra pequeña desista de oprimir un poquito los órganos vitales.

—Sí.

—Procuraré reducir unos minutos, ¿de acuerdo?

—Te lo agradezco.

Eterno, el trayecto me ha parecido eterno. Los niños y Nerón bajan del coche, corren hacia Farah con los brazos abiertos. La señora se ofreció a echarle un vistazo a Mila y Gros. Conociéndola habrá preparado el plato preferido de los chicos, cuscús con pollo.

Sergio entra las maletas, quedo rezagada en el garaje, sufro una dolorosa contracción. Necesito reposar, el largo día y las emociones fuertes son perjudiciales en la recta final del embarazo.

Camino por el estudio, apoyo las manos en uno de los fregaderos, refresco las mejillas con agua. No siento mejoría, no recupero un poco de normalidad, creo que sin ser consciente llevo horas de parto. Entonces noto como corre el líquido por las piernas. Confirmado: he roto aguas. Enseguida otra contracción más dolorosa que las anteriores. Esto va demasiado deprisa, el instinto dicta las pautas que acabaran haciendo que empuje con ganas. Por inercia me agarro a la pila, deslizo la espalda por el mueble y quedo en cuclillas. La postura alivia hasta que grito con otro violento dolor.

—¿Qué ocurre, mi amor? —Asoma Sergio alarmado.

—Claudia ha decidido nacer ahora, en su hogar.

Resoplo varias veces en un intento en vano de controlar la respiración. Sin prisa pero sin pausa, Sergio ordena a Farah llamar a la clínica requiriendo una ambulancia urgente y que entretenga a los niños con el fin de que no se asusten. A continuación se lava las manos y las seca con papel absorbente.

—Déjame ver cuántos centímetros has dilatado —solicita muy profesional.

—¡Cómo introduzcas un dedo abajo la falda te lo corto! —advierdo agresiva—. Eres traumatólogo, no comadrona. ¡Cuándo te entrará en la cabeza!

—Vaya carácter. Anoche no te molestaba que te acariciase tras el masaje en los pies.

Ríe con una serenidad que me repatea el estómago.

—Es distinto. —Aprieto los dientes, soporto el suplicio—. Una cosa es abrirse de piernas para gozar del sexo y otra partirse por la mitad para expulsar un bebé. Esto ni es erótico ni romántico, es una tortura cruel.

—Puedes pensar lo que quieras, estoy acostumbrado a operar huesos astillados en mil pedazos que sobresalen de la piel de forma sobrehumana, ayudarte a traer al mundo a nuestra hija tiene su morbo.

Me toma en brazos, me acomoda en el diván del estudio con sumo cuidado.

—No digas tonterías, en este momento lo único que quiero es encontrar la manera de que no me vuelvas a tocar.

Curvo la espalda del dolor. Sergio sujeta mi mano, transmite ánimos al

tiempo que aguanta estoico las uñas clavadas en su piel.

—Nena, cuando te recuperes del parto nadie te librara de mí. Estoy impaciente por excitarte y...

—¡Calla, calla, calla! No hables de sexo, por favor —grito, la punzada logra que las lágrimas se derramen por la comisura de los ojos.

—Vale, ya me he cansado de tanta testarudez. Tú necesitas librarte del sufrimiento y Claudia respirar, abrir los pulmones.

—Aléjate, que se encargue Farah, seguro que ella después de cuatro partos sabe actuar en estos casos. ¡Diosss! ¿¡Dónde está ese equipo médico!?

Junto las rodillas, ni de broma presenciara semejante espectáculo de la naturaleza, se traumatizará y no me deseará nunca más.

—Relájate, cariño. Tómalo con un poco de paciencia. —Sonríe mientras llena un recipiente con agua caliente. La situación parece divertirle.

—Conoces de sobra cuanto adoro esa risa contagiosa, pero ahora mismo te daría un puñetazo que la borraría de tu atractivo rostro.

—Sur, me encanta que saques la esencia salvaje —Ríe sin disimulo porque trato de alejarle a manotazos.

Por suerte los sanitarios acuden antes de que le odie, repudie y le adore de por vida. Claudia nace a los pocos minutos, entre muebles a medio restaurar y oleos por acabar. Su padre la toma en brazos, la acuna, la besa emocionado. Lloro de felicidad, es una imagen hermosa que me trae a la memoria otra que sucedió años atrás en la cafetería San Lorenzo.

Sergio me la entrega con cuidado, nos envuelve con el calor que despide su amor.

—Está sana, ¿verdad?

—Sí. Nuestra preciosa niña es perfecta.

—Te seguiré, digo, te seguiremos allá donde creas que viviremos tranquilos. Cerraré la academia, la galería puede esperar, o quizás ser dirigida por una persona de confianza. Firmaré las obras bajo un seudónimo, si gustan al público, da igual que no sea reconocida como Sur Rivas. Lo único que me importa eres tú y los niños. Te quiero Sergio Heredia.

—Gracias, cariño. —Me besa con ternura—. Te prometo que será un traslado temporal.

Epílogo

—Señora Heredia, su colección privada ya se encuentra ubicada en los lugares pertinentes. Cuando desee puede dar el visto bueno.

—De acuerdo Jimena, ahora mismo voy contigo.

Cierro el libro de cuentas, al fin la fundación Claudia es una realidad. La galería se inaugura esta noche bajo el título “Mi fiel amigo”, un homenaje a las mascotas. Las autoras y autores de la gran mayoría de las obras estudian en la academia, y están de acuerdo conmigo en ceder la mayor parte del beneficio de las ventas a una organización sin ánimo de lucro que ayuda a las mujeres a reinsertarse en el mundo laboral.

Alcanzo a Jimena, mi mano derecha en esta aventura. Se ha detenido delante de la composición que protagonizan Mila y Gros. Son dibujos de cuando eran pequeños, los dos gatos fueron adoptados por un matrimonio inglés afincado en Benalmádena.

—¿De verdad existió ese felino?

—Sí, aún vive.

—Los cachorros no suelen ser feos. Pero él..., parece creado con pedacitos de otros gatos.

—Pues siempre ha sido bueno y cariñoso, su hermana lo que tenía de bonita lo guardaba de rencorosa.

—Ni siquiera el reino animal se libra de las falsas apariencias.

—Es una lástima que no te equivoques. —Sonrío con pesar, apuesto que la reservada directora hace referencia a su vida privada.

—Jimena. ¿Tienes algún animal que te haga compañía?

—Sí, mi exnovio.

Se me escapa la risa, ella ni se inmuta, examina uno de los retratos de Nerón. De sobra es conocido que la muestra va dedicada a él, aunque pocos conocen que falleció de viejecito y sus cenizas custodian el árbol de nuestro jardín. Ahora me alegro de que Sergio y los niños insistiesen en quedarnos con uno de sus vástagos. Sultán mitiga mucho su ausencia.

—Sigo llorando su muerte, fue un amigo fiel, el mejor guardián.

—Cuando se llega a casa y no acuden a saludar, sientes el doloroso vacío que han dejado.

—Cierto.

Seco las lágrimas con los dedos, dirijo los pasos al mural destinado a la memoria de la fundadora a título póstumo.

—No me canso de mirar esta pared llena de color y vida —dice Jimena a una distancia prudencial—. Cada vez que lo hago me fijo en un detalle nuevo; en la expresión de su tía; en cada hoja del ficus. El jardín entero es de una belleza extraordinaria. Es increíble. La pintura logra un efecto que confunde con la realidad, la has integrado en la decoración a la perfección.

—Ese era el propósito, que ella, la verdadera impulsora de este proyecto esté presente con nosotros.

Estoy orgullosa del trabajo, ha costado años acabarlo. Comencé a idearlo semanas después de que Sergio me cediese el local, pero tuve que interrumpirlo cuando nos marchamos a Australia.

—Señora Heredia, sus parientes han llegado al completo —murmura.

Antes de girarme deduzco por qué Jimena tuerce los labios de manera desagradable. Entre la familia Rivas, Balbuena y Heredia, se encuentra Víctor, mi cuñado. Jimena todavía sigue sin aceptar que se ha enamorado de la versión desvergonzada de mi marido. Víctor quizás no posee el atractivo de Sergio, aun así, explota de maravilla su estudiado encanto con las féminas.

—Por favor, ¿puedes ir atendiéndoles?

—Claro, tómese el tiempo que necesite.

Suspiro al ver a mis chicos. ¡Cómo ha pasado el tiempo de rápido!

«¿Has notado lo mayores que se han hecho? Son dos muchachos maravillosos y guapísimos».

Pienso, aunque en realidad hablo con Madrina, a la que tengo dibujada a tamaño natural al lado. Sonríe soñadora, serena, con una rosa en una mano y un canasto lleno de flores recién cortadas en la otra.

«Junior casi ha alcanzado la altura de su padre y aún no ha cumplido los catorce años. Es algo loco como la madre, por ese motivo lleva el brazo escayolado, se lo fracturó realizando una de sus payasadas. Nuestro joven Sergio es más prudente, o quizás no, quiere ser piloto como Diego. Tal vez considerarle sensato, es precipitado».

Masajeo la frente con los dedos, imaginarle subido en un avión de combate me da dolor de cabeza. Necesito pensar en otra cosa.

«¿Sabes? Se marcha unos días con su padre, nunca desde que nos separamos han convivido veinticuatro horas, una de las razones es que llevan seis años sin tratarse en persona. Se parecen, ¿verdad? Esos ojos celestes

traspasan los pensamientos, a diferencia de Fran, nuestro hijo alberga una templanza que desarma las defensas. Te informo que Fran traspasó la cafetería San Lorenzo, vendió el piso de su madre y se trasladó a Ibiza junto a Sabrina. Allí abrió un local de copas a pie de playa. Según le cuenta a su hijo cuando hablan por videollamada, el negocio es bastante popular en la isla. No creas que se dejó embaucar por la noche, tomó la determinación correcta y parece contento. En realidad, él nunca quiso responsabilizarse del negocio de sus padres. Reconozco que realizar cambios en la vida es difícil, pero a veces es conveniente salir de las aguas en las que aprendemos o nos apetece nadar, en las que creemos sentirnos cómodos, porque sin ser conscientes hemos podido adentrarnos en un remolino que nos ahoga y consume la alegría. Fran tardó en entender que juntos nos asfixiábamos, que no éramos felices. Pero al final ha sabido encontrar su camino».

De reojo noto como mi niñita intenta pillarme desprevenida, se esconde.

—¿Quién soy?

—¡No sé! Tal vez una princesita llamada Claudia. —Simulo sorpresa cuando asoma detrás de mí. Me pongo a su altura, la abrazo y beso con cariño.

—Mamá, ¡es nuestro árbol mágico! Donde viven ardillas y duendes que comen piñas —dice ilusionada señalando las ramas iluminadas con centenas de bombillitas.

—Sí, es el árbol de las Luces.

«Aún todo es nuevo para ella, ha vivido sus primeros años de infancia en un lugar distinto a Málaga. Madrina, es una niña muy especial, es inteligente, positiva y alegre. Sus hermanos la adoran, Claudia consigue aplacar esa rebeldía que sufren los chicos adolescentes».

—Mamá. ¿Puedo ir a jugar con Rocío a tu despacho?

—Por supuesto, corre con tu prima.

La pequeña sobrepasa a su padre, le esquiva riendo a carcajadas porque él hace el amago de atraparla. La presencia de mi marido es cautivadora, quedo hipnotizada como de costumbre. Pasea en solitario por la exposición, sabedor de que observo su reacción. Le llama la atención una escultura que hay cercada con cuatro postes y cinta roja. Ni siquiera Jimena entiende qué pinta ahí esos soportes de madera con sacos de arena apilados, es como si los obreros se hubiesen olvidado de retirar el material de construcción. Por supuesto, traté el pedestal con barniz e introduce un

confortable relleno en las sacas. Y no está a la venta.

Al verificar que la cubitera contiene hielo y la botella de champán es auténtica, sonrío seductor. Conoce el significado de esa composición, es nuestra isla privada. Ahí ha pasado horas tumbado viéndome pintar el mural. Donde hemos reído, jugado y hecho el amor como adolescentes apasionados.

Comienza a aproximarse, el corazón levita, late a mil por hora, la sangre hierve efervescente.

«Sigo perdidamente enamorada. Cada día valoro más la suerte que he tenido. Es el amigo cómplice, el amante fogoso y el padre entregado. La experiencia de ambos ha colaborado a la hora de enseñarnos a evaluar las dificultades que se generan en una relación. Y hemos aprendido que el cariño y el respeto que nos procesamos es la clave para soportar los defectos y fomentar las virtudes de cada uno. Sergio me sujetó de la mano y colocó a su vera, caminamos unidos por este trayecto llamado vida, por lo que ni me siento Escoba ni Señora. ¡Bueno! A veces no es un camino de rosas. En ocasiones sí debo alzar la voz y enfadada lanzar un par de gritos al aire. Ese comportamiento desquiciado obra maravillas, los miembros que componen nuestro hogar reaccionan y vuelve el orden natural al universo».

Oculto la sonrisa tras la carpeta y me concentró en él, en su voz.

—Nena. Me encanta como ha quedado la exposición, sobre todo que hayas conservado nuestro refugio de amor.

—Jamás me desprendería de esa isla de madera y plumas que tan buenos momentos nos ha hecho vivir. —Le beso con deseo robándole un jadeo—. Dime que fantaseas con la fiesta privada que te tengo preparada.

—Sí, claro que estoy impaciente —dice girándome y ciñéndose a mi cintura desde atrás. Posa las manos en mi vientre.

—Sergio. No imaginas cuánto deseo dar por concluida la inauguración y besar tu cuerpo desnudo a mi antojo.

—Señora Heredia, sus palabras van a conseguir que mantenga una enorme erección el resto de la velada. —Sonrío, provocarnos es un juego excitante—. ¿No será demasiado en tu estado? Te sentirás cansada después de un día agotador.

—Me noto llena de energía sobrante.

—¡Así que Valeria es la que domina hoy tus hormonas! —Ambos notamos la patada que recibe en su palma. Me besa la sien mientras con movimientos suaves relaja la zona donde he recibido la punzada—. Está inquieta mi futbolista.

—El revoltoso ha sido Rubén. No sé qué tiene tu voz que estremeces de júbilo a los bebés —digo rememorando otra situación similar hace bastantes años.

—Pues no sabría decirte. ¡Uf! Creo que los mellizos van a revolucionar la casa cuando nazcan.

—Cariño, me temo que vas a tener toda la razón del mundo. Será una locura, una maravillosa locura.

Ríe, el sonido que produce su carcajada es mágica, y sus caricias emiten descargas excitantes que diluyen cualquier pensamiento negativo. Nadie sabe la fortaleza que me ha regalado este hombre desde que le conocí, desde que me enamoré de él.

FIN.

Agradezco a Oumayma Zaki, la portada. Esta joven arquitecta no solo ha sabido plasmar mis ideas, también ha tenido la generosidad de regalarme su tiempo y trabajo. Agradezco las opiniones y consejos de Christine Fleischer, Eva López e Inmaculada Jiménez. Con la vida tan ajetreada que tienen estas increíbles mujeres, han hecho un hueco para leer el manuscrito. Gracias a las cuatro, sois fantásticas. Sin vuestra aprobación y la de mi familia no me hubiese animado a publicar: En esto del amor... ¿La primera escoba, la segunda señora?

Y por supuesto, gracias a ti por adquirir este libro.

Cristina Serrano vive en un pueblo costero de Málaga con su marido y sus dos hijas. Le gusta dar largos paseos por la playa o la montaña, también compartir momentos inolvidables con su familia y amigos. Se inspira en esta hermosa ciudad y en el mar que la baña para escribir historias románticas. En 2017 decidió publicar con la editorial Ediciones del Genal, Pin´sabores I y II (El ingrediente secreto del cóctel perfecto). La historia de amor entre Liz y Raúl es muy intensa, por lo que prefirió dividirla en dos partes. Consideró excesivo extenderla y crear una trilogía. En enero de 2018 se aventuró con la tecnología y eligió la plataforma Amazon KDP para lanzar Pin´sabores I y II como libros electrónicos. Repite la experiencia en abril del mismo año con: ¿La primera escoba, la segunda señora?

Podrás conseguir los títulos de la autora en:

www.amazon.es/dp/B07957YK64

*Pin´sabores (El ingrediente secreto del cóctel perfecto) volumen I

www.amazon.es/dp/B079RDLSBZ

*Pin´sabores (El ingrediente secreto del cóctel perfecto) volumen II

Table of Contents

[Capítulo 1](#)
[Capítulo 2](#)
[Capítulo 3](#)
[Capítulo 4](#)
[Capítulo 5](#)
[Capítulo 6](#)
[Capítulo 7](#)
[Capítulo 8](#)
[Capítulo 9](#)
[Capítulo 10](#)
[Capítulo 11](#)
[Capítulo 12](#)
[Capítulo 13](#)
[Capítulo 14](#)
[Capítulo 15](#)
[Capítulo 16](#)
[Capítulo 17](#)
[Capítulo 18](#)
[Capítulo 19](#)
[Capítulo 20](#)
[Capítulo 21](#)
[Capítulo 22](#)
[Capítulo 23](#)
[Capítulo 24](#)
[Capítulo 25](#)
[Capítulo 26](#)
[Capítulo 27](#)
[Capítulo 28](#)
[Capítulo 29](#)
[Capítulo 30](#)
[Capítulo 31](#)
[Capítulo 32](#)
[Capítulo 33](#)
[Capítulo 34](#)

[Capítulo 35](#)
[Capítulo 36](#)
[Capítulo 37](#)
[Capítulo 38](#)
[Capítulo 39](#)
[Capítulo 40](#)
[Capítulo 41](#)
[Capítulo 42](#)
[Capítulo 43](#)
[Capítulo 44](#)
[Capítulo 45](#)
[Capítulo 46](#)
[Capítulo 47](#)
[Capítulo 48](#)
[Capítulo 49](#)